

Seix Barral Biblioteca Formentor

**Daniel Alarcón**

De noche  
andamos en círculos



Índice

PORTADA

DEDICATORIA

CITAS

UNO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

DOS

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

TRES

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CUATRO

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CINCO

CAPÍTULO 24

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

**Comparte tu opinión en la ficha del libro**

**y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

*Para Carolina, León y Eliseo*

La externalidad del espectáculo respecto al sujeto actuante se demuestra por el hecho de que los propios gestos del individuo ya no son suyos, sino más bien de otra persona que los representa para él. El espectador no se siente cómodo en ninguna parte, pues el espectáculo está en todas partes.

GUY DEBORD,

*La sociedad del espectáculo*

BÉRENGER: [*quien también deja de percibir los muros invisibles, muy sorprendido*] ¿Por qué?, ¿qué quieres decir?

[*EL ARQUITECTO vuelve a sus archivos .*]

En cualquier caso, me alegro de que mi recuerdo sea real y poder sentirlo con mis dedos. Soy tan joven como lo era hace cien años. Puedo enamorarme de nuevo... [*Hablando hacia detrás de bastidores, a la derecha*]: Mademoiselle, oh, Mademoiselle, ¿quiere casarse conmigo?

EUGÈNE IONESCO,

*El asesino asalariado*

**UNO**

# 1

Durante la guerra —a la que el padre de Nelson llamaba *los años ansiosos*—, algunos estudiantes radicales del Conservatorio fundaron una compañía teatral. Leían a los surrealistas franceses e improvisaban adaptaciones de mitos quechuas; fumaban tabaco barato y cantaban canciones de protesta con letras obscenas. Se reían en público como si eso fuera un acto político, mostrando los dientes y asustando a los niños. En términos generales, sus seguidores provenían de una serie de círculos superpuestos de jóvenes: los melencólicos, la clase obrera, los maníacos sexuales, los presumidos, los esnobes, los provincianos, los alcohólicos, los emocionalmente necesitados, los agitadores, los oportunistas, los punks, los parásitos y los obsesos. Nelson era apenas un niño en aquel entonces: temperamental, meditabundo, creciendo en un suburbio de la capital con la cabeza metida en los libros. Estaba secretamente enamorado de una niña de su colegio, flaca, de pelo castaño, con la que solo había cruzado palabras reales un par de veces. Por las noches, Nelson imaginaba los diálogos que algún día sostendrían él y esta niña frágil y perfectamente común y corriente a la que amaba. En ocasiones, interpretaba estos diálogos para su hermano Francisco. Ninguno de los dos había ido jamás a un teatro.

La compañía, llamada Diciembre, se integraba en torno a las obras de unos cuantos dramaturgos estridentes, aunque novatos, y se hizo conocida rápidamente por sus audaces viajes a la zona de conflicto, donde vivían su consigna —¡Teatro para el pueblo!— con considerable riesgo para la seguridad de los actores. El tenor de las cosas en esa época era tal que aunque los sacrificios de este tipo eran aplaudidos por algunos sectores del público, muchos otros los condenaban e incluso los equiparaban con el terrorismo. En 1983, cuando Nelson contaba con solo cinco años, algunos miembros de Diciembre sufrieron acoso policial en la ciudad de Belén; un incidente menor que, no obstante, apareció en los periódicos, preludio de un caso más grave en Las Velas, donde miembros del comité de defensa local apresaron brevemente a tres actores, llegando incluso a maltratarlos un poco creyendo que eran agentes cubanos. El trío había adaptado, se decía que de manera bastante convincente, un cuento de Alejo Carpentier.

Tampoco estaban del todo seguros en la ciudad, sin embargo: a principios de abril de 1986, luego de dos representaciones de una obra titulada *El presidente idiota*, el actor y dramaturgo principal de Diciembre fue arrestado por instigación y permaneció languideciendo durante la mayor parte de un año en una cárcel conocida como Recolectores. Su nombre era Henry Núñez, y las demandas por su liberación fueron una *cause célèbre* durante un breve lapso de tiempo. Se escribieron cartas de defensa en unos cuantos países extranjeros, en su mayoría por personas bienintencionadas que nunca antes habían oído hablar de él ni tenían opinión alguna sobre sus obras. En algún



lugar de los archivos de una de las emisoras nacionales de radio yace el audio de una entrevista realizada en la cárcel, en la que este serio joven sazona abundantemente sus declaraciones con citas de Camus y Ionesco, mientras describe una producción de *El presidente idiota* en la cárcel, con reclusos en los papeles protagónicos. «Los criminales y los delincuentes tienen una comprensión intuitiva de una obra teatral vinculada a la política nacional», dice Henry con voz firme y convencida. Nelson, a un mes de cumplir los ocho años, atinó a escuchar por casualidad esta entrevista. Su padre, Sebastián, estaba en el mostrador de la cocina preparando café, con una mirada de preocupación.

—Papá —preguntó el joven Nelson—, ¿qué es un dramaturgo?

Sebastián se quedó pensando un momento. Cuando tenía la edad de su hijo, había querido ser escritor.

—Un narrador. Un dramaturgo es alguien que inventa historias.

El niño quedó intrigado pero no satisfecho con esta definición.

Esa noche, le mencionó el tema a su hermano, Francisco, quien respondió como siempre lo hacía ante casi cualquier cosa que Nelson dijera en voz alta: con una mirada de perplejidad y fastidio; como si hubiera un conjunto de cosas normales que todos los hermanos menores debieran saber hacer, por instinto, en presencia de sus mayores, pero que Nelson nunca había aprendido. Francisco jugueteó con el dial de la radio. Lanzó un suspiro.

—Los dramaturgos inventan conversaciones. Ellos los llaman *guiones*. Como esa mierda que te inventas sobre tu noviecita de mentiras, por ejemplo.

Francisco tenía doce años, una edad en la que todo se perdona. Con el tiempo se iría a Estados Unidos, pero aun desde mucho antes de su partida vivía como si ya se hubiera marchado. Como si su familia — madre, padre, hermano— apenas importara. Sabía exactamente cómo poner fin a una conversación.

No se han encontrado grabaciones de la mencionada presentación carcelaria de *El presidente idiota*.

Hacia el momento de su liberación, en noviembre del mismo año, Henry estaba mucho más delgado y envejecido. Ya no hablaba con esa voz firme; de hecho, prácticamente no hablaba. No concedió entrevistas. En enero, como respuesta a un levantamiento de reclusos, dos de las secciones más problemáticas de Recolectores fueron arrasadas, bombardeadas y quemadas por el ejército; y los hombres que habían integrado el elenco de *El presidente idiota* murieron en el ataque. Recibieron balazos en la cabeza o fragmentos de granadas y metralla; algunos tuvieron la mala fortuna de ser aplastados por el derrumbe de

los muros de hormigón. En total, trescientos cuarenta y tres reclusos murieron, desaparecieron; y aunque Henry no se encontraba ya allí, una parte de él murió también aquel día. El incidente atrajo la atención internacional, motivó algunas cartas de protesta de capitales europeas, y luego cayó en el olvido. Henry perdió a Rogelio, su mejor amigo y compañero de celda, su amante, aunque él no hubiera usado esa palabra entonces, ni siquiera para sí mismo. No volvió a subirse a un escenario por espacio de casi quince años.

Pero una compañía teatral debe mirar más allá de una sola personalidad. Diciembre respondió al toque de queda, los bombardeos y el temor generalizado con un programa de bacanales de obras dramáticas, «tan ebrios de juventud y de arte —según Henry, una idea luego repetida por otros— que bien podían haber estado viviendo en otro universo». Los disparos eran deliberadamente malinterpretados como celebraciones con fuegos artificiales y utilizados como pretexto para alabar la *joie de vivre* local; los apagones incitaban ánimos de romance. En sus días de gloria, a finales de la década de los ochenta, Diciembre era percibido no tanto como un colectivo teatral sino más bien como un movimiento: montaban espectáculos maratónicos que duraban toda la noche en edificios y almacenes recientemente abandonados en las afueras de la Ciudad Vieja. Cuando no había electricidad —lo que sucedía a menudo—, instalaban luces conectando baterías de automóviles o colocaban velas alrededor del escenario; si eso no era posible, actuaban en la oscuridad, con las voces espectrales de los actores emergiendo de la negrura infinita. Se hicieron conocidos por las adaptaciones pop de obras de García Lorca, sus lecturas estentóreas de guiones de telenovelas brasileñas, sus noches de poesía que ridiculizaban la idea misma de poesía. Por una cuestión de principios, celebraban todo aquello que pudiera mantener al público despierto y riendo durante lo que de otro modo habrían sido las largas y solitarias horas del toque de queda. Estos espectáculos fueron mitificados por los estudiantes de teatro de la generación de Nelson; y si uno buscaba (como Nelson lo había hecho) en los puestos de libros y revistas usados que bloqueaban las calles laterales de la Ciudad Vieja, era posible hallar copias mimeografiadas de los programas de Diciembre, arrugados y desteñidos pero con ese olor inconfundible a historia, el tipo de historia de la que uno quisiera haber formado parte.

Para cuando Nelson ingresó en el Conservatorio, en 1995, la guerra había terminado hacía algunos años pero su recuerdo aún se mantenía fresco. Gran parte de la capital estaba siendo reconstruida. Aunque tal vez sea más correcto decir que la capital estaba siendo *reimaginada*, como una versión de sí misma en la que toda esa desagradable historia reciente jamás hubiera ocurrido. No había estatuas de homenaje a los muertos, calles con nombres cambiados en su honor o museos de la memoria. Se removieron los escombros, se ampliaron las avenidas, se plantaron árboles, se erigieron nuevos barrios sobre las cenizas de aquellos destruidos en el conflicto. Se planearon centros comerciales para cada distrito de la capital, y la Ciudad Vieja —un área que nunca había tenido límites precisos, que no era sino una forma común y abreviada de referirse al centro de la ciudad abandonado y en ruinas—

fue restaurada, cuadra a cuadra, con un ojo optimista puesto en obtener el reconocimiento de Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Se desvió el tráfico para hacerla más transitable para los peatones, las fachadas sombrías recibieron un toque de color y los ladronzuelos locales fueron enviados a trabajar a las afueras de la ciudad por una fuerza policial repentinamente vigilante. Los turistas empezaron a volver, y por lo menos el gobierno se sentía feliz.

Mientras tanto, la leyenda de Diciembre no había hecho sino crecer. Muchos de los compañeros de clase de Nelson en el Conservatorio afirmaban haber estado presentes cuando niños en alguna de esas representaciones históricas. Decían que sus padres los habían llevado; que habían sido testigos de actos inenarrables de depravación, una unión profana entre recital e insurrección, sexo y barbarie; que a pesar de los muchos años transcurridos, ellos se sentían aún agitados, dañados y hasta inspirados por aquel recuerdo. Todos eran mentirosos. De hecho, estudiaban para ser mentirosos. Uno puede imaginar que en estos días los estudiantes del Conservatorio hablan de otras cosas. Que son demasiado jóvenes para recordar cuán común era el miedo durante los años ansiosos. Tal vez les resulta difícil imaginar una época en la que el teatro se improvisaba como respuesta frente a titulares aterradores, cuando pronunciar una línea de diálogo con una escalofriante sensación de miedo no requería actuar. Pero, por supuesto, tales son los efectos narcóticos de la paz, y ciertamente nadie quiere dar marcha atrás.

Casi una década después del teórico final de la guerra, Diciembre aún funcionaba como una agrupación poco cohesionada de actores que ocasionalmente montaban una función, a menudo en una casa privada a la que el público llegaba solo por invitación. Paradójicamente, ahora que viajar fuera de la ciudad era algo relativamente seguro, el grupo casi nunca viajaba al interior. ¿Era esto flojera, una respuesta razonable al final de las hostilidades o simplemente la edad madura desgastando el borde afilado del radicalismo juvenil? Henry Núñez, antiguamente el dramaturgo estrella de la compañía, estaba prácticamente retirado de esta, decisión que atribuía no al tiempo que había pasado en la cárcel sino al nacimiento de su hija. Después de que la cárcel que había sido su hogar fue arrasada, se enamoró, casi a pesar de sí mismo, se casó y tuvo una hija llamada Ana. Y luego: la vida, la rutina doméstica, las responsabilidades. Antes de que Diciembre lo consumiera, Henry había estudiado biología, lo suficiente como para optar a un puesto de profesor en una escuela primaria supuestamente progresista del Cantón. El trabajo era atractivo para su ego —podía hablar durante horas sobre casi cualquier cosa que le viniera a la cabeza y sus alumnos no se quejaban— y en sus manos la biología no era tanto una ciencia como una rama obsesiva de las humanidades. El mundo podía en verdad ser explicado, y le parecía milagroso que los alumnos prestaran atención. Para obtener ingresos extras, conducía un taxi en fines de semana alternos, atravesando la ciudad de un extremo a otro a bordo de un Chevrolet viejo y fiel, heredado de su padre. A pesar de que desde mediados de los años ochenta no había entrado a una iglesia, colocó una calcomanía de color rojo brillante con las palabras «Jesús te ama» en el parabrisas, para que sus potenciales pasajeros se sintieran

seguros. La distracción mecánica del no pensar mientras conducía era algo terapéutico, y las calles vacías y a veces sombrías le resultaban tan familiares que no podían sorprenderlo. En un buen día, podía evitar pensar acerca de su vida.

Henry guardaba en la maleta un gigantesco oso de peluche que sacaba para que su hija lo sentara a su lado cuando la recogía de la casa de su madre. Mientras más crecía la niña, me contó Henry, más menguaban sus ambiciones. No era que él la culpara; todo lo contrario. Ana, me explicó, lo había salvado de una vida mediocre que a sus viejos amigos les había costado mucho alcanzar: pintores, actores, fotógrafos, poetas; colectivamente se les conoce como artistas, del mismo modo que a aquellos hombres y mujeres que se entrenan para viajes espaciales se les conoce como astronautas, hayan estado o no en el espacio. Él prefería no interpretar ese papel, me dijo. Se había cansado de fingir, una conclusión a la que había llegado a raíz de su encarcelamiento y luego de que sus amigos fueran asesinados.

Pero a finales de 2000, algunos veteranos de Diciembre decidieron que era importante conmemorar la fundación de la compañía. Se planearon una serie de funciones en la ciudad, y un veterano de Diciembre llamado Patalarga sugirió incluso hacer una gira. Por supuesto, llamaron a Henry, quien, con cierta renuencia, aceptó participar, pero solo si podían hallar un nuevo actor que se les uniera. Las audiciones para una versión itinerante de *El presidente idiota* se anunciaron en febrero de 2001, y Nelson, quien llevaba entonces un año fuera del Conservatorio, se inscribió de inmediato. Él y docenas de actores jóvenes exactamente como él, más notables por su entusiasmo que por su talento, se reunieron en el húmedo gimnasio de un colegio en el distrito de Legón y recitaron líneas que nadie había pronunciado en voz alta en más de una década. Era como retroceder en el tiempo, pensó Henry, y esa había sido precisamente su preocupación cuando surgió la idea por primera vez. Suspiró, quizás demasiado fuerte; se sentía viejo. Desde su divorcio, veía a Ana, ahora de once años, en fines de semana alternos. Sus alumnos tenían la edad de su hija; completaban «experimentos» científicos en los que no había nada en juego, en los que ningún resultado posible producía sorpresa. Últimamente esto lo tenía muy deprimido, y no sabía por qué. Cuando Ana se quedaba con él, llevaba consigo un manojito de dibujos atados con un cordel, todo el trabajo que había hecho desde la última vez que se habían visto, que luego entregaba con gran ceremonia a su padre para que este los criticara. A diferencia de sus viejos amigos, a diferencia de él mismo, su hija no fingía: ella era una artista, de esa manera honesta que solo tienen los niños, y eso llenaba a Henry de un orgullo inmenso. Ambos se sentaban en el sofá y discutían en detalle las obras dibujadas con crayones, lápices y pastel. Color, composición, trazo, tema. Henry usaba su acento más elegante y presuntuoso, y describía el trabajo de su hija con palabras pomposas que ella no entendía pero hallaba encantadoras, divertidas y muy adultas: *posestructuralista*, *antediluviano*, *protosurrealista*, *afásico*. Ella sonreía; él se regocijaba. ¡La tensión antropomórfica que recorre tu obra es simplemente extraordinaria! Muy a menudo, oculta entre las obras de arte de su hija, Henry

encontraba una sucinta nota de la madre de Ana, que era, en contenido y en tono, exactamente lo opuesto a esos bocetos despreocupados: una lista de cosas por hacer, recordatorios sobre la pensión escolar de Ana, actividades, citas. Palabras despojadas de calor o afecto o de cualquier rasgo de la vida que alguna vez habían intentado construir juntos. La diversión cesaba durante un momento mientras Henry leía.

—¿Qué dice, papi? —preguntaba Ana.

—Tu madre. Dice que me extraña.

Henry y su hija estallaban en intensos ataques de risa. Para ser una niña de su edad, Ana entendía bastante bien qué era un divorcio.

La reposición de la obra más famosa de Henry se programó para que coincidiera con el decimoquinto aniversario de su truncado debut y con el vigésimo aniversario de la fundación de la compañía teatral. Cuando le comentó la idea a la madre de Ana, ella lo felicitó. «Tal vez logres que te encierren de nuevo —le dijo su exesposa—. Quizás eso resucitará tu carrera.»

Una idea similar le había rondado la cabeza también, por supuesto, pero para mantener su orgullo Henry fingió ofenderse.

Ahora, en las audiciones, sentía su carrera más lejos que nunca. Fuera lo que ella fuera —un vicio, una obsesión, una enfermedad—, sin duda no era una «carrera». Con todo, este diálogo, estas líneas escritas por él tantos años atrás, aun recitadas por estos actores inexpertos, despertaban en Henry una inesperada avalancha de sentimientos: recuerdos de esperanza, de ira, de justicia y de amor propio. El intenso drama de aquellos días, la sensación de vértigo; se presionaba los ojos para cerrarlos con fuerza. En la cárcel, Rogelio le había enseñado cómo colocar una bobina de metal en los agujeros de un ladrillo y utilizar este artefacto para calentar su comida. Antes de esa sencilla lección, Henry había comido solo cosas frías. La cárcel era un lugar espantoso, el más aterrador en el que había estado. Había hecho todo lo posible por olvidarlo, pero si algo de aquella época aún lo hacía temblar, era el frío: sus días en la cárcel, el miedo, su desesperación, todo reducido a una temperatura. Comida fría. Manos frías. Pisos de cemento fríos. Recordaba ahora cómo resplandecían esas bobinas, brillantes y rojas, como lo hacía también la sonrisa de Rogelio, y le sorprendió que esas imágenes aún pudieran conmoverlo así.

Los actores, por su parte, estaban en su mayoría demasiado nerviosos o demasiado excitados para notar la expresión preocupada e inquieta de Henry; o, si lo hacían, asumían que era más una reacción a sus propias actuaciones.

Algunos, hay que decirlo, no tenían la menor idea de quién era él.

Pero Nelson sí reconoció a Henry. Lo había escuchado en la radio aquel día y no mucho tiempo después decidió ser escritor de obras de teatro. Tantos años después, en muchos aspectos, ese era aún su sueño. ¿Qué le dijo a Henry?

Algo como: «Señor Núñez, es un honor».

O: «Nunca pensé que tendría la oportunidad de conocerlo, señor».

Las palabras en sí no son tan importantes; baste con decir que insistió en acercarse a la mesa donde Henry estaba sentado, absorto en oscuros recuerdos. Imagínenselo: Nelson dándole la mano a su héroe, con los ojos deslumbrados de admiración. Una conexión entre ambos hombres, el mentor y su discípulo.

Cuando hablamos, Henry desestimó la idea. Yo insistí:

—¿Vio el dramaturgo algo de sí mismo en ese joven? ¿Algo de su propio pasado?

—No —respondió Henry—. Disculpa que lo diga así, pero yo nunca, jamás, fui tan joven. Ni siquiera cuando era un niño.

No importa. Un lunes de marzo de 2001, Nelson fue convocado a los ensayos en un teatro de la Ciudad Vieja, a una cuadra del óvalo cerca de la Biblioteca Nacional, donde su padre había trabajado alguna vez. Luego de un año funesto —una ruptura, un período prolongado en un trabajo poco interesante, la decepcionante etapa posterior a una graduación tan ansiada como temida—, Nelson estaba simplemente encantado con la noticia.

Henry tenía razón: Nelson, de casi veintitrés años, tenía una mochila llena de guiones, un cuaderno repleto de historias manuscritas, una melena de rizos rebeldes, y parecía mucho mucho más joven. Tal vez por eso le dieron el papel, por su juventud. Por su ignorancia. Por su maleabilidad. Por su ambición. La gira empezaría en un mes. Y fue entonces cuando comenzaron los problemas.

En una situación normal, Nelson habría compartido estas noticias con Ixta. Pero ahora dudaba. Había sido su novia hasta el julio pasado, y habían terminado de manera poco amigable un día que fue para Nelson el más crudo de aquel invierno. Nubes siniestras, una neblina fina y gris. Fue totalmente culpa suya. Quería libertad, dijo. Ella se burló de él: «¿Y quién soy yo, tu carcelera?». En respuesta, lágrimas egoístas pero auténticas inundaron sus ojos. Él se iba a Estados Unidos en busca de su futuro y no podía ser retenido ni por ella ni por nadie. Dejaron de hablarse por tres meses, durante los cuales él no hizo planes ni dio paso alguno en dirección al supuestamente valiente cambio de su vida.

A principios de octubre, Nelson e Ixta se reunieron a tomar un café; una situación tensa que, sin embargo, condujo a otra reunión unas semanas más tarde. Inesperadamente, a mitad de este segundo encuentro, él se dio cuenta de que se estaba riendo a carcajadas. E Ixta también. No era una risa tentativa, vacilante, cohibida o cortés. Y esto lo sacudió, la constatación de que, si él fuera más valiente, podría extender los brazos sobre la estrecha mesa que los separaba y —delante de todos esos extraños— colocar casualmente sus manos sobre las de ella. Nadie se daría cuenta ni pensaría que era algo raro o inapropiado. Hasta podrían sonreír ante la escena, o pensar algo como: «¡Oh, qué hermosa pareja!».

No lo hizo, por supuesto —no ese día—, pero sí avanzó algo. Lentamente. Con paciencia. Al ritmo consistente de una hormiga recolectando alimentos o de un ave construyendo un nido. Y esto rindió frutos: para el inicio de la temporada navideña se acostaban juntos otra vez. Al comienzo ocurrió casi como por accidente, pero la segunda vez lo llenó de esperanza. Empezaron a verse cada dos semanas, aproximadamente, o más a menudo si a Mindo, el nuevo novio de Ixta, le tocaba trabajar en turno de noche. Estos encuentros eran fuente de felicidad y tormento para Nelson, pero, en cualquier caso, él se sentía incapaz o reticente a llevar las cosas más lejos. Desnudos, hablaban de todo menos de lo que estaban haciendo juntos, del futuro, y de algún modo aquella vaguedad de su nueva relación era la razón de que la sintieran tan adulta. Ixta nunca le preguntó si aún tenía intenciones de marcharse a Estados Unidos, y él tampoco lo mencionó. Nelson estaba seguro de que pronto le diría que la amaba, que la extrañaba, que lamentaba todo lo ocurrido y que debían estar juntos, si no para siempre, al menos por el momento. Luego las cosas estarían más claras. No había escrito esta escena —ya no hacía esas cosas—, aunque sí se había proyectado a sí mismo en ella y tenía un par de discursos listos en la cabeza. Pero ocurría que Ixta también esperaba lo mismo. Ella no tenía idea de cómo respondería, pero lo estaba esperando. El único pequeño problema era que él no había dicho nada.

En marzo, cuando se enteró de las noticias sobre Diciembre, Nelson evaluó todo aquello por lo que habían pasado, lo que con seguridad aún les esperaba en el futuro, y decidió que lo correcto era llamarla a ella *primero*. El lugar que ella ocupaba en la fila era como un reconocimiento a su pasado y a su futuro imaginado. El teléfono sonó dos veces, seguido de un cortante aló. Ixta lo dejó hablar y luego lo felicitó secamente. Él aguzó el oído: era la voz que ella usaba cuando Mindo estaba en la habitación.

Ambos, Nelson e Ixta, eran actores, de modo que este detalle difícilmente impedía la conversación; de hecho, resultaba más importante que nunca comportarse de manera natural. Solo dos amigos hablando. Uno podría imaginarse que esta argucia era parte de la atracción entre ambos. Ixta interpretó su papel: eran noticias magníficas, le dijo.

—¿Por cuánto tiempo te vas?

—Un par de meses, tres, quizás.

Había un toque de sadismo en su anuncio. «Me sentí abandonada —me comentó Ixta más adelante—. De nuevo.»

Pero se guardó esta confesión, y más bien dijo:

—Siempre quisiste viajar.

—E incluso podría extenderse, si somos bien recibidos.

—Ojalá que sí.

Nelson esperó a que continuara, pero ella no dijo más. Le había obsequiado esas palabras, pero era imposible interpretarlas. ¿Ojalá que sí *qué*?

De fondo se oyó:

—¿Quién es, mi amor?

Nelson se sobresaltó, pero rehusó dar marcha atrás. Más tarde, se preguntaría si no habría sido imprudente. Pero, realmente, ¿qué pasaría si *de verdad* los descubrían? ¿No era eso acaso lo que él *quería* que sucediera?

—¿Lo celebramos? —le preguntó.

En su mente, el hecho de que fueran amantes —y solo amantes, por ahora— era un alivio para Ixta. Nelson se imaginaba que ella estaba agradecida de que él no la presionara, que no exigiera ponerle una etiqueta a esta nueva versión de su relación. La imaginaba



impresionada por su madurez, por su disposición a compartirla con otro hombre. Sin embargo, esta formulación era solo parcial. No tomaba en cuenta el hecho de que ella lo había amado, o de que él le había roto el corazón. No consideraba que su corazón podía seguir roto o que cada vez que dormían juntos se rompía un poco más.

—No lo sé —dijo Ixta—. Estoy ocupada esta semana.

—Pensé que estarías contenta por mí —dijo Nelson, y de inmediato se arrepintió de haberlo dicho. Sonaba tan quejumbroso, tan egoísta. Había ciertas actitudes que él se había cuidado de no mostrar desde su reconciliación, pero allí estaban ahora, al descubierto, desnudas. Quería ser mejor persona; y si eso no era posible, por lo menos aparentarlo.

—Estoy contenta por ti —dijo ella—. Emocionada.

Él insistió:

—Me gustaría verte.

Ixta suspiró: empezó a hablar consigo misma, a un ritmo rápido que empujó la conversación a su final. «Por supuesto. Sí. De acuerdo. Genial. Hablamos.» Nelson casi podía oír al hombre echado a su lado, con los ojos entornados y jugando traviesamente con el pelo castaño de Ixta entre sus dedos.

Nelson mantuvo el teléfono en sus manos unos momentos más, sin razón alguna.

La segunda persona en escuchar las buenas noticias fue su madre, Mónica, que había enviudado tres años antes, momento desde el cual su capacidad de alegrarse había disminuido considerablemente. La frase es suya: «mi capacidad de alegrarme», me dijo como cuando alguien describe el potencial de velocidad de un motor de cuatro cilindros o la memoria de una computadora nueva. Cuando se lo hice notar, Mónica se echó a reír. «Demasiados años como burócrata —dijo—. ¡Imagínate la vida que puedo haber tenido!»

Pero lo cierto es que su vida le había gustado mucho hasta la muerte de su esposo. La casa que ella y su hijo menor compartían les era ahora extraña, y ambos pasaban en ella el menor tiempo posible. Durante el primer año, Nelson oía a su madre llorar a menudo, hasta muy entrada la noche. A veces Francisco llamaba desde California y permanecía con ella en el teléfono durante sus largas crisis. La conversación melancólica proveniente de la otra habitación lo arrullaba y lo hacía dormir. De hecho, en esos días, él dormía bastante. Ahora Mónica ya estaba mejor. Aún colocaba el pijama de su esposo debajo de su vieja almohada y respetaba su lado de la cama. Era natural que aún sintiera la ausencia como se siente una herida.

Mónica iba a menudo al cine, sobre todo a ver películas estadounidenses. Había adquirido un gusto especial por las películas de acción y de suspense. Mientras más explosiones y efectos especiales, mejor; si la película incluía extraterrestres o submarinos, se regocijaba a solas. Intentó incluso explicar este nuevo interés a sus hijos, por separado, con resultados dispares. Como era de esperar, Nelson (para quien la estética de la narración no era una cuestión de gusto sino una convicción profunda) no la apoyó en absoluto. A Francisco, por su parte, le pareció cómico y de alguna manera en línea con las otras excentricidades de su madre: por ejemplo, usaba la cubierta de las bolsitas de té para hacer cisnes de origami que aparecían en bandadas en rincones poco habituales de la casa: en un armario poco utilizado de la cocina; detrás de la porcelana fina; en el comedor, posados en la cabecera de la mesa; o sobre el alféizar de las ventanas, mirando hacia la calle. Nunca arrojaba una revista a la basura sin antes recortar una o dos fotos bonitas, y la puerta de la refrigeradora se había convertido en una verdadera galería para la exhibición de estas imágenes, un *collage* de rostros que habían hecho que, cuando niños, Nelson y Francisco sintieran que formaban parte de una familia ecléctica e increíblemente grande. Y desde la muerte de Sebastián, Mónica había adoptado uno de sus viejos hábitos: escribir cartas a los diarios quejándose, por ejemplo, de los baches, de los embotellamientos de tráfico, del aumento de la delincuencia, de la falta de áreas verdes. Las escribía en nombre de Sebastián, con su firma, fiel al estilo ácido y erudito de su marido. Cada vez que alguna de estas cartas era publicada, Mónica sentía una punzada, una sensación de logro, una confirmación de su soledad. Guardaba los recortes en una carpeta y a veces los leía antes de acostarse, tal como Sebastián había hecho tantas veces.

Respecto a las películas, Mónica sentía que ninguno de sus hijos la entendía. Lo que le gustaba no eran las historias sino el ambiente, la atmósfera en la que se exhibían. Se descubría de pronto haciendo fila a la entrada del cine, rodeada por enjambres enloquecidos de adolescentes comportándose como se comportan los adolescentes: mal. Frenéticos, mal vestidos, innecesariamente bulliciosos. Yo la acompañé a una de esas películas y vi de primera mano su alegría indiscutible. Mientras más mala era la película, mientras más tonta, más feliz estaba Mónica: sus nuevos compañeros gritaban a la pantalla y aplaudían cada explosión, creando una cacofonía casi similar a la de la película. Me confesó que era una sorpresa también para ella, pero que esa compañía le daba paz. Comodidad. Era un recordatorio de que aún no estaba muerta.

La noche que Nelson recibió la noticia de Diciembre, dio la casualidad de que madre e hijo estaban en casa a la hora de la cena y ninguno de los dos había comido aún. Él había planeado mencionarla a la manera de un comentario casual e irrelevante que a lo sumo requiriera solo de un abrazo rápido, pero no fue así como se dieron las cosas.

—¿Te acuerdas de la audición? —preguntó él—, ¿la de la semana pasada? —Y sin esperar respuesta le soltó la noticia: le habían dado el papel. Saldría de gira.

Mónica era una mujer pequeña y orgullosa; de hecho, más pequeña y más orgullosa desde la muerte de Sebastián. Ahora, aunque intentó ocultarlo, empezó a llorar.

—Mamá —protestó Nelson.

—Estoy feliz por ti —dijo ella—. ¡Es una noticia maravillosa!

Se le quebró la voz. Preguntó por detalles, pero tuvo que sentarse para poder escucharlos. Se le debilitaron las piernas. Él le contó lo que sabía: que saldría de la capital en abril, rumbo a la sierra. Tendrían tantas funciones como pudieran, tal vez seis o siete a la semana. En la mayoría de los pueblos, empezarían negociando un lugar y horario para la obra. Tenían contactos y Diciembre era una compañía respetada y bastante conocida, incluso ahora, quince años después. Si el pueblo era lo suficientemente grande, se quedarían un tiempo, hasta que todos los hubieran visto actuar. El circuito estaba esbozado, pero sujeto a cambios o improvisaciones.

—Por supuesto —dijo Mónica.

Él prosiguió. De manera muy general, el recorrido abarcaría: San Luis (donde uno de los integrantes de Diciembre tenía un primo); una semana y media en la sierra, en las alturas y alrededores de Corongo (donde ese mismo hombre había nacido y donde aún vivía su madre); Canteras (donde Henry Núñez había vivido desde los nueve años hasta que huyó a la capital a los catorce); Concepción y después cruzarían la cresta montañosa hacia Belén, para luego descender a los valles. Posadas, El Arroyo, Surco Chico, nuevamente arriba hacia San Germán, y a continuación a la costa. En medio de todo eso, una docena de pueblitos. Un itinerario sin lugar a dudas ambicioso. El corazón del corazón del país. Era la gira que Diciembre quiso hacer quince años antes, hasta que el arresto de Henry echó por tierra aquellos planes.

En este punto del relato, Mónica estaba sollozando.

—Qué hermoso viaje —dijo—, simplemente hermoso.

Y aunque sus palabras eran sinceras, tal vez valga la pena señalar que nunca había oído hablar de la mayoría de los pueblos que su hijo había mencionado, y difícilmente habría podido conectar alguna imagen con sus nombres. Me confesó que no eran, en su mente, lugares específicos, sino ideas de lugares. Nociones. Ecos. El hecho de que alguien pudiera siquiera ir al interior aún la asombraba: durante la guerra, buena parte del país había sido zona de emergencia, demasiado peligrosa para viajar, pero ahora su hijo abordaría un autobús nocturno sin pensarlo dos veces. Era asombroso. En 1971, en su luna de miel, ella y Sebastián

condujeron el automóvil de su padre fuera de la ciudad, hasta los fértiles valles que descansaban contra la selva, a pintorescos poblados ribereños con calles empedradas y casas de adobe con techo de paja. Nombres complejos e impronunciables que diez años más tarde, durante la guerra, se convertirían en sinónimos de miedo. Pero no entonces. Aunque había olvidado algunos de los nombres, recordaba vívidamente todo lo demás: el agua limpia y brillante, el aire denso y húmedo, la mágica sensación de ligereza; y ese hombre —su esposo— todo para ella sola. El cuerpo le dolía de solo recordarlo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Nelson, sentándose junto a su madre mientras esta lloraba—. Va a ser solo por un par de meses.

Mónica no podía explicarle, o prefería no hacerlo. ¿Por dónde iba a empezar?

—No he comido, solo estoy un poco mareada —dijo, y trató de recordar cuándo fue la última vez que había llorado. ¿Como ahora? Semanas. ¡No, meses! Más tarde me dijo: «Estaba asustada. Me iban a dejar sola, completamente sola. Estaba convencida de que lo iba a perder. No sé cómo, pero lo sabía».

La única persona con la que Nelson no compartió sus buenas noticias fue su hermano Francisco. No hablaban mucho en esos días. Los ocasionales correos electrónicos de Francisco permanecían sin respuesta (Nelson no tomaba en serio esa forma de comunicación y la consideraba tan solo una moda pasajera); y parecía ser que cada vez que llamaba desde Estados Unidos, su hermano menor justamente acababa de salir. En total, hablaban quizás unas tres veces al año, y nunca durante más de diez minutos. La devastadora pero totalmente lógica consecuencia de este distanciamiento era que mientras menos hablaban, menos tenían de qué conversar.

La infancia de Nelson se puede dividir aproximadamente en dos partes: antes de que Francisco se marchara a Estados Unidos y después. Hasta los trece años, Nelson vivía con Francisco compartiendo una habitación, todo tipo de confidencias y cierta tensión cómplice. Había sin duda una jerarquía: cuando Francisco se excedía, Nelson admiraba la fuerza de su hermano; cuando Francisco se burlaba de él, Nelson se maravillaba ante el ingenio de su hermano; cuando Francisco lo engañaba, Nelson apreciaba la inteligencia de su hermano. Sería injusto decir que no se llevaban bien; aunque discutían mucho e incluso peleaban ocasionalmente, eso es solo una parte de la historia. Es más exacto decir que Nelson admiraba sin reservas a su hermano; que él —al igual que los hermanos menores de todo el mundo desde que los homínidos se organizaron en familias— había nacido dentro de una especie de culto. Que Francisco fue, hasta que se marchó y aun durante un buen tiempo después, el modelo de todo lo que Nelson quería ser.

Mónica y Sebastián se mudaron juntos a Baltimore en 1972, para continuar sus estudios. Se habían casado el año anterior, y una vez en

Estados Unidos decidieron que era hora de iniciar una familia. Cuando aún vivía, Sebastián explicaba esa decisión de la siguiente manera: tener un bebé estadounidense era como guardar dinero en el banco. Francisco nació en 1974. Mónica estaba en camino de obtener un título en Salud Pública en la Universidad Johns Hopkins, y Sebastián, una maestría en Bibliotecología. Mientras sus padres estudiaban, Francisco observaba el interior de su pequeño departamento acompañado por una parlanchina niñera estadounidense. Tan habladora, de hecho, que cuando la entrevistaron, Mónica y Sebastián solo pudieron decir un par de palabras. Ambos tenían la esperanza de que algo del inglés de esa mujer se quedara alojado en el cerebro de su hijo, donde podría serle útil más adelante.

Sin embargo, la educación lingüística de Francisco se vio interrumpida cuando el gobierno del país de sus padres fue derrocado tres meses antes de su segundo cumpleaños. Las noticias eran escasas y llegaban de manera irregular, pero pronto Sebastián y Mónica pudieron reunir algunos hechos relevantes. El más importante: los nuevos gobernantes no estaban en buenas relaciones con Estados Unidos. La reacción vino pronto: los visados de la familia no serían renovados. Las apelaciones, les dijeron, solo podían presentarse en el país de origen. Funcionarios del hospital universitario escribieron cartas a favor de Mónica, pero estos bienintencionados documentos se desvanecieron en el archivador de algún burócrata en los suburbios de Virginia, y pronto fue evidente que no había nada que pudieran hacer. En vez de arriesgarse a la posibilidad poco digna de una deportación (o algo aún más impensable, quedarse en el país y vivir en las sombras de la ilegalidad), Sebastián y Mónica decidieron empacar sus cosas y marcharse; y así, su aventura estadounidense llegó a un final prematuro. Sin embargo, el accidente de su lugar de nacimiento le dio a Francisco una importante ventaja práctica y psicológica, algo que forjaría su personalidad en los años venideros: un pasaporte de Estados Unidos y todo lo que este representaba.

Nelson nació en 1978, cuando Francisco tenía cuatro años. El conflicto armado comenzó dos años más tarde, en una provincia lejana al sur de la capital, un lugar tan remoto que la guerra cumplió casi tres años antes de que alguien la tomara en serio. Pasaron cinco años antes de que muchos supieran lo suficiente para tener miedo. Hacia 1986, sin embargo, las cosas estaban bastante claras, incluso para los jóvenes hijos de Sebastián y Mónica. A lo largo de su infancia, mientras la guerra cerraba sus garras sobre la ciudad y la economía comenzaba a tambalearse, Francisco se burlaba de Nelson exhibiendo su extraordinario documento de viaje. Era el equivalente de una alfombra mágica, con la posibilidad de escapar implícita en sus poderes y de alguna manera siempre presente en las conversaciones entre los hermanos. Se esperaba que Francisco emigrara tan pronto como fuera posible y que se llevara a su hermano menor en la primera oportunidad que se presentara. Francisco terminó el colegio, estudió para el examen TOEFL y, a medida que se acercaba la fecha de su eventual partida, enfatizaba ostentadamente su buena suerte para abrumar a su asustado hermano menor. Nelson lavaba la ropa de Francisco, hacía su cama, iba

a comprarle cosas a la tienda —un sinfín de encargos de poca monta, todo bajo la amenaza de retenerle el visado. «Qué pena —decía Francisco sacudiendo con tristeza la cabeza mientras observaba una desordenada pila de ropa mal doblada—. Sería terrible tener que dejarte aquí.»

(Cabe destacar que esta escena, que me contó un avergonzado Francisco en enero de 2002, también aparece en los diarios de Nelson. En su versión, sin embargo, la cita de Francisco es un poco distinta, pero su significado es crucialmente diferente: «Sería terrible tener que dejarte aquí *a morir* ».)

Cualesquiera que fueren las palabras exactas, episodios lamentables como este quedaron grabados para siempre en la conciencia de Nelson. La amenaza de dejarlo atrás era reiterada tan a menudo y con tantas horrorosas insinuaciones que empezó a sonar como una historia de fantasmas o una película de terror, en la cual él, Nelson, era la víctima. En aquel entonces, Francisco no comprendía el tipo de sufrimiento al que estaba sometiendo a su hermano. Las crueldades que cometió en aquellos años eran consecuencia de su impaciencia e inmadurez. De su ignorancia. Estaba ansioso por empezar una vida propia lejos de la ciudad violenta y deteriorada donde vivía. Aunque nunca lo admitió, ni ante su hermano menor ni ante nadie, Francisco también tenía miedo: de que todo no fuera sino un sueño, de que él también estuviera condenado a quedarse; de que alguien en el aeropuerto de Miami, Nueva York o Los Ángeles lo mirara a él primero, luego su pasaporte, y se riera. «¿De dónde sacaste esto?», le preguntarían en tono de burla, y él estaría demasiado asustado para responder. Después de todo, no sabía nada acerca de ser estadounidense. Estaba ansioso por vivir aquellas experiencias que solo podría tener lejos de su familia y sus expectativas. El país de la libertad, etcétera. En este sentido, Francisco era un chico común y corriente, con ambiciones comunes y corrientes.

A pesar de todo, los hermanos fueron cercanos hasta enero de 1992, cuando Francisco, de dieciocho años de edad, abordó un avión y desapareció en el desconocido sur de Estados Unidos para vivir con unos amigos de la familia. En los meses y años que siguieron, escribió cartas y llamó de vez en cuando, pero, a pesar de ello, comenzó a atenuarse en los recuerdos y la conciencia de Nelson, quien pasó a una suerte de compás de espera: un visado estadounidense llegaría pronto, o eso le habían dicho, para llevárselo lejos, rumbo a un nuevo comienzo. El inicio de su adolescencia coincidió con los años duros y sombríos de la guerra, cuando la vida se veía estrangulada por la violencia, cuando las familias seguían sus rutinas en un estado de aprensión constante. El año que Francisco se marchó, las cosas se encontraban en su peor momento; y Nelson, como el resto de su traumatizada generación, pasaba mucho tiempo en espacios interiores. (Como lo hice yo también, por ejemplo.) En lugar de aventurarse por las calles inseguras, Nelson leía bastante y veía televisión con una dedicación tal que alarmaba a su madre, una rigurosidad solo a veces recompensada con un vistazo a mujeres bailando con los senos al descubierto, con un chiste vulgar que

valía la pena repetir en el colegio, o con la escena de algún periodista normalmente estoico quebrándose bajo el peso de algún anuncio nuevo y aterrador.

Las noticias de finales de la década de los ochenta y principios de los noventa nunca dejaban de proveer alguna anécdota sombría y precautoria protagonizada por familias como la propia, ahora sumidas en una tragedia inenarrable. Hombres y mujeres desaparecían; les disparaban a los policías; el aparato estatal se tambaleaba. Esta última frase se escuchaba tan a menudo, tanto en conversaciones de adultos como en la radio, que Nelson comenzó a tomarla de manera literal. Se imaginaba una torre elegante pero precariamente construida balanceándose en medio de un viento cada vez más fuerte. ¿Se caería? Por supuesto que sí. La única pregunta que la gente sería se hacía era quién terminaría aplastado debajo de ella.

Para Nelson, para su familia, para la mayoría de los alarmados residentes de la ciudad, la ecuación era bastante simple: los que podían marcharse, lo hacían. Si Nelson, el niño, se encariñó con el escapismo, fue solo porque era un hijo de su tiempo; si halló poca utilidad en hacer las tareas escolares, o en la educación definida de manera tradicional y estrecha, fue porque razonó que no le servirían —de todos modos, pronto se iría para empezar de nuevo—; si soñó con una vida en Estados Unidos, lo hizo en un principio con una ignorancia caprichosa: los Estados Unidos que él imaginaba requerían de pocos detalles o matices para cumplir con su reconfortante objetivo espiritual. En cuanto a su realidad actual, Nelson decidió pensar sobre sí mismo como alguien en tránsito; y esto le permitió tolerar muchas cosas con la idea de que todos sus problemas eran solo temporales. Durante un tiempo, esta no fue una mala manera de afrontarlos.

Todo el mundo sabe que escribo acerca de un país ahora tan diferente, tan profundamente transformado, que incluso quienes vivimos ese período tenemos dificultades para recordar cómo era. Mientras peor se ponía la situación en el país, mayor consuelo hallaba Nelson en su eventual partida; cada mes de mayo, esperaba poder celebrar su cumpleaños con su hermano en Estados Unidos, pero, por desgracia, cada año esto se posponía. Francisco no había completado la documentación requerida. No había acudido a la entrevista. No había presentado la petición para que su hermanito se reuniera con él en Estados Unidos, aunque tenía esa responsabilidad y ese derecho; aunque pudo haberlo hecho tan pronto como en 1994. Francisco le echa la culpa de esta negligencia a su juventud, aunque es lo suficientemente consciente como para avergonzarse un poco por su falta de consideración. En su defensa: estaba descubriendo su nuevo país, tratando de convertirse en lo que su pasaporte azul siempre había dicho que era: estadounidense. No tenía el tiempo ni la disposición para considerar el significado que sus actitudes equívocas podrían tener para Nelson, cómo podrían afectar a su vida y su visión del mundo. Cuando uno lo piensa, en realidad todo es muy simple: Francisco no quería hacerse cargo de su hermano menor. Tenía solo veinte años, disfrutaba

de la vida, vivía de trabajos mal pagados y se mudaba con frecuencia. No quería la responsabilidad. Sebastián y Mónica molestaban y presionaban a su hijo mayor, incluso lo hacían avergonzarse, pero pasarían años antes de que el papeleo de Nelson finalmente estuviera listo.

Mientras tanto, la obsesión de Nelson con Estados Unidos animaba sus años adolescentes. Gracias al acceso de su padre a la biblioteca pudo aprender un inglés más que aceptable (aunque un antiguo profesor suyo con quien habló describió su acento como «simplemente horrible») e incluso lograr una familiarización básica con la historia de ese país. Estudió su geografía y acompañó a Francisco en su itinerante jornada a través del país, imaginándose junto a él en todas y cada una de esas ciudades: lugares poco glamorosos como Birmingham, Alabama; St. Louis, Misuri; Denton, Texas; Carson City, Nevada. Leía las cartas de su hermano y comenzaba a engarzarse en una especie de pensamiento mágico.

Al comienzo, lleno de esperanza, pensaba: Ese podría ser yo.

Luego, con una pizca de amargura: Ese debería ser yo.

A veces, justo antes de dormir: Ese soy yo.

En las entrevistas, emerge un retrato interesante: Nelson contándoles a sus amigos que sus papeles de residencia no tardarían en llegar, que pronto se marcharía, incluso presumiendo de ello, su salida inminente como una cuestión de orgullo. Uno se pregunta cuánto de esto él mismo se lo creía y cuánto era solo una pose.

«La verdad es que podía ser algo presumido —me dijo Juan Carlos, un muchacho que aseguraba haber sido el mejor amigo de Nelson desde 1993 hasta 1995—. Al final de cada año escolar, se despedía dando a entender que probablemente no regresaría el año siguiente. Se encogía de hombros fingiendo indiferencia, como si todo el asunto estuviera fuera de su control. Se iba a estudiar teatro en Nueva York, eso es lo que siempre decía, pero al año siguiente estaba de vuelta, y si alguna vez le preguntabas al respecto, él simplemente ignoraba la pregunta. Tenía esa habilidad. Era muy bueno cambiando de tema. Eso era algo que todos admirábamos.»

El muy prometido y muy demorado documento de viaje llegó al fin a la embajada de Estados Unidos en enero de 1998, tres o hasta cuatro años tarde. La guerra ya había terminado y el país empezaba a salir de su depresión. Nelson se puso en acción de inmediato. Estaba iniciando su tercer año en el Conservatorio, y comenzó a estudiar sus opciones con una seriedad que impresionó a sus padres: como dramaturgo y actor, Nueva York era naturalmente su destino preferido, pero también estaba considerando Los Ángeles, Chicago y San Francisco. Su hermano vivía al otro lado de la bahía, en una ciudad llamada Oakland, atendiendo en un bar y trabajando junto a un amable caballero mayor llamado



Hassan, que era dueño de una tienda de ropa. (Todo esto constituía una gran decepción para Mónica y Sebastián, aunque en especial para este último, quien hubiera querido que Francisco tuviera otro tipo de carrera.) En esos meses, los hermanos hablaron a menudo y con entusiasmo acerca de los planes de Nelson, discutiendo el futuro con una excitación y un optimismo que Nelson más tarde consideraría ingenuos. Francisco lo apoyó, e incluso fue a visitar algunas escuelas de teatro en el área de la bahía, donde hizo a los encargados de admisión las preguntas precisas que Nelson le había dictado por teléfono: ¿qué porcentaje de estudiantes prosiguen o avanzan en la carrera?; ¿quiénes son sus exalumnos más exitosos?; ¿cómo es su alumno típico?; ¿qué porcentaje de matriculados ha leído a Eugene O'Neill?; ¿qué porcentaje ha leído a Beckett?

Cuando Sebastián murió de manera repentina en septiembre de 1998, todos esos planes, esas conversaciones y esa intimidad desaparecieron.

Nadie tuvo que decirle a Nelson que ya no podría marcharse. Nunca se discutió el tema. Él lo tuvo muy claro desde el instante mismo en que vio a su madre por primera vez, en el hospital, justo después del derrame cerebral de Sebastián. La encontró frente a la ventana al final del vestíbulo; estaba a contraluz, pero incluso en su silueta, Nelson se dio cuenta de que estaba destrozada. Los pasillos de la clínica olían a formol, y mientras caminaba, Nelson sentía que sus pies se pegaban al suelo. Mónica tenía el cuello inclinado en señal de derrota, los hombros caídos. Cuando él se acercó a tocarla, ella se sobresaltó.

—Soy yo —dijo, esperando que de algún modo eso la calmara, o quizás solo abrigando la esperanza de que así fuera. Pero no sucedió. Mónica se desplomó sobre su pecho.

Nelson pensó: Es mía ahora, es mi responsabilidad.

Y tenía razón.

Francisco llegó a tiempo para el funeral, consternado al encontrar a su madre tan destrozada y a su hermano tan distante. Se sentía muy culpable (incluso se le llenaron los ojos de lágrimas cuando me lo contó), y Nelson, siendo Nelson, decidió no hacerle más fáciles las cosas. Tal vez decir eso sea injusto; tal vez Nelson simplemente *no habría* podido hacerle más fáciles las cosas a su arrepentido hermano. Tal vez no sabía cómo. No se habían visto en más de cinco años y ya casi ni sabían cómo estar juntos en una misma habitación. Nelson no lloró en su presencia, lo que le pareció desconcertante a Francisco, puesto que todo lo que él quería hacer en esos primeros días en casa era llorar. Nunca quiso volver de esa manera; ahora se odiaba por haber pospuesto durante tanto tiempo la visita.

Los dos hijos de Mónica pasaron la mayor parte de su tiempo sentados uno a cada lado de su madre, recibiendo a los invitados. Las condolencias fueron una tortura. Tanto Francisco como Nelson

maldijeron esa tradición. Cuando se encontraban a solas, hablaban en voz baja acerca de lo preocupados que estaban por su madre, pero no sobre sus propios sentimientos. («Adormecido —me dijo Francisco—. Así me sentía. Adormecido.») Había algunos desagradables detalles post mórtem que atender —cerrar ciertas cuentas, vaciar el escritorio de su padre en el sótano de la Biblioteca Nacional, etcétera—, tareas que realizaron juntos.

Después de mucha insistencia por parte de Francisco, finalmente salieron una noche, solos los dos. La hermana de Mónica, Astrid, se había ofrecido a acompañar a su madre. Francisco condujo el viejo auto de su padre, que aún olía a Sebastián, lo cual era obvio para Nelson pero no para él, pues llevaba lejos demasiado tiempo como para recordar algo tan importante como el olor de su padre. La noche estaba fría y húmeda, pero Francisco casi no se había apartado de su madre durante la semana que llevaba en casa, y la sola idea de salir por las calles de la ciudad lo predisponía al asombro. Francisco avanzó despacio; quería verlo todo. Habían pasado solo unos años, pero nada era como él lo recordaba —era como visitar el lugar por primera vez. Se maravilló con los casinos brillantemente iluminados de la avenida La Marina, castillos de neón que parecían contruidos a partir de restos rescatados de parques de atracciones extranjeros. Había una réplica en miniatura de la Estatua de la Libertad, un poco más voluptuosa que la original, de coqueta sonrisa y usando lentes de sol; también una réplica de la Torre Eiffel, con su aguja de metal brillando en medio de reflectores. Unas cuadras más allá, un molino de viento semioperativo presidía una sala de bingo llamada Don Quijote. En un día de viento, le explicó Nelson, esta atracción incluso podía llegar a girar, aunque muy lentamente. No era raro ver a parejas jóvenes posando para fotos junto al molino de viento, haciendo girar sus aspas con las manos y riéndose. A veces vestían trajes de boda. Era imposible decir cuándo, cómo o por qué este lugar se había convertido en un lugar emblemático.

Francisco notaba cada uno de estos hitos a su paso. «¿Hace cuánto está ese allí?», preguntaba, y Nelson se encogía de hombros, porque no tenía respuestas ni mucho interés. La curiosidad de su hermano le parecía fuera de lugar. Hacía tiempo había dejado de prestar atención, porque de todos modos era imposible mantenerse al día. Los mapas de la ciudad quedaban desactualizados apenas salían de la imprenta. La avenida por la que transitaban, por ejemplo: su zona comercial había sido destruida por una bomba que la dejó llena de cráteres a finales de los años ochenta —tanto Nelson como Francisco recordaban los hechos con claridad— y los asustados residentes habían hecho lo imposible por trasladarse a otro lugar, a distritos más seguros o aparentemente más seguros. En algún momento, sus veredas habían estado repletas de vendedores ambulantes, pero estos habían sido desalojados por la policía a inicios de los años noventa y se habían congregado en un mercado construido especialmente para ellos, en un solar abandonado en la esquina de la avenida Universitaria. Ahora la zona mostraba de nuevo señales de vida: se había inaugurado un nuevo centro comercial, y algunos fines de semana se abarrotaba de compradores que tenían

dinero para gastar, un acontecimiento que resultaba sorprendente para todo el mundo, incluso para los compradores mismos.

Encontraron un restaurante en ese trecho restaurado de escaparates de mal gusto, un lugar de comida criolla brillantemente iluminado cuyos mozos se movían a toda prisa entre las mesas vestidos con trajes de época que evocaban no tanto un período histórico ya ido sino el muy contemporáneo tono de una producción teatral de aficionados. Todos están actuando, pensó Nelson, y también mi hermano y yo: y esa idea lo entristeció. Pidieron cervezas y Francisco hizo notar que nunca en su vida habían tomado un trago juntos. Hicieron chocar las botellas, forzaron una sonrisa, pero no había nada que celebrar.

Francisco sabía que los planes de Nelson habían cambiado, pero pensó que valía la pena hablar de ello. Estaba desesperado por recuperar algo de ese optimismo, de esa cercanía que había sentido con Nelson tan solo un mes antes. Le resultaba difícil creer que esta podía desaparecer tan rápida y absolutamente.

Nelson no aceptó esa premisa. Cuando Francisco le preguntó, el rostro de Nelson se retorció en un gesto de desaprobación.

—Ya no tengo planes.

—¿No tienes planes? No, lo que quieres decir es...

—La has visto. Has visto cómo está. ¿Te parece que me vaya ahora?

—No estoy diciendo *ahora*. No hablo de planes inmediatos.

Nelson hizo girar la tapa de la botella entre los dedos, como si estuviera distraído. Pero no lo estaba.

—¿Y cuándo crees que será un buen momento para abandonar a mi madre?

Francisco se dejó caer sobre el asiento.

—A ver, saquemos la cuenta —dijo Nelson—. ¿Tres meses? ¿Seis meses? ¿Un año?

Fijó la mirada en su hermano.

—Pero eso no es justo —protestó Francisco.

—¿No lo es?

—Papá no habría querido que tú...

Había algo duro y frío en los ojos de Nelson que le impidió a Francisco terminar la frase. Nunca debió haberla empezado, por supuesto, pero

tal vez el daño ya estaba hecho. Tal vez el daño ya había estado hecho desde antes, en 1992, cuando dejó el país y a su hermano detrás. Tal vez ya no había forma de arreglar las cosas. Ambos se quedaron en silencio durante un rato, lo que no parecía molestar a Nelson en absoluto. De hecho, parecía estarlo disfrutando. Bebió su cerveza sin prisas, con una despreocupación divertida, como desafiando a su hermano mayor a que hablara.

Unos días más tarde, Francisco estaba en un vuelo de regreso a California. Ni el futuro, en general, ni los planes de Nelson, en particular, volvieron a ser mencionados.

El teatro estaba situado en las afueras de la Ciudad Vieja, en un barrio duro y sin ley, de casas decrepitas, calles estrechas y rejas de metal cerradas con candados rústicos y oxidados. Alguna vez lo habían conocido como el Olímpico, durante muchos años el principal escenario de la ciudad, aunque sus días de gloria estaban ya muy lejanos. Los padres de Nelson habían asistido a una obra allí alguna vez, cuando aún estaban saliendo, una noche memorable porque fue la primera vez que los dedos de Sebastián recorrieron más allá de los muslos de su futura esposa. Esa noche, Mónica se sentó casi completamente inmóvil durante toda la función, abriendo sus piernas solo lo suficiente para indicarle que estaba de acuerdo. 1965: el teatro se encontraba en su mejor momento; Sebastián y Mónica, también. En el escenario se desarrollaba una comedia, pero el padre de Nelson no prestaba atención alguna a los actores, todo lo que hacía era imaginar la piel de los magníficos muslos de su Mónica, y si se acordaba de reírse era solo porque aquellos a su alrededor lo hacían.

La brillante marquesina del Olímpico había significado algo alguna vez: «Un palacio de sueños», lo llamó uno de los miembros fundadores de Diciembre destacando el orgullo que sintieron la primera vez que se presentaron allí como compañía teatral, en 1984, dos años antes del arresto de Henry. Para Nelson y los actores de su generación, en cambio, no era más que un cine porno de segunda frecuentado por hombres mayores, borrachos tristes y putas. Juntos, los agotados miembros de estas diversas tribus se reunían a ver películas granuladas de mamadas, puñetazos y tríos acrobáticos, proyectadas fuera de foco sobre una pantalla amarillenta, en ocasiones sin sonido. Nelson no conocía la historia de sus padres, pero él tenía la suya. Antes de este ensayo, había estado en el Olímpico exactamente dos veces: la primera a los trece años, con algunos amigos, cuando fingió estar horrorizado y no tener interés. Un par de meses más tarde regresó solo. Como su padre alguna vez, ese día se sentó pensando en carne. A diferencia de su padre, Nelson se masturbó furiosa y violentamente; incluso se podría decir que con eufórico éxtasis. (Uno debe asumir que su padre habría hecho lo mismo, solamente que *después* y en privado.) A favor de Nelson hay que decir que tuvo suficiente claridad mental para evitar manchar los pantalones de su uniforme escolar, hecho que anotó con orgullo en su diario, en la entrada del 2 de septiembre de 1991. Salió de la oscura sala del teatro con la sensación de haber logrado algo extraordinario.

En cierto sentido, el Olímpico había sido también un palacio de sueños para Nelson.

Luego, en 1993, se produjo un pequeño incendio, que causó suficiente daño como para cerrar el local pornográfico. El Olímpico fue abandonado. Cinco años más tarde, Patalarga usó el dinero ganado en

su negocio de cueros y compró el teatro a la ciudad por una miseria. Su esposa se opuso a la compra, pero él insistió. El Olímpico estuvo prácticamente sin uso durante tres años, mientras Patalarga trataba de figurarse qué hacer con él.

Fue este hombre, el propietario, quien abrió la puerta cuando Nelson llegó para el primer ensayo. Era bajo, trigueño, ni grueso ni delgado pero robusto, cachetón y de grandes ojos verdes. Tenía el pelo negro, corto y peinado hacia delante, y llevaba un teléfono celular del tamaño de una cartera de mano de mujer sujeto a su correa.

Se dieron la mano; se presentaron.

—¿Patalarga? —preguntó Nelson, asegurándose de haber oído bien.

El hombre tenía otro nombre, un nombre de pila largo, polisílabo, conocido solo por un puñado de amigos cercanos y que ya nadie utilizaba de manera regular salvo su anciana madre. Cuando Patalarga era un niño, su madre había usado aquel nombre de nacimiento en una gran variedad de formas, con diferentes intenciones, entonaciones y gravedad dependiendo de su estado de ánimo o del clima: para maldecir a su marido ausente, por ejemplo; para recordarle a Patalarga de dónde venía, o para evocar el paso de los años. En su pueblo natal, o lo que quedaba de él, ese nombre aún resonaba y había quienes podían leer su pasado y predecir su futuro con solo escucharlo. Por supuesto, esa era precisamente la razón por la que Patalarga había dejado el pueblo y había permanecido lejos de él. Cuando adulto y ya en la ciudad, se deshizo del nombre tal como una serpiente se deshace de su piel, y al hacerlo experimentó un enorme alivio.

—Así es —le dijo—. Solo Patalarga.

Ambos se quedaron parados por un momento, con algo sin decir flotando entre ellos. El piso de madera estaba polvoriento y agrietado; la taquilla del teatro, que alguna vez había representado tantas posibilidades para Nelson y su padre, estaba cubierta con una plancha de cartón prensado. Nelson miró el techo del ruinoso vestíbulo: hasta los viejos candelabros parecían a punto de caerse en cualquier momento.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó Patalarga.

—En la audición.

—Aparte de eso.

—No.

Patalarga se acercó un poco más. Percibía las dudas del joven. Nelson era media cabeza más alto, pero aun así Patalarga se las arregló para

semiabrazar al actor y bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo:

—¿Has estado aquí antes?

—No —mintió Nelson.

—¿Conoces Diciembre? ¿Sabes lo que hacemos?

Nelson dijo que sí.

Patalarga sacudió la cabeza.

—Eso es lo que tú crees.

—Sé que fue aquí donde montaron *El presidente idiota*. He leído la obra del señor Núñez.

Patalarga sonrió.

—Muy bien. Asegúrate de decirle lo mucho que te gustó. No se siente bien estos días.

Luego condujo a Nelson hacia el interior del teatro, a través del vestíbulo (fuerte olor a lejía, la alfombra deshilachada tan gastada que brillaba), cruzando las puertas de entrada hacia la ubicación de la orquesta. La mayoría de las placas de metal con los números de los asientos habían sido robadas, sacadas a la fuerza, vendidas como chatarra en algún mercado de segunda mano en las afueras de la capital. A algunas filas les faltaban también los asientos, y le hacían recordar a Nelson la orgullosa sonrisa desdentada de un niño. Buscó involuntariamente el lugar donde se había sentado en su segunda visita —«mi triunfo sobre la vergüenza», había escrito en su diario—, como si fuera posible recordar ese tipo de cosas. La alfombra se había levantado en ciertos lugares, y el piso de cemento al descubierto estaba decorado con viejas manchas acumuladas de aceite, evidencia de algún intento de reparación hecho sin interés y luego abandonado sin remordimiento.

El dramaturgo estaba sentado al pie del escenario, con un guion en el regazo y las piernas colgando del borde. Parecía bastante pequeño, casi un niño, con el techo abovedado del teatro elevándose sobre él. Cuando Nelson apareció no levantó la mirada, siguió más bien leyendo para sí mismo de manera inaudible. Era su propio guion, por supuesto; y mientras lo leía, se maravillaba, no de su calidad (que en verdad le parecía dudosa) sino del hecho mismo de su supervivencia. De su propia supervivencia.

Patalarga tenía razón: Henry no estaba bien. El escritor en persona me lo explicó así: esa semana, y en todas las semanas que transcurrieron desde aquella primera relectura de su viejo guion, ni siquiera las obras

de arte de su hija habían podido sacudirle la melancolía. Había empezado a pensar muy a fondo y con cierta claridad acerca del tiempo que había pasado en la cárcel. Quién era él antes, en quién se había convertido después y qué relación había entre esos dos hombres; incluso si existía alguna o no. Había olvidado muchas cosas, otras las había intentado olvidar; pero Henry me dijo que el día que lo enviaron a Recolectores fue el más solitario de su vida. Aquel día se dio cuenta de que nada de lo que había aprendido antes tenía relevancia alguna y que cada paso que daba alejándose de la entrada de la prisión en dirección a su nuevo hogar era como caminar por un túnel alejándose de la luz. Lo condujeron a través del complejo penitenciario, que en aquellos días era una visión del infierno, lleno de hombres medio muertos mostrando al mundo el pecho desnudo y lleno de cicatrices, insensibles al frío. Jamás en su vida se había sentido tan asustado. Un hombre amenazó con matarlo a la primera oportunidad que se presentara, esa misma noche si era posible. Otro, con tirárselo. Un tercero lo miró con los ojos ansiosos de alguien que oculta un secreto terrible. Dos guardias condujeron a Henry a través del complejo, hombres a los que antes había considerado sus torturadores pero que ahora sentía como protectores, lo único que se interponía entre él y toda esa anarquía. A medio camino hacia su pabellón, advirtió que aquellos hombres estaban tan nerviosos como él; que al igual que él, hacían todo lo posible por evitar tener contacto visual con los internos que los rodeaban. En la puerta del pabellón, los guardias le quitaron las esposas y se volvieron para marcharse.

El dramaturgo los miró con impotencia.

—¿No se quedan? —les preguntó, como si los estuviera invitando a tomar un trago.

Los dos guardias lo miraron sorprendidos.

—No podemos —dijo uno de ellos en voz baja. Parecía avergonzado.

En ese momento, Henry se dio cuenta de que estaba solo, que esos dos guardias eran los únicos hombres de uniforme que había visto desde que cruzó la puerta del penal. Ambos dieron media vuelta y regresaron a toda prisa hacia la entrada.

Un recluso guio a Henry hacia el interior del pabellón, donde los hombres se arremolinaban sin orden ni concierto. Recuerda haber pensado: «Voy a morir aquí», algo que todos los nuevos reclusos consideraban al entrar por primera vez a la cárcel. Algunos de ellos, por supuesto, estaban en lo correcto. Henry fue llevado a su celda y no salió de ella durante muchos días.

Había llorado cuando arrasaron la cárcel y se forzó incluso a participar en algunas protestas frente al Ministerio de Justicia (aunque rehusó hablar cuando alguien le pasó el megáfono); pero si bien la tragedia lo había destrozado, le había evitado también al mismo tiempo la



necesidad de volver a pensar sobre su encarcelamiento. Ninguno de quienes lo habían vivido con él había logrado sobrevivir. No tenía nadie a quien visitar, nadie con quien recordar, nadie a quien ir a buscar el día de su liberación y luego conducir a casa fingiendo optimismo. En los muchos años transcurridos desde entonces hubo momentos en que los que casi había logrado olvidar la prisión por completo. Cada vez que se sentía culpable (lo que no era infrecuente, considerando todo lo sucedido), Henry se decía a sí mismo que no había nada malo en olvidar; después de todo, y para empezar, él nunca había sentido que pertenecía realmente a ese lugar.

La madre de Ana, ahora su exesposa, había oído las historias (algunas de ellas), pero eso había sido años atrás; en ese momento era incapaz de sentir alguna simpatía o solidaridad por el hombre que la había traicionado. Con excepción de Patalarga, pocas personas la sentían, al menos cuando yo me vi involucrado. Los colegas de Henry en el colegio donde enseñaba estaban celosos porque el director le había concedido licencia para ir de gira. Si hubieran estado al tanto de su controvertido pasado, probablemente lo habrían utilizado como una excusa para librarse de él para siempre. Sus viejos amigos de Diciembre no eran mejores; luego de su liberación, repetían con insistencia que Henry debía escribir una obra teatral sobre Recolectores, algo revolucionario, una denuncia, un homenaje a los muertos, pero él no tenía estómago para el proyecto, jamás había podido decidir cómo o por dónde empezar.

«Será como una terapia», argumentaban esos amigos. A lo que Henry solamente podía responder: «¿Una terapia para quién?».

Ahora que todo estaba volviendo a su recuerdo, no tenía a nadie con quien hablar. Durante años había estado perdiendo amigos y familiares a un ritmo alarmante, un proceso que se sentía incapaz de revertir. Decía cosas ofensivas en las fiestas, coqueteaba con las esposas de sus amigos, se olvidaba de devolver las llamadas telefónicas. Abandonaba hecho una furia cualquier presentación teatral mala, raspando ruidosamente su silla contra los pisos de hormigón para que todos pudieran darse la vuelta y ver al otrora famoso dramaturgo expresando con petulancia su descontento. (Más tarde, se sentía culpable: «¿Como si yo nunca hubiera escrito una obra mala!».) En algún momento del año anterior había ofendido incluso a su querida hermana, Marta, y ahora no se hablaban. Lo peor de todo era que ni siquiera podía recordar qué le había hecho.

Patalarga interrumpió su ensimismamiento.

—Henry —le dijo—. Te presento a Nelson.

El dramaturgo dejó a un lado su viejo e imperfecto guion y levantó la vista, mirando con ojos entornados al actor: los rasgos físicos del joven, su tonta sonrisa, su cabello desordenado, sus pantalones sin dobladillo. Henry recordaba muy poco de la audición. El apretón de manos, sí. Y

que este muchacho había leído la parte de Alejo, el hijo idiota del presidente idiota, con una facilidad sobrenatural.

—Eres perfecto para el papel —le dijo Henry—. ¿Y tienes cuántos años? ¿Dieciocho, diecinueve?

—Casi veintitrés —dijo Nelson.

Henry asintió.

—Bueno, yo soy el presidente.

—Sí, señor.

—El presidente idiota —añadió Patalarga.

Fueron a celebrarlo a un bar; sentaba bien poder beber a mitad de la tarde. Consiguieron una mesa al fondo, lejos de las ventanas, un lugar en penumbra. El calor se disipó luego de la primera jarra. Alguien cantaba una canción; una pareja discutía; pero ¿qué importaba?

—Pronto partiremos a la sierra —proclamó Henry con el vaso en alto, la cabeza ligeramente mareada y el espíritu cargado.

Hacía semanas que no se sentía tan bien. Optimista. Patalarga secundó la idea con similar entusiasmo; y los dos viejos amigos se dedicaron a recordar en voz alta historias que podrían interesar a Nelson: giras anteriores, obras pasadas, pueblitos andinos donde habían impresionado al público y enamorado a las mujeres. Borracheras épicas que habían durado toda una semana. Peleas con la policía, huidas por caminos montañosos hacia un lugar seguro. Todo se volvía extraño cuando uno subía por encima de los cuatro mil metros de altura, ese umbral sobrenatural más allá del cual toda la vida se vuelve teatro y todo el teatro se vuelve beckettiano. El aire enrarecido es mágico. Todo lo que uno hace es un enigma.

—Nunca he salido de la costa —admitió Nelson.

Ellos le inquirieron:

—¿Nunca?

—Nunca —repitió Nelson con el rostro enrojecido.

Ahora que lo pensaba, era en verdad vergonzoso, aunque nunca antes había tenido la oportunidad de avergonzarse por ello. Los pocos viajes de su familia fuera de la ciudad habían tenido siempre el mismo desafortunado destino: el pueblo costero natal de Sebastián, una parada sombría en la carretera al sur de la capital. Cuando pensaba en eso

ahora, sentía algo como rabia: ¡no había visto nada del mundo! ¡Ni siquiera su propio miserable país!

Henry dijo:

—¡Ah, la vida en la sierra! Patalarga te puede contar todo respecto a eso.

—Empaca tu tanque de oxígeno —le advirtió Patalarga—. Partiremos en unas pocas semanas.

Henry dejó escapar un silbido.

—¡Cuatro mil cien metros sobre el nivel del mar! ¿Te imaginas el trauma? Su cerebro nunca se ha recuperado.

—¿Cómo era?

Patalarga se encogió de hombros.

—Deprimente —dijo—. Y hermoso.

Llenaron sus vasos con lo que quedaba en la jarra y pidieron otra. Nelson quería saber más acerca de la obra. Aún no había visto el guion completo, no había podido hallar uno en ninguna antología, aunque las había revisado todas, incluso los volúmenes más oscuros desenterrados por su padre en la Biblioteca Nacional. Obviamente recordaba la controversia, les dijo, todo el mundo la recordaba (una exageración grosera), y narró la poco creíble historia de cómo había escuchado a Henry en la radio, entrevistado cuando estaba en prisión.

—Sonabas como alguien muy fuerte —le dijo Nelson.

Henry frunció el ceño.

—Debo de haber estado actuando. —No recordaba la entrevista—. De hecho, si quieres saber la verdad, ni siquiera recuerdo haber escrito la obra.

Nelson no le creyó.

Henry dijo que la única prueba sólida de su autoría era que lo habían encarcelado por ello.

—El Estado no comete errores durante la guerra. Seguramente aprendiste eso en el colegio.

Patalarga se rio.

—No era bueno en el colegio —murmuró Nelson agachando la cabeza.

Había bebido más de lo que creía. De pronto sintió que todo le daba vueltas.

Patalarga se permitió un momento de vanidad:

—Yo era asistente de dirección —dijo, aunque no estaba claro a quién le hablaba.

Los ojos de Henry brillaban de entusiasmo ahora, pero tras ellos Nelson pudo ver un cansancio profundo, una distancia. Cuando sonreía, se formaban pliegues profundos alrededor de su boca. Cuando se habían conocido en el Olímpico, una hora antes, le había parecido que estaba a punto de llorar. Henry prosiguió:

—A Patalarga le hubiera gustado que también lo arrestaran. Siempre ha estado un poco celoso de mi fama, como comprenderás. Tal vez si termina esa jarra, estará lo suficientemente borracho como para admitir que lo que digo es cierto.

Patalarga miró a Henry con furia y luego vertió lo que quedaba de la jarra en su vaso. Lo bebió con avidez y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—Henry no es el mismo desde que salió de la cárcel. Pero es mi amigo. Hicimos lo posible por ayudarlo, por sacarlo de ahí.

—Y *sí* me ayudaron —dijo Henry sin emoción—. *Sí*, me sacaron de ahí. Estoy aquí, ¿no?

Se pellizcó, como para enfatizar aún más el punto.

—Sí —dijo Patalarga, asintiendo—. Es lo que te vengo diciendo desde hace años.

Habían elegido un lugar bien conocido por Nelson, un bar llamado el Wembley. Al menos una vez por semana, después del colegio, Nelson se reunía con su padre en la Biblioteca Nacional y luego iban juntos a ese bar. Nunca cambió. Había entonces, y sigue habiendo ahora, fotos en blanco y negro de caballos de carreras con guirnaldas, mujeres de vestidos amplios y vaporosos con parasoles, hombres de traje y anteojos oscuros mirando sin sonrisas a la cámara, y detrás de ellos, las colinas desérticas que fueron alguna vez los límites de esta ciudad. Las calles de las fotos son apenas reconocibles, pero si uno mira de cerca se pueden distinguir los contornos difusos del lugar en el que esta ciudad se ha instalado. Hoy es muy raro ver a la gente que aparece en estas fotos, pero de vez en cuando entran al Wembley como si acabaran de llegar del hipódromo, o hubieran bajado recién de un barco de vapor, o salieran de un bautizo en la catedral a la vuelta de la esquina. Sebastián habría podido ser uno de esos hombres si hubiera elegido dedicarse a algo más lucrativo que la bibliotecología, pero aun así se habría unido a

ellos justamente cuando su poder e importancia empezaban a declinar. Los más ricos se marcharon durante la guerra por motivos de seguridad, los pensadores más radicales se desvanecieron en una invisibilidad protectora, y la clase media, alguna vez enorme, ahora es pobre: habiendo sido alguna vez dueños de la ciudad, en realidad del país entero, todo lo que quedaba de sus vastas propiedades eran bares como el Wembley, densos con un aire rancio como el de un museo provincial raramente visitado. En los viejos tiempos, si un caballero se quedaba sin efectivo, podía dejar su chaqueta en el guardarropa y recibir crédito según la calidad de la tela y el trabajo del sastre. Simplemente se asumía que a un hombre con terno le sobraba el dinero. Esas épocas se habían extinguido hacía mucho, pero aun así al padre de Nelson le encantaba el lugar. Comía un huevo duro, bebía un vaso grande de cerveza e interrogaba a su hijo sobre lo que había aprendido ese día en el colegio. Al terminar, tomaban el autobús a casa.

Por eso, cuando Henry pidió un huevo duro para acompañar su vaso de cerveza, Nelson sintió un *shock*, como si algo se removiera en su interior. Observó a Henry comer, sus mandíbulas vigorosas y sus ojos vivaces, y comparó este nuevo rostro con el que él recordaba cuando niño: su padre, que pasó los años de la guerra sacando a escondidas libros peligrosos de la biblioteca, antes de que los censores pudieran destruirlos. Aquí, en este mismo bar, el viejo de Nelson le había revelado sus tesoros secretos, sacando de su maletín las teorías de Trotski sobre la insurrección armada, o un folleto impreso a mano con elegías a Patrice Lumumba, o un librito con la extravagante poesía de Gramsci. Y aquellos años lo envejecieron: su cabello canoso retrocedió hasta dejar solo un pequeño mechón sobre la frente y un circuito de pequeñas arrugas adornaban su rostro. La última vez que Nelson lo vio, en el hospital, se veía como un fino dibujo a lápiz de sí mismo. Nelson se preguntaba si él también se vería así cuando llegara a viejo.

—¿Qué? —le preguntó Henry, porque el muchacho se había quedado mirando—. ¿Quieres que te pida un huevo?

Pasaron el resto de la tarde discutiendo la obra en sí: sus ritmos, su significado, su juego de palabras. Nelson tomaba notas mientras Henry y Patalarga hablaban, considerando los puntos de inflexión del guion, los quiebres en la acción y el malestar generalizado que atravesaba profundamente el texto, una pesadumbre que Henry describió como «indescriptible».

*Indescriptible*, escribió Nelson.

—¿Para qué escribes eso? —preguntó Patalarga.

No era una pregunta antagónica sino de simple curiosidad.

Nelson se encogió de hombros.

—¿Hay algún problema?

—Nosotros nunca anotamos nada.

—¿En serio? —preguntó Henry, porque en verdad no lo recordaba.

La trama de *El presidente idiota* se centraba en un jefe de Estado arrogante y egocéntrico y en su criado. Cada día, este último era reemplazado; la idea era que con el tiempo cada ciudadano del país tendría el honor de encargarse de atender las necesidades de su líder. Estas incluían ayudarlo a vestirse, peinarlo, leerle su correo, etcétera. El presidente era minucioso y exigente, y requería que todo siguiera un protocolo bastante idiosincrático, de manera que la mayor parte de cada día estaba dedicada a enseñarle al nuevo criado cómo debía hacer las cosas. Esto despertaba hilaridad. Alejo, el hijo del presidente, era un patán presuntuoso y además un ratero de poca monta que, a pesar de sus evidentes limitaciones, continuaba siendo una gran fuente de orgullo para su padre. La escena cumbre de la obra era una conversación a corazón abierto entre el criado, interpretado por Patalarga, y el personaje de Nelson, luego de que el presidente se ha ido a dormir; Alejo baja la guardia y admite que a menudo ha pensado en matar a su padre pero tiene miedo de llevar a cabo su plan. El criado se siente intrigado; después de todo, él vive en ese país en ruinas, sujeto a los desastrosos caprichos del presidente y, más aún, ha pasado todo un día sufriendo sus humillaciones. El presidente, cuyo poder parece infinito a la distancia, se ha revelado al criado tal y como es en realidad, tal como lo sugiere el título de la obra. El criado explora más a fondo las dudas de Alejo, y este se sincera, expresando su preocupación por la libertad, por el Estado de derecho, por el sufrimiento de la gente, al punto que el criado finalmente admite que sí, que quizás se podría optar por aquella salida. Aunque sería algo arriesgado, tal vez no era una mala idea. Por el bien del país, se entiende. Alejo finge reflexionar sobre ello, y luego él mismo mata al sorprendido criado como castigo por su traición. Despoja al cadáver de sus pertenencias, embolsándose la billetera del hombre, su reloj y sus anillos, y la obra termina con él gritando hacia la habitación donde duerme el presidente: «¡Uno más, padre! ¡Vamos a necesitar otro para mañana!».

Si uno recuerda esos tiempos, es bastante fácil entender por qué *El presidente idiota* fue tan controvertido durante la guerra. La obra se estrenó pocos meses después de la toma de mando de un nuevo jefe de Estado, un hombre joven, carismático, pero sin sentido del humor y con una seria falta de confianza en sí mismo. Aunque durante su interrogatorio Henry sostuvo que la obra no había sido escrita con ningún presidente específico en mente, el nuevo presidente era demasiado egocéntrico para aceptar tal posibilidad. Como si pensara que él era el único presidente en el mundo. Las protestas de Henry fueron ignoradas: lo mandaron a la cárcel; su liberación, seis meses más tarde, fue tan arbitraria como su arresto inicial. Mientras tanto, el país se dirigía a toda velocidad hacia un precipicio. La verdadera caída comenzó poco después.

Otros temas tratados aquella primera noche en el Wembley: la hija de Henry y sus dotes artísticas; la terca y talentosa mujer de Patalarga, Diana, que había interpretado el papel de Alejo en la primera producción de *El presidente idiota* («Así nos conocimos», dijo Patalarga) pero que no quería tener nada que ver con la reposición y con gusto había allanado el camino para la llegada del nuevo miembro de la compañía; Cayetano, el primo hermano de Patalarga con el que se encontrarían durante la gira, quien había pasado muchas noches en el Wembley tallando poesía con su navaja en las rayadas superficies de las mesas; y, por último, la delicada negociación que un hombre debe tener con su ego para enseñar ciencias naturales en un colegio primario cuando es en verdad un dramaturgo.

Sobre este último punto, Nelson descubrió que tenía algo que decir. Para él, Henry no debía estar trabajando en un colegio de primaria. Ni conduciendo un taxi, aunque él dijera que lo disfrutaba. Si Henry tuviera que dedicarse a enseñar, debería hacerlo en el Conservatorio. Pero, de hecho, si el mundo fuera justo, estaría en el extranjero, en París, Nueva York o Madrid, donde su trabajo pudiera ser apreciado. Supervisando las traducciones de sus obras, recibiendo premios, asistiendo a festivales, dando conferencias, etcétera.

En todo el país, tal vez nadie admiraba la obra de Henry tanto como Nelson. Hubiera podido seguir hablando, pero notó que sus amigos movían la cabeza con tristeza. Nelson se calló y los observó observándolo.

—Oh, las débiles mentes colonizadas —dijo Henry.

—Pensábamos que eras diferente —dijo Patalarga.

—Más iluminado.

—Es simplemente patético.

Nelson descubriría que Henry y Patalarga a menudo caían en estos ritmos, en los que uno completaba los pensamientos del otro. Y no era el único a quien esta costumbre le resultaba desagradable. Ahora, mientras Patalarga pedía una nueva y última (eso prometió, al menos) jarra de cerveza, Henry explicó sus objeciones. En su época, había una enfermedad —«¿La llamarías así, mi querido asistente de dirección?», y Patalarga asintió lúgubrementemente—, sí, un síndrome endémico en su generación. Se hacía creer a los jóvenes que el éxito debía venir en la forma de aprobación del extranjero. *Colonialismo cultural*, así lo llamaban en aquel entonces.

—Yo pensaba —manifestó Patalarga— que nos habíamos librado de eso.

Habían bebido mucho, quizás demasiado, o tal vez solo demasiado para Nelson. Él no sabía qué decir. Comenzó a explicarse. Su punto era tan solo que la obra de Henry merecía un mayor reconocimiento; su mente

no estaba colonizada ni era débil. Por el contrario, mostraba mayor escepticismo sobre Estados Unidos que el resto de su generación. ¿Y cómo podría ser de otra manera? Su hermano mayor prácticamente había abandonado a la familia para hacer su vida allá.

Francisco no habría estado de acuerdo con este punto, pero limitémonos por ahora a Nelson: durante años, había estado usando a su hermano mayor como un subterfugio que se adaptaba a cualquier propósito narrativo que su vida requiriera en un momento dado. Un héroe, una tabla de salvación, un enemigo o un traidor. Ahora que se necesitaba un villano, Francisco una vez más cumplía su papel.

—¿En serio? —preguntó Henry.

—Hubo una época en que yo lo idolatraba. En que habría dado cualquier cosa por ir. Pero luego... no sé lo que ocurrió.

—¿Se te pasó? —dijo Patalarga.

—Maduraste. Lo dejaste atrás —dijo Henry.

Nelson asintió. Se llevó el vaso de cerveza a los labios, como para indicar que sus confesiones habían llegado a su fin. Así de fácil, había actualizado su historia para este nuevo público, con algo más cercano a la verdad. Sus amigos del Conservatorio se habrían sorprendido.

Era temprano, ni siquiera las nueve, cuando salieron, pero habían estado bebiendo por lo que parecía ser una eternidad. El largo día de verano se deslizó hacia la noche, el cielo se cargó de rosa, rojo y dorado; una puesta de sol hecha a la medida se extendía por el horizonte. Patalarga detuvo un taxi, y los tres salieron de la Ciudad Vieja con rumbo al sur. Henry iba delante, declarando que era un alivio estar por alguna vez en el asiento del copiloto. Conversaba con el indiferente chofer, sugiriéndole una ruta panorámica.

—Les va a costar más —le dijo el chofer.

—Pero ¿qué importa el dinero? Tenemos que verlo todo —respondió Henry—. Nos iremos pronto, ¡y rumbo al *exilio* !

Gritó la última palabra como si se tratara de un destino y no de un concepto.

Pasaron frente a la Biblioteca Nacional, por los reducidos límites del centro, por los deteriorados y ominosos edificios de viviendas industriales, frente a grupos de obreros con casco caminando fatigosamente por las veredas cubiertas de cascajo; luego, a lo largo del extremo oriental del parque del Regente, donde los vendedores empacaban su mercadería, poniendo revistas y libros antiguos en grandes bolsas de plástico, barriendo los restos de flores cortadas y cáscaras de plátano desechadas, apilando en oxidadas camionetas cajas



de artefactos electrónicos robados. Nelson se asomó por la ventanilla y observó su ciudad, como despidiéndose de ella. No era un recorrido desagradable. A esa velocidad, a lo largo de esas calles, junto a esos monumentos caídos, la capital mostraba su rostro más atractivo: la de una metrópolis digna y laboriosa, ocupada por marginados y oportunistas; redimida día a día por el triste esfuerzo de estos y por su deseo apenas sublimado de mandarlo todo al diablo a cambio de un momento de placer.

—¿No es encantadora? —preguntó Henry desde el asiento delantero.

Patalarga se había quedado dormido; Nelson estaba sumido en sus pensamientos. La ciudad *era* encantadora. No podía haber otro lugar en el mundo al que él perteneciera tan completamente.

Esa era la razón por la cual siempre había soñado con marcharse y siempre había tenido tanto miedo de hacerlo.

A principios de 1998, Mónica obtuvo fondos para crear una compañía teatral de salud pública en la ciudad. Contrataría a un grupo de actores para representar obras sobre embarazos no deseados, depresión adolescente, salud sexual, etcétera, ante un público compuesto por estudiantes de escuelas estatales. Nelson acababa de terminar su segundo año en el Conservatorio, y durante un breve tiempo se le ocurrió que tal vez podría conseguir trabajo en ese programa gubernamental visionario (y, por tanto, condenado al fracaso), pero Mónica ni siquiera quiso considerar la idea. «El nepotismo es la forma más baja y menos creativa de la corrupción», le dijo, como si su objeción fuera tan solo una cuestión estética. Nelson debió de haberla mirado raro, porque ella luego añadió: «No que no estés calificado, por supuesto».

Él no volvió a tocar el tema y, unas semanas más tarde, ella le pidió ayuda para supervisar las audiciones, como un asesor sin paga. Fue así como conoció a Ixta.

La compañía iba a seguir el modelo de un programa similar establecido en Brasil. Cada semana, los brasileños le enviaban a Mónica un paquete con propuestas, documentos de planificación, gráficos a todo color que mostraban las subidas y bajadas de las tasas de suicidio entre los adolescentes de las infinitas favelas de Río de Janeiro. Con excepción de los informes a los donantes europeos y estadounidenses, que estaban en inglés, todos estos materiales se hallaban en portugués, incluyendo los guiones, lo que con el tiempo llegó a convertirse en un inconveniente. El supervisor de Mónica —un burócrata nato, si es que alguna vez existió uno— se mostraba ambivalente frente al proyecto, y por espacio de varias semanas estuvo indeciso, evitando aprobar a tiempo los costos de la traducción para las audiciones. Más tarde afirmó que todo había sido tan solo un error. Hubo un intercambio de insultos pero, al final, Mónica no tuvo más remedio que arreglárselas como mejor pudo.

El día de las audiciones llegó, húmedo y caluroso, y se reunieron en una sala de conferencias en el tercer piso del Ministerio de Salud. Debido a una falla arquitectónica era imposible abrir las ventanas, y la temperatura de la sala empezó a aumentar de manera lenta pero implacable; y para la hora de almuerzo, madre e hijo sudaban a mares. Uno tras otro, los actores entraban, les echaban un vistazo a ellos y otro al guion, y se rascaban la cabeza. Al principio, la situación era muy divertida: Mónica se disculpaba; los actores se disculpaban. Con ojos entornados, hojeaban las páginas, luego leían fonéticamente, y todos se reían. Algunos actores traducían lo mejor que podían, y Mónica y Nelson los escuchaban divertidos mientras el portugués se convertía,

con voces entrecortadas, en un español acartonado y sin vida. Si había alguna actuación de por medio, era difícil decirlo.

Nelson tomaba notas, pero a medida que el calor aumentaba y los monólogos se hacían cada vez más previsibles y sensibleros, su mente empezaba a divagar. El calor soporífero, el sonido áspero del portugués entrecortado y los decepcionantes actores —muchos de ellos amigos suyos—: todo era demasiado. Varios de ellos se dieron por vencidos y se marcharon. Le echaron la culpa al calor; al guion; al Ministerio de Salud y a todo el maldito gobierno.

Ixta fue diferente. Llevaban ya tres horas y media esperando cuando ella entró. No era bonita, pero tenía lo que uno podría llamar «presencia»: la tensión de su mandíbula, quizás, o su piel pálida y empolvada, o el flequillo que le caía justo delante de los ojos, de modo tal que era difícil adivinar en qué pensaba o hacia dónde miraba. Y se había vestido especialmente para la ocasión, con un uniforme de colegiala que incluía las medias blancas hasta la rodilla y una falda gris sin forma. Con unos pocos y rápidos pasos creó un espacio que hizo suyo, transformando la alfombra en un escenario. Tomó las páginas que le habían entregado y las hojeó muy rápidamente, asintiendo con la cabeza. Le devolvió las páginas a Mónica y un instante después se desplomó en el piso. Todo sucedió muy rápido.

—¿Está todo bien? —preguntó Mónica.

Ixta levantó la mirada durante un momento y sacudió la cabeza. Mostraba un rostro horrible, lastimero: maltratado y joven, y surcado de lágrimas.

—¿Cómo puede estar todo bien? —murmuró—. ¿Cómo?

Mónica la miraba con ojos intrigados.

—¿Qué pasó? —le preguntó Nelson, siguiéndole la corriente.

—Las chicas del colegio. Ya sabes de cuáles hablo. Dicen cosas.

Ixta se sentó y movió la cabeza de modo tal que su flequillo se retiró hacia atrás, y Nelson alcanzó a ver durante un instante sus ojos hinchados y enrojecidos. Luego se levantó lentamente, estirando una a una sus articulaciones. Cuando estuvo de pie, se encorvó y cruzó las piernas, mientras se rascaba la cara y murmuraba palabras que ni Mónica ni Nelson pudieron entender. Algo sobre las pandillas que controlaban el colegio y un chico que le gustaba.

—Me dijo que quería darme un beso —susurró Ixta—, pero luego no lo hizo.

Mónica recuerda bien la audición: «La niña exudaba tanta vulnerabilidad que uno se sentía indecente solo por mirarla». Después

de un rato, le pidió a Ixta que parara. Tenían aún a seis o siete actores esperando, le explicó. Ixta hizo un gesto de asentimiento, como si lo entendiera, pero luego prácticamente salió corriendo de la sala hacia el pasillo. Ni siquiera les había dado su información de contacto.

—Anda —dijo Mónica dirigiéndose a su hijo—. Ve tras ella.

Nelson encontró a Ixta sentada junto a los ascensores, con las piernas cruzadas, la cabeza inclinada sobre el pecho, la espalda contra la pared. Los demás actores la miraban con una mezcla de curiosidad y temor.

Él se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien?

Ixta asintió.

—Hace calor ahí adentro.

—Lo hiciste muy bien.

Ella se mordió el labio, mirando de frente hacia la puerta del ascensor, como si fuera capaz de ver a través de ella, al agujero que había detrás y más allá, dentro de la jaula de metal que resonaba invisiblemente por el viejo edificio del ministerio.

—Supongo que ahora vas a invitarme a salir.

—En realidad, te iba a preguntar por tus datos, tu información —dijo Nelson—. Para la obra. En caso de que necesitemos llamarte de nuevo.

—Claro —dijo ella, poco convencida—. Para la obra.

Él le dio un trozo de papel e Ixta anotó su nombre completo y número de teléfono. Sus letras eran redondeadas y traviesas. Era la escritura de una adolescente. Seguía interpretando a su personaje.

—No me llames después de las diez. —Recuerda haber dicho ella—. A mi padre no le gusta.

Así que Nelson la llamó la noche siguiente, exactamente a las nueve y media.

Sus primeros días fueron mágicos, a decir de todos. Me resulta incluso difícil escribir esta simple declaración sin sentir una pequeña punzada de celos. Sus amigos describen a un Nelson embelesado y a Ixta ligera como el aire. Ese verano y hasta bien entrado el otoño, ninguno de los dos llegó a tiempo a ningún lugar, ni al trabajo, ni a clases, ni a los ensayos. Se les veía bailando como locos en las fiestas de la Ciudad Vieja, o abandonando ruidosamente la sala de alguno de los teatros locales, manifestando su disgusto hacia la obra a mitad del primer acto

(un gesto petulante en el mejor estilo de Henry Núñez). Pasaron muchas noches en la habitación de Nelson, a puerta cerrada, hablando y riendo, haciendo el amor y luego hablando un poco más, tan perfectamente entrelazados en cuerpo, mente y espíritu que Sebastián y Mónica caminaban de puntillas por su propia casa, temerosos de molestar a la joven pareja.

Una noche, Nelson le dijo a su padre que Ixta era como un acertijo que él se sentía obligado a resolver.

Sebastián asintió. Aunque la metáfora le preocupaba, se guardó para sí sus dudas. No hay nada que merezca más respeto, le dijo esa noche en la cama a Mónica, que dos jóvenes que se han encontrado el uno al otro.

Nelson era tan encantador como torpe, y a Ixta le gustaba eso de él. A veces, él le leía sus obras, textos que nunca había compartido con nadie. Ella me dice que eran muy buenas, experimentales, extrañas. Una de ellas, una parodia política con clara influencia de la obra de Henry Núñez, se desarrollaba en el estómago de una lombriz de tierra: el consejo de ministros de una nación ingobernable se reúne para discutir el futuro del país, pero su conversación se ve interrumpida periódicamente por olas gigantes de suciedad y mierda que pasan a través del tracto digestivo de su anfitrión. Primero, los burócratas pierden su profesionalidad, luego su valor. El escenario se llena de mierda y, en el transcurso de la obra, van sumiéndose poco a poco en la desesperación. No estaba claro cómo podría ponerse algo así en escena, y de hecho, cuando Ixta le preguntó, era obvio que Nelson no había pensado mucho acerca de eso.

—¿No deben preocuparse de eso los productores, directores generales y directores de escena? —preguntó.

Ixta recuerda haberle dicho que mejor se dedicara a la animación. Se rio al recordarlo, porque él no parecía entender que ella le estaba tomando el pelo. Solo la miraba, confundido. «Me preguntó si me estaba burlando de él —me dijo—. Él apenas podía dibujar figuras de palitos.»

En todo caso, Nelson tenía otras obras que tal vez presentaban menos dificultades logísticas: una comedia que dramatizaba la historia del nacimiento de Sancho Panza, por ejemplo. O una historia policiaca que se desarrollaba en un burdel futurista, donde híbridos de robot y humano pagaban extra por acostarse con esa especie cada vez más rara conocida como la mujer humana pura. Su intención era que la obra fuera una crítica a la tecnología, pero también una pieza erótica.

Nelson trabajaba dos mañanas a la semana en un centro de fotocopias en la Ciudad Vieja y pasaba las tardes en el Conservatorio. Ixta era tres años mayor y planeaba graduarse ese año. Ella aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para bromear acerca de su juventud. Le gustaba fingir que estaba abusando de él. Él le seguía la corriente. Iban a hoteles de paso ubicados en las callejuelas sórdidas de la Ciudad

Vieja, donde creaban elaboradas situaciones inspiradas en obras que ambos admiraban. Ella era Stella y él, Stanley. Ella Desdémona y él, Otelo. Adaptaban estos guiones según los requerimientos de su romance, riéndose todo el tiempo. A ambos les resultaba sorprendente no haberse cruzado antes, y ello hacía que su amor pareciera, en verdad, predestinado.

Al principio, cuando Ixta y yo hablamos, ella se mostró reticente, reacia a recordar esos primeros días con Nelson. Puedo entenderla, por supuesto.

—¿De qué sirve? —dijo—. No es fácil, ¿sabes?

Con solo mirarla me di cuenta de que decía la verdad: no era fácil. Pero yo insistí; y una vez que se entusiasmó con la tarea, las historias empezaron a fluir. En dos ocasiones se rio tan fuerte que incluso me pidió que detuviera la grabación. No la detuve, solo fingí hacerlo.

—Era dulce —dijo Ixta—. Y en esos primeros días me adoraba. No me lo estoy inventando. —Esto es algo que me decía todo el tiempo—. Me enamoré de él por completo.

—¿Hablaron sobre la posibilidad de que él pudiera irse?

—Un poco, pero muy vagamente. Yo sabía todo acerca de la visa. Acerca de Francisco. Él alardeaba ante los demás diciendo que se marcharía pronto, pero yo nunca lo tomé muy en serio. Sus papeles llegaron poco después de que empezáramos a vernos, pero no me sentí amenazada. Él se emocionó mucho, y yo también. Incluso hablamos sobre la idea de irnos juntos, a Nueva York o Los Ángeles, o a algún otro lugar. Durante todo ese tiempo yo trabajaba con su madre, como sabes, y ella apoyaba esa idea. Fue solo después de la muerte de Sebastián que las cosas cambiaron.

—¿Fue entonces cuando terminaron?

—No —dijo Ixta—. Yo lo había conocido quizás unos ocho meses antes. Y estuvimos juntos durante casi dos años más. Pero, sí, algo cambió en ese momento. Fue el final de nuestra luna de miel. Él amaba a su padre. Y yo también. Sebastián era un hombre maravilloso. Nelson no volvió a hablar de marcharse. Ni yo tampoco.

No quiso hablar mucho acerca de la ruptura, así que le pregunté sobre Diciembre. Contuvo la risa.

—Nelson estaba obsesionado. Los amaba, amaba su historia, y la admiración que sentía por Henry Núñez era en verdad extraordinaria. Debes comprender que no estamos hablando de un dramaturgo reconocido universalmente, ni nada de eso. Diciembre goza de cierto prestigio en el Conservatorio, pero, en realidad, se trataba de una obsesión personal. Leí algunas de las viejas obras. Nelson me hizo

fotocopias. Estaba tan ansioso por oír mi opinión que era como si las hubiera escrito él mismo.

—¿Y? —le dije.

Ixta sonrió con cortesía.

—Debo admitir que nunca entendí por qué tanta alharaca.

Un jueves por la tarde, Henry llegó al ensayo con una pila de dibujos de su hija, que dejó caer en el regazo de Nelson sin más explicación. Se quedó de pie, con los brazos apoyados en las caderas, mientras Nelson hojeaba despreocupadamente las imágenes, sin percibir la urgencia en la pose de su director. Eran dibujos de barcos, arcoíris y caballos.

—Gracias —dijo Nelson—. Son bonitos.

Solo entonces vio la expresión en el rostro de Henry.

Debido a la inclinación del piso, Henry no se elevaba muy por encima del nivel de los ojos, y el escenario a sus espaldas se veía inmenso. Estaban en el viejo Olímpico, que, transcurridas tan solo unas pocas semanas, ellos sentían ya como su hogar. Sus particulares rasgos de decadencia se habían convertido en algo familiar, incluso reconfortante. Ensayaban los lunes y miércoles por la noche, los jueves por la tarde y todo el sábado. A veces, otros miembros de Diciembre venían a verlos, a ofrecerles consejo, pero por lo general Henry, Patalarga y Nelson estaban solos. Una vez que salieran de gira, actuarían en iglesias, garajes, plazas, ferias y talleres. Una función se representaría bajo los fluorescentes parpadeantes de un auditorio municipal casi congelado; otra, en un matadero con su piso recién lavado con una manguera, pero ninguna en un teatro propiamente dicho, si un lugar como el Olímpico, dañado por el fuego, aún podía ser llamado así. Henry y Patalarga eran conscientes de ello. Pero a ninguno se le ocurrió decírselo a Nelson; ambos simplemente asumieron que él lo sabía. Pero ahora parecía que el dramaturgo tenía algo en mente.

—¿Tú quieres —dijo Henry (*bramó*, según Patalarga)— que yo pase un par de meses lejos de esta delicada artista en ciernes, esta hija a la que adoro, la única persona a la que amo en este mundo, para acompañarte cuando tú cagues mi obra? ¿Es eso lo que dices?

Nelson, hasta donde tenía entendido, no había dicho eso. Él pensaba que las cosas estaban yendo bien. Empezó a tartamudear algo en su defensa, pero Henry lo interrumpió.

Del otro lado del teatro, Patalarga los observaba. Más tarde, me contó que llevaba varios días esperando una escena como esa. En palabras de Patalarga, Nelson no se estaba «sometiendo totalmente al mundo del idiota». Había una sola manera de satisfacer a Henry: con una inmersión total. Patalarga recordaba una pieza experimental de inicios

de los ochenta, una obra sobre una barriada imaginaria construida sobre los restos de un cementerio indígena. Era una obra de tres actos oscura, mordaz, llena de fantasmas. Cuando se acercaba la noche del estreno, Henry mandó construir una docena de ataúdes en miniatura para los miembros del elenco. Le pidió a cada actor que durmiera junto a uno de esos pequeños ataúdes en su cama, para que pudieran comprender mejor la emoción que nutría a la obra.

Por eso, al ver a Henry atacar a Nelson de esa manera, Patalarga optó por mantenerse a distancia «por respeto al proceso artístico».

Luego de un momento inicial de protesta, Nelson se quedó mirando en silencio a su torturador, desconcertado. De hecho, no estaba desacostumbrado a este tipo de tratamiento. Su rostro se tornó inmutable, inexpresivo, calmado. Era un truco que Nelson conocía desde pequeño, cuando libraba contra su hermano batallas que sabía que no podía ganar. No era simplemente estoicismo, sumisión o indiferencia; eran todas esas cosas juntas.

Nelson desvió las fuertes críticas de Henry con algunas frases de su pasado. Surgieron con una facilidad sorprendente: «Lamento que te sientas así», «¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?», «¿Es algo que he hecho?», «¿Cómo podemos seguir adelante y dejar atrás esta conversación?».

No pasó mucho para que a Henry se le agotara la energía. Se dio por vencido, desplomándose en un asiento unas cuantas filas detrás de Nelson, exhausto. Transcurrieron pocos pero largos minutos de silencio, sin un solo ruido en la sala, excepto aquellos provenientes del vecindario: un motor en marcha, el sonido de una bocina a lo lejos, algunos compases de la música de un vendedor ambulante.

—Me recuerdas a mi ex —dijo Henry al fin—. Creo que necesito un trago.

—Lo siento, pero...

—Está bien. No debería haberte gritado. Ven aquí.

Nelson se levantó y caminó unas filas hacia atrás. ¿Qué no había hecho por la obra? ¿Y qué no estaba dispuesto a hacer?

—No sé lo que me está pasando —dijo Henry.

Había estado sufriendo arranques de ira, de una rectitud ofendida, explicó, momentos explosivos que lo cogían cada vez más desprevenido.

—Es solo parte del proceso —sugirió Nelson, sin saber que repetía la interpretación de Patalarga.



Pero Henry no se lo creyó.

—Hace más de diez años que no hago esto. No tengo un proceso.

Nelson se encogió de hombros y le entregó los dibujos de Ana. El primero de la pila era una escena pastoral pintada con los dedos, una familia de huellas digitales de pulgares adornadas con puntos como ojos y sonrisas amplias, dando brincos por una pradera, o tal vez algún parque de la ciudad. Era difícil saberlo. El cielo estaba embadurnado en la parte superior de la página en su tradicional color azul; aquí, en una ciudad que sufre bajo espesas nubes grises durante diez meses del año. ¿Por qué los niños que viven en ella insisten en colorearlas de ese modo? ¿Por simplicidad? ¿Por hacerse ilusiones? Nelson estaba seguro de que había hecho lo mismo cuando tenía la edad de Ana. ¿Reflejaba el cielo azul falta de imaginación o más bien un exceso de ella?

Henry recibió los dibujos sin hacer comentario alguno y se inclinó para guardarlos en su mochila.

—Siéntate —le dijo a Nelson, señalando el asiento a su lado. Su voz sonaba calmada—. Mira ese escenario. Imagínate esta sala de teatro llena de gente. Ellos no nos conocen, ni a ti ni a mí, ni saben nada de la obra. Tal vez no han visto nunca una función teatral. No son tus amigos. Han venido a que los entretengan. Los instruyan. Los consuelen. Los distraigan. ¿Puedes imaginártelo?

—Sí.

—Las luces se apagan. Se abre el telón. ¿Quién sale primero?

—Patalarga —dijo Nelson.

—El criado.

—Así es.

—¿Y qué es lo que dice?

—Dice: «Ha llegado el momento, justo como yo se lo dije».

—¿Y cómo se siente?

—Incómodo. Algo asustado. Enojado. Curiosamente, también con una pizca de orgullo.

—Muy bien —dijo Henry—. ¿Y dónde estás tú?

—Tras bastidores.

Henry sacudió la cabeza con seriedad.

—No existe un lugar tras bastidores. Una vez que la obra comienza, solo existe el mundo que ella dramatiza. Entonces, ¿dónde estás tú?

—Con mi padre, el presidente. En sus aposentos.

—Correcto. Conmigo. Tu padre. Ahora (y esto es importante), ¿me amas?

Nelson reflexionó sobre esto; o, más bien, Nelson, como Alejo, reflexionó sobre esto.

—Sí —dijo después de un momento—. Te amo.

—Muy bien. Recuerda eso. En cada escena, incluso cuando me odias, también me amas. Es por eso que duele. ¿Lo entiendes?

Nelson le dijo que sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien. Porque *en verdad* duele —dijo Henry—. No lo olvides. Tiene que doler. Siempre.

En los días siguientes, Henry recitó sus líneas habituales con un poco más de vigor, reprendió a Alejo con algo más de intensidad. Era difícil no tomarlo como algo personal, e incluso cuando los ensayos terminaban, algo de esa sensación desagradable quedaba flotando en el ambiente. El presidente y Alejo eran dos miembros de una familia atribulada, con una historia tirante y complicada; Nelson y Henry eran dos actores que apenas se conocían. Patalarga trataba de allanar el camino, pero no era fácil. Sugirió ir al Wembley para unos tragos una noche después del ensayo, pero Nelson se excusó. Propuso almorzar juntos al día siguiente, pero Henry llegó tarde. Organizó una cena con los antiguos miembros de Diciembre, pero los dos actores se pasaron la noche en extremos opuestos de la habitación, sin interactuar. Sin embargo, a pesar de todo, lo estaban logrando, escena a escena; estaban llegando a la oscura verdad de la obra. *El presidente idiota* podía ser una farsa mordaz y divertida acerca del poder, el engaño y la violencia, me dijo Patalarga. Eso todos lo sabían. De lo que él no se había dado cuenta hasta ese momento era que también se trataba de una dolorosa declaración sobre la vida familiar.

Había una escena hacia el final del primer acto, cuando el criado le está amarrando las botas a Henry. Patalarga está de rodillas delante del presidente. Es un momento extrañamente íntimo. «Frótame las pantorrillas

—dice el personaje interpretado por Henry. Y luego confiesa—: Me duelen de tanto patear a mi hijo.»

El criado, sorprendido, no dice nada: el presidente tiene fama de cruel, y él asume que la afirmación es cierta. Con ojos bajos, pasa sus manos sobre las pantorrillas del presidente, mientras Henry deja escapar un suspiro, disfrutando de ese masaje improvisado. «En realidad, solo sueño que lo hago —dice el presidente, y luego retrae la pierna y patea al criado en el pecho—. Pero ¡oh, cómo lo sueño!»

En los primeros ensayos (y en las representaciones originales de 1986 en el Olímpico), esta escena ocurría con Alejo fuera del proscenio; en las versiones posteriores, Henry quiso que el personaje de Nelson estuviera allí, oculto tan solo unos pasos detrás de la acción, escuchando a escondidas cómo su padre sueña despierto con patearlo. Este pequeño cambio era, en parte, un reconocimiento de las realidades de la gira que los esperaba: era muy poco probable que hubiera un espacio detrás de bastidores (real o metafórico) en lugares del interior del país, cuando estuvieran recorriéndolo. Aun así, alteraba algo, cambiaba la química de la representación. Una tarde se dedicaron a ensayarla una y otra vez, e incluso colocaron espejos para que Henry pudiera ver la reacción de Nelson. Tres, cuatro, cinco veces, pateó al pobre Patalarga mientras miraba fijamente a los ojos de Nelson.

—Recuerda que no lo pateo a él, te estoy pateando a ti —gritaba Henry.

En el sexto ensayo, no atinó con las manos de Patalarga y casi le destroza la cabeza al sirviente. Patalarga esquivó la patada justo a tiempo. Todos se quedaron quietos. El teatro estaba en silencio. Patalarga estaba tendido sobre el escenario, respirando con dificultad.

—Está bien —dijo—, ya es suficiente.

Henry había empalidecido. Se disculpó y ayudó a Patalarga a ponerse de pie, casi cayéndose él mismo al hacerlo.

—No fue mi intención, yo...

—No te preocupes —dijo Patalarga.

Pero Nelson no pudo dejar de pensar: Si supuestamente él está pateando a Alejo todo el tiempo, ¿por qué no me pide disculpas a mí?

Durante un momento, los tres se quedaron de pie, observando sus imágenes en el espejo, no muy seguros de lo que acababa de suceder. Henry parecía como si estuviera a punto de enfermarse; Patalarga, como un hombre al que habían pateado cinco veces en el pecho; Nelson, como un niño desconsolado.

—¿Estás bien? —dijo Henry dirigiéndose al espejo.

No quedó claro a quién se lo preguntaba.

En las semanas finales antes de su partida de la ciudad, Henry empezó a garabatear algunas ideas. Notas. Dichos. Puntos de referencia. Páginas y páginas de ellos, provenientes de un hombre que había casi abandonado la escritura desde su inesperada salida de Recolectores catorce años atrás. Más adelante, cuando hablamos, él me mostró esos folios pesaroso, avergonzado incluso, como si demostraran algo sobre la desafortunada gira o sobre su estado de ánimo en los días previos a ella. Yo no estaba muy convencido, pero de todos modos eché un vistazo a esas páginas, tratando de encontrarles algún sentido.

Una muestra:

«El bus llegó con doce minutos de retraso hoy —se leía en una línea garabateada, con fecha 16 de marzo de 2001—. Razones desconocidas e inescrutables. Misterio. Hubiera podido conducir.»

Dos días más tarde: «Me desperté con una fuerte erección a las 7.00. Me senté en la cama y prendí la luz para observarla. La vi marchitarse, un lamentable espectáculo. Debería haber trabajado en la televisión cuando era joven, antes de que me pusiera feo. Dormí un rato más. Tres huevos como desayuno. Nada de café. Sentí que los pantalones me apretaban en los muslos. Una mujer subió al taxi hoy, de cabello negro, me preguntó si yo...».

La semana siguiente: «Durante ocho meses, casi no hablé de la vida en el exterior. Excepto con Rogelio. Porque me lo pidió».

27 de marzo: «Una obra para Rogelio. Finalmente. Una historia de amor. Un hombre que aprende a leer en una celda alquilada de la cárcel. Le enseñan a leer, a cambio de sexo. Una transacción puramente capitalista entre dos hombres que fingen estar enamorados. Tal vez lo están. Momentos incómodos. Mantequilla como lubricante, robada de la tienda de la cárcel y calentada entre las palmas de las manos. Entre los pulgares y dos dedos. Resulta extraño que un gesto tan simple pueda ser tan excitante. Una mujer subió a mi taxi hoy, de cabello negro, labios carmesí. Me preguntó si quería pasarme al asiento trasero y hacerle el amor...».

En seguida, páginas con listas: «Cosas muertas que he visto: teléfonos, focos de luz, esquinas, discotecas. También: cerdos, pintores, pasajeros, obras teatrales, presidentes, presos...».

Y así, página tras página.

¿Estaba Henry perdiendo la razón?

No lo creo.

O quizás sí.

Cosas mucho peores se han publicado como poesía y han ganado premios; eso fue lo que le dije, en pocas palabras, mientras trataba de devolverle su diario. Quería que me quedara con él. Corrección: *insistía* en que me quedara con el diario —como si las páginas tuvieran algo tóxico de lo que él quería deshacerse desesperadamente—, y yo acepté. Lo que es importante que entendamos es esto: Henry pensaba que estaba perdiendo la razón, y eso le preocupaba. Cada noche, en sus sueños, entraba a la cárcel, caminaba por sus pasillos oscuros, inhalaba su aire fétido. Le aterraba la cantidad de detalles que había olvidado acerca del tiempo que pasó allí: el color de los ojos de Rogelio, por ejemplo. El número de la celda que compartían en el Pabellón Siete. La comida que compartieron la última noche antes de su liberación.

Pero cada tarde, en cada ensayo, algo le golpeaba, algún retazo del pasado emergía con una claridad sorprendente. Henry empezó a recordar, empezó a atar cabos, a dar sentido a las cosas. Esta obra en particular, de las cerca de una docena que había escrito, tenía características especiales: era la última que había terminado, la que había llevado su carrera (si se le podía llamar así) a un final prematuro. Había sido representada por última vez por hombres que murieron tan solo unos meses después, muertos que habían comenzado a aparecer en sus sueños. Tal vez el guion mismo estaba maldito. Esos hombres, esos fantasmas, rondaban sobre el escenario en cada ensayo, se sentaban en los asientos destartalados del Olímpico a criticar cada línea del diálogo. Abucheaban cada escena mal ensayada, le susurraban sus dudas al oído. Era imposible no sentirse tambaleante al enfrentar ese texto. Después de todo, el hombre que lo había escrito había vivido otra vida, y esa vida ya se había esfumado. Eso era con lo que Henry tenía que lidiar. Nelson, desafortunadamente y sin que fuera su falta, tenía que ver todo esto de cerca. Y no era agradable.

El incidente de las patadas, por ejemplo, que Patalarga describió tan vívidamente, Henry lo recordaba también, y respondió todas mis preguntas con cortesía y sin vacilación. Él lo había experimentado de esta manera: una sensación de laxitud, una desorientación momentánea. Ira. Impotencia. Luego, una imagen: en agosto de 1986 había visto cómo un hombre era pateado hasta la muerte, o prácticamente, por una turba que se formó de manera inesperada en la puerta que conducía al Pabellón Doce. Él y Rogelio habían sido testigos del hecho; primero horrorizados, luego simplemente asustados. Entonces, casi instantáneamente, ambos habían aceptado la lógica del ataque: toda víctima era culpable de algo. Los comentarios: ¿Qué hizo? ¿A quién se le cruzó? Los hombres que observaban la escena se sentían más seguros. Menos indefensos. Una multitud se había formado alrededor de la víctima, pero nadie se movía. Henry tomó la mano de Rogelio. La apretó.

—¿Ves lo que te quiero decir? —me preguntó Henry.

Yo le dije que sí, pero me di cuenta de que no me creyó.

No todos sus recuerdos eran venenosos. Por ejemplo: un día, Henry se armó de valor y fue a ver a Espejo, el jefe, para hablarle acerca de montar *El presidente idiota* en el Pabellón Siete; con toda seguridad este era uno de sus recuerdos más gratos. Espejo era un hombre pequeño pero fornido, cuya sonrisa apacible ocultaba un largo historial de violencia, un hombre que se había elevado tan lejos del mundo de las calles como para sentirse relajado, y que ahora controlaba el pabellón a pura fuerza de reputación. Era lánquido y lucía satisfecho, aunque en ocasiones dispensaba dosis puntuales pero muy persuasivas de furia si algún recluso osaba cuestionar su autoridad. Sobre todo, sin embargo, los protegía —en su pabellón había menos de doscientos hombres, y al caer la noche estaban en constante peligro de ser invadidos por alguna de las secciones más grandes y feroces de la prisión. Espejo dirigía un pequeño ejército de guerreros encargados de mantener a raya a esos potenciales invasores.

Henry le tenía miedo a este hombre, pero debía recordarse a sí mismo: yo y Espejo estamos en el Pabellón Siete, estamos en el mismo lado.

La celda de Espejo le recordaba a un pequeño pero cómodo departamento de estudiantes, con una refrigeradora mediana, un televisor en blanco y negro y una máquina de café enchufada a una toma de cables pelados. Espejo tenía sobre su cama una foto enmarcada de sí mismo en sus años de juventud, una imagen de la que Henry no había podido librarse en todos esos años. Me la describió: en la foto, Espejo aparece sin camisa, montado sobre un caballo blanco, cabalgando el majestuoso animal por las escaleras de una piscina, en dirección a la cámara. Es guapo y poderoso. Detrás de él se ve de pie a algunas mujeres de piernas largas, bronceadas y relucientes bajo el sol brillante, todas evidentemente fascinadas. Toda la escena es colorida, saturada de luz tropical. Un niño —se puede asumir que es el hijo de Espejo— está sentado al borde del trampolín, observando como el caballo maniobra para salir del agua. En el rostro del niño se ve una expresión de admiración y asombro, pero es más que eso: está concentrado, está observando la escena, observando a su padre, tratando de aprender.

A Henry le hubiera gustado quedarse a solas con la fotografía, para estudiarla, para preguntar cómo y cuándo la habían tomado y qué había ocurrido con cada una de las personas del trasfondo. Con el niño, sobre todo. Quizás había huido del país, quizás estaba muerto o quizás vivía en una celda muy similar a esta en otra de las cárceles de la ciudad. No había modo de saberlo sin preguntar de manera directa, y esa no era una opción. La foto, como las vidas de los hombres con los que Henry vivía ahora, era a la vez real y asombrosamente irreal, como una imagen enmarcada de los sueños de Espejo. ¿En qué pensaba Espejo

cuando la miraba? ¿Lo hacía feliz el recordar mejores épocas o el recuerdo de estas solo le causaba dolor?

Rogelio le había advertido que no lo mirara fijamente, así que no lo hizo.

—¿Una obra de teatro? —dijo Espejo cuando Henry le contó su idea.

Henry hizo un gesto de asentimiento.

Espejo estaba echado en su cama, con los pies descalzos extendidos en dirección al dramaturgo. Sacudió la cabeza y movió al unísono de izquierda a derecha los dedos de los pies.

—Eso nos pasa por aceptar terrucos —dijo Espejo riéndose—. Aquí no hacemos teatro.

—No soy terrorista —dijo Henry.

Un largo silencio siguió a esta aclaración, y la risa de Espejo fue reemplazada por una mirada tan intensa y penetrante que Henry comenzó a dudar de sí mismo: tal vez *era* un terrorista, después de todo. Tal vez lo había sido siempre. De eso lo acusaban las autoridades, y en el exterior, en el mundo real, había personas defendiendo las dos posiciones en relación con el mismo asunto. Su libertad estaba en juego. Su futuro. Henry tuvo que mirar hacia otro lado, al suelo de la celda, que Espejo había renovado con linóleos cuadrados azules y blancos, un homenaje a su equipo de fútbol favorito, el Alianza. Uno de los ayudantes de Espejo, una bestia de torso enorme llamado Aimar, tosió en su mano empuñada, y eso fue lo único que pareció romper la tensión.

—¿Tú la escribiste?

Henry asintió.

—Entonces ponle mi nombre a un personaje —dijo Espejo.

Henry intentó protestar.

Espejo frunció el ceño.

—¿Acaso crees que no tengo cultura? ¿Que nunca he leído un libro?

—No, yo... —Henry se detuvo. Era inútil continuar. Él mismo se había puesto la soga al cuello.

Por un momento, ambos permanecieron en silencio.

—Adelante. Si puedes convencer a esos salvajes —dijo Espejo al final, agitando una mano poco interesada en dirección al patio—, no tengo ninguna objeción.



Henry se lo agradeció y salió; rápidamente, antes de que el jefe cambiara de opinión.

—Le conté las noticias a Rogelio, y lo celebramos —me dijo Henry.

—¿Cómo?

Henry se sonrojó.

—Hicimos el amor.

—¿Fue esa la primera vez?

—Sí. —Hablaba con voz muy baja.

Luego:

—No me acuerdo.

Y luego:

—No.

Le dije a Henry que si quería, podíamos detenernos por un momento. Se sentó con la cabeza ladeada, los ojos fijos en un rincón de la habitación. Se echó a reír.

—No es porque estuviéramos juntos en la cárcel, ¿me entiendes? Me estás mirando como si fuera un cliché.

—Yo no dije eso. No lo estoy haciendo sonar como nada. No te estoy juzgando.

—Pero lo estabas pensando.

—No —le dije.

Frunció el ceño.

—¿Eres policía? ¿De eso trata toda esta vaina?

Pensé que lo había perdido. Moví la cabeza de un lado a otro.

—No soy policía —le dije, con voz lenta y muy calmada. Pero en ese momento, ni yo sabía bien lo que estaba haciendo.

—Nelson y yo somos casi como familia —le dije.

La frente de Henry se surcó de arrugas.

—Él nunca habló de ti.

Silencio.

—La obra —le dije después de un momento—. ¿Fue fácil conseguir reclusos que se ofrecieran voluntarios para actuar en la obra?

Henry dejó escapar un suspiro. Eso resultó muy fácil, y él tenía una teoría al respecto: Todos querían ser el presidente, porque el presidente era el jefe.

Todos querían ser el criado, porque, al igual que ellos, el criado soñaba con matar al jefe.

Todos querían ser el hijo, porque era el hijo quien se encargaba del asesinato. Y fue a este personaje, Alejo, al que le cambiaron de nombre. Se convirtió en Espejo.

Y, en verdad, el proyecto se vendió solo. Una semana de conversaciones con sus compañeros y luego el delicado proceso de las audiciones. Henry tuvo que añadir algunos roles extra para no decepcionar a algunos de los aspirantes a actores. Lo hizo por su propia seguridad: algunos de estos hombres no manejaban muy bien el rechazo. Agregó un coro de ciudadanos para que comentaran la acción. Fantasmas de antiguos criados que acechaban enfurecidos el escenario, cruzándolo con disfraces hechos de sábanas viejas. Llegó a escribir incluso unas cuantas líneas de diálogo para la esposa del presidente, Nora, interpretada con gran brío por Carmen, la travesti más famosa del pabellón. Las cosas marchaban bien. Alguien de Diciembre alertó a la prensa (¿cómo había sucedido esto? Ni Henry ni Patalarga lo recordaban), y luego de dar un par de entrevistas, no había ninguna opción de dar marcha atrás. Espejo incluso se contagió del entusiasmo. Sería bueno para su imagen, le oyeron decir.

Rogelio también quería presentarse a la audición, pero había un problema.

—No sé leer —le confesó a Henry. Estaba avergonzado—. ¿Cómo podría aprenderme el guion?

En este momento de la entrevista, Henry volvió a quedarse callado. Se rascó el lado izquierdo de la cabeza con la mano derecha, de modo que el brazo le cruzaba por delante del rostro, ocultándole los ojos. Fue un gesto intencionado y evasivo; me hizo pensar en los niños que cierran los ojos cuando no quieren que nadie los vea. Estábamos sentados en el departamento de Henry, donde él vivía desde su separación de la madre de Ana, más de cuatro años atrás. Había un sofá, dos sillas plásticas de jardín que se veían fuera de lugar en el interior y una sencilla mesa de madera. Se podía hasta pensar que acababa de mudarse.

—Rogelio era mi mejor amigo, ¿sabes?

—Lo sé —le dije.

—En un momento en el que yo necesitaba un amigo más que nunca antes en mi vida. Lo amaba.

—Lo sé.

—Pero, aun así, antes de que saliéramos de gira otra vez, hace poco, llevaba años sin pensar en él. Eso me resulta un poco vergonzoso, ¿sabes? ¿Te das cuenta de lo terrible que es?

Hice un gesto de asentimiento para que continuara, pero no lo hizo.

—No es tu culpa —le dije—. Tú no bombardeaste la cárcel. Tú no mandaste a matar a esa gente.

—Tienes razón —dijo Henry.

—Le enseñaste a leer.

—Pero no lo salvé.

—¡Era imposible!

—Precisamente.

Decidimos hacer una pausa. Ya era hora. Me excusé, caminé de nuevo al baño al final del pasillo y me eché agua fría en la cara. Cuando volví, Henry estaba de pie en el estrecho balcón de su departamento, con la misma expresión de agotamiento, de preocupación. En el pequeño parque frente a su edificio, algunos niños dibujaban en la vereda.

—Mi hija dibuja mucho mejor —me dijo.

Cuando entramos de nuevo, le pregunté cuáles habían sido sus expectativas acerca de la gira, sus esperanzas. Empezó a hablar, pero luego se detuvo e hizo una pausa para pensar.

—Si el texto de una obra construye un mundo —dijo Henry finalmente—, entonces una gira es un viaje a ese mundo. Para eso era que nos estábamos preparando. Eso es lo que yo quería. Entrar al mundo de la obra y escapar de mi vida. Quería salir de la ciudad y entrar en un universo en el que todos éramos distintos. —Suspiró—. Le prohibí a Nelson que llamara a su casa.

—¿Por qué?

—Quería que él me ayudara a crear esa ilusión. *Necesitaba* su ayuda. Sé que esto suena pomposo y dramático, pero...

Le dije que no se preocupara de cómo sonaba.

—¿Tenías dudas al respecto?

Esa fue una pregunta mal elaborada. Lo que él había estado tratando de decirme era esto: sus dudas de aquellos días lo abarcaban todo, eran generalizadas, profundas. Podía mantenerlas alejadas durante varias horas, pero solo con un gran esfuerzo. Y ellas volvían. Siempre.

—Para ser totalmente honesto, no era la gira lo que me daba miedo —dijo Henry—. Era todo.

A petición mía, la madre de Ana echó un vistazo al cuaderno, deteniéndose durante unos instantes en cada página, sonriendo ocasionalmente cuando sus ojos se posaban sobre alguna frase u observación particular. Leyó un par de líneas en voz alta, dejando escapar, de vez en cuando, una risa breve y amargada. Cuando terminó, movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Él te dio esto? —me preguntó la exesposa de Henry con los ojos muy abiertos.

Le dije que así fue.

—Henry tiene un carácter temperamental —me dijo—, lo cual no es ninguna novedad. Es un artista. Siempre lo fue. Pero podía caer en esas espirales de antipatía, justo como lo que me describes. Solo que no escribía respecto a eso, no como en este caso. En ocho años (por Dios, ¿fue tanto tiempo?), en ocho años nunca lo vi escribir algo que no fuera para sus clases en ese colegio donde enseñaba. Donde enseña. Como sea. Pero a veces hablaba así, corrientes de la conciencia, monólogos interiores, chácharas. Por la noche, sobre todo. ¡Imagínate vivir con eso!

Agitó ambas manos en el aire y el cuaderno cayó al suelo.

—No puedo creer que te vaya a contar esto —dijo ella—, pero escucha. Hacia el final de lo nuestro, él nunca paraba en casa. ¡Dios mío! Se iba al colegio y luego conducía el taxi hasta las diez. Llegaba a casa, se metía en la cama y me decía: «Linda, me tiré a una pasajera hoy, camino al aeropuerto». «Fantástico —le decía yo, medio dormida—, pero igual tienes que tirar conmigo. Soy tu esposa. Era un juego, ¿entiendes?» Y al principio así lo hacía. Cuatro veces a la semana. Luego, tres. Luego, una. Pero, entonces, dejó de hacerlo, acostarse conmigo, quiero decir. En absoluto. Dormía *a mi lado*, y yo me quedaba despierta, esperando. Roncaba, y yo tenía ganas de matarlo. Ponía mi mano en su verga. Nada. Era como tocar un cadáver. Él hablaba en

sueños, tonterías como estas. —Tomó el cuaderno caído, sacudiendo las páginas en dirección a mí—. Y entonces, un día me di cuenta de que no eran solo historias, eran verdades: en realidad *estaba* tirándose a sus pasajeras. Le dije, Henry, me voy. ¿Y sabes lo que me respondió? ¿Te contó eso?

Negué con la cabeza.

—Me dijo: «¡Oh, no, la tortuga se escapa! ¡Corran!». Yo pensé que estaba borracho. Drogado. Le di una cachetada. ¿Me odias?, le pregunté. Estaba *herida*, me entiendes. Furiosa. Me odias, le dije. ¿Es eso? ¿Odias nuestra vida? ¿Estás tratando de partirme el corazón?

—¿Cómo respondió él?

—Se desplomó, sollozando, y me dijo que no. Que se odiaba a sí mismo, desde hacía años. —Se rio con ironía—. ¡Que su infelicidad era un monumento! Como una estatua en la Ciudad Vieja. Uno de esos héroes anónimos cubiertos de mierda de paloma, montado sobre un caballo de piedra. Yo le dije que no era momento de que usara su poesía. Que era demasiado tarde. Me rogó que me quedara.

—Pero no lo hiciste.

—Por supuesto que no. Lo dejé, como lo habría hecho cualquier mujer sensata que se respete. ¿Se había tirado a la mitad de la ciudad pero no era su culpa porque estaba deprimido? Si me hubiera quedado un momento más, habría tomado un cuchillo de cocina para atravesarle el cuello. O mi propio cuello. Así que fui a buscar a Ana y nos fuimos a la casa de mi madre.

—¿Llegaste a conocer a Nelson?

Resultaba que sí lo había conocido, durante la última semana de ensayos antes de que se marcharan de la ciudad. Una tarde, Ana fue a dejar a su hija al Olímpico. («¡Qué basurero, y qué triste verlo así! No entiendo qué llevó a Patalarga a gastar siquiera un centavo en ese lugar.») Alcanzó a ver parte de la obra. Era la última semana de ensayos.

—¿Y qué te pareció?

—¿La obra o Nelson?

—Ambos.

Frunció el ceño. Nelson admiraba a Henry sin reservas, eso ella lo tenía claro. Vio cerca de la mitad de un ensayo, lo suficiente como para hacerse una idea de la dinámica que había entre ellos: Henry era duro con Nelson. Lo interrumpía, lo reprendía, explicaba una escena, un golpe, una y otra vez; y mientras tanto, Nelson escuchaba todo con

mucha atención, reprimiendo la frustración que con seguridad debía haber sentido. Y era bueno. Intenso. Muy profesional. Uno pensaría que se estaban preparando para una gira por las grandes salas de teatro de Europa, y no por un montón de pueblos andinos congelados.

—¿Y la obra?

La madre de Ana me respondió con una pregunta: ¿iba yo a menudo al teatro? Le dije que sí, bastante.

—¿Sabes algo? Yo la recordaba divertida. Hace quince años, Henry tenía sentido del humor. No recordaba que fuera tan jodidamente oscura. Supongo que era algo que siempre había estado allí, en el guion, pero ahora él lo estaba enfatizando. ¿Qué te puedo decir? La vida le hace eso a la gente. Patalarga se esforzaba. Añadía una nota graciosa, pero no era... quiero decir, tenía sus momentos. Te voy a contar algo que ni siquiera estoy segura de que Henry sepa. Mi hija, Ana, se quedó dormida. No será un crítico teatral, pero ahí lo tienes. Se durmió. Profundamente.

Cuando la entrevista terminó, la exesposa de Henry se disculpó por haber hablado con tanta crudeza.

—No lo odio, pero no diría que Henry ayudaba a mostrar lo mejor de mí. Estamos mejor separados. —Hizo una pausa—. O por lo menos yo, que en verdad es lo que importa. Para mí, quiero decir.

Le dije que apreciaba mucho su honestidad.

Ella me pidió que no publicara su nombre. Han pasado años, pero estoy respetando ese pedido.

Henry, Patalarga y Nelson partieron el 16 de abril de 2001 en un autobús nocturno rumbo al interior. Esa noche, en la sala de espera de la estación, los noticieros de televisión informaban de que una famosa cantante folclórica andina había sido asesinada por su propio agente. Grupos de jóvenes se apiñaban para compartir sus provocadoras teorías acerca de las razones del asesinato, quién se había acostado con quién, cómo el asesino tal vez se había dejado llevar por la terrible lógica de los celos. Había familias enteras sentadas con aire sombrío, mirando la televisión en estado de *shock*, como si hubieran perdido a un ser querido; y en verdad así era, pensó Nelson.

El autobús partía en una hora. Bebió una gaseosa y comió unas galletas saladas. Era una suerte de entrenamiento para la austeridad que estaba por venir, para los rigores de la vida en la carretera, el frío, la lluvia. Patalarga y Henry se habían pasado buena parte de los últimos días pintando vívidos retratos de la miseria que les esperaba, y cada descripción horripilante parecía llenarlos de júbilo. «Chico de ciudad — le decían a Nelson—, ¿cómo te las vas a arreglar para sobrevivir a la vida en las provincias?»

En ese momento, en la estación, la televisión escupió las últimas noticias, confirmadas y sin confirmar: el presunto asesino se encontraba bajo vigilancia para evitar un posible suicidio. Se buscaba a un cómplice. Fanáticos llorosos se estaban congregando ya frente a la casa de la difunta para depositar flores, encender velas o consolarse mutuamente. La cantante llevaba solo tres horas muerta.

—¿Cómo saben dónde vive? —preguntó Henry—. ¿Quién se lo dijo?

—Donde *vivía* —corrigió Patalarga.

Nelson tenía tan solo una idea vaga de quién era la cantante muerta. Pero en aquella estación de autobuses, aquella noche, rodeado por aquellos compañeros de viaje, admitir tal cosa habría sido como declararse extranjero. Siempre le habían enseñado que había dos países diferentes: la ciudad y todo lo demás. Algunos lamentaban esa división rígida, otros la celebraban, pero nadie la cuestionaba. Esa noche el autobús saldría de la ciudad y al día siguiente, cuando despertaran, estarían en las provincias. Pero en realidad, en esa estación, donde todo el mundo estaba de luto, parecía como si ya estuvieran allá.

—Y ¿ya te despediste? —preguntó Henry, interrumpiendo las ensoñaciones de Nelson.

—Sí.

Henry frunció el ceño, muy serio.

—Porque estamos por entrar al mundo de la obra, Alejo, a su universo construido. Déjate llevar por él.

—Lo estoy haciendo.

—Una vez que partamos, nada de esto existirá.

Nelson echó un vistazo a la atestada y deteriorada estación. A unos pocos metros de ellos, un niño dormía sobre una pila deforme de piezas de equipaje.

—Qué difícil es decir adiós.

Henry abrazó suavemente a Nelson.

—Lo sé, Alejo. Lo sé.

Los llamaron a abordar poco antes de la medianoche. La sala de espera de la estación volvió a la vida a medida que todos se desperezaban y salían hacia la cálida noche. El motor del bus aún detenido sonaba fuerte. Los pasajeros hacían fila para meter a la fuerza su equipaje atiborrado en la bodega. Nelson notó que había sonrisas en la mayoría de los rostros; nadie era inmune a la atracción de un viaje. Incluso un autobús nocturno tenía cierto encanto, si uno se permitía verlo.

Justo antes de que el autobús arrancara, subió un muchacho delgado con una gorra en la cabeza. Mascaba chicle y tenía una pequeña cámara de video en la mano derecha. El muchacho caminó lentamente por el pasillo, moviendo la cámara de izquierda a derecha y viceversa, deteniéndose durante uno o dos segundos en cada pasajero. Algunos sonreían, algunos saludaban, otros mandaban besos volados. Henry mostró entusiasta dos pulgares levantados. Cuando la cámara llegó a donde estaba Nelson, este se quedó mirando tontamente al lente, sin entender bien lo que pasaba.

Henry le susurró al oído:

—Sonríe. Si nos caemos por un precipicio y morimos, es así como tu madre te recordará.

Nelson forzó una sonrisa.

Cuando fui a la compañía de autobuses a preguntar por ese video, casi se rieron en mi cara.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó el hombre.

Le dije que sí. Tenía la fecha, el destino y la hora de salida.



—Si nadie muere —me dijo—, simplemente grabamos encima.

El trayecto para salir de la ciudad fue lento, pero luego de una hora llegaron al límite este de la capital. Nelson no dormía. En vez de hacerlo, miraba por la ventana con la esperanza de ver algo que le llamara la atención. Pero solo había oscuridad. Pasaron una película en el televisor del autobús —de las que le gustaban a su madre—, pero él la ignoró y se puso a revisar el guion, repitiendo *El presidente idiota* en su cabeza: sus ritmos, su atmósfera, su famosa melancolía, la cual, contrariamente a lo que le habían dicho, era de hecho perfectamente describible.

Henry no sabía cuánta razón había tenido en la estación, cuán duras exactamente habían sido las despedidas de Nelson. Esa tarde había quedado en ver a Ixta en un parque de La Julieta. Mientras paseaban, hablando de nada en particular, Nelson, con el corazón retumbándole en el pecho, sostenía una conversación paralela consigo mismo: ¿debía o no debía hacerlo? ¿Era ese el momento de decírselo? Era un día caluroso frente al mar, y la inmensidad del océano le parecía siempre extraordinaria. El malecón estaba repleto de corredores y patinadores, y el sol brillaba a través de una capa de nubes de inicios de otoño flotando hacia el horizonte. A medida que caminaban, el silencio los iba invadiendo, hasta que Nelson no pudo soportar más su ansiedad. Habían llegado a otro parque junto al mar, este con un faro fuera de servicio rodeado por una pequeña cerca de madera, tan baja que se podía pasar por encima de ella. Muchos habían escrito sus nombres, la mayoría en pares, a lo largo de la base curva del faro, hecha de ladrillos blancos.

—Si de verdad quisieran protegerlo —dijo Ixta—, harían más alta la cerca.

Nelson se quedó contemplando la cerca como si esta pudiera revelarle un gran secreto.

—Te amo —dijo.

Simplemente le salió así. Se lo había dicho a la cerca, al faro, al viento. En otras palabras, lo había hecho todo mal. Empezó a disculparse, pero no estaba claro por qué.

Ixta no le respondió. Más tarde, me dijo que no se había sentido sorprendida ni abrumada por la emoción; sintió algo diferente, algo más simple. Alivio. Las semanas se habían hecho meses, e Ixta había empezado a temer que ella lo estuviera inventando todo. No había pensado que estuviera teniendo una aventura, pero desde fuera era justo eso lo que parecía. Lo había comprendido por completo apenas unos días antes. Habían entrado a la recepción llena de espejos de un hotel barato en las callejuelas del distrito de Metropolitano, y vio fugazmente la imagen de ella y Nelson tomados de los brazos. Ixta nunca pensaba mucho realmente acerca de la diferencia de edad, pero

súbitamente, en ese momento, se hizo evidente: no la edad de ella, más bien la juventud de él. Nelson tenía la expresión ávida e inmadura de un niño a punto de conseguir lo que quiere.

¿Y por qué debería yo dárselo?, pensó en ese momento.

Y también: ¿Acaso no quiero yo cosas que él no me va a dar?

Era una mujer que se acostaba con alguien que no era su pareja. Se trataba de una aventura, y quizás nada más que eso. Si él decía que la amaba, ¿cambiaba algo eso?

—¿Y bien? —preguntó Nelson. Aún no había reunido el valor suficiente para mirarla.

Ixta me contó más adelante:

—Parecía que él sentía que el mundo le debía un premio solo porque se las había arreglado para decir lo que tenía en la cabeza. Era una cuestión suya, no mía. Le dije que ya no confiaba en él. Que todo se había prolongado durante demasiado tiempo. Que lo lamentaba.

—¿Eso es todo?

—Y que le deseaba un buen viaje.

Ixta hizo una pausa, levantó la mirada y se mordió el labio. Tal vez esperaba que yo la interrumpiera, pero no lo hice.

—¿Sabes la verdad? Estuve a punto de sentirme mal. Sentí remordimiento, solo por un momento. Y parte de mí esperaba que él dijera mi nombre, que me llamara, pero no lo hizo. Solo permitió que me alejara. Lo dejé en el faro, y recuerdo haber pensado que él probablemente escribiría nuestros nombres en los ladrillos o algo igual de inútil. Siempre le gustaron los gestos de ese tipo. Los inútiles.

Se quedó en silencio, cerró los ojos.

Tanto Patalarga como Henry reportan que Nelson no parecía ser él la noche de su partida. *Pensativo* fue la palabra que usó Patalarga; Henry fue un poco más lejos y lo llamó *hosco*. Cuando ellos discutían con cierta curiosidad los pormenores de la cantante y su asesino, Nelson no expresó opinión alguna al respecto. Una vez en el autobús, cuentan, sacó su cuaderno y comenzó a escribir.

Nelson pudo haber optado por compartir la historia de aquella tarde o los detalles de su conversación con Ixta, pero no lo hizo. De hecho, apenas la había mencionado un par de veces y nunca por su nombre. Durante las primeras semanas de la gira, la mantuvo como un tema privado ante sus colegas, junto con muchas otras cosas sobre él mismo. No les habló sobre la muerte de Sebastián, por ejemplo, ni nada más

sobre Francisco, aparte de la información casi banal que compartió con ellos aquella primera tarde. Nunca les mostró sus obras, aunque sí admitió, luego de una suerte de interrogatorio, que escribía.

Que ninguno de los veteranos de Diciembre le preguntara por qué estaba molesto no debería, en mi opinión, interpretarse como una falta de empatía por su parte, sino más bien como un indicador de cuál era exactamente la relación entre esos tres hombres al inicio de la gira. Aunque Patalarga y Henry eran viejos amigos, también eran, en aspectos muy importantes, unos desconocidos, dos hombres de edad madura conociéndose de nuevo después de muchos años. Estaban trabajando juntos por primera vez desde el encarcelamiento de Henry. Y en cuanto a Nelson, el hecho de que les cayera bien, de que lo hubieran elegido entre las decenas de actores que participaron en la audición para el papel de Alejo, no implicaba intimidación de ningún tipo.

He aquí una instantánea de Diciembre al inicio de la gira: Nelson, preocupado, llena las páginas de su diario con palabras sobre Ixta y sus penas de amor, antes de finalmente quedarse dormido a unas tres horas de la capital; Henry, a su lado, intentando poca o ninguna conversación, se coloca una máscara de satén que forma parte del vestuario de la obra y rápidamente comienza a soñar sobre la cárcel, sobre Rogelio; y Patalarga, quien no ha entrado a una sala de cine en cinco o seis años, sentado del otro lado del pasillo, se deja cautivar por la película de acción que parpadea intermitentemente en el diminuto televisor del autobús.

Aquella tarde, Ixta caminó a casa un poco aturdida, tratando de hacer encajar los detalles de su conversación con Nelson dentro de la ruta de su relación. Alguna vez le había parecido que el mundo se adaptaría dócilmente a sus caprichos, pero los decepcionantes últimos siete meses habían destruido lentamente todo ese optimismo, una ruptura y un período de duelo, un intento vacilante de recuperar todo lo perdido. El fracaso. Comenzar de nuevo. Y ahora esto, fuera lo que fuera.

Mindo no estaba en casa, e Ixta se alegró por ello: una pequeña tregua que celebró con un cigarrillo (ella ya casi nunca fumaba) y un par de horas de televisión. Se enterró en el sofá, aferrándose a los cojines como si fueran chalecos salvavidas. Del otro lado de las cortinas corridas, el día se convertía en noche. Al igual que Nelson en la estación de autobuses, Ixta vio las noticias de la cantante muerta, maravillándose ante el escándalo que la prensa parecía decidida a crear. A diferencia de Nelson, ella sí sabía quién era la cantante. Los narradores de noticias mostraban videos antiguos, imágenes borrosas de los inicios de la carrera de la cantante, actuando en terrenos polvorientos en las afueras de la ciudad. Cayó la noche, y los fans se reunieron frente a la casa de la estrella asesinada; con velas y ojos inyectados, mostraban ostentadamente su tristeza, forzando los límites mismos del realismo. Esto fue lo que pensó Ixta, y luego reparó en que esa frase sonaba como algo que Nelson diría. Bajó el volumen del televisor y se quedó observándolo durante un minuto, en silencio, para confirmar si era

cierto. Lo era. Sí, podía oír su voz. Sí, aún estaba allí: irónica, mordaz, curiosa. Ixta apagó el televisor y se sentó sin hacer ruido, escuchando el zumbido de la habitación y esperando a que la voz de Nelson se desvaneciera de su conciencia.

Cierto día, cuando recién empezaban a salir, faltaron a una clase de teoría de la representación y se fueron a comer al Mercado Central. Fue idea de Ixta y Nelson no se opuso. A medida que se acercaban, la multitud se hacía más densa, y los amantes iban tomados de la mano despreocupadamente, dejándose empujar por los transeúntes. Compradores y rateros, perros callejeros y empleadas del hogar, hombres de negocios y corazones solitarios. Un adolescente se abrió paso entre la muchedumbre, levantando sobre su cabeza un palo de escoba del que colgaban piñatas de personajes de dibujos animados. Ixta y Nelson lo siguieron, pasando por delante de los puestos de verduras, las docenas de variedades de papa, los vendedores de pescado inclinados sobre cajas repletas de hielo; por delante de niños que cuidaban inquietas lagartijas, esas maravillas de ojos dorados destinadas a morir dentro de un bote de vidrio para diversión de los niños de la ciudad. Un anciano vendía batidos hechos a base de ranas, hervidas y sin piel, mezcladas con agua y yemas. Las pequeñas criaturas salvajes se arrastraban por sus acuarios, dichosamente ignorantes de su destino. «¡Para la fuerza! ¡Para el amor!», gritó el hombre cuando Ixta y Nelson pasaron cerca. Tenía la voz desesperada de un curandero, como si su preocupación principal no fuera el comercio sino la felicidad conyugal.

Comieron cebiche servido en un plato de cartón, mientras levantaban la mirada hacia las viejas vigas de acero del mercado y la luz que se colaba por los enormes ventanales. Había algo encantador en la imagen, pero no podían decidir exactamente qué. Al terminar, se alejaron del mercado en dirección al este, a pesar de que era el camino más largo, cruzaron los barrios somnolientos y venidos a menos de los límites de la Ciudad Vieja, hasta llegar a una estrecha callejuela, lo suficientemente alejada del tumulto del mercado como para parecer casi provincial. Había una mujer en bata de baño sentada en su balcón, con los codos apoyados en la barandilla, observándolos pasar.

Ixta observaba a Nelson. Durante todo el día había experimentado una vaga sensación de expectativa, pero no estaba segura de qué esperaba. Redujo el paso y luego se detuvo. Hizo que Nelson se detuviera también.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Él se mordió el labio, y ella hizo lo mismo, casi de manera inconsciente. Durante un momento ambos permanecieron inmóviles de pie sobre la vereda, imágenes espejo uno del otro.

Quiero explicar cuidadosamente lo que ocurrió después, tan cuidadosamente como Ixta me lo explicó a mí: Nelson se rascó la sien con la mano derecha y en ese momento ella también sintió una picazón

repentina en la sien. Él se cubrió el rostro frotándose los ojos con el dorso de las manos, y de inmediato los ojos de Ixta también desearon que los masajearan. Él se relamió los labios, y ella sintió secos los suyos. Con cada gesto, él identificaba una necesidad que el cuerpo de ella demoraba en reconocer. Él parpadeó varias veces, y los ojos de ella se abrieron y cerraron como por cuenta propia. Él repitió la pregunta —«¿Estás bien?»—, pero ya no tenía sentido responderla.

Me estoy enamorando, pensó ella. Eso debe de ser lo que está pasando.

Años más tarde, la noche en que Nelson y Diciembre salieron de la ciudad, Ixta trató de quitarse de la cabeza la voz de Nelson. Y fracasó. Esa noche y la siguiente, y durante una semana más, Ixta no fue la misma persona que todos esperaban que fuera. O la que ella misma quería ser. Era extraño, me dijo cuando hablamos. Una sensación de ir a la deriva. Un aprecio por la tranquilidad. La ciudad le parecía desconocida, y a veces se descubría fantaseando con irse ella también de viaje. En los últimos meses había estado buscando un nuevo empleo, pero dejó eso de lado por el momento. Aunque era reacia a admitirlo, la ausencia de Nelson la afectó, por lo menos al comienzo.

Incluso pensó en escribirle una carta, me dijo, pero no había adónde enviarla.

El autobús llegó a San Luis al amanecer y se detuvo en la plaza principal del pueblo, donde fueron recibidos por Cayetano, el primo de Patalarga. Hacía demasiado frío para ser locuaces, y mientras esperaban a que sacaran su equipaje de la bodega del autobús, Nelson se dedicó a observar silenciosamente su nuevo entorno. La luz era gris y débil, y la niebla todavía se aferraba a los cerros, pero podían verse ya pequeñas casas salpicadas en las laderas y senderos serpenteando entre ellas. Esos deben de ser los suburbios, pensó. En el lado occidental del valle, los cerros y sus andenes estaban ennegrecidos por la tierra recientemente labrada. Logró distinguir en ellos algunas formas humanas —agricultores— moviéndose en la penumbra. Había llovido durante la noche y las calles estaban empapadas y llenas de charcos de agua. En el extremo más alejado de la plaza, una mujer con vestimenta tradicional barría los escalones de la entrada de su casa con una escoba que parecía más alta que ella. A la distancia, era imposible decir si la escoba era muy grande o si ella era muy pequeña.

Cayetano anunció que los llevaría primero al mercado. Debían comer algo, pues si no la altura podía afectarlos. Todos estuvieron de acuerdo. Cayetano vestía un abrigo marrón largo y acolchado, y le recordaba a Nelson a una pieza de ajedrez. Una torre, tal vez.

Pensaron primero en esperar por una mototaxi, pero luego decidieron no hacerlo: estar parados sin moverse en medio del frío no era una buena idea. «Y ni siquiera está lejos —dijo Cayetano—. Solo parece lejos.»

Los tres actores caminaron sin prisa detrás de su anfitrión por las calles en su mayor parte desiertas del pueblo, Nelson y Patalarga cargando cada uno un asa de un bolsón de lona verde tan largo como un cadáver o una pequeña canoa. El bolsón se balanceaba entre ambos mientras caminaban. Dentro estaban sus provisiones, sus disfraces, las botas altas del presidente, sus guantes blancos, la bata, los pantalones de colores, y las sandalias de goma que Patalarga usaría cada noche (y también muchos días) durante los próximos dos meses. Había incluso un juego de palos de carpa modificados y una lona azul, que podían usar como toldo si les tocaba actuar bajo una lluvia ligera. Como es obvio, el bolsón era pesado. Henry, que había asumido plenamente el papel de presidente desde el momento en que abordó el autobús, solo llevaba su mochila, con unos cuantos libros y lapiceros, y caminaba unos pasos por delante del resto, mirando distraído los edificios. Llevaba el antifaz blanco sobre la frente, como una vincha. De vez en cuando soltaba algún comentario —«¡Qué ventanas tan grandes!» o «¡Mira la calidad del trabajo en esa puerta de madera!»— que nadie sentía la necesidad de responder.

Todo en San Luis estaba mojado: las calles de cascajo, las paredes de las casas, los cerros y colinas, incluso los perros callejeros. Los charcos de las calles desiertas y sombrías parecían no tener fondo.

—Ha estado lloviendo a cántaros todas las noches —dijo Cayetano.

La temporada de lluvias había comenzado tarde ese año, pero ahora parecía dispuesta a compensar rudamente su retraso.

—¡Oh, la lluvia! —dijo Henry.

Caminaron mucho más de lo que parecía posible, hasta que Nelson comenzó a dudar —en sus huesos, en sus entrañas— de la existencia misma del mercado. Pero allí estaba, de hecho, en un extremo del pueblo: un edificio chato de concreto pintado de azul y cubierto con un techo de metal corrugado. El mercado recién estaba abriendo, y era una réplica más pequeña, aunque inspirada, de aquel mercado de la ciudad cerca del cual Ixta se había dado cuenta de que estaba enamorada. Aquí, los vendedores desembalaban cajas, fileteaban la carne, descargaban verduras de cajones de madera. Cayetano condujo a los visitantes a través de los corredores, hasta que se detuvieron delante de un mostrador de mayólicas blancas limpio, donde se apilaban elaboradas pirámides de fruta. La mujer que trabajaba allí saludó a Patalarga con un grito y dio la vuelta al mostrador para darle una bienvenida apropiada. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza y tenía un dije de plata brillante alrededor del cuello. Era la esposa de Cayetano, Melissa. Abrazó a Patalarga, recibió a Henry con el mismo entusiasmo y saludó a Nelson con un apretón de manos un tanto formal. Había una bebé en un moisés, una pequeña llamada Yadira, durmiendo en un rincón del puesto. Sus otros dos hijos estaban en casa, dijo Cayetano, preparando todo para su llegada.

Mientras Melissa preparaba jugo, ellos discutieron sus planes. Henry les hizo notar que no había visto ningún cartel anunciando la función. Ni en el camino hasta allí ni en el mercado, lo que le parecía desconcertante. Apenas un viaje en autobús, el primero desde el inicio de la gira y él ya mostraba la arrogancia de un presidente. Nelson estaba impresionado.

Los labios de Cayetano esbozaron una leve sonrisa. Abrió el cierre de su pesado abrigo marrón y dejó escapar un suspiro.

—Es que el alcalde... tú sabes... quería hablar contigo primero, antes de programar la función. Solo para asegurarse de que la obra es apropiada.

Henry frunció el ceño.

—¿Cómo que apropiada? —dijo Patalarga levantando la voz—. ¿Nada de bailarinas? ¿Nada de sangre?

—Así que no se ha programado —dijo Henry.

Cayetano negó con la cabeza.

—Todavía no. No exactamente. Pero vamos a hablar con él. Está ansioso por hablar. Le encanta hablar. Esta tarde. Todo saldrá bien.

Melissa les sirvió un poco más del cóctel local de desayuno. Henry y Patalarga mascullaban en voz baja.

—Vamos a hablar con él ahora —dijo Henry—. Con el alcalde... ¿Dónde podemos encontrarlo?

Cayetano miró su reloj.

—Pero son recién las siete.

—El pueblo empieza a trabajar temprano.

—¿Por qué no descansan primero? Mira al muchacho.

—Yo estoy bien —dijo Nelson.

—Lo llevaremos a casa.

—Estoy bien —insistió Nelson.

Patalarga asintió a regañadientes. Henry, sin embargo, negó con la cabeza. Le dio una palmadita en el hombro a Nelson, como para demostrarle que comprendía, y luego se subió al banco donde había estado sentado. Nadie pudo detenerlo. Comenzó a gritar pidiendo la atención de todos. Batió las palmas, pidió un minuto de atención. Los trabajadores del mercado, así como los compradores que vagaban dentro de él, se detuvieron y levantaron la mirada.

—¡Queridos vecinos de San Luis! Mis dos compañeros y yo... ¡De pie, Nelson! ¡De pie, Patalarga!

Esperó a que ambos subieran a sus bancos antes de continuar.

—Juntos somos Diciembre —anunció Henry a gritos—. Tal vez hayan oído hablar de nosotros, ¡somos una compañía de teatro! ¡De la capital! Sería un honor para nosotros actuar ante ustedes esta noche, a las seis de la tarde en la plaza, si el clima lo permite. ¡Por favor, vengan y traigan a sus familiares! Muchas gracias.

Luego se sentó.

Nelson se quedó de pie un momento más, observando el mercado. Desde su posición privilegiada, pudo registrar muy claramente la débil



reacción que había producido el anuncio de Henry. No había ningún sentimiento romántico asociado al nombre Diciembre... Sí lo habría más adelante en otros lugares, en pueblos ubicados a lo largo de las regiones montañosas, pero no aquí. En vez de eso, lo que hubo fue una pausa, un colectivo rascado de cabezas y luego un rápido retorno al ritmo habitual del mercado. Los vendedores reanudaron sus diversas tareas, el puñado de clientes madrugadores regresaron a sus compras. Pronto, Nelson se hizo invisible.

Finalmente, Patalarga le ayudó a bajar. Él y Cayetano recibieron al joven actor en sus brazos, y Melissa le sirvió un té.

—¿Por qué nadie me cree? —dijo Nelson—. ¡Estoy bien!

—Más te vale —dijo Henry, muy serio—. Tenemos función esta noche.

Cuando planearon su itinerario, Henry y Patalarga habían elegido San Luis por tres razones. En primer lugar, por una cuestión de nostalgia: Diciembre había presentado una función allí diecinueve años antes, en su primera gira por el interior. Tenían gratos recuerdos del lugar: su río apacible; las pocas calles empedradas que quedaban en el centro del pueblo; y una iglesia vieja y hermosa con el techo lleno de goteras. Comparado con los deprimentes campamentos mineros que visitarían más adelante, San Luis era ciertamente pintoresco, y por lo tanto un buen sitio para empezar. En segundo lugar, porque estaba bien ubicado, cerca de la recién repavimentada Carretera Central, un viaje tranquilo de ocho horas desde la capital. En tercer lugar, por la presencia de Cayetano, quien había estado de algún modo vinculado con Diciembre desde sus inicios, aunque más como un compañero de juerga que como actor. No solo era primo de Patalarga, era un viejo amigo, con una profunda comprensión de Diciembre y su historia. Los años lo habían tratado bien: ahora tenía una familia, había heredado la tierra de su padre y contaba con el dinero suficiente como para convertirse en un prominente miembro de la comunidad. La guerra había terminado, y la nueva carretera permitía que sus productos llegaran a la capital en menos de un día. Cayetano había llegado al cargo de teniente alcalde de San Luis, algo impensable para quienes recordaban al joven poeta, barbudo y mal vestido, más conocido por recorrer tambaleándose de madrugada las calles de la capital a inicios de los años ochenta.

«Pero entonces tampoco nadie habría pensado que yo sería profesor de ciencias —me dijo Henry durante nuestra entrevista—. Y nadie pensó que tú serías... —Frunció el ceño y me miró con dureza—. Bueno, tú no eres nada todavía.»

Dejé pasar su comentario.

Como fuera, habían contado con Cayetano para que las cosas marcharan sin complicaciones. Esperaban estar de gira durante seis semanas o más; era importante tener un buen comienzo. Dejaron a

Nelson en la casa descansando y los veteranos de Diciembre fueron a hablar con el jefe y patrón de Cayetano, el alcalde.

El alcalde empezó diciendo que no era «hostil al arte per se»; de ahí en adelante, las cosas solo empeoraron. Sonreía a menudo, pero nunca amigablemente, y mientras hablaba tamborileaba el escritorio con sus dedos largos y delgados. Describió una serie de asesinatos que se habían producido en la zona desde la última visita de Diciembre en 1982, con un tono que implicaba que aquellos estaban de alguna manera relacionados con estos.

Más tarde Patalarga admitió que su mente divagaba durante todo el discurso del alcalde, que de pronto se daba cuenta de que estaba mirando por la ventana hacia la iglesia del techo con goteras, y más allá, al cielo, que recién entonces empezaba a despejarse. Era casi media mañana. Su esposa, Diana, seguramente ya estaba despierta, pero quizás todavía en la cama, disfrutando del silencio de una casa vacía. El Olímpico estaba cerrado y vacío, y le costaba dinero cada minuto de cada día que pasaba. Sin ningún motivo en especial, recordó su infancia en las montañas, buenos recuerdos en general, y sus primeros días de escuela, durante los cuales lo habían sometido a arengas de largo aliento muy parecidas a esta. Había tenido un profesor que era comunista. Otro que era un reaccionario. Ambos vivían ahora en el extranjero, en Europa. En una semana más vería a su madre y, como siempre, la idea le provocaba profunda ambivalencia. Había presionado a Henry para hacer esta gira, presentándosela como algo que su viejo amigo debía hacer por sí mismo, por su arte; pero mientras oía el parloteo del alcalde, Patalarga se dio cuenta de que, de hecho, era él quien la deseaba. Quien quería hacerlo desesperadamente. Era una forma de sentirse joven otra vez; de escapar de la ciudad por un tiempo y revivir momentos que, aunque difíciles, constituían las experiencias nucleares de su, por lo demás, aburrida existencia.

—Los años de la guerra... —me dijo cuando hablamos—. No es que los extrañe, para nada. Pero los *recuerdo*. Hasta el último detalle. Me preocupa, porque a veces siento como si todo lo demás estuviera borroso. ¿Entiendes lo que te digo?

Negué con la cabeza. Francamente, no lo entendía.

—Yo era solo un niño.

Nos quedamos en silencio por un rato.

De vuelta en San Luis, lo que le preocupaba al alcalde era el título de la obra.

—Idiota —dijo—. Si en el colegio mi hijo llamara idiota a otro alumno, el profesor enviaría una nota a casa y el niño sería castigado. ¿No es así?

Cayetano frunció el ceño.

—Tu hijo tiene veintidós años.

El alcalde lo miró con furia.

—Como de costumbre, mi estimado Cayetano, no entiendes lo que trato de decir. —Se volvió hacia Henry—: ¿Tiene hijos, señor Núñez?

—Así es.

—¿Y no castigaría a su hijo si él...?

—Si ella...

El alcalde hizo una pausa, como si la idea de tener una hija fuera algo que nunca se le había ocurrido.

—¿Si *ella* le dijera algo así a un compañero de clase?

Henry pensó en Ana, quien era demasiado inteligente como para lanzar insultos sin pensar. Si su hija llamaba idiota a alguien, eso significaba que esa persona *era* idiota.

Prefirió no decirlo.

—Pero, señor alcalde, ¿acaso una obra teatral está sujeta a los mismos códigos de conducta que un niño?

El alcalde frunció el ceño, hizo una pausa y rodeó con sus largos dedos un vaso de agua.

—No sé la respuesta a eso.

Si el hombre era un imbécil, por lo menos era un imbécil honesto. Bebió un sorbo.

Henry sintió que se había anotado un punto, y decidió seguir adelante: después de todo, él era el presidente, y su papel era defender su obra, a sus compañeros, su arte. Tenía toda la intención de ser respetuoso, de mantener el delicado equilibrio entre el ego del alcalde de un pueblito y las necesidades de un colectivo teatral como Diciembre. ¿Qué es — razonó Henry— una obra de teatro sin un público? ¿No es un guion solo energía potencial hasta ese momento mágico en que se convierte en algo más? ¿No es posible una alquimia como esa solo cuando las palabras se hacen en realidad, cuando los actores salen de detrás del telón (o de la lona, en este caso) y *actúan*? Henry sentía que iba ganando impulso a medida que hablaba. Cada audiencia es diferente, como un regalo que no puede ser ignorado ni dado por hecho; en cuanto a Diciembre, aquí estaban —«¡Aquí estamos!», dijo Henry, quizás con tono demasiado fuerte— y habían venido a San Luis en busca de un público. Para transformar lo *virtual* en *real*. Tenían la esperanza de

poder utilizar el auditorio del colegio, recientemente remodelado, pero en todo caso representarían la obra en cualquier lugar: en la plaza, en el mercado, en la calle bajo la lluvia. ¡En la casa de Cayetano si era necesario!

El alcalde sonrió.

—Perfecto. Háganlo en casa de Cayetano. —Se puso de pie—. Caballeros, que tengan un buen día. Les deseo lo mejor.

Como parte de los preparativos para la función, Patalarga, Cayetano y Nelson pasaron parte de la tarde sacando muebles al exterior y cubriéndolos con la lona de Diciembre, por si llovía. Despejaron todo el espacio posible en la casa, para dar cabida a un público que se sentaría en el suelo. Mientras trabajaban, Cayetano se disculpó por lo ocurrido. La obra, explicó, había sido víctima de una rivalidad surgida en años recientes entre el alcalde y él. Una disputa por tierras. Algo común en pueblos pequeños. Empezó a contarles los detalles, pero se detuvo.

—¿Saben qué? No es interesante, ni siquiera para mí.

Mientras tanto, Henry se puso los pantalones de montar del presidente, la camisa con volantes y el abrigo largo, las botas de cuero, los guantes blancos y el fajín, y se dirigió otra vez al mercado.

—Todo el mundo me miraba —reportó a su regreso—. Me detenían y me preguntaban de dónde había venido. Fue maravilloso.

Esta vez había más gente, el mercado estaba más ruidoso y más animado. Melissa pidió prestado un megáfono de otro vendedor y presentó a Henry ante la multitud.

—Señoras y señores: ¡el presidente!

Una vez que tuvo la atención de la gente, Henry volvió a trepar sobre un banco y habló acerca de Diciembre, de la obra, de su sorprendente cambio de escenario. Esta vez sí causó un efecto —¿quién era ese hombre extrañamente vestido y de qué hablaba exactamente?—; al terminar, Henry hizo una reverencia, procurando no perder el equilibrio, y recibió la primera ronda de aplausos de la gira.

Según Patalarga, Nelson estaba a la vez nervioso y decidido a no parecerlo. No era totalmente un novato; después de todo, había actuado en algunos de los teatros más ilustres de la capital. Pero esto era sin duda diferente, me contó Patalarga. «La intimidad, la cercanía de estos desconocidos, la forma como te miraban. No podía haber sido fácil para él.»

¿Se equivocó Nelson en sus primeras líneas?

Sí.

¿Entró a destiempo en la escena de la pelea?

Sí.

¿Vio los rostros de su público, sintió su cercanía, olió su presencia en la sala, y extrañó los lujosos adornos de los teatros que conocía en la capital?

Sí.

Pero se sobrepuso a todo eso, y para cuando apareció el alcalde, a mitad del primer acto, Nelson se había recuperado. Todo marchaba bien. El alcalde, lleno de resentimiento y fanfarronería, parecía poco impresionado. Se dirigió al rincón del lado opuesto a la puerta, y se apoyó contra la pared con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Nelson no tenía idea de quién era ese hombre, y más tarde aseguró que había sido una simple coincidencia que pronunciara su línea «Pero, padre, ¡debes tener cuidado! ¡El mal acecha por doquier!» con los ojos fijos en el recién llegado.

Todo el mundo se dio cuenta, y Cayetano se rio nerviosamente; pronto, toda la habitación se reía junto con él. Todos menos el alcalde.

—Eso es algo que Nelson tuvo que aprender —me dijo Patalarga—. Que la obra es distinta cada vez. Que no importa si te equivocas. Los errores no existen.

El alcalde se marchó hecho una furia mucho antes de la escena culminante del crimen.

Daba igual. Una vez que se marchó, hubo más humor a expensas de él. Una lluvia suave se desató unos momentos después, justo cuando el personaje de Patalarga era apuñalado. Producía un tamborileo agradable en el techo. Cuando la obra terminó, el ruido de los aplausos y el de la lluvia parecieron fundirse, uno reforzando al otro. El pueblo no había presenciado una obra teatral que alguien de la audiencia pudiera recordar. Nadie quería marcharse. Nelson, inmerso en la charla, sintió calor. Apareció entonces una botella, subieron el volumen, y pronto comenzó el baile. Nelson estaba de pie contra la pared, tímido, pero Cayetano y Patalarga enviaron a Melissa a través de la habitación para sacarlo a bailar. Nelson ensayó unos pasos vacilantes al ritmo de la música, y Henry le gritó: «¡El chico de la ciudad!», su voz de algún modo elevándose sobre el ruido de la música y la lluvia.

Todos lo vitorearon, y fue entonces cuando finalmente la gira pareció ser algo real para Nelson.

En las semanas siguientes, Diciembre actuó en pequeños pueblos y caseríos por toda la región, sometidos a un clima que Nelson nunca antes había experimentado. Algunas mañanas era como si el sol nunca saliera, y nubes azules y púrpuras se arremolinaban en el cielo hasta el caer de la tarde, cuando finalmente se desataba el aguacero. Otros días, no era la lluvia sino el viento a lo que debían enfrentarse: soplabla feroz y despiadado por el valle, y dejaba a Nelson con las mejillas enrojecidas y el cuerpo helado. Pero entonces, de improviso, el techo de nubes desaparecía y salía el sol. Todo relucía, incluso las montañas, y él pensaba: este es el paisaje más hermoso que he visto en mi vida. Pero nunca duraba mucho; después de una hora, las nubes volvían. Nelson perdió peso en esos primeros días, y muchas mañanas se despertó con un terrible dolor de cabeza. Tomaba mate de coca de desayuno y comía pan duro con queso. En el almuerzo: trucha frita, a veces durante ocho días seguidos. Diez. Catorce días. De vez en cuando, cuy, un cambio que era bienvenido pero que a menudo incluía el desagradable ritual de elegir el almuerzo de entre un corral lleno de animalitos peludos. («El más gordo», decía Henry siempre, sin dignarse echar un vistazo a las bestias.) Se trasladaban de una ciudad a otra en autobús, si había alguno disponible; si no, y si aún no había empezado a llover, les bastaba la parte de carga de un camión. Se echaban entre montones de papas, mirando los valles; los campos; las casas dispersas y solitarias, y el cielo turbio que lo cubría todo sin clemencia. Mientras más alto subían, más peligrosos se volvían los caminos, a veces de un ancho suficiente solo como para una carreta jalada por asnos; a menudo, Nelson se asomaba a mirar por el borde del precipicio de alguna montaña que parecía a punto de desmoronarse y luego tenía que forzarse a pensar en algo que no fuera la muerte. Su vida en la ciudad se le venía a la mente, pero las instrucciones de Henry —someterse por completo al mundo de la obra, olvidarse de todo lo demás— le parecían particularmente apropiadas desde su última y decepcionante conversación con Ixta. Luchaba por sacársela de la cabeza.

A pesar de estas dificultades físicas y psicológicas, la gira tenía sus satisfacciones: en cada pueblo les brindaban una bienvenida tan cálida, ceremoniosa y solícita que a Nelson le encantaba; casi todas las noches el público les daba una ovación de pie, lo que hacía que todos sus esfuerzos parecieran valer la pena. Aun si la comunidad no había oído hablar de Diciembre, a menudo se mostraban agradecidos por la visita. El más anciano del pueblo o el alcalde insistían en alojarlos ellos mismos; y ser bienvenidos en estas casas humildes era, para Nelson, un privilegio asombroso. Trataba de captar la mirada de Henry o Patalarga solo para asegurarse de que sentían lo mismo que él: lo significativo de contar con la confianza inesperada e inmerecida de esta gente. Después de cada función se organizaba apresuradamente una fiesta o esta surgía de manera espontánea. Algunos pueblos no eran más que un puñado de

casas en medio de interminables campos amarillentos, pero en muchos casos estos tenían el mejor público: a lo sumo una docena de personas en total, con poca educación o experiencia con el teatro, unos cuantos agricultores de rostros enrojecidos, sus sufridas esposas y sus hijos desnutridos, quienes se acercaban a Henry después de la función y sin atreverse a mirarlo a los ojos le decían respetuosamente: «Gracias, Señor Presidente».

Recordemos una noche en Corongo, donde los ancianos tíos y tías de Patalarga se ubicaron en primera fila, con su madre radiante de orgullo exactamente en el medio, una hora antes de que empezara la obra. Se sentaron en silencio y casi inmóviles, mirando de frente como quien posa para una foto. Cuando empezó la función, entornaron los ojos para concentrarse, y cuando terminó, se pusieron de pie para aplaudir. Después, todos cenaron sopa de papa y cebolla en el comedor de la casa donde Patalarga creció, apretados en una larga mesa de madera que crujió de un lado y de otro, dependiendo de qué codo se levantaba. La habitación era oscura y húmeda, y habían abierto todas las ventanas y puertas para ventilarla, dejando entrar el frío nocturno que a nadie parecía importarle salvo a Nelson. Todos estaban felices y orgullosos, pero a la vez reservados y circunspectos, como si la alegría fuera una emoción que debía guardarse como si fuera un secreto. A diferencia del resto de la familia, la madre de Patalarga estaba preocupada.

—Tengo una pregunta —le comentó a su hijo cuando la cena llegaba a su fin—. Ah, y por favor, no te lo tomes a mal... pero si tú eres el de la plata, ¿por qué tienes que hacer el papel del sirviente?

A lo que Henry respondió:

—Es que el papel le cae tan a pelo que sería criminal utilizar su talento de cualquier otra forma.

Y otra noche en la comunidad de Sihuas, ubicada al borde de la carretera y a tres mil doscientos metros sobre el nivel del mar, donde les cedieron para la actuación un rincón de un bar llamado El Astral; esperaron y esperaron, por una audiencia —cualquier público estaría bien—, pero nadie llegaba. Eran ya pasadas las diez de la noche y, aparte del bigotudo cantinero y el administrador del hostel, no habían visto a nadie más en los alrededores. Henry y Patalarga bebían cada uno una cerveza, en silencio, indiferentes o fingiendo indiferencia, pero Nelson estaba impaciente.

—No vendrán —dijo, deseando solo descansar—. ¡Nadie vendrá!

Pero el cantinero se atusó las puntas del bigote.

—Créeme, muchachito, espera un poco y verás. ¡Tendrás tu *show* !

Un rato más tarde, miró su reloj.

—Adelante. Sal y verás.

Había caído la noche; el cielo estaba oscuro. Sihuas se ubicaba en una estrecha pendiente del valle, y Nelson no vio nada en las calles vacías del pueblo, pero cuando llegó a la esquina y miró hacia arriba, allí estaban: hileras de lucecitas oscilantes, cientos de ellas, descendiendo apuradamente por los caminos montañosos. Eran mineros de los yacimientos de oro. Media hora más tarde, entre un clamor de gritos y bullicio, llegaron al bar, y un instante después El Astral estaba lleno a reborar. Los hombres eran pequeños y delgados, con las mejillas rojizas quemadas por el viento, ojos azabache y un deseo febril de beber. Algunos presentaban cicatrices o les faltaban dedos debido a accidentes con dinamita, pero eso no parecía importarles. Olían a metal, y pagaban sus tragos con trocitos de oro que destellaban bajo las luces de neón de la barra. Cantaban canciones, y en cierto momento atiborraron tanto el lugar que prácticamente empujaron a Nelson, Patalarga y Henry en un grupo apretado, compacto. Su escenario había desaparecido bajo la multitud de hombres. Media hora más tarde, apareció un autobús lleno de putas —¿cómo?, ¿de dónde venía?—, y de pronto El Astral empezó a oler a sexo, o a la posibilidad de sexo, gracias a una espesa nube de mujeres pintadas que se aplastaban contra la barra como transportadas por un viento fuerte y morbosos.

Ya no había ninguna posibilidad de presentar la obra.

—No me extraña que el administrador del hostel quisiera ponernos a todos en una sola habitación —dijo Nelson.

Nunca había estado en un burdel (aunque se había imaginado el escenario lo suficientemente bien como para escribir una pieza teatral), y ahora, contra todo pronóstico, un burdel había venido a él. Era un espectáculo impresionante. Menos de una hora después, había parejas teniendo sexo en los baños, detrás de los restos del escenario improvisado de Diciembre, en la escalinata del autobús que había traído a las mujeres hasta el lugar. Henry pagó su cuenta, súbitamente avergonzado, disculpándose por no poder pagar con oro, pero el cantinero fue muy comprensivo.

—Para la próxima —dijo.

Caminaron juntos las pocas cuadras que los separaban del hostel, por las calles oscuras de Sihuas ahora animadas con gruñidos, gemidos y risas de mujeres.

Y aquella noche en Belén cuando conocieron al avejentado exjefe de policía del pueblo, quien después de unos tragos accedió a contarles la historia de cómo había detenido brevemente a algunos miembros de Diciembre casi veinte años atrás. El anciano tenía el rostro regordete y la piel manchada, pero le brillaron los ojos al recordarlo: era como si estuviera viendo una película sobre la escena, admirando la versión de sí mismo interpretada por un actor joven y guapo. Recordó que su



nombre había aparecido en los diarios de la capital, algo que nunca logró de nuevo. Contó la historia sin reservas ni vergüenza, dirigiéndose a Nelson, tal vez porque creía erróneamente que Henry y Patalarga formaban parte del grupo al que había detenido. Ahora podía reírse, dijo, pero en aquel entonces las cosas eran distintas.

—Habíamos oído hablar de los terrucos, pero no teníamos idea de qué esperar o buscar. Nos llegaban informes terribles de la ciudad, pero no información sólida. Tal vez no me crean, pero estábamos asustados.

Henry y Patalarga conocían gente en cada pueblo: antiguos cómplices o antagonistas de los primeros días de Diciembre, los hombres y mujeres con los que habían compartido su juventud. Estos conocidos habían vivido la mayor parte de su vida en provincias, a un ritmo diferente. Contaban historias divertidas disfrazadas a manera de tragedias, e historias tristes que pretendían ser comedias; bebían abundantemente, y no parecían darse cuenta de aquellas cosas que más preocupaban a Nelson: la absoluta miseria de su entorno, el terrible estado de las carreteras, las lluvias implacables y el frío intenso. Pero también admiraba esto: su capacidad para conservar la alegría a toda costa, como el hombre prehistórico podría haber conservado el fuego. Nelson había aprendido a masticar hojas de coca, a disfrutar del adormecimiento a medida que esta se extendía por su cara y le bajaba por el cuello hasta llegarle al pecho; un pequeño placer que amortiguaba la dureza de la estación de lluvias y suavizaba los efectos de la altura. Y estaban a punto de entrar a una región diferente: los valles bajos, donde comenzaba la floresta. Si avanzaban más, otro día o dos o tres, el frío cedería por completo y estarían en el límite de la selva, libres de respirar de nuevo, casi normalmente. Estaban ahora sentados alrededor de una mesa rectangular de madera en un restaurante repleto de gente, escuchando al viejo jefe de policía contar su pequeña y divertida historia de guerra sobre el arresto de los actores. Se oía el zumbido de un fluorescente; la televisión estaba encendida, pero nadie le prestaba atención. Detrás de ellos había una segunda fila de hombres ansiosos por escuchar: si la mesa era el escenario, ellos eran la galería, por así decirlo. Trabajadores, todos ellos, hombres de manos ásperas bien metidas en los bolsillos, hombres que se reían cuando había que reír, que se quedaban en silencio cuando había que callar. Eran el coro que seguía cuidadosamente las señas del jefe de policía. Si se les ofrecía un vaso de cerveza, lo aceptaban; si no, no se quejaban. Eran indiferentes al frío, no les molestaba estar de pie y escuchaban la conversación del bar con tanta atención como la que le habían dedicado a la obra misma.

El anciano prosiguió:

—Y entonces esos chicos, esos rufianes, aparecen trepados en la parte de atrás de una camioneta, con pañuelos amarrados y oliendo mal. Levantan una carpa en la plaza sin pedir permiso a nadie. Ponen su música rock en un equipo de sonido portátil. Usted pensará que aquí somos primitivos, pero así sucedió. Mi ayudante (Dios lo bendiga, ahora

vive en el extranjero) me dice: «¡Son ellos!». «¿Son quiénes?», le pregunto. «¡Los terrucos!» «Pero ¿cómo lo sabes?», digo yo, y él, bueno, él siempre leía los periódicos. Tenía una respuesta para todo: «¡Mira lo sucios que están!». ¿Qué sabíamos nosotros? Nunca habíamos visto a uno. Las mujeres fumaban cigarrillos, tenían parches en sus *jeans*. Los chicos parecían enfermos, con pelo greñudo y bigotes finos. ¡Míralos! ¡Aun ahora parecen sospechosos! ¿Hice mal en preocuparme? Dime, hijo, ¿hice mal?

El viejo soltó una risa que sacudió todo su cuerpo, y el coro lo imitó. Henry y Patalarga no, pero nadie pareció notarlo.

—¡Yo los arrestaría ahora mismo! —gritó Nelson.

—¡Por supuesto! Pero ¿de qué los acusarías? —dijo el jefe de policía en un susurro exagerado.

—Estoy seguro de que a usted se le ocurriría algo —dijo Patalarga.

—Cualquier cosa —añadió Henry—. Los juzgados no son muy exigentes, usted sabe.

Nadie supo qué responder. El jefe de la policía sonrió cortésmente y el coro contuvo la respiración por un momento. Nelson también percibió la incomodidad, y cuando sintió que esta se había prolongado demasiado, cambió de tema y mencionó las lluvias; el jefe de policía sonrió y le cedió la palabra al coro, a los trabajadores, los que cultivaban la tierra. Habían venido al pueblo para la función, pero de lo que en verdad sabían era de la tierra.

—¿Cómo anda todo por allá? —preguntó el antiguo jefe de policía—. ¿Qué novedades hay en las provincias?

Las provincias; esa era otra de las cosas que Nelson había logrado comprender. No importaba adonde uno fuera, ni cuán lejos hubiera viajado dentro de la extensa serranía, las provincias siempre quedaban más lejos. Era imposible llegar a ellas. No estaban aquí —*nunca aquí*—, siempre un poco más allá.

Uno de los hombres dijo que sus campos corrían el riesgo de desaparecer. Dos semanas seguidas de lluvia a estas alturas de la temporada no era algo normal. Los ríos están desbordados, dijo otro, los puentes podrían colapsarse. Y entonces, un tercer hombre, de cara ancha y cabello negro que le caía pesadamente sobre los ojos, dijo:

—¡Mi primo dice que todo está tan mal en la ceja de selva que las avionetas no pueden volar!

Todos se quedaron en silencio.

—¿Avionetas? —preguntó Nelson.

No había oído hablar de ninguna avioneta. No las había visto o siquiera imaginado. Aunque él nunca había volado, viajar en avioneta le pertenecía; formaba parte de ese otro mundo, el que había dejado atrás.

El exjefe de policía puso un rostro severo. Lanzó una mirada de furia al miembro culpable del coro, al que había roto las reglas por hablar cuando no le correspondía y mencionar la industria más importante y de más rápido crecimiento de la ceja de selva, el narcotráfico.

—Tal vez usted podría arrestarlo por eso —dijo Henry, un comentario que no contribuyó en nada a aligerar el ambiente, que se había vuelto repentinamente opresivo.

Después de aquella noche y de la explicación que le dio Henry, Nelson miraba al cielo cada vez que viajaban. Lo anotó en su diario, usando con beneplácito esta nueva forma de pasar el tiempo, de distraerse de la precariedad de los caminos o los vientos duros. Nunca vio una avioneta. Pasaron cuatro días en esa zona, descendiendo hacia el calor, antes de que Henry decidiera que debían volver a las montañas.

—Me siento más cómodo cuando hay menos oxígeno —dijo—. La obra tiene más sentido así. ¿No les parece?

Y como Henry era el presidente, Diciembre volvió a las montañas.

Y aquella noche en San Felipe, cuando, después de una actuación particularmente vigorosa, Nelson casi se desmaya. Esa noche, asesinar a Patalarga le representó un gran esfuerzo, y luego de la función se desplomó en una silla, incapaz de recuperar el aliento. Inhalar era como tragar cuchillos, y sentía como si la cabeza estuviera a punto de separarse del cuello y salir flotando. Cuando finalmente se recuperó, los invitaron a una fiesta en una casa de adobe de un solo ambiente en las afueras del pueblo. Una vez allí, sus desconocidos anfitriones hicieron entrar a Nelson a toda prisa y aquellos desconocidos se dedicaron con especial esmero a alimentarlo y emborracharlo. Sorprendentemente, el licor le ayudó, y le gustó que lo consintieran. Cuando Nelson empezó a ponerse azul, el dueño de la casa, un hombre canoso llamado Aparicio, le preguntó si quería una chaqueta. Nelson asintió entusiasmado. Su anfitrión se levantó, caminó hacia el refrigerador y se quedó de pie ante la puerta abierta, como contemplando un bocadillo. Se está burlando de mí, pensó Nelson. Luego vio cómo Aparicio abría el cajón de las verduras y sacaba un par de medias de lana que luego le arrojó a Nelson. Cuando la puerta se abrió un poco más, Nelson vio que utilizaban el refrigerador como ropero. Los compartimientos inferiores seguían en su lugar, pero todo lo demás había sido retirado. Había mitones en la bandeja de la mantequilla, chompas y chaquetas colgando de una barra de madera clavada a las paredes interiores. Solo entonces se dio cuenta de los

pocos alimentos perecibles que había sobre el mostrador. Con ese frío, no corrían peligro de estropearse.

Los hombres y mujeres allí reunidos contaban historias tristes sobre la guerra y se reían de su propio sufrimiento de una manera que Nelson era incapaz de comprender. A veces hablaban en quechua y, cuando esto ocurría, las risas se hacían mucho más intensas, y también mucho más tristes, o al menos eso le parecía a Nelson. Más tarde llegó una mujer, Tania, y todo el mundo se puso de pie. Tenía el pelo negro y largo, entrelazado formando una sola trenza, y un chal naranja y amarillo sobre los hombros. Era hermosa y muy pequeña, pero de algún modo daba la impresión de tener una gran fortaleza. Recorrió la habitación estrechando las manos a todos excepto a Henry, quien recibió un beso volado, justo al lado de su oreja derecha.

—¿Sigues actuando? —preguntó Tania cuando llegó a donde estaba Nelson—, ¿o en verdad estás tan enfermo?

Nelson no sabía cómo responder y se sintió aliviado cuando alguien gritó:

—¡Está borracho!

La habitación estalló en carcajadas y luego todos se sentaron.

A partir de ese momento empezaron a beber en serio, y pronto apareció una guitarra en algún rincón escondido de la habitación. Se la fueron pasando de mano en mano, y dio varias vueltas antes de que Tania finalmente se quedara con ella. Todos aplaudieron. Ella rasgó un momento las cuerdas, luego carraspeó para aclararse la garganta, dio la bienvenida a los visitantes y agradeció a todos por escucharla. Cantó en quechua, escogiendo un acompañamiento complejo, sus dedos ágiles ajenos al frío. Nelson se volvió hacia Henry y le preguntó en voz baja de qué trataba la canción.

«Es una canción de amor», susurró Henry, sin apartar los ojos de Tania. Al parecer habían tenido una relación fugaz dos décadas antes. Verla, me contó más adelante, lo dejó perturbado, llenándolo a la vez de remordimiento y de optimismo. Sintió entonces que había ingresado en una etapa gris de su vida, de la que no había salida fácil. Uno no podía entrar al mundo de una obra. No podía escapar de su propia vida. Tus malas decisiones se te aferran sin alivio. Y aun si fuera posible escapar, ello requeriría una fortaleza que él no tenía, o un golpe de suerte que no se merecía.

En cuanto a Nelson, a medida que avanzaba la noche se encontró apreciando la belleza de Tania con cada vez mayor claridad. Pasaron las horas, y cuando estaba a punto de sucumbir al frío y al licor, ella se ofreció a acompañarlo de vuelta al hostel donde se alojaba. Los asistentes notaron esto y fingieron alarma, pero ella los ignoró. Afuera, en la noche frígida, sus ojos centelleaban como estrellas negras. El

pueblo era pequeño y perderse era imposible. Caminaron por las calles tambaleándose, ambos envueltos en una manta que Aparicio les había prestado.

—Cantas muy bonito —dijo Nelson—. ¿Sobre qué cantabas?

—Canciones viejas, nada más.

—Henry me dijo que cantabas sobre el amor.

Tenía una risa hermosa: cristalina y sin pretensiones, como luz de luna.

—¡Pero si él no habla quechua! Acertó de pura suerte.

Cuando llegaron a la puerta del hostel, le preguntó a Nelson si era feliz. Sentía curiosidad, le dijo, porque él tenía un rostro muy difícil de leer.

—Difícil de leer... ¿Es ese un cumplido? —preguntó Nelson.

—Si te parece.

—¿Viste la obra?

Tania asintió.

—¿Y te gustó?

—Sí —dijo ella—. Mucho.

—Entonces estoy feliz.

Nelson se acercó para besarla, pero ella lo esquivó, sorprendentemente alerta, como una atleta entrenada especialmente para esquivar besos. Tania le dio unas palmaditas en la cabeza, y por un momento ambos se quedaron allí, incómodos, hasta que ella sonrió.

—Está bien —dijo Tania—. Eres muy dulce. Me recuerdas a mi hijo. Ahora, por favor, toma mucha agua y descansa todo lo que puedas.

Luego se fue caminando de regreso a la fiesta. Nelson la vio alejarse; y aunque él se encontraba a cientos de kilómetros de casa, en un lugar tan distinto del malecón de La Julieta como podría serlo la superficie de un planeta distante, recordó a Ixta, quien había dejado de creer en su amor y se había alejado de él. Todos los días, Nelson libraba una batalla campal contra el recuerdo de su conversación en el faro, una guerra brutal en la que era a la vez vencedor y vencido. En su mente trataba de cambiar el resultado de aquel momento, como un mago intentando doblar una cuchara a fuerza de pura concentración. Pero no importaba cuánto lo intentara, nunca funcionó. En ese momento, recordó su propio silencio, el haber dejado que ella se fuera, y se sintió avergonzado.

—¡Tania! —gritó.

Ella se volvió, pero no dijo nada. Estaba esperando.

—¡Te amo!

Ella se echó a reír como si fuera el mejor chiste que hubiera escuchado en su vida.

«Era un chico guapo —me contó Tania después—. Si hubiera sido un poquito mayor, me lo habría llevado a casa conmigo.»

Para entonces llevaban más de un mes y medio de gira; seis semanas separados de su vida, de sus amigos, de sus sueños. Nelson había cumplido veintitrés años la primera semana de mayo, sin comentárselo a nadie. Estaba solo. Henry les había pedido a todos que no llamaran a casa, que no escribieran cartas, que se sumergieran solo en el momento. Ahora valía la pena preguntarse: ¿qué tan bueno era en verdad ese consejo? ¿Qué había logrado con ello, si el presente no era en absoluto nuevo ni distinto, sino fundamentalmente el mismo: los traumas de siempre, solo que esta vez en la fría cima de una montaña, en una noche negra como boca de lobo? En el hostel, la dueña le dio a Nelson una gran bolsa de jebe repleta de agua hirviendo, que él, una vez a solas, sostenía en las manos mientras se aprestaba a acostarse. Era como sostener un corazón humano, el suyo tal vez. Sintió que lo que quedaba de su alegría se estaba evaporando. Trató de analizar su día: lo que había pasado, o lo que, muy a su pesar, no había pasado. El frío hacía casi imposible pensar de manera coherente. Nelson se acostó sujetando la bolsa de agua caliente contra su vientre, enroscado como un caracol alrededor de ella. Se le empezaron a cerrar los ojos. ¿Valían la pena — se preguntaba— el viaje, el frío y la distancia, que a veces se sentían como el exilio por el que Henry había clamado aquel día en el taxi? ¿Que importaba todo eso si él ya había arruinado su vida al dejar que Ixta se marchara? ¿Estaba acaso, aun ahora, arruinando más su vida?

Se esforzó en levantarse, bajó una vez más y despertó a la dueña del hostel, disculpándose por hacerlo. ¿Sería posible —le preguntó— hacer una llamada telefónica? ¿A la capital?

La mujer estaba en camisón, observando al joven actor con ojos entornados.

—No hay teléfono —dijo, repentinamente molesta—. Ustedes no hacen más que pedir teléfono, pero ya me cansé de repetirles que no tenemos.

Una tarde, Henry trajo a colación la historia de su encarcelamiento. En apariencia hablaba con Nelson, pero en verdad hablaba también consigo mismo. En 1986, él tenía treinta y un años y, la noche de su arresto, su primera preocupación había sido la obra. Su trabajo era lo único que le importaba. No había notado a los dos hombres de traje oscuro que se quedaron merodeando después de la función. Estaban

cada cual por su lado, sin hablar con nadie, apoyados contra las paredes mohosas del Olímpico, el cual, al acoger una compañía de teatro experimental como Diciembre, había entrado oficialmente en una etapa nueva y prácticamente terminal de su larga decadencia. («Fue justo antes de que se convirtiera en un cine porno», me contó Patalarga.) El teatro se había quedado vacío, el público se había dispersado y los actores estaban solos. Uno de los dos hombres de traje oscuro se acercó. «Usted es Henry Núñez», dijo cuando Henry salía desde detrás del escenario. No era una pregunta. Henry llevaba una bolsa de cuero al hombro, vacía excepto por algo de ropa sucia y algunos guiones con anotaciones. Se había echado agua en la cara y había discutido con su elenco de dos, Patalarga y Diana, quienes en aquel entonces ni siquiera eran enamorados. («Entenderás, querido Alejito, que esto fue en la época en que Patalarga aún era virgen. No te rías, tenía apenas veinticinco años.») La representación había sido decepcionante, y él se lo había dicho así en una diatriba furiosa adornada de obscenidades. El pequeño equipo de producción ya se había ido. Diana lo había insultado, llamándolo «insensible y tiránico», antes de marcharse también. El teatro se había quedado vacío, solo quedaban Henry y Patalarga, quien en ese momento seguía aún entre bamba linas.

—¿Te acuerdas? —le dijo Henry a su viejo amigo, y Patalarga asintió.

El descontento de Henry se convirtió en enojo ante la presencia de estos dos desconocidos, que hacían preguntas estúpidas cuando todo el universo teatral de la capital *sabía que él era Henry Núñez*. ¿Quién más podría ser?

Cuando quedó claro que Henry no iba a responder, uno de los hombres dijo: «Tiene que venir con nosotros». Hablaba de manera formal, deliberadamente; Henry frunció el ceño, y el otro hombre repitió la monótona y fría orden, esta vez haciendo hincapié en las palabras «tiene que».

En ese momento, Patalarga salió de detrás del escenario, comprendió de inmediato la situación (según él) y trató de interceder; pero para entonces otro par de hombres habían surgido de entre las sombras del Olímpico; eran sujetos duros y serios, de aquellos a los que les gusta poner fin a las discusiones. Posaron sus manos gigantescas sobre Henry. Hubo un breve intercambio de más palabras, algunas pronunciadas a gritos, pero a fin de cuentas no se trataba de una negociación. Iban a llevarse al dramaturgo, y punto. Como Patalarga no se callaba, lo noquearon y lo encerraron en la taquilla, donde el guardián del teatro lo encontró al día siguiente.

Henry fue recluido e incomunicado en una celda piadosamente limpia, aunque de todos modos desagradable. Le tomó varios días comprender la gravedad de su situación. Lo interrogaron acerca de la gente a la que conocía, las obras de teatro que había escrito, sus viajes por todo el país y sus motivos; pero todo era extrañamente letárgico, ineficiente, como si

la policía estuviera muy aburrida para decidir su destino. No lo golpearon ni torturaron; seguramente habría confesado lo que fuera ante la sola amenaza. Al tercer día, todavía pensando, respirando y viviendo a la manera de un dramaturgo, pidió lápiz y papel para tomar notas acerca de su tedioso encarcelamiento, cosas para recordar por si alguna vez necesitaba escribir sobre estas experiencias. Se los negaron, pero aun así, en su ingenuidad, él todavía no se sentía preocupado. Bueno, no realmente. Decepcionado, sí, perturbado; pero si alguien le hubiera preguntado, Henry habría dicho que esperaba salir en libertad cualquier día, en cualquier momento. Su cautiverio le parecía tan ridículo que apenas podía concebirlo. No lograba entender por qué estaban tan molestos. ¿Habían visto *El presidente idiota*? ¡Ni siquiera era una buena obra!

Justo cuando empezaba a desesperarse, le permitieron recibir una visita. Debió de ser el quinto o sexto día. Para entonces ya habían inventado una historia: las autoridades negaron categóricamente la versión de Patalarga sobre el arresto y dijeron que habían encontrado a Henry horas más tarde, borracho, deambulando por las calles de la Ciudad Vieja. Afirmaban que lo habían detenido por su propia seguridad.

¿Y por qué habían negado durante cinco días que tenían a Henry bajo arresto?

Una confusión burocrática. Un error de registro.

¿Y por qué seguía encerrado?

Lo estaban investigando. Henry era el sospechoso principal de la paliza y el encierro ilegal de Patalarga. «Lo más probable es que todo se trate de una pelea entre amantes —dijo el portavoz de la policía levantando sutilmente una ceja—, aunque yo preferiría no especular.»

La prensa sumisa, sin embargo, sí especuló.

Marta, la hermana mayor de Henry, apareció esa quinta o sexta tarde, en representación de la humanidad que vivía fuera de la pequeña celda de su encierro: su familia, sus amigos, Diciembre y sus seguidores. Todos. Una responsabilidad que se notaba claramente en su rostro. Sus ojos estaban rodeados de círculos azulados oscuros y su piel, amarillenta. Marta le informó de que, de hecho, ningún miembro de la familia había tenido tiempo para comer o descansar esos cinco días, y que estaban haciendo todo lo posible para que lo liberaran. Se los imaginó a todos —su enorme y pleitista familia extendida— uniéndose para llevar a cabo esta tarea: más fácil sería organizarlos en turnos y hacer que cavaran un túnel por debajo de la cárcel. Esta imagen le hizo sonreír. Marta estaba feliz de ver que no habían maltratado a Henry, y se pasaron gran parte de la hora haciendo planes para después de su liberación. Ella tenía dos hijos —una niña de seis y un niño de cuatro—, que le habían dibujado tarjetas deseándole una pronta recuperación, ya que les habían dicho que su tío estaba en el hospital. Esto le pareció



divertido a Henry; pero halló exasperante el que las tarjetas hubieran sido confiscadas en la puerta de la cárcel. Todos aconsejaban a la familia que no se preocuparan, que más adelante recordarían esa pequeña anécdota y se reirían.

—¿Y por qué esperar? —dijo Henry.

—No seas ridículo —respondió su hermana, la cual ya se esforzaba por reprimir una sonrisa.

Él se refería a un juego que habían inventado cuando niños: risas forzadas, espontáneas y sin sentido. Lo usaban para librarse de responsabilidades, para que los eximieran de ir a la iglesia. Trabajando duro y con mucha diligencia, habían desarrollado y perfeccionado esta habilidad: rodaban por el piso, se reían a carcajadas y se frotaban la barriga como locos antes de una cita con el médico o de un viaje familiar, o en la mañana de un examen del colegio para el que no se habían preparado. Ninguno recordaba cuál había sido el origen del juego, pero debido a él habían sido castigados juntos muchas veces, fingiendo siempre ser inocentes. No podemos evitarlo, decían ambos, todavía riéndose, con lágrimas pugnando por brotar de los rabillos de sus ojos, hasta que sus protestas los llevaron a sesiones semanales conjuntas con un psicólogo infantil. Aun después de tantos años, ambos seguían sintiéndose orgullosos de no haberse traicionado el uno al otro. En sus mejores momentos, cuando eran tan cercanos como sería posible entre dos seres humanos (Henry de diez años y Marta un par de años mayor), ambos podían crear risas al instante, ataques histéricos que duraban un cuarto de hora o más. Henry consideraba que este había sido su primer logro dramático.

Él insistió:

—¿Y por qué no?

Hasta ese instante habían estado hablando en susurros, pero entonces respiraron hondo, como buzos preparándose para un descenso. Sucedió además que la celda tenía buena acústica. Las risas fueron inicialmente tímidas, pero poco a poco fueron aumentando en intensidad y pronto resonaban por toda la cárcel. Imparables, gozosas, catárticas. En un extremo del pabellón, los guardias que las escucharon arribaron a una conclusión muy diferente: eran demoníacas, aterradoras incluso. Nadie se había reído nunca en esta cárcel, al menos no de esta manera. Sintieron pánico. Uno de ellos corrió a ver lo que sucedía y se sorprendió al encontrar a los dos hermanos riéndose a carcajadas, tomados de la mano, con sus mejillas resplandecientes.

La hora había pasado.

Al salir de la cárcel esa tarde, Marta dio unas breves declaraciones a la prensa, que fueron transmitidas en el noticiero de la noche. Su hermano era completamente inocente, dijo; era un artista, el mejor dramaturgo

de su generación, y las autoridades los habían interrumpido a él y a sus actores en el ejercicio legítimo de su arte. Los responsables debían estar avergonzados de lo que habían hecho.

Al día siguiente, los cargos de asalto y detención ilegal fueron retirados y sustituidos por otras acusaciones más serias. Henry estaba ahora detenido por incitación y apología del terrorismo. Había una nueva investigación en curso. Las noticias se las dio esa mañana el mismo guardia que los había encontrado a él y a Marta riéndose. Por fortuna, el hombre se abstuvo de hacer el comentario obvio sobre a quién le tocaba reírse ahora, una pequeña deferencia que, sin embargo, Henry agradeció.

Lo sacaron de la cárcel en la parte trasera de una camioneta militar sin ventanillas, sin nada que ver salvo el rostro duro y serio de un soldado, un hombre de unos cuarenta años, severo y silencioso. Henry cerró los ojos y trató de seguir la ruta serpenteante de la camioneta a través de esa ciudad a la que él llamaba hogar desde los catorce años. «Estamos yendo a Recolectores, ¿no?», le preguntó al soldado, quien respondió con un leve movimiento de cabeza.

En la mañana del 8 de abril de 1986, Henry ingresó a la cárcel más infame del país. No saldría de allí hasta mediados de noviembre.

A Nelson le encantaba escuchar estas historias; era como si llenaran vacíos que él no sabía que existían. Una y otra vez, preguntó: ¿por qué no has escrito sobre esto?, pero era una pregunta que Henry nunca respondía de manera convincente. Cada noche en Recolectores, los amigos se juntaban en pares y caminaban en círculos alrededor del patio de la cárcel, consolándose, intercambiando confesiones, haciendo todo lo que se les ocurría para imaginar que estaban en otro lugar. ¿Cómo montar una obra de teatro en un mundo que niega todo tipo de acción a sus personajes? ¿Por dónde empezar? «¡Comienza ahí! — respondía Nelson—. ¡O ahí! ¡O ahí!» («Los escritores jóvenes creen que cualquier instante puede ser el inicio de una obra», me dijo Henry más adelante con voz severa, de profesor.) Decidido, Nelson incluso se ofreció a ayudarlo: él transcribiría las escenas, o podrían discutirlos juntos. Él podría esbozar el arco dramático de cada una, escribir la caracterización de los personajes; en suma, podrían *colaborar*. («Para ser honesto, nunca me gustó esa palabra», me dijo Henry, haciéndome notar sus desafortunadas connotaciones políticas.) Aun así, fingió estar intrigado por la idea, dijo que era algo que valía la pena considerar, aunque nunca se comprometió a hacerlo. Tal vez cuando volvieran, le dijo al ansioso joven actor.

Patalarga, quien tiene más claros los recuerdos de aquellos días de la gira, dice que sentía que la admiración de Nelson por Henry iba tomando matices más elaborados: ya no era el respeto ciego de un joven artista, ni el esfuerzo ambicioso de un discípulo en busca de reconocimiento, se había convertido más bien en algo cercano al aprecio de un hijo que ha llegado a entender a su padre como hombre, con toda la complejidad que eso implica.

En otras palabras: se estaban haciendo amigos.

Mientras tanto, la temporada de lluvias estaba por terminar. Hasta ese momento, llevaban ya unas ocho semanas de gira; habían ido de la costa a la sierra y a los valles de la ceja de selva, y habían retornado de nuevo a las alturas pasando por una sucesión de pueblos que vistos de lejos parecían sangrar juntos con una intensidad caleidoscópica. La sierra, que había sido siempre un misterio para Nelson, era ahora algo real, una serie de cuadros austeros que habían cobrado vida: desde asentamientos mineros como Sihuas hasta relajados poblados ribereños en la ceja de selva, pasando por grupos de casas diminutas desperdigadas sobre una altiplanicie, hogares de familias modestas dedicadas al pastoreo de ganado. Esta zona fascinaba a Nelson más que ninguna otra, esta gente asentada en círculos concéntricos cada vez más amplios alrededor de un inmenso camal que olía a vísceras y podredumbre, un lugar cruel y oscuro que era, sin embargo, el centro

de la vida económica, social y cultural de la región, y que incluso, por una breve pero mágica noche, se había convertido en un teatro.

Para entonces, ya estaban esencialmente acostumbrados a la austera belleza del paisaje; lo tenían delante, tan ordinario y abrumador que ya ni podían verlo. En los diarios de Nelson, sus descripciones acerca de las alturas serranas se ven afectadas por su propia e irritante ignorancia, la de alguien que ha pasado toda su vida en la ciudad y no tiene idea de lo que está viendo: describe las montañas con variaciones simplistas de *grandes*, *medianas* o *pequeñas*, como si estuviera pidiendo un refresco en un restaurante de comida chatarra. Los árboles y las plantas, las aves, e incluso el color del cielo, reciben más o menos el mismo tratamiento. Presta mayor atención a las personas: páginas y páginas dedicadas a Cayetano, Tania y otros (descripciones que me han servido para preparar este manuscrito), así como a una vasta colección de mineros, obreros, campesinos, cambistas de dinero y camioneros a los que conoció en la ruta. Estos personajes aparecen, singulares y vívidos, a menudo sin un nombre, y luego desaparecen.

En la mañana del 11 de junio de 2001, Diciembre llegó a la pequeña ciudad de San Jacinto, que se sentía, en comparación con todas las paradas anteriores de la gira, como si fuera una versión de París, Nueva York o Londres. Era el pueblo más grande en su itinerario, y tenían previsto actuar un par de noches en un instituto de enseñanza de inglés que llevaba el nombre de Franklin D. Roosevelt. Nadie sabía cómo había hecho Patalarga para programar estas presentaciones en particular; pero una vez en San Jacinto, Henry y Nelson le dieron las gracias por ello. Inmersos de pronto en el encantador caos de la ciudad, se percataron entonces de la privación sensorial que habían soportado en esas largas ocho semanas. Caminaron despreocupadamente por la ciudad, asimilando el movimiento con una agradecida mezcla de pánico y asombro. Los sesenta mil o más residentes de San Jacinto vivían en una llanura plana y seca, y hacían trueque de cualquier cosa y de todo siguiendo reglas que solo ellos entendían. Una ruidosa calle estaba repleta de músicos en alquiler. «¡Todos los éxitos! —gritaba una vendedora con extravagantes mechones rojos en el pelo—. ¡Pague por once horas y la doce es gratis!» Otra la llenaban los alegres y borrachos trabajadores de una compañía de camiones, quienes bautizaban seis nuevos vehículos en medio de un cruce de calles y habían bloqueado el tráfico en todas direcciones. Los camiones habían sido encerados y brillaban relucientes, como sonriendo bajo el sol. Estaban decorados con banderines amarrados a la parte superior de la cabina. Los hombres corrían alrededor, lanzando confeti al aire, rociando el chasis con champán. Era como una boda, solo que no estaba claro quién se estaba casando con aquellas máquinas gigantescas y relucientes, o si estas se casaban entre sí. Henry, Patalarga y Nelson se quedaron observando la confusa ceremonia hasta que el ruido se hizo excesivo; luego caminaron por las vías del ferrocarril alejándose del centro, con la esperanza de hallar algo de tranquilidad. Varias cuadras más allá seguían oyendo los frenéticos bocinazos de la celebración, aun cuando poco a poco ya se iban atenuando.

Llegaron a una pequeña plaza donde había docenas de hombres de pie entre grandes pizarras colocadas en filas que zigzagueaban de un extremo a otro del lugar. No estaba claro lo que hacían. En un extremo de la fila de pizarras estaba sentada una mujer corpulenta con un lapicero y un portapapeles en su regazo; cada cierto tiempo entregaba un trozo de papel a una adolescente, la cual luego trepaba a una pequeña escalera de tijera y copiaba unas palabras con tizas de colores. Los hombres se acercaban, con una expresión seria en sus rostros maltratados por el viento, y escrutaban su labor. Henry, Patalarga y Nelson observaban todo desde la multitud, esperando el momento más adecuado para moverse y poder ver mejor. Por una vez, Henry no pretendió saberlo todo y seguía la escena con el mismo desconcierto que los demás. Finalmente, envió a Nelson a investigar.

—Eres actor —le dijo Henry—, pasarás desapercibido.

Nelson regresó unos instantes más tarde. No había pasado desapercibido, y más bien se había topado con docenas de miradas desconfiadas.

Eran ofertas de trabajo, contó. Avisos clasificados, presentados en vivo.

Henry se alegró.

—¡Teatro para el pueblo! —dijo, como si la idea hubiera sido suya desde el comienzo.

Esa noche, comieron en una pollería cerca del centro de la ciudad, en mesas cubiertas por un plástico grueso. La noche anterior les había ido bien, habían recaudado lo suficiente en donaciones como para premiarse con una verdadera cena formal. La hora de almuerzo había pasado sin que se dieran cuenta: enfrentados a las imágenes y sonidos de San Jacinto, simplemente se habían olvidado de comer. Ahora tenían delante una botella de gaseosa de un litro, pero ninguno bebía.

Nelson tenía algo en mente; desde hacía días, desde aquella noche en San Felipe. Decidió preguntarle a Henry en ese momento. Sentía que este le debía una explicación.

—¿Has estado llamando a casa?

El dramaturgo sonrió. Al principio no dijo nada, pero luego asintió.

—Pensaba que no debíamos hacerlo —dijo Nelson.

Patalarga se rio.

—¿Por qué te ríes?

—Porque yo también he estado llamando.

Llegó la comida.

Al final, resultaba que el único de los tres que había estado protegiendo la integridad del «universo construido por la obra» era Nelson. Se le quitó el apetito. A Henry y Patalarga esto les pareció muy gracioso; a Nelson, no tanto. Reprendieron en broma a su amigo, tratando de sacarlo de su mal humor, que les parecía totalmente irracional. Y quizás tenían razón. ¿Cómo podía haber sido tan pegado a la letra?, le preguntaron, pero él no tenía respuestas. El compromiso que Nelson había demostrado con el proyecto —algo de lo que se había sentido orgulloso apenas un momento antes— era ahora un signo de ingenuidad.

Patalarga trató de desestimar las quejas de Nelson: Henry había mentido, sí, en sentido estricto, pero eso era lo que los grandes directores hacían. Presentan retos a sus actores, los punzan, los fuerzan a situaciones incómodas contra su voluntad para, de esta forma, extraer alguna dosis adicional de magia para el trabajo en escena. Aislado, triste, añorando su hogar. Ese era Nelson, el actor, en la cúspide de su acción.

—Imagínate a un Alejo feliz, equilibrado —dijo Patalarga—. Eso nunca funcionaría. Algún día te contaré cómo trataba Henry a mi esposa cuando ella tenía tu papel.

Henry asintió.

—Diana aún no me habla.

—¿Era esto lo que querías? —preguntó Nelson—. ¿Hacerme infeliz?

—Claro que sí. Necesitábamos que te sintieras así. Por la obra. —Acto seguido, se metió un trozo de pollo en la boca.

—Pero...

Henry tenía el rostro cubierto de grasa, y se dedicó a masticar durante un largo, lujoso minuto. Amaba esos momentos; de hecho, amaba la decepción de Nelson. Ser el mentor de alguien, tal como él lo entendía, consistía principalmente en ejercicios didácticos como este: hacer de la frustración la base del conocimiento.

—Por favor, mi querido Alejito: ¿realmente esperabas que no hablara con mi hija? —dijo Henry al final—. ¿O que el sirviente no llamara a su esposa?

—Supongo que no.

—¿A quién querías llamar? —preguntó Patalarga.

Nelson miró al techo exasperado.

—¿Y *ahora* quieren saberlo?

—Así es —dijo Henry, ablandándose—. Realmente queremos saberlo.

Más adelante, Henry me dijo: «Quería mucho a Nelson. Por supuesto que quería saberlo. —Y luego de una pausa—: Lamento mucho lo sucedido».

¿Qué les contó Nelson?

En concreto: acerca de Ixta. Cómo ella se había alejado, cómo él se lo había permitido. Cómo su mundo era más pobre sin ella. Vacío. Lo que les había dicho aquella noche en el Wembley no era cierto: él siempre había querido irse, y odiaba a su hermano por mantenerlo allí. Aún quería irse, y llevarse a Ixta con él. Para empezar de nuevo. Para intentarlo. Era esto de lo que se había dado cuenta en la gira. Lo que había aprendido. Les dijo muchas otras cosas, me contó Patalarga más adelante, cosas que parecían combinarse en una suerte de enorme queja cósmica: una tristeza que le fluía a borbotones desde lo más profundo y que había comenzado al perder a Ixta, tal vez para siempre, pero que luego había ido mucho más allá. Estaba siendo condenado a una vida que no quería. Eso lo asustaba.

—Por supuesto —me contó Henry—, ese era un sentimiento que yo conocía de primera mano.

—¿Le ofrecieron terminar antes la gira? —pregunté.

El dramaturgo negó con la cabeza.

—Eso no habría resuelto nada.

—Entonces, ¿qué hicieron?

—Le dijimos que la llamara, ¿qué más podía hacer? La amaba, y sabía que había cometido un error. Hablar con nosotros al respecto no iba a ayudarlo. Salimos del restaurante y caminamos hasta encontrar un locutorio. Estaba en una calle frente a un parque, así que buscamos una banca y le dijimos que lo esperaríamos allí. Cuando Nelson salió del locutorio, se le veía aturdido.

Más adelante le conté esto a Ixta: pensé que tal vez ella querría escuchar esa descripción, que podría parecerle revelador conocer el impacto que su conversación tuvo en Nelson. Complementaba lo que ella había estado sintiendo al inicio de la gira. Que todo lo que él le había dicho por teléfono aquella noche era cierto: la extrañaba intensamente. Que había tenido tiempo de pensar. Que ahora tenía un

plan, aunque fuera vago, y que este los incluía a ambos. Que había un futuro y que podía ser de ambos. Que la amaba.

Ella asentía con la cabeza mientras yo hablaba, revelando muy poca curiosidad al principio, hasta un momento en que me pareció ver una lágrima asomándosele al rabillo del ojo. Eso no duró mucho. Ixta se mantuvo serena y un instante después se limpió la lágrima con el dorso de la mano. Se aclaró la garganta y me interrumpió.

—No tienes que decirme nada de esto. Lo sé.

De hecho, recordaba muy bien la llamada telefónica de Nelson: aunque la conexión desde San Jacinto estuvo llena de estática, su voz sonaba lo suficientemente clara. Estaba en un locutorio, le dijo, y en ese instante la ciudad estaba volviendo a la vida, preparándose para la noche. Eran alrededor de las nueve, y las calles se encontraban repletas de gente. Amantes. Ladrones. Mototaxis pasaban zumbando, y pandillas de niños pequeños aspiraban pegamento en el frío de la noche.

—Suenan encantador —dijo Ixta—. ¿Me has llamado para hablarme de San Jacinto?

Silencio por un momento. Luego:

—No.

«Debí haber parado la conversación —me dijo—. No debí permitirle que dijera nada. Yo ya sabía que no tenía importancia.»

Pero no pudo evitarlo; lo dejó hablar. Fue doloroso escucharlo, admitió Ixta, y ella se sintió conmovida.

Cuando él terminó, ella le contó sus novedades.

—¿Crees que eso tuvo algo que ver con lo que sucedió a continuación?  
—le pregunté.

Ixta me dirigió una mirada vacía. Fue muy cuidadosa con sus palabras:

—Creo que el señor Núñez y su socio son quienes deben responder a eso. Yo no estuve allí.

Incliné la cabeza fingiendo mirar mis notas, pero durante todo ese tiempo podía sentir que Ixta me miraba.

—¿Sabes? —añadió—, no creo que nada de esto tenga alguna importancia ahora.

—Aún me importa a mí —le dije, aunque si ella me hubiera preguntado por qué, no estoy seguro de cómo le habría respondido.



Justo en ese momento, su bebé empezó a llamarla desde la habitación de al lado. Ixta se disculpó para ir a atenderla, y yo me quedé sentado en la sala de su casa, preguntándome si era hora de juntar mis cosas e irme. Pero no lo hice. Ella volvió unos minutos después con su hijita, envuelta en una manta de color amarillo pálido.

—¿Cómo se llama?

—Nadia —dijo Ixta, y al escuchar el sonido de la voz de su madre, los redondos ojos verdes de la niña se abrieron de pronto—. Aquí estoy, mi amor —ronroneó Ixta, y Nadia volvió a respirar, adormilada.

Abrió la boca en un bostezo cavernoso, como si intentara tragarse el mundo, y luego cerró de nuevo los ojos; su rostro se volvió pequeño y tranquilo.

—Es hermosa —le dije.

Ixta asintió.

—Mírala bien. ¿Ves? No se parece nada a Nelson.

La madre de Nelson también recibió una llamada telefónica esa noche, pero no se sabe si fue antes o después de la conversación con Ixta. Mónica no se acuerda de haber oído angustia o pena en su voz, pero, claro, me recordó, su hijo menor era un actor, un muchacho que a lo largo de los años había guardado dentro de sí gran cantidad de secretos. Pero hay otra posibilidad: que ella estuviera tan sorprendida y feliz de tener a Nelson al otro lado de la línea que simplemente haya pasado por alto cualquier indicio de su estado emocional. En cualquier caso, Mónica está segura de que él no mencionó a Ixta; de hecho, llevaba meses sin mencionarla. Era como si la chica hubiera desaparecido de su vida. Ixta le caía bastante bien a Mónica, e incluso esta se sentía indirectamente responsable por la relación, pero Nelson era joven, y esas cosas pasaban. El corazón se cura. La vida es larga. Cuando le conté que ellos se habían seguido viendo, más o menos hasta la fecha de la partida de Nelson, Mónica se sorprendió.

—Ay, Dios —dijo—. ¿En serio?

Aquella noche, Nelson y su madre hablaron en términos muy generales acerca de la gira, de cómo se estaba llevando con sus compañeros de reparto. Nelson le dijo que había aprendido mucho sobre su oficio y le aseguró que estaba disfrutando el estar lejos. (Tal vez *sí* había llamado a su madre en primer lugar.) Le dijo que había estado pensando en su futuro.

—¿Y qué has estado pensando? —le preguntó Mónica a su hijo.

Él soltó un suspiro.

—Que debería irme, finalmente.

La madre de Nelson no necesitaba que le explicaran esto. Sabía lo que significaba ese «irme», entendía el destino implícito. Y, a decir verdad, no es que estuviera en desacuerdo.

—La gira le estaba dando una perspectiva —me dijo—, y eso era algo bueno. Durante años, Sebastián y yo lo presionamos para que se fuera, pero tras la muerte de mi esposo todo quedó en compás de espera. Me preguntaba si era por mi culpa, pero Nelson nunca dijo nada. Debí seguir empujándolo, pero lo cierto es que estaba muy cansada. Fui egoísta, pero era porque lo necesitaba a mi lado.

—¿Qué le dijo usted esa noche? —pregunté.

—Que lo apoyaba, que no importaba lo que quisiera hacer. Como sabes, el plan original era Nueva York o California, pero incluso San Jacinto representaba ya un paso en esa dirección. Durante años, nunca había salido de la ciudad. Luego del fallecimiento de Sebastián, Nelson se quedó a mi lado. Sus amigos se iban de vacaciones, se apiñaban en carros y se dirigían a la costa, a acampar. Y él casi nunca iba ya con ellos. Y sí, tal vez estaba fastidiado conmigo por eso. Así que en ese momento, en cierto modo, me sentí feliz de oírle decir que quería marcharse. Había estado esperando eso.

Sobre la gira, Nelson le dijo a su madre que la obra era «un éxito», aunque matizó esto diciendo que el término tenía un significado distinto allí en provincias. Luego se echó a reír, y Mónica recuerda lo hermosa que le pareció la risa de su hijo. Nelson le explicó que una función exitosa se representaba tal vez frente a unos quince o veinte espectadores, en locales improvisados donde el concepto de «sala llena» no era aplicable. Por ejemplo, ¿cómo se podían «agotar» las entradas en un campo azotado por el viento en las afueras de un pueblo? ¿Si todos los residentes conocidos del lugar estaban allí, juntos y acurrucados para darse calor en ese espacio sin límites? Si las entradas no costaban nada, ¿tenía aquello en verdad alguna importancia? Si algunos miembros del público levantaban la mano para hacer preguntas en medio de la representación, ¿era eso algo bueno? Y si se hacía una pausa en mitad de una escena para responder esas preguntas (como lo hizo Henry en una noche extraña a la que se refería desde entonces con el nombre de «la conferencia de prensa presidencial»), ¿era eso realmente un triunfo teatral?

«Sí —recuerda haber dicho Mónica. Estaba entusiasmada—: ¡Lo es!»

No era una anciana, todavía no, pero los últimos dos meses no habían sido fáciles para ella. Pasaba varias horas al día «ordenando cosas»: esta fue la frase que empleó, aunque a mí me sonó más como una especie de arqueología, o una subespecialidad intensamente personal de esa disciplina: explorar la propia soledad como si se tratara de una cueva oscura. Podía sentarse a leer un libro de bolsillo que Sebastián le había regalado en 1981, con una dedicatoria, ya ilegible, de letras imprecisas y borrosas, pero especial de todos modos. ¿Cómo y por qué se lo había dado? ¿Qué había estado tratando de decirle? ¿Se habría imaginado él que ella estaría leyendo la dedicatoria veinte años más tarde, cuando él ya estuviera muerto y ella se hubiera quedado sola? Un fin de semana por la tarde podía encontrarse tal vez volviendo a doblar el contenido de un cajón de la cómoda de Francisco lleno de ropa vieja, de prendas que ella había guardado durante todos esos años sin ninguna razón que pudiera recordar, y luego revisando los viejos álbumes de fotos para comprobar que su hijo mayor en verdad las había usado. Era como si estuviera verificando los hechos de su propia vida. Podía pasarse así un día entero. No entraba al cuarto de Nelson, aún no, pero estaba convencida de que cada noche, mientras ella dormía, las cosas de su hijo se repartían por sí mismas por toda la casa en escondites nuevos e inesperados. Aparecían guiones detrás de los

cojines del sillón, un par de zapatillas sin cordones se materializaba en la despensa, detrás de una bolsa de arroz. Alguien, ella estaba totalmente segura, estaba cambiando de lugar las fotos familiares.

Ahora estaba de pie en la cocina, sujetando el auricular con ambas manos.

—¿Qué tal tu cumpleaños? —preguntó Mónica.

—Genial.

—¿Cuándo regresas?

Desde San Jacinto, Nelson recitó de un tirón los nombres de algunos pueblos que esperaban visitar en las próximas semanas. Al parecer, las noticias sobre Diciembre y su gira se habían propagado, y muchos municipios tenían interés en acogerlos. Las lluvias estaban llegando a su fin, la temporada de fiestas se iniciaría pronto, y Henry había decidido que Diciembre debía aprovechar estas audiencias potencialmente grandes y bulliciosas. ¿Y por qué no? ¿Había acaso alguna prisa por volver a casa?

—Por supuesto que no —dijo Mónica—. Mientras seas feliz, nada más importa.

—¿Estás bien, ma?

Ella le dijo a Nelson que sí.

A mí, me confesó lo siguiente: «Yo ya había tenido dos meses para empezar a imaginar cómo sería mi vida sin él».

Henry y Patalarga concuerdan: cuando Nelson salió del locutorio, parecía algo sacudido. Le hicieron un lugar en la banca, pero él prefirió quedarse de pie frente a ellos, con las manos enterradas en los bolsillos y la barbilla caída sobre el pecho.

—¿Qué pasó? —preguntó Henry, pero Nelson no respondió. Se quedaron observándolo mientras se balanceaba de izquierda a derecha mirándose los pies. Así transcurrió un minuto.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Henry.

—¿Tienes frío? —dijo Patalarga—. ¿Quieres ir al hotel?

—Está embarazada —respondió Nelson, sin dejar de mirar al suelo.

Su voz era suave, casi inaudible sobre el rumor del parque. Levantó entonces la mirada y vieron sus ojos desvalidos, la piel hinchada debajo

de ellos. Frunció los labios: tenía la expresión desconcertada de un estudiante tratando de resolver un problema que no llega a entender.

—El bebé no es mío. Eso es lo que me dijo. Le pregunté cómo lo sabía, y me dijo que simplemente lo sabía. Le pregunté si se había hecho una prueba, y me dijo que no era asunto mío.

—Las mujeres saben de esas cosas —dijo Henry.

—Lo siento —agregó Patalarga.

—Se va a casar con ese otro tipo.

(Ixta insiste en que ella nunca le dijo eso: «Nelson se lo inventó. Estoy segura de que lo creía, pero Mindo y yo nunca tuvimos planes de casarnos». La idea le parecía ridícula.)

Henry se levantó y abrazó a su pupilo.

—¿Lloró? —le pregunté.

Al escuchar la pregunta, Henry frunció el ceño de una manera tal que me hizo avergonzarme súbitamente.

—No, creo que no, pero no entiendo qué importancia puede tener eso.

Así pues, puede que Nelson llorara o no. Pasaron las siguientes horas recorriendo las calles de San Jacinto sin rumbo definido, tratando de levantarle el ánimo a Nelson. No era tarea fácil. Henry dice que le ofreció cancelar la función del día siguiente, pero Nelson ni siquiera quiso considerarlo. La función debía continuar, etcétera, etcétera. Patalarga sugirió que se emborracharan, una opción fácil y barata tomando en cuenta la altitud a la que se encontraban, pero Nelson dejó pasar la idea.

—No estaba de humor para eso —me dijo Patalarga—. Rechazó todo lo que le ofrecimos. Creo que lo único que quería era que le hiciéramos compañía.

—¿Habló mucho?

—Preguntó si algo similar le había ocurrido a alguno de nosotros.

Como respuesta, Henry le explicó que las penas de amor eran como un cristal roto: aunque es imposible que dos trozos puedan astillarse siguiendo exactamente el mismo patrón, a final de cuentas eso no tiene importancia, porque el resultado es siempre el mismo.

—Supongo que sí —dijo Nelson.

Para demostrar la veracidad de lo que decía, Henry le contó sus infidelidades, de las que afirmó no haber obtenido ningún placer, ninguno en absoluto, y habló sobre su posterior divorcio. No mencionó a Rogelio, todavía no... Aunque su antiguo amante haría una aparición, indirectamente, esa misma noche. Uno podría llamar a esto coincidencia afortunada, casualidad o suerte (la cual viene en dos variedades, a menudo vinculadas); o, simplemente, *vida* .

Patalarga prosiguió con el argumento y le contó acerca de su mudanza, a los diecisiete años, de su pueblo natal en la sierra a la ciudad; y de la chica a la que dejó.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Nelson.

Yo también le hice la misma pregunta.

Se llamaba Mercedes —Mechis— y estaban locamente enamorados. Ella quería creer que él volvería a buscarla, y Patalarga tenía miedo de permitirle que pensara diferente. Así que los dos se confabularon para no hablar del tema, ambos asumiendo que el otro creía en esa ficción. De hecho, ninguno de los dos realmente la creía. Una vez en la ciudad, Patalarga se cambió de nombre, cambió de vida. Se cartearon durante un tiempo, pero esto se hizo cada vez más infrecuente. Él sentía vergüenza de contarle acerca de sus nuevos amigos. Nunca la olvidó, pero algo cambió: un día iba en el autobús camino a la universidad y de repente se dio cuenta de que no había pensado en ella en varios meses. Cuanto más tiempo pasaba, más vergüenza sentía. No volvió a casa en tres años, y para ese momento ya era una persona completamente distinta. Cuando volvieron a verse por primera vez, él esperaba que ella le gritara, lo maldijera, lo golpeará con sus pequeños puños y le pidiera explicaciones. Estaba preparado para ello, pero lo que realmente pasó fue mucho peor.

—¿Qué pasó? —preguntó Nelson.

Nada. Mechis se había casado con otro hombre. Tenía un hijo, un niño que debía tener un año y medio, parado con pies vacilantes y aferrándose con fuerza al pantalón de su padre. El esposo de Mechis era un hombre amable y le tendió la mano a Patalarga con una impresionante ausencia de celos. ¿Y Mechis? Completamente indiferente a Patalarga, casi como si no lo reconociera.

—Esa noche, lloré como un niño.

—Terrible.

—¿Sabes?, tal vez fue solo la altura —sugirió Henry, arrancando apenas una débil sonrisa de Nelson.

Al final terminaron en la plaza principal, la única zona de San Jacinto que tal vez podía ser descrita como agradable. Había una gigantesca catedral de piedra iluminada dramáticamente con reflectores, brillando como una aparición; en el otro extremo, un hotel recientemente construido, que tenía una fachada de espejos verdosos; era horrible pero también deslumbrante, como si una nave extraterrestre hubiera aterrizado en el centro de la ciudad. Por alguna razón, el contraste intrigaba más que preocupaba. Un trovador cantaba ante una escasa audiencia de extranjeros y ancianos, mientras la fuente colonial burbujeaba a sus espaldas. No había mototaxis, lo que les daba a las pocas cuadras que rodeaban la plaza una cierta solemnidad que era negada al resto de la bulliciosa ciudad. Caminando por la vereda, Henry, Patalarga y Nelson se encontraron con una oficina de turismo cerrada. Su amplio escaparate mostraba algunos carteles con los atractivos locales, y se pararon delante, atraídos no por aquellas imágenes sino por un enorme y detallado mapa de la región. Los pueblos y caseríos estaban señalados con puntos negros, y las rutas entre ellos aparecían marcadas en rojo. Como si estuvieran de común acuerdo, los tres actores se detuvieron, curiosos por encontrarse en este mapa, deseosos de poder trazar su tortuoso recorrido a través de la sierra, la ceja de selva y de regreso. Colocaron sus dedos sobre la ventana, riéndose cuando el nombre de uno u otro pueblo traía a su mente algún recuerdo extravagante. ¡Aquí fuimos un éxito! ¡Aquí fracasamos! ¡Aquí triunfamos sobre los elementos! Henry me contó más adelante lo feliz que le hizo ver a Nelson riéndose con ellos. Habían pasado muchas cosas juntos: ocho semanas y algunos días más, en los que la única constante era la obra que representaban noche a noche. Públicos diferentes en pueblos diferentes, cada uno con su propia historia y carácter, con su propia interpretación particular de la obra y de los propios actores. En un caserío, al terminar la representación, el anciano del lugar se paró frente al público y, muy ceremoniosamente, obsequió a cada uno de los actores con una larga tira hecha de una especie de jebe. Parecía cuero, pero era distinto. ¿Debían masticarla? ¿Fumarla? Al final, descubrieron que era una lengua de toro desecada. Ninguno sabía bien qué hacer con ella. Henry le dio las gracias al anciano, cuyo arrugado rostro se retorció hasta formar una sonrisa agradable; luego un muchacho se acercó y ató las bandas alrededor de las muñecas de cada integrante de Diciembre. Firmemente.

Todos aplaudieron.

Y el mapa parecía contenerlo todo. Era como si lo hubieran hecho especialmente para ellos.

—¿Fue allí donde viste por primera vez el nombre del pueblo de Rogelio? —le pregunté a Henry durante nuestra primera entrevista, varios meses después.

Él asintió solemne:

—Sí.

—¿Y cuál fue tu reacción?

—Cosas de la vida. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Uno de los muchos detalles que yo había olvidado. Rogelio me había contado de dónde venía (me lo había contado todo), pero si un instante antes alguien me hubiera preguntado por el nombre de ese pueblo, jamás lo habría recordado.

—Pero cuando lo viste...

—Supe que ese era.

—¿Les contaste de inmediato a Nelson y Patalarga?

Henry hizo más que eso: colocó su dedo índice sobre el punto situado junto al nombre del pueblo, y tras darse cuenta de que no estaba lejos, a lo sumo a un par de horas de San Jacinto, se estremeció. Se quedó en silencio. Había empezado a comprender vagamente la oportunidad que este pueblo representaba para él. Una forma de cortar con el pasado, de hacer las paces consigo mismo.

¿Había olvidado las penas de Nelson? ¿Estaba sucumbiendo una vez más a su habitual egoísmo?

—No —me dijo Henry—. Pensé que a todos nos haría bien.

Repitió el nombre para sí mismo y sintió su poder, su dedo todavía presionado contra la ventana, aferrándose a ese punto que flotaba sobre el mapa. Me lo explicó así: bien podría haber sido la luz de una linterna o de una estrella.

—Caballeros, ha habido un cambio de planes —dijo Henry—. Es *aquí* adonde iremos en seguida.



**DOS**

En determinado momento, durante la tercera hora de mi segunda entrevista con Mónica, terminé con uno de los álbumes de fotos de la familia abierto sobre mis piernas. No debió tomarme por sorpresa, supongo —yo había dejado muy claro, en palabras y en gestos, que ese era precisamente el tipo de acceso que esperaba tener—, pero, así y todo, de algún modo sí me sorprendió. Para entonces, yo ya sabía más sobre Nelson que sobre muchas de las personas con las que había crecido, incluyendo a mis amigos cercanos y hasta a miembros de mi familia. Estaba más cerca de descifrar parte del misterio que rodeaba nuestro único y breve encuentro, pero también había algo más. No era tanto lo que había descubierto, sino cómo lo había descubierto: secretos de Nelson revelados por sus confidentes, por sus amantes, por sus compañeros de clase, personas que habían tenido a bien confiar en mí, como si al compartir sus varios recuerdos pudiéramos, de algún modo, lograr juntos algo en su nombre. Recrearlo. Reanimarlo. Traerlo de vuelta al mundo. Pieza a pieza, estaba acumulando una visión de la riqueza de su vida interior y de su imaginación. Había seguido, al menos parcialmente, la trayectoria recorrida por Diciembre medio año antes. Había estado en los mismos lugares, visto los mismos paisajes, hablado con muchas de las mismas personas. Había tratado de ver las cosas a través de los ojos de Nelson, usando sus diarios como guía cuando ello era posible. En los días que consideraba buenos, sentía que lo estaba consiguiendo.

Ahora era enero de 2002. Estaba sentado en el sofá de la casa donde creció Nelson, junto a su madre, escuchando su relato acerca de aquel muchacho tímido y sensible a quien crío hasta convertirlo en un hombre. Lloró un poco, se disculpó y luego lloró un poco más.

Yo estaba recorriendo las páginas de ese álbum de fotos, bajo la atenta mirada de Mónica, cuando me encontré con una foto de Nelson y Francisco, tomada aproximadamente en 1983, posando delante de la jaula de los monos en el zoológico. Ni Mónica ni Sebastián aparecen en la toma, los hermanos están solos en primer plano. Francisco parece aburrido, inquieto, pero Nelson, un niño inocente de cinco años, está absolutamente encantado con lo que ve. Muestra una sonrisa ingenua y grandes ojos castaños. Rodea la cintura de su hermano con un brazo y con el otro por encima del hombro, señala a los animales detrás de él.

«Míralo», dijo Mónica, y yo me detuve a examinar la foto, el rostro sonriente de Nelson. Comparé la imagen con otras que había visto antes, con mis propios recuerdos fragmentados de nuestro único encuentro, a finales de junio del año anterior; y tuve de pronto una sensación extraña, como de ver doble. Durante tan solo un instante, me pareció verme a mí mismo de pie al lado de Francisco y Nelson, con otra familia —la mía— y otros hermanos —mis dos hermanas—. Una

coincidencia improbable, pero no imposible. Me quedé mirando fijamente la imagen.

Yo también crecí en esta ciudad.

Yo también fui alguna vez un niño de cabello castaño, piernas delgadas y pecho escuálido.

Yo también fui al zoológico. Igual que todos.

No era yo el que aparecía merodeando en el fondo de aquella vieja fotografía, por supuesto, pero ese no es el punto. Podría haber sido yo.

Por una serie de razones, he decidido no incluir el nombre de este pueblo. Lo llamaré T\_\_\_\_. Nací allí, después de todo, y aunque me marché cuando tenía solo tres años, supongo que eso me da cierto derecho a llamarlo como me plazca. Mis padres nos trajeron a mis hermanas y a mí a la ciudad cuando yo era muy pequeño, y les agradezco el que lo hicieran. No tengo recuerdos de nuestra vida antes de la mudanza, pero cuando niños éramos regularmente sometidos a largos monólogos de mi padre acerca del pueblo y sus tradiciones, por lo que siempre nos rondaba, un idílico paisaje serrano de ensueño, con su perfección burlándose de nosotros desde lejos. Mi padre solamente quería que nos sintiéramos conectados con el lugar, un sentimiento que entiendo y aprecio ahora que soy mayor, pero en aquel entonces esas ideas me parecían una imposición, algo así como una religión de Estado. En mis recuerdos, sus discursos son siempre interrumpidos por la alarma de un carro, un apagón o la televisión a todo volumen del vecino. Muy ocasionalmente, nos metían a los tres en un autobús y nos forzaban a visitarlo. Les teníamos miedo a esos viajes, o fingíamos temerles, solo para fastidiar a nuestros padres. Nos concentrábamos en nuestros libros y rehusábamos ser embelesados por el paisaje. Cuando la guerra hizo imposibles los viajes a provincias, una parte de mí se sintió aliviada. Cuando cesaron las matanzas, ya no había razones para viajar: casi todas aquellas personas a las que mis padres conocían y amaban habían dejado el viejo pueblo y migrado a la ciudad para empezar de nuevo, exactamente como lo habíamos hecho nosotros.

Pero el T\_\_\_\_ de mis recuerdos, o de los recuerdos de mis padres, no es el mismo lugar que Diciembre encontró durante su visita. En el proceso de preparación de este manuscrito, sostuve entrevistas con Patalarga y Henry en la capital, largas conversaciones parte de las cuales ya he citado, diálogos que saltaban hacia delante y hacia atrás en el tiempo. T\_\_\_\_, aunque solo estuvieron allí muy brevemente, también aparecía: en la sombra, como telón de fondo de una serie de eventos que se desarrollaban en ese intenso surrealismo típico de la altura serrana (a solamente dos mil novecientos metros sobre el nivel del mar, en caso de que se lo estén preguntando). Tanto Henry como Patalarga informan de que se sintieron felices de haberse librado del itinerario, de poder improvisar de nuevo, tal como lo habían hecho en aquellas primeras giras épicas de Diciembre, cuando eran más jóvenes. Pero, según

ambos, Nelson fue el más entusiasta de todos, el más ansioso por ponerse nuevamente en marcha. No se volvió a oír hablar de sus penas amorosas, del embarazo de Ixta o de cualesquiera que fueran sus planes como resultado de todo ello. Desde el momento en que Henry señaló aquel lugar en el mapa, Nelson apoyó la idea. Estaba huyendo. Quería poner distancia entre él y las noticias que lo habían perturbado tanto.

—Sí —dijo Nelson—. Vámonos de aquí.

Solo Patalarga expresó algunas dudas, mencionando de pasada su función prevista para la noche siguiente. Pero Henry permaneció impasible.

—La cancelaremos.

—¿Por qué no podemos esperar un día?

Henry estaba demasiado ansioso para explicarle. En vez de hacerlo, señaló a Nelson.

—Mira al muchacho. Está hecho un desastre. Tenemos que seguir adelante. Así es la vida.

—No lo hagan por mí —protestó Nelson.

Patalarga se quedó mirando fijamente a Nelson, como si esta última frase la hubiera pronunciado en un idioma extranjero.

—No lo hace por ti —dijo Patalarga—. Nada de lo que hace es por ti.

Nelson miró a Henry en busca de una confirmación a esto, y el dramaturgo se encogió de hombros.

No hubo mención alguna de Rogelio o de la cárcel. Ni de las verdaderas razones por las que Henry se sentía tan atraído por ese lugar que nunca antes había visitado. Hasta ese momento, Patalarga, su mejor amigo y confidente por espacio de más de dos décadas, jamás había oído mencionar el nombre de Rogelio.

Yo me preguntaba: ¿pidieron Patalarga o Nelson más explicaciones a Henry? «No —me dijo el criado—. Él era el presidente.»

Partieron de San Jacinto a la mañana siguiente. «¡Vete a la mierda, Roosevelt!», se dice que gritó Henry desde la ventanilla del autobús cuando este salía de la estación, aunque Patalarga seguramente fue más diplomático cuando llamó para cancelar la función en la academia de inglés.

Una vez en T\_\_\_\_\_, lo primero que Diciembre notó acerca del pueblo fue lo mismo que todo el mundo notaba, lo mismo que yo notaba cada vez que iba de visita: la abundancia de casas vacías y cerradas,

aproximadamente la mitad en cualquier manzana. Todos los edificios, con excepción de las oficinas de la municipalidad, necesitaban una mano nueva de pintura. El pueblo estaba totalmente rodeado por colinas amarillo-verdosas, que lucían casi exuberantes en esa altitud; cerros que a su vez se veían diminutos frente a los escarpados picos nevados, tan cinematográficos que parecían haber sido pintados a lo largo del horizonte por un diseñador de escenarios. Si el pueblo en sí era notable únicamente por su encantador abandono, el valle donde se encontraba era uno de los más hermosos que ellos habían visto. Ese contraste —la austeridad del pueblo frente a la majestuosidad de sus alrededores— hacían que T\_\_\_\_\_ pareciera aún más pequeño y más insignificante de lo que en realidad era. Supongo que podría decirse algo similar respecto a muchos pueblos de la sierra, pero por algún motivo la sensación era más intensa allí, ese sentimiento de aislamiento, la ilusión de estar al margen del tiempo.

Al igual que muchos pueblos con los que uno se encuentra en la sierra, T\_\_\_\_\_ era un pueblo sin hombres. Nelson, de veintitrés años; Patalarga, de cuarenta; y Henry, de cuarenta y seis —Diciembre—, prácticamente no tenían contemporáneos. Yo siento la misma ausencia cada vez que voy de visita. Había niños; había ancianos; y había un puñado de adolescentes, que eran, en muchos sentidos, como una especie aparte: inquietos, desagradables, con expresiones que Henry reconoció de su pasado. «Eran como reclusos maquinando planes de fuga», me dijo. Rogelio había sido uno de ellos; eso lo tuvo claro Henry desde el momento en que se bajó del autobús de San Jacinto y vio a los chicos esperando en la plaza. Tenían en su interior un ansia, un hambre, el mismo deseo que había llevado a Rogelio a la ciudad, empujándolo por la accidentada y desafortunada ruta que terminó en la cárcel de Recolectores cuando apenas tenía veintiún años.

Analfabeto, desesperado, asustado. Lejos de casa.

La plaza de T\_\_\_\_\_ era sencilla, relativamente bien cuidada y pintoresca: el edificio de dos pisos de la municipalidad se ubicaba en el lado este y estaba adornado con una bandera ondeante; cruzando la plaza estaba la catedral de piedra, la más antigua y todavía más alta estructura de la zona, cuyas hornacinas vacías se llenaban una vez al año, en septiembre, durante el festival del santo patrono de la ciudad. A lo largo del lado norte de la plaza había unas cuantas tiendas, negocios con repisas vacías y polvorientas que abrían y cerraban sus puertas siguiendo un horario que los actores de Diciembre jamás lograron entender. El hotel, llamado Imperial, se levantaba en el lado sur de la plaza. Tenía solo tres habitaciones, cada una con un par de camas angostas de colchones hundidos. Para alojar a Diciembre, el propietario colocó una tercera cama, llenando tanto la habitación que casi no quedaba espacio para caminar. El hotel también albergaba el único restaurante del pueblo y su único bar, una terraza agradable donde pasé muchas tardes admirando la somnolienta plaza. Mi momento favorito del día era justo después de la puesta del sol, cuando la luz desaparecía por el oeste detrás de las crestas montañosas y los cuatro faroles de la

plaza se encendían. De algún modo, esos pequeños brotes de luz anaranjada me calentaban: eran tan pequeños, y la oscuridad tan inmensa. Me gustaba sentarme y observarlos por largos ratos, captando la vista de una plaza donde nunca parecía suceder nada. Lo admito: la misma calma opresiva que hallaba irritante cuando niño, ahora me parecía casi encantadora.

Pero ¿qué es *nada* ? ¿A qué se parece?

Una pareja de ancianos encorvados pasea lentamente, proyectando sombras suaves bajo esas luces minúsculas. Los siguen sus nietos, o un perro flaco; o tal vez están solos, caminando muy pegados para mantenerse calientes. El viento arrecia, y más tarde la luna empieza a elevarse. Pronto habrá estrellas salpicando el cielo. T\_\_\_\_\_ es exactamente así noche tras noche: así de silencioso, así de tranquilo, así de inocuo. Era exactamente así cuando Nelson, Henry y Patalarga llegaron. Y probablemente fue exactamente así cuando Nelson fue obligado a quedarse.

La madre de Rogelio vivía a cuatro cuadras de la plaza, en la ribera occidental del río que atravesaba el pueblo. Su casa, debo mencionarlo, se encontraba al frente de la casa donde yo nací, cruzando la calle. En mis viajes periódicos a veces la veía y ya en aquel entonces me parecía vieja. Sobre nuestra casa: estuvo vacía durante más de dos décadas, hasta diciembre de 2000, cuando mis padres finalmente se cansaron de la vida en la capital. Mis hermanas y yo habíamos crecido, y ellos podían nuevamente sentirse cómodos en T\_\_\_\_\_. Vivir en paz; con poco dinero, aunque con relativamente pocas comodidades. Vendieron la casa en la ciudad y volvieron a su hogar, a confrontar la nostalgia. Estaban felices de haber regresado y nos animaban a visitarlos con frecuencia. Mis hermanas tenían ya sus familias, sus parejas e hijos eran una excusa siempre a mano. Yo era el más joven. Sin ataduras. La presión de ir recaía casi por completo en mí.

«Vuelve a tu hogar», me decía mi padre cuando hablábamos, aunque en realidad yo nunca había considerado T\_\_\_\_\_ como mi hogar.

Sobre la madre de Rogelio, mi viejo me confesó: «No podía creer que aún siguiera viva».

Para Henry, el viaje en autobús desde San Jacinto era en sí mismo un acto de valentía, una confrontación con un pozo de miedo particular que había evitado desde el día en que se despertó con la noticia de que su antiguo pabellón en Recolectores estaba ardiendo con todo el mundo dentro. ¿Qué es más aterrador que nuestro pasado?, ¿que el verdadero amor, arrebatado? Él no se dejaba engañar por la apariencia tranquila del pueblo. Para él, T\_\_\_\_\_ estaba vacío, una suerte de naturaleza muerta esperando verse reanimada por su presencia. Apenas había dormido la noche anterior, abrumado por el presentimiento de que un ajuste de cuentas era inminente.

T\_\_\_\_\_ era exactamente como él se lo había imaginado, o como una especie de museo de sí mismo. Henry se registró en el Imperial y salió de inmediato en busca de su amante. Vio rastros de Rogelio en todas partes: un niño había arrastrado varios dedos con barro a lo largo del estuco blanco de una pared; las líneas vagamente paralelas se extendían unos quince pasos, hasta desvanecerse. ¿Rogelio? Por supuesto que no, pero de todos modos la idea misma lo llenaba de expectativas. Preguntaba a los transeúntes ocasionales por la dirección de la familia de Rogelio, pero se encontraba casi siempre con una mirada vacía. No lograba recordar su apellido; de hecho, se preguntaba si alguna vez lo supo. Las personas que hallaba a su paso eran bastante amables, pero la mayoría alegaba ignorancia o le daba instrucciones oscuras que parecían hechas para confundir. Entró a algunas de las tiendas que estaban abiertas y preguntó allí, con la misma suerte. Cada encuentro hacía que aumentara su ansiedad, pero no se dio por vencido. Finalmente, después de media hora de deambular en busca de una señal, detuvo a una anciana de chal morado con la esperanza de que fuera la madre de Rogelio. Parecía tener la edad correcta (aunque de hecho él no tenía ni la menor idea) y, en verdad, esa era la base de toda su lógica. Prácticamente le balbuceó su historia, o una versión de ella, a esta azorada desconocida, la cual, sin embargo, con una sorprendente paciencia asentía a todo lo que él le decía, como urgiéndolo a continuar. (Quién fue esta mujer del chal morado, no lo puedo decir con certeza.) En todo caso, no era pariente de Rogelio, le dijo, pero lo había conocido. Y a su familia. Y a su madre, quien —¡gracias a Dios!— aún vivía. «Oh, sí, y se llama Anabel», añadió la anciana con voz temblorosa. Apuntó con un dedo delgado y huesudo en dirección al río, y envió hacia allá al agradecido visitante.

Y así, a inicios de la tarde de su primer día en T\_\_\_\_\_, Henry había llegado al lugar donde nunca imaginó que estaría: de pie bajo el sol de mediodía, en una calle desierta y sin pavimentar y dispuesto a llamar a la puerta de la casa donde había crecido su amante muerto hacía tanto tiempo.

Y aunque ese día yo aún estaba en la ciudad, es aquí, en este preciso momento, que mi vida empieza a cruzarse con la de Nelson. Mi madre cuenta que justo entonces vio a Henry. Ella lo recuerda por dos razones: primera, porque era un desconocido, y no hay desconocidos en T\_\_\_\_\_; y segunda, porque parecía nervioso. («¿De qué se puede estar nervioso en un pueblo como el nuestro?») Ella salía de nuestra casa justo en el instante preciso de la llegada de Henry, y cuando la vio, ese ansioso desconocido se aclaró la garganta.

—¿Es esta la casa de doña Anabel? —preguntó.

«¿Y sabes qué? —mi madre admitió más tarde—. Casi le dije que no, simplemente porque no me gustaba su aspecto.»

Pero mi madre es incapaz de mentir. Tal vez por eso nunca se acostumbró a la vida en la ciudad.

—Sí, mi estimado, esa es —le dijo. Y luego, ruborizada, se fue a toda prisa hacia la plaza.

Mientras tanto, Patalarga y Nelson estaban ocupados en su propia búsqueda, la de un lugar donde actuar. El tipo amable pero cauto que administraba el Imperial les había puesto reparos, aun cuando su poco utilizado restaurante con terraza habría sido en verdad un escenario muy adecuado. El hombre se había mostrado tan desconcertado ante su pedido, que ni Patalarga ni Nelson insistieron. En todo caso, había otras y mejores opciones: el auditorio municipal, aunque cerrado por el momento, no estaba reservado hasta septiembre. Sin duda el alcalde lo abriría por una noche si se lo pedían. A esta hora, era probable que estuviera en sus sembradíos, en la zona norte, pasando el colegio. Y mientras se dirigían hacia allá, pensaron que el colegio mismo podría funcionar también. Tenía un bonito patio, perfecto para una función de matiné, antes de que el sol se ocultara; el gerente del Imperial les dio incluso el nombre del director, un hombre simpático, dijo, que estaría encantado de conversar con ellos, aunque debían hablarle fuerte pues prácticamente no oía nada.

Nelson y Patalarga le dieron las gracias y salieron caminando al colegio hacia el norte de la plaza, pasando por una deteriorada estructura de madera a la que los lugareños llamaban Puente Nuevo, y más allá, hasta llegar al valle abierto.

Cuando hablé con Patalarga, tuve curiosidad por saber cómo le parecía que le estaba yendo a Nelson; después de todo, se había enterado de las noticias de Ixta apenas la noche anterior. «Estaba bien —dijo Patalarga—. De hecho, de un ánimo sorprendentemente bueno. Realmente no teníamos idea de por qué habíamos ido a ese pueblo, y la novedad de la situación le dio algo en que concentrarse.»

Pero no era algo precisamente nuevo; de hecho, en términos de lo que había sido la gira de Diciembre, representaba más bien un retorno a la normalidad. Habían pasado las anteriores ocho semanas en pueblos ruinosos exactamente iguales a T\_\_\_\_: lugares remotos acostumbrados a días largos y aburridos. El anómalo interludio de San Jacinto, con su burdo intento de urbanismo, no podía parecerles más lejano. Las calles de T\_\_\_\_ eran de tierra apisonada o adoquines agrietados, pero de algún modo las casas, incluso las que estaban vacías, tenían para ellos un sentido de permanencia intrínseco del que San Jacinto carecía. Es poco probable que una ciudad construida casi desde cero en solo una década tenga muchas razones para ser recomendada (arquitectónica, culturalmente), en tanto que el pueblo natal de Rogelio, mi pueblo natal, incluso en su estado de deterioro actual, parecía destinado a durar.

Nelson caminaba en silencio, con los ojos fijos en las colinas, en el cielo, en ese valle absurdamente pintoresco. Corrientes de agua proveniente



del deshielo bajaban burbujeando desde las zonas más elevadas formando arroyos y luego fluyendo por los canales tallados a mano que alimentaban los campos de los alrededores. Un niño de chompa roja pasó corriendo a su lado, tirando de una cabra con una cuerda larga atada al cuello; Patalarga y Nelson lo vieron dando brincos a lo largo del camino mientras corría hacia la puerta del colegio, donde dejó al animal pastando.

«Encantador», fue como lo describió Patalarga. Tan impresionante como cualquier otro lugar que habían visitado durante la gira; ruinoso e imperfecto, un lugar ciertamente difícil para vivir pero carente de la malicia de, por ejemplo, un campamento minero. O de lo primitivo de un poblado maderero. O de la miseria de un depósito de contrabando. Y tenía razón: T\_\_\_\_\_ era diferente. No había ninguna actividad económica digna de ser mencionada, aparte de la agricultura y los festivales que se celebraban dos veces al año y que devolvían al pueblo la vida, o al menos una cierta forma de vida. El resto del año era tranquilo, y era esta calma la que Patalarga y Nelson respiraban como si fuera el propio aire puro de las montañas. La larga temporada de lluvias había finalmente terminado, y no había nubes que estropearan el azul del cielo. Bajo el sol de mediodía, podías sentirte cómodo en mangas cortas.

—Es hermoso —dijo Nelson.

Eran las primeras palabras que Patalarga le oía pronunciar desde que empezaron a caminar. Luego agregó:

—¿Sabes que me olvidé de felicitarla?

—¿Cómo dices?

Nelson sacudió la cabeza.

—Cuando me contó que estaba embarazada, no la felicité. —Caminaba más lento, con la cabeza hacia el suelo—. Eso es lo que uno debe decir, ¿no es cierto?

Casi habían llegado ya al colegio y podían oír a un grupo de niños preparándose para el recreo: sus risas burbujeantes, su impaciencia. Nelson se detuvo.

—Tal vez el embarazo de Ixta sea una buena noticia.

—Un bebé es siempre una buena noticia —dijo Patalarga.

Nelson sacudió la cabeza.

—Quiero decir una buena noticia para mí.

Sus planes de vida con Ixta —no importa cuán extravagantes o indefinidos— quizás fueran aún relevantes. Podían mudarse juntos, criar

al niño entre ambos. Le contó a Patalarga que esa mañana se había despertado con una sensación muy extraña. La veía ahora, una vida distinta que podía ser la suya. E Ixta aún podía ser suya.

Para Patalarga se trataba de lograr un balance entre ofrecerle esperanzas y realismo.

—Entonces ¿qué haces aquí? —dijo—. ¿Por qué no regresas?

—Regresaré. Pronto. Tengo que hacerlo. —Luego le devolvió la pregunta a Patalarga—: ¿Y qué crees *tú* que debería hacer?

Los ojos de Nelson parpadearon bajo el sol; en verdad quería saber.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté.

Me reuní tres veces con Patalarga en la ciudad. Comimos juntos y revisamos la historia de Diciembre con programas viejos y amarillentos en las manos, riendo y maravillándonos ante la ingenua ambición de todo eso. Recorrimos el destartado Olímpico, imaginando sus glorias pasadas y futuras, tomamos cerveza en el Wembley mientras me relataba esta historia y mucho más: detalles, anécdotas y confesiones que no llegaron a formar parte de este manuscrito. No me parece exagerado decir que congeniamos de algún modo. Sé que es alguien a quien podría llamar, aun hoy, y tener con él una conversación amistosa, tal vez incluso una invitación a beber o a cenar.

Pero de todas las preguntas que le hice, por alguna razón fue esta la que le produjo más incomodidad.

Su respuesta inicial y poco satisfactoria fue:

—Muchas cosas. Debes recordar que yo no podía saber lo que pasaría.

—Claro —le dije, y dejé el tema ahí.

Él se frotó la barbilla.

—Le dije a Nelson que tenía todas las opciones delante de él. Que podía volver a casa y luchar por ella. Que quizás ganara o perdiera, pero que había honor en ambos casos.

—¿Y qué dijo Nelson?

—Que él no era un luchador, que nunca lo había sido, y eso lo asustaba. Y yo le dije que estaba hablando huevadas. Claro que era un luchador. Más que eso. Era un asesino, ¿o no? ¿Acaso no me mataba noche tras noche en el escenario?

Nelson se echó a reír al escuchar esto; y también Patalarga.

—Es cierto —dijo Nelson—. Soy un asesino. Cuídense todos. Estén todos alertas.

Antes de que comenzara la migración, cuando el lugar aún tenía vida, T\_\_\_\_\_ estaba dividido en cuatro distritos. El río cortaba la ciudad de este a oeste, y la zona ubicada al norte de la plaza se consideraba distinta, en términos de cultura y clase social, de las manzanas situadas al sur. Aunque T\_\_\_\_\_ era un pueblo pequeño, las líneas que dividían los distritos entre sí eran bien marcadas y no admitían cuestionamiento alguno.

La familia de Rogelio, al igual que la mía, vivía en el suroeste, un detalle que no significa nada excepto para un puñado de ancianos aún vivos, y tal vez para unos cuantos miles de exresidentes del pueblo. Significaba algo para mi padre, quien, a pesar de sus mejores esfuerzos, no logró transmitir ese sentimiento a sus hijos. Cuando finalmente le pregunté al respecto, lo que aprendí de la zona suroeste fue que se trataba de un distrito de familias numerosas y hogares relativamente modestos. Por regla general, los hombres no poseían tierras de cultivo, pero a veces los contrataban para que se ocuparan de trabajar los campos de quienes vivían en el noroeste, los que estaban a solo siete u ocho cuadras de allí pero en un mundo aparte. Los demás eran carpinteros o albañiles, y más adelante, mecánicos y choferes. Las mujeres del distrito cosían cortinas y hacían bastas a los vestidos, con lo que ganaban pequeñas cantidades que entregaban a sus maridos para que se las cuidaran. Tenían (dicen los estereotipos) propensión a chismear; de hecho, se especializaban en propagar chismes; y, como grupo, no les avergonzaba lo más mínimo ser protagonistas de las habladurías locales que se contaban en susurros. Cuando los hombres se marchaban a buscar trabajo, se rumoreaba que las mujeres del suroeste recibían visitantes masculinos al caer la noche, luego de acostar a los niños. Si un matrimonio del lado norte terminaba en ruptura, se asumía que la culpable era una mujer del suroeste. Si ocurría un robo, el único policía del pueblo, que trabajaba solo a tiempo parcial, visitaba la zona suroeste y reunía a los niños para sermonearlos acerca de la importancia de los derechos de propiedad.

En lo que respecta a los niños de T\_\_\_\_\_, todos iban a la misma escuela, e incluso podían ser amigos durante un tiempo, pero a los nueve o diez años de edad ya habían interiorizado plenamente las triviales rivalidades entre distritos. Ocasionalmente los niños peleaban, pero rara vez estos enfrentamientos llegaban a mayores. Tan pronto como los jóvenes del suroeste comprendían cuál era su posición, se acababan los problemas. Como sus padres antes que ellos, aprendían a agachar la cabeza en los momentos adecuados.

Hoy por hoy, los límites de los distritos tienden a volverse imprecisos, a tal punto que, a estas alturas, a un cuasi forastero como yo le resulta casi imposible establecer la diferencia. Todas las zonas de T\_\_\_\_\_ han

quedado vacías, han sufrido casi igualmente el abandono. En su mejor momento, el pueblo albergó a quizás unos siete mil habitantes —es decir, menos que la total población actual de Recolectores—, pero cuando Diciembre llegó, quedaban solo poco más de mil. Mis padres fueron los primeros nuevos residentes en más de tres años, sin contar algún ocasional hombre de la puna al que se le pagaba por cuidar una propiedad durante la estación de lluvias. Jaime, el hermano mayor de Rogelio, se había mudado a unas pocas horas del pueblo, a San Jacinto, cuando Rogelio tenía apenas trece años. Con el tiempo se había hecho bastante rico, aunque gastaba muy poco de ese dinero en T\_\_\_\_\_.

La madre de Rogelio, conocida por todos como doña Anabel, se había quedado en el pueblo con su hija, Noelia, quien se hacía cargo de ella. La tarde que Henry llegó, luego de su breve encuentro con mi madre y de que finalmente se armara de valor para llamar a la puerta, fue Noelia quien lo recibió.

«Fue amable —me dijo ella tiempo después—, un poco extraño, sin duda, pero sobre todo amable. Por lo menos al principio. Pidió hablar con mi madre, dijo que era un amigo de Rogelio, y yo, por supuesto, lo dejé pasar. Esa es nuestra costumbre aquí. Pensé que quizás traería alguna noticia.»

Henry entró, asombrándose por el mal estado del lugar. Reparó incluso en que una acción tan sencilla como cerrar la puerta requería una delicada maniobra: levantarla a medida que uno la cerraba, sacudiendo luego la madera torcida y deforme hasta encajarla en su sitio. Cuando daba la impresión de que la puerta no podía ir más allá, Noelia la empujó con suavidad con el hombro, una, dos, tres veces, y solo entonces pudo ponerle el seguro. A Henry todo eso le pareció increíble. Un día terminará atrapada aquí adentro, pensó.

La casa consistía en un puñado de habitaciones que rodeaban un jardín completamente descuidado. Noelia lo hizo pasar a la sala y le pidió que esperara. Se produjo un breve momento de confusión cuando Henry pensó que Noelia era la madre de Rogelio, pero ella lo aclaró en medio de risas.

—¡Por Dios, no! —dijo—. ¡Es mi hermano menor!

Noelia le explicó que doña Anabel justo se estaba despertando de su siesta.

—Duerme mucho estos días. No está bien, usted sabe.

—No lo sabía. Lo siento mucho. Si soy inoportuno, puedo...

Noelia sonrió.

—No, no. Quédese. No recibimos muchas visitas. La traeré en un momento.

Henry le dio las gracias y se quedó solo. Había unas cuantas sillas de madera, una banca a lo largo de una pared, y una mesa larga y estrecha adornada con un mantel de fiesta, cubierta de un grueso plástico transparente, y con pilas de periódicos viejos amontonadas encima. En el rincón más apartado de la habitación había un baúl y, sobre él, algunas fotografías de la familia en marcos polvorientos. Al verlas, Henry se quedó helado. Dio un paso hacia el baúl, se detuvo y, luego, retrocedió.

Cuando me describió este momento durante nuestra entrevista, Henry consideró que era necesario demostrarme su vacilante danza. Se puso de pie y dio un paso hacia delante, uno hacia atrás, otro hacia delante, otro hacia atrás. No quería nada más en el mundo que ver las fotos, examinarlas una a una para identificar a Rogelio de bebé, de niño, de adolescente, pero no se atrevía a hacerlo. Había pasado más de una década desde la última vez que vio a su amante, y no tenía imágenes reales con las cuales comparar sus recuerdos. Nunca se habían tomado una foto juntos. Algunos de los reclusos más ricos tenían retratos pintados, por los que habían pagado, pero ni Henry ni Rogelio tenían el dinero necesario para algo así. Entre tanto, este hombre se le aparecía en sueños desde que Diciembre salió de la ciudad en gira. Viajaban juntos en el taxi de Henry, tomaban café en el malecón. En uno de esos sueños, Rogelio apareció como un alumno del colegio de Henry, incómodamente sentado en un pequeño pupitre, con el ceño fruncido frente a un libro abierto. Como ocurre a menudo en los sueños, lo que hacía tan desconcertantes estas imágenes era su cotidianeidad, como si hubiera otra vida en alguna parte, una vida en la que ambos estaban juntos. Era eso lo que Henry estaba tratando de explicarme, y de algún modo, mientras avanzaba y retrocedía frente a mí, entendí su confusión. Su incertidumbre.

No soportaba comparar sus recuerdos o sus sueños con las fotos. ¿Y si sus recuerdos eran incorrectos? ¿Y si su memoria lo había engañado?

Optó por sentarse en la banca, tan lejos de las fotografías como era posible, con el rostro hacia el lado opuesto.

Cuando la madre de Rogelio finalmente llegó, o mejor dicho, cuando la trajeron donde él estaba, se quedó maravillado por lo pequeña que era. Recordó que Rogelio la había descrito como una presencia imponente, una mujer de carácter estricto y voz sonora capaz de asustar a los hombres; pero el tiempo había marchitado todo eso, y lo que quedaba era algo más ligero, más dulce. Su piel blanca era casi translúcida y estaba surcada por arrugas intrincadas, con la textura de un trozo de papel de aluminio que hubiera sido arrugado y luego alisado de nuevo con la mano. Su cabello fino se había vuelto completamente blanco, y estaba envuelta en lo que parecían ser docenas de capas, un chal sobre una chompa sobre una blusa de manga larga sobre otra chompa. Usaba

medias de lana hasta la rodilla sobre un pantalón de buzo, y sobre todo eso, una falda azul que le llegaba a la mitad de las pantorrillas. Pertenecía a una cultura y a una generación que respetan el frío por sobre todas las cosas, una cultura que no confía en el calor, que lo ve como una ilusión ocasional y temporal. El frío es permanente, eterno, confiable. El día comienza y termina con él. Sé esto acerca de ella porque mi abuela era igual.

Doña Anabel saludó formalmente a Henry, aunque con voz débil:

—¿Entonces usted ha visto a mi Rogelito?

Henry asintió.

—Qué bueno.

Noelia sonrió.

—Vamos a sentarnos en el sol, ¿está bien, mamá?

Las dos mujeres se dieron la vuelta y caminaron hacia la tarde luminosa. Noelia dirigía a su madre por el jardín con movimientos sutiles, casi imperceptibles. Recorrieron lentamente la corta distancia, deteniéndose un momento para admirar a uno de los gatos que estaba escondido en la maleza. «Michi, michi, michi», dijo doña Anabel, y se rio para sí como una niña. Henry las observaba a ambas desde la puerta, admirando su avance, hasta que las dos se sentaron en un par de sillas bajas de madera colocadas cerca de una estufa de leña. Estaba tan impresionado por la delicadeza de la maniobra —el cuidado con el que Noelia ayudó a su madre a sentarse— que se olvidó de ofrecerles su ayuda. Y ellas estaban tan acostumbradas a ser ignoradas, tan acostumbradas a hacerlo todo por sí mismas, que ni notaron su descuido. Con retraso, salió al jardín a unirse a ellas, y se sentó en el asiento ubicado frente a doña Anabel, tan cerca que sus rodillas casi se tocaban. Noelia estaba sentada a su derecha, y la estufa apagada era como el cuarto lado del cuadrado.

Hasta ese momento, todo iba bien.

Sentados bajo el sol, los tres disfrutaron de ese último instante de calma. En seguida, Noelia le preguntó de dónde conocía a Rogelio, y Henry sonrió.

Lo cierto es que estaba preparado para desahogarse con ellas.

—Nos conocimos en Recolectores —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Noelia.

Henry soltó un largo suspiro.

—La cárcel. Compartimos una celda, justo antes de que él muriera.

Se produjo un silencio, lo suficientemente largo como para que Henry se diera cuenta de que algo terrible acababa de ocurrir. Lo vio en sus rostros, en la forma en que las mujeres lo miraban fijamente. Los ojos de doña Anabel se hicieron muy pequeños, y pudo observar cómo el color desaparecía de las mejillas de la anciana.

—Lo siento —dijo Henry, simplemente porque no sabía qué más decir.

Doña Anabel se volvió hacia su hija:

—¿Dijo que *murió* ?

Había pánico en su voz.

—No, mamá.

—¿Qué quiere decir?

Su voz se había convertido en un susurro. Henry miró hacia la puerta y pensó que bastaba con cruzar corriendo el patio. Cinco zancadas, siete a lo sumo.

—Debe de ser un error —dijo Noelia.

El sol de la tarde era enceguecedor.

—Rogelio no está en la cárcel —dijo Noelia—. Rogelio no está muerto.

—No lo está.

—Vive en California. Desde hace años.

Tenía un tono de voz esperanzado.

—Lo sé —dijo Henry, porque por sobre todas las cosas quería creer que así era. Tal vez se había equivocado. Tal vez Rogelio *estaba* vivo.

—Rogelio es mecánico, como mi hermano Jaime. Vive en las afueras de Los Ángeles.

—Los Ángeles —repitió Henry.

Noelia hizo una pausa.

—¿Estamos hablando de la misma persona?

Henry no pudo ni supo qué responder.



—Mi Rogelio —dijo doña Anabel con voz entrecortada—. Mi bebé.

Con cada frase que pronunciaba parecía estar haciéndose más y más pequeña, curvando la espalda y hundiéndose más en su asiento, como si estuviera tratando de desaparecer.

De improvviso, Noelia se levantó y se fue.

Durante un momento, Henry se quedó a solas con doña Anabel. Su amabilidad prácticamente había desaparecido y más bien pareció encogerse ante su presencia, como temiendo que él fuera a atacarla. Él cerró los ojos mirando hacia el sol y trató de recordar todo lo que Rogelio le había contado acerca de esa mujer. Su madre.

No se le vino nada a la mente.

En vez de eso, dijo lo siguiente:

—Todo va a estar bien.

Ella levantó la vista hacia él, pero no respondió.

Justo entonces, Noelia volvió con una foto, una de las imágenes enmarcadas que Henry había estado demasiado asustado para mirar momentos antes. Prácticamente la tiró a las manos de Henry.

—¿Es él?

Henry inclinó la cabeza hacia la foto y usó su manga para limpiar el vidrio. Se desplomó sobre el respaldo de la silla, sobresaltado. Era el rostro de un hombre joven, un muchacho. Un milagro de ser humano. La imagen estaba desteñida y era vieja, pero eran los mismos ojos castaños y deslumbrantes, el mismo rostro estrecho y de frente alta. El mismo Rogelio. Frotó el vidrio un poco más, y sonrió. Tuvo que resistir el impulso de meterse el marco al bolsillo y huir con él.

Doña Anabel y Noelia esperaban su respuesta.

—No, no es él —dijo Henry—. Me temo que he cometido un error.

Noelia dejó escapar un suspiro.

—¿Viste, mamá? No sabe nada. No tiene idea de lo que está diciendo.

—Las he incomodado a ambas. No debería haber venido.

—Llama a Jaime —dijo doña Anabel—. No confío en este tipo.

Noelia se puso de pie.

—No te preocupes, mamá. Ya se va. Despídase.

Henry cruzó miradas con Noelia y se sintió avergonzado. Le entregó la foto a doña Anabel, quien la aceptó sin hacer ningún comentario. Los ojos se le estaban llenando de lágrimas. Con una mano, tomó el brazo de su hija, y le tiraba suavemente de la manga, como una niña reclamando atención.

—¿Dónde está Rogelio? —dijo—. ¡Quiero ver a Rogelio!

—Ya viene, mamá.

—¿Está muerto?

—¡Claro que no!

Henry se puso de pie. No había nada más que hacer. Se inclinó hacia delante haciendo una reverencia formal y exagerada, y colocando las manos en la espalda para que Noelia y doña Anabel no vieran que le temblaban.

—Les ruego me perdonen —dijo Henry—. Siento mucho haberlas molestado. Puedo salir solo.

Henry volvió a toda prisa al hotel, alarmado. «Quería irme del pueblo de inmediato», me dijo después, pero eso era imposible. El autobús que los había llevado a T\_\_\_\_\_ esa mañana ya había regresado a San Jacinto, y no había forma de salir hasta la mañana siguiente. T\_\_\_\_\_ le parecía amenazante ahora; un lugar donde la gente moría y nunca era llorada. En las últimas semanas había pensado mucho en Rogelio, pensamientos que no habían hecho más que intensificarse desde el momento en que encontraron ese mapa en una vidriera de San Jacinto. Se había imaginado muchas versiones distintas de este encuentro, y todo el tiempo se había preguntado si tratar de hacer las paces con su vida anterior de esta manera era signo de madurez o de egoísmo. Yo le creo cuando dice que nada de lo que sucedió después era lo que él tenía en mente. Simplemente no se le había ocurrido que la familia de Rogelio no supiera que su hijo estaba muerto.

Fue directamente al Imperial, donde convenció al propietario de que abriera la terraza del segundo piso y le trajera un trago. Solo había cerveza, pero estaba bien. Serviría. Henry se sentó en una mesa con vistas a la plaza, mientras el propietario mantenía su distancia, acurrucado en un rincón y escuchando su radio a transistores con el volumen muy bajo.

Cuando Patalarga y Nelson aparecieron, una hora después, Henry estaba a la mitad de su tercera cerveza. No se sintió particularmente feliz de verlos. Hubiera preferido estar solo un rato más. Sin embargo, se levantó para saludar a sus amigos y, al hacerlo, empujó el vaso.

Ninguno se movió para atraparlo. Los tres lo observaron rodar lentamente y detenerse al borde de la mesa, mientras la cerveza se extendía por su superficie y caía luego al piso en una línea larga y delgada.

—Qué grácil —dijo Patalarga.

Henry levantó el vaso, sacudió los dedos y pidió un trapo.

—Déjelo así —le gritó el dueño desde el otro extremo del bar.

Henry se limpió las manos en sus *jeans*. Era media tarde; el sol estaba en lo alto. Todo el valle estaba bañado de luz, y las calles de T\_\_\_\_\_ parecían un escenario sin uso. Todo esto le produjo un dolor de cabeza.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo Henry.

Nelson estaba completamente recuperado, o al menos eso parecía. Sonrió satisfecho.

—Tenemos función esta noche. El alcalde va a abrir el auditorio para nosotros.

—¿Esta noche?

Patalarga frunció el ceño.

—Sí, esta noche. Es una buena noticia, Henry.

—Era —respondió él—. Hace dos horas era una gran noticia. Pero no estoy seguro de que sea tan buena ahora.

Nelson y Patalarga esperaban una explicación, pero Henry no sabía por dónde empezar. Pensó que si se quedaba callado durante un tiempo suficientemente largo, tal vez podrían evitar ese *show*. Sus amigos lo miraban fijamente.

Al final se rindió:

—Fui a ver a la familia de un viejo amigo mío que murió en Recolectores.

—Muy bien —dijo Patalarga.

—Por eso estamos aquí. Por eso vinimos. Pero la familia de mi amigo, su madre, su hermana, no tenían idea de que estaba muerto. Las he incomodado. Me acusaron de mentiroso. Me echaron de su casa.

—¿Te echaron? —preguntó Nelson.

—Algo así.

Los tres amigos se quedaron en silencio un momento.

Nelson no parecía convencido:

—¿Y?

A Henry le parecía todo tan simple, tan obvio.

—Y me siento mal.

Nelson no pudo evitar echarse a reír y se volvió hacia Patalarga:

—¿Se siente mal?

Patalarga no respondió, simplemente sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

—No espero que lo entiendas —dijo Henry.

Nelson lo miró con furia.

—¿Qué cosa exactamente? ¿Qué es lo que no entiendo?

—Que no puede haber función.

—¿Quieres cancelarla?

—Henry, no puedes cancelarla —dijo Patalarga.

Henry cruzó los brazos sobre su pecho.

—Sí puedo. De hecho, acabo de hacerlo.

Lo que ocurrió después los sorprendió a todos: Nelson empujó a Henry con las dos manos, haciendo que el escritor se cayera hacia atrás. Una de las sillas se derrumbó con estrépito, y el vaso vacío de cerveza resbaló nuevamente, esta vez aterrizando en el suelo.

Nelson permaneció de pie sobre Henry, mirándolo con el rostro rojo de furia. Tal vez sí era un luchador, después de todo.

Patalarga se abrió paso entre los dos lo mejor que pudo, tratando de calmar a Nelson. No fue fácil.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué nos trajiste aquí? —gritó Nelson—. ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

«Nunca lo había visto así», me dijo Patalarga después.

Logró empujar a Nelson hacia atrás, lo suficiente como para que Henry se pusiera de pie. El dramaturgo se incorporó, se estiró la camisa y levantó una mano hacia el asustado dueño. Luego se volvió hacia Nelson, mirándolo con furia. Respiró hondo. Mostró entonces una expresión fanfarrona.

—Patalarga —dijo—, ¿me lo tenía merecido?

—¿Honestamente?

Henry asintió.

—Sí.

Henry se quedó desconcertado por un momento, luego desmoralizado. Ese destello de energía desapareció tan pronto como había llegado; pensó en sus amigos, la terraza vacía, la plaza frente a ellos, y se sintió pequeño.

—Te preguntas por qué —dijo Nelson, aún jadeando con furia—, yo te lo diré. Estás siendo egoísta. Para variar.

Henry se desplomó en una silla.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Patalarga con ojos escrutadores.

Patalarga asintió.

Henry se frotó los ojos.

—Está bien —dijo—. Ustedes ganan. La haremos.

En la casa de infancia de Rogelio, la situación se estaba agravando, y Noelia había comenzado a preocuparse. La historia que les habían contado a estas dos mujeres, la historia que conocían, era la siguiente: primero, su amado Rogelio se había ido a la ciudad en busca de trabajo, luego había emigrado a Estados Unidos en 1984, a la edad de veintiún años. Jaime les contó todo esto a grandes rasgos, con detalles suficientes como para que pareciera real. Rogelio había afrontado cruces de fronteras y esquivado guerras civiles en Centroamérica, había sorteado México a bordo de un autobús, y pasado a Estados Unidos a través de un túnel en Nogales. Finalmente, había llegado a la ciudad de Los Ángeles. Hasta donde ellas sabían, allí se había quedado; y la única razón por la que no había regresado de visita era porque no tenía papeles. Jaime afirmaba hablar con él aproximadamente una vez al año, y ellas le creían. Noelia jamás lo había puesto en duda; y en el caso de doña Anabel, esta se aferraba a la idea con una determinación feroz. Cada año, para el cumpleaños de su hijo menor, le horneaba un pastel.

Si la credulidad de doña Anabel sobre este tema suena inverosímil, deben recordar que esto era T\_\_\_\_: las filas de casas cerradas con candado son todo el contexto que uno necesita. En otro lugar habría sido difícil de creer, pero aquí nada podía ser más normal que Rogelio hubiera desaparecido durante diecisiete años y que aún se le considerara *vivo*. Mi padre todavía habla con cariño de gente a la que no ha visto y de la que no ha oído hablar en cuarenta y cinco años, pero por el tono de su voz uno esperaría verlos aparecer al día siguiente, listos para renovar su inquebrantable amistad. El tiempo significa algo muy distinto en un lugar como T\_\_\_\_. Ocurre lo mismo con la distancia. Y con la memoria. Casi todas las familias tenían algún hijo que se había marchado al mundo. Algunos enviaban dinero; otros desaparecían sin dejar rastro. A menos que se comprobara lo contrario, se consideraba que todos estaban vivos. Era el credo tácito del pueblo.

La verdad sobre el destino de Rogelio, la historia que Henry había compartido, había alterado ese equilibrio. Doña Anabel era la más afectada, por supuesto; incluso en sus mejores días, la demencia generaba cambios de humor que no podía controlar. Pero esa tarde, la sola idea de que Rogelio estuviera muerto le provocó un ataque de pánico, y poco después de que Henry se marchara, lloraba de rabia e impotencia.

«Llamaba una y otra vez a Rogelio, a su bebé —me contó Noelia después—. Yo no sabía qué hacer. Si él estaba muerto, ¿por qué nadie se lo había dicho? ¿No debía una madre saber siempre estas cosas? ¿Por qué nadie me lo había dicho *a mí*?»

Poco antes de las tres, consiguió darle a su madre un sedante y convencerla de que volviera a la cama. No fue fácil. Desvió todas las preguntas que la anciana le hizo sobre Rogelio hasta que esta se durmió, luego Noelia destrabó la puerta de la calle y se dirigió a toda prisa al pueblo. Si Henry, Patalarga y Nelson no hubieran estado ocupados con su propia discusión, la habrían visto pasar apuradamente por la plaza, sujetando con una mano el dobladillo de su falda para no arrastrar el borde por los adoquines de la calle.

Poco después de las tres de la tarde logró por fin comunicarse con su hermano Jaime. Trató de explicarle todo lo mejor que pudo, pero ni ella misma entendía bien lo que había sucedido, por qué aquel desconocido había aparecido de la nada, hablando acerca de su Rogelio. Jaime tampoco parecía entender, o fingía no hacerlo, hasta que Noelia terminó por perder la paciencia. Cambió de estrategia, dejó de intentar explicarle.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

La sobresaltó el sonido de su propia voz. Le temblaban las manos. Hacía años que no gritaba.

En el otro extremo de la línea se hizo un silencio. Y luego se oyó:

—¿Qué?

—Sobre Rogelio —dijo ella.

Pudo oír el largo suspiro de Jaime.

—¿Lo sabe mamá?

—Se ha puesto muy mal.

—Estoy en camino —dijo él.

Un momento después colgó.

Jaime se subió a su carro y llegó al final de la tarde, justo cuando las luces amarillas de la plaza volvían a la vida con un parpadeo, y cuando Diciembre se disponía a salir a escena frente a un público compuesto por unas cuantas docenas de personas, en el auditorio municipal. Nelson había ganado la discusión, y quizás era la primera vez en toda la historia de Diciembre que Henry había perdido una.

Era el 12 de junio de 2001. Esa sería la última función de la compañía en la que participarían juntos. Aunque ellos aún no lo sabían, la primera gira de Diciembre en quince años había llegado a su fin.

Los preparativos para la *performance* de Diciembre en T\_\_\_\_\_ comenzaron alrededor de las cinco, cuando el asistente del alcalde, un alegre estudiante del último año de secundaria, abrió el auditorio municipal. Se llamaba Eric. Era joven y lozano, y unos meses más tarde se marcharía de T\_\_\_\_\_.

—¡Aquí es! —dijo animadamente.

—Aquí es —repitió Nelson, dejando escapar un silbido para sí, una nota prolongada y evanescente.

Dejó caer un extremo del pesado bolsón de lona y contempló el espacio que tenía delante.

El auditorio era uno de los edificios más nuevos del pueblo, una caja de metal sin atractivo y poco práctica que conservaba el frío durante la temporada de lluvias y se mantenía caliente en la estación seca. Durante años, prácticamente no había sido utilizado, y su estado de abandono hizo recordar a los miembros de Diciembre su hogar espiritual, el Olímpico. Eric los dejó junto a la puerta de entrada y se deslizó a lo largo de la pared hasta el escenario elevado. Una vez allí, desapareció detrás de una cortina y comenzó a encender las luces, primero una fila, luego otra, luego varias a la vez, y así sucesivamente. Henry, Patalarga y Nelson permanecieron de pie con los brazos cruzados, mirando cómo los tubos fluorescentes se encendían con un zumbido y luego se apagaban, en diversas combinaciones. Ninguna proyectaba una luz particularmente plácida sobre aquel espacio frío y húmedo, pero el joven finalmente eligió el arreglo menos desagradable.

—¿Qué tal está? —gritó desde detrás del telón.

Henry extendió las manos y los dedos frente a él. Sus guantes presidenciales blancos se veían de un tono amarillo grisáceo.

—Fantástico —dijo Patalarga.

Llevaron sus cosas tras bastidores y comenzaron a desempacar y luego a cambiarse, cada uno deslizándose hacia un rincón distinto del vestidor, casi sin hablar. Henry estaba pensativo; Nelson parecía distraído; Patalarga estaba preocupado por su vestimenta. Sentía que la ropa no le quedaba bien, dijo, sin dirigirse a nadie en particular. ¿Se había encogido o él había engordado? No había espejo, así que tenían que confiar el uno en el otro, lo que tal vez habría funcionado si su estado de ánimo colectivo hubiera sido diferente. Pero no era el caso. Los tres se vistieron con desgana y prácticamente no hablaron. A las



seis y media, Henry convocó una breve reunión para repasar algunos pasajes complicados de la obra, pero, por supuesto, esto era algo totalmente innecesario. ¿A qué pasajes difíciles se refería exactamente? ¿Qué sorpresas podía tener la representación a esas alturas? Aun así, Nelson y Patalarga escucharon las vagas instrucciones de Henry por respeto y por un sentido del deber. Él habría podido hablar durante mucho más rato, pero pronto la gente comenzó a entrar, y los tres cayeron en un silencio respetuoso. Es un sonido que todo actor ama y por el que vive, en cierto sentido: el murmullo de una multitud, el golpeteo de los pies, el zumbido de voces extrañas. Uno se despabila excitado, expectante. Comienza a imaginarse quiénes serán su público, cómo lucirán. Antes de ponerles los ojos encima, son personas reales. Antes de verlos, uno ya está conectado con ellos.

Alrededor de las siete y cuarto, Eric reapareció. Asomó la cabeza desde detrás del telón y anunció que ya casi era hora de comenzar.

—¿Cuántas personas hay? —preguntó Henry.

—Treinta, más o menos —dijo el joven—. Treinta y cinco, supongo.

Henry sacudió la cabeza.

—No supongas. Regresa y cuéntalos.

Eric asintió y volvió poco después con la mirada baja.

—Veinticinco. Lo siento. Pero quizás lleguen más.

Patalarga sonrió y le dio las gracias al muchacho. La desilusión de Eric era conmovedora. Él había actuado ante públicos mucho más reducidos.

—Empezaremos en un minuto.

Eric asintió, pero justo cuando daba media vuelta para marcharse, Henry lo detuvo.

—Una pregunta más —dijo el escritor—. ¿Conoces a todos en este pueblo?

—Prácticamente.

—Muy bien. Dime, ¿está Noelia ahí afuera? ¿O su madre, doña Anabel? ¿Sabes de quiénes te hablo?

El joven parecía confundido.

—Sí. ¿Por qué?

—Son viejas amigas —dijo Nelson. Hasta ese momento, no parecía que hubiera estado prestando atención a la conversación. Él y Henry se miraron a los ojos.

Eric asintió, como si entendiera.

—Bueno, doña Anabel en verdad no sale mucho de su casa.

—¿Entonces no está aquí?

—No la he visto. Ni tampoco a Noelia.

Henry le dio las gracias, y el asistente del alcalde desapareció al otro lado del telón.

—¿Las esperas? —preguntó Patalarga—. ¿Quieres que vengan?

—No lo sé. —Henry parecía realmente desconcertado—. En verdad no lo sé.

Unos momentos más tarde, se abrió el telón y comenzó la función.

El recorrido de San Jacinto a T\_\_\_\_\_ toma cerca de cuatro horas. Uno puede reducir el tiempo un poco, pero no mucho. El camino es estrecho y las consecuencias de calcular mal una curva en las altas montañas son fatales. Aun así, Jaime hizo un buen tiempo. De todos los protagonistas de estos acontecimientos, él es uno de los pocos que ha rehusado hablar conmigo, pero puedo imaginar lo que pensaba mientras conducía por esos caminos estrechos y zigzagueantes. Pensaba en su hermano, Rogelio, y en los detalles de su muerte. Si Rogelio estaba molesto cuando murió o asustado. Si Rogelio lo culpaba o se sentía abandonado. Pensaba en con cuánta frecuencia hacía ese viaje, y cómo nada de este cambiaba. La magnitud de las montañas. La pequeñez de todo lo demás. Había sabido de la muerte de Rogelio todo el tiempo y había mantenido en secreto el encarcelamiento de su hermano, así como mantenía en secreto la naturaleza de sus negocios. Todo esto era más fácil de lo que cabría esperar. En T\_\_\_\_\_, el motín y la subsecuente masacre de Recolectores nunca habían producido un gran impacto.

Jaime llegó más o menos a la misma hora en que Diciembre salía a escena. A partir de ese momento, la historia de esa noche se desarrolla a lo largo de líneas paralelas: Patalarga aparece bajo las pálidas luces amarillas, ante un público reducido pero expectante. Empieza con un monólogo sobre la soledad, que en esta noche en particular es representado con más sentimiento que nunca. El joven asistente del alcalde se encuentra de pie, apoyado contra la pared al fondo del auditorio, vestido con un traje oscuro y observando la acción con gran deleite. Cuenta que el público estaba extasiado. («Nunca habíamos tenido una compañía teatral en el pueblo», me dijo después.) En ese mismo momento, Jaime se dirige apresuradamente a la casa donde

creció, abraza a su hermana y corre tras ella a la habitación de su madre. Hermano y hermana se quedan de pie en el umbral y contemplan su sueño, escuchando su respiración dificultosa. Sin mediar palabra, se maravillan ante su fragilidad, de la misma forma en que alguien contemplaría a un recién nacido. Jaime da unos pasos hacia la cama y coloca una mano sobre la frente de su madre. Le acaricia el pelo.

—¿Estaba muy alterada? —le pregunta a Noelia.

Su hermana responde que sí, moviendo apenas la cabeza.

Cuando Henry sale al escenario, luciendo ligeramente menos presidencial que de costumbre, Jaime y su hermana, Noelia, están sentados en la sala de la casa de su madre, repasando los detalles de un muy bien guardado secreto de familia. No se dice mucho acerca del lamentable arresto de Rogelio. Recolectores es descrito en versión taquigráfica; un infierno, dice Jaime. Y todo lo que se menciona después puede reducirse a una sola frase. Su hermano menor estaba muerto. Llevaba tanto tiempo muerto que parecía casi deshonesto llorar por él.

Durante toda la tarde, desde la visita de Henry, Noelia había sabido que era cierto. Mientras acostaba a su agitada madre, mientras cruzaba corriendo la plaza, mientras esperaba la llegada de su hermano. Un desconocido no aparece y anuncia una muerte por error. Muy pocas personas serían tan crueles, y Henry no le había parecido cruel. Él había mirado la foto de Rogelio y había afirmado no conocerlo; y ese acto misericordioso hacía que él le cayera bien a pesar de todo. También fue el momento que había confirmado la veracidad de su historia.

Para ser actor, ese hombre no sabía mentir.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó a su hermano, el único que aún le quedaba.

Pero Jaime no le respondió. Solo quería saber una cosa.

—¿Quién te lo dijo? ¿Quién era esa persona?

—Dijo que se llamaba Henry —respondió Noelia.

—¿Y dónde está?

—En el auditorio. Me dijeron en el pueblo que actuaría en una obra de teatro esta noche.

—¿Una obra de teatro? —Jaime frunció el ceño.

Hubo un momento de silencio, y luego:

—Lo voy a matar. Voy a matar a ese marica conchesumadre.

Noelia levantó la mirada. Había odio en los ojos de Jaime. Comprendió entonces que su hermano sabía quién era ese desconocido, ese tal Henry. Y se asustó. Se echó a llorar. Su hermano la miraba sin decir nada. No intentó consolarla, y Noelia trató de llorar en silencio para no incomodarlo.

Así pasaron varios minutos, pero hacia un cuarto para las ocho, Jaime relajó la mandíbula, acercó su destartalada silla de madera a la de su hermana y le dijo que lo sentía mucho. No eran palabras que él pronunciara a diario. Ella agachó la cabeza, se secó las lágrimas y aceptó su disculpa.

—¿Qué le diremos a mamá? —dijo.

—Nada —contestó Jaime—. No le vamos a decir ni mierda.

Salieron poco después, cerrando la puerta despacio para no despertar a doña Anabel. Era una noche fría, y la luna en cuarto creciente comenzaba a elevarse sobre la cima de las montañas. Para cuando cruzaron las puertas del auditorio municipal, Diciembre había llegado a mi escena favorita de *El presidente idiota*. En ella le están leyendo al presidente su correspondencia en voz alta. Las cartas provienen de ciudadanos de diferentes partes del país, y todas comienzan con una larga lista de títulos honoríficos bastante habituales: Su Alteza, Su Señoría, Su Magnificencia, Su Benevolencia. El presidente escucha (o finge escuchar) las peticiones —solicitudes de trabajo, de asistencia, de clemencia, de tierras, de refugio— pero permanece impassible. Su postura es majestuosa y su porte, severo. «Como una estatua», dice la nota en el guion. Alejo, el personaje interpretado por Nelson —el hijo idiota—, y Patalarga —el criado— se turnan para leer una carta cada uno, mientras el presidente se lima las uñas y cepilla su pelo. En el transcurso de la escena surge una suerte de competencia entre el hijo y el criado. ¿Quién puede leer mejor? ¿Quién puede hacer de este acto rutinario algo más agradable e interesante para el presidente? El personaje de Henry, por supuesto, no se da cuenta de nada, o finge no darse cuenta, pero nosotros sí: el hijo idiota y el criado se lanzan miradas de furia y celos, y empiezan a hablar al mismo tiempo, interrumpiéndose. La lista de títulos honoríficos que precede cada carta se hace cada vez más larga y ridícula, hasta que es evidente que Alejo y el criado simplemente los están inventando. Ambos elevan la voz y los títulos, cada vez más extraños, son pronunciados como ráfagas de fuego

«¡Para nuestro querido líder, personificación de los deseos más puros de la nación!»

«¡Para el sol brillante de la libertad, más elevado y más imponente!»

«¡Para el más honesto y supremo, generoso, magnífico y caritativo!»

de palabras que surgen y se superponen, hasta que todo se vuelve confuso, ya no palabras discernibles sino solamente ruido.

«Vieron toda la escena de pie —me dijo Eric—. Me fijé en ellos porque Henry me había preguntado por Noelia.»

¿En qué pensaban?

O, más específicamente, ¿en qué pensaba Jaime?

Aunque llevaba más de dos décadas viviendo en San Jacinto, el hermano mayor de Rogelio era una persona muy conocida en el pueblo. Le había ido bien, había hecho dinero, y nada en el mundo gana el respeto de la gente tanto como el dinero. Aquella noche de la obra en T\_\_\_\_, estaba de pie al lado de su hermana, cruzado de brazos, mirando fijamente a Henry con ojos entornados. No había visto al dramaturgo en quince años, pero sabía que era él. No tuvo problemas en reconocer ese rostro, esos gestos, esa postura.

Según Henry, se habían visto solo una vez, en Recolectores, una escena que yo imagino a Jaime repitiendo una y otra vez en su cabeza. Un día de invierno de 1986, en el patio del Pabellón Siete. Jaime había venido de San Jacinto a ver a su hermano. Pasó unas horas con Rogelio, dando vueltas por el patio. Desde lejos, parecían peces atrapados por una corriente, Rogelio y Jaime, y todos los demás. Henry había pasado toda la tarde observándolos. Luego, cuando la hora de visitas estaba a punto de terminar y mientras ambos hermanos se despedían, Henry no pudo aguantar más. «No estoy seguro de por qué o cómo —me dijo después—, simplemente ocurrió.» Tal vez se sentía herido porque no lo habían presentado, aunque le costaba admitirlo. Salió disparado hacia ellos, furioso, protector, celoso, tomando a ambos hermanos por sorpresa.

Esto es lo que le dijo a Jaime aquella tarde, en 1986, con un tono de voz demasiado fuerte para Recolectores:

—Tienes que cuidar mejor a tu hermano.

Jaime frunció el ceño.

—¿Qué dices?

—Se lo debes. Sé a qué te dedicas.

—¿Quién es este huevón? —le preguntó Jaime a su hermano.

—Nadie —dijo Rogelio.

No hubo tiempo para que esa traición lo lastimara. Henry ya había ido demasiado lejos.

—No importa quién soy. Pero sé quién eres tú. Tú eres la razón de que él esté aquí.

Jaime miró con furia a ese desconocido. A su hermano, le dijo:

—Saca a este idiota de mi vista.

—Ya basta, Henry.

Pero Henry no podía detenerse. Empezó a gritar:

—Tienes el dinero para hacerlo. ¡Sé a qué te dedicas!

Jaime sacudió la cabeza, luego le asestó un puñetazo en la mandíbula a Henry; este se tambaleó y cayó al suelo. Jaime le pasó un brazo por el hombro a Rogelio, y juntos se dirigieron al portón del Pabellón Siete. Jaime nunca volvió a visitar Recolectores. Rogelio no le habló a Henry durante tres días.

Sobre el escenario del auditorio municipal de T\_\_\_\_, el presidente aceptaba los homenajes de su hijo y su criado. Mientras la escena degeneraba hasta convertirse solo en ruido, Jaime y Noelia encontraron un lugar para sentarse.

—¿Quién es? —susurró Noelia a su hermano mayor, pero Jaime no respondió.

Para Noelia, los siguientes cuarenta minutos fueron una suerte de revelación. Nunca antes había visto una obra de teatro, excepto las que los alumnos del colegio representaban cada primavera para conmemorar la fundación del pueblo. Esta obra en particular no era especialmente fácil de seguir, y a medida que las escenas se sucedían velozmente hacia la conclusión, ella empezó a preguntarse acerca del joven protagonista. Era guapo, pensó, y se le ocurrió que tenía la misma edad de Rogelio la última vez que lo vio. Eso fue todo. Un pensamiento ocioso. No se parecían; es solo que ver a alguien como Nelson era poco usual en un lugar como T\_\_\_\_. Un joven veinteañero de mirada distraída y mala postura. Parecía perdido, y quizás por eso le hizo pensar en su hermano desaparecido y ahora repentinamente muerto.

Tal vez había algo más; cuando le insistí sobre este punto, Noelia confesó que en verdad no sabía. «Había algo en él», dijo, y no pudo añadir más.

Mientras tanto, Jaime estaba sentado a su lado, con rostro inexpresivo. Los actores flotaban de un lado al otro del escenario, recitaban sus líneas, hacían sus bromas, y el público se reía, gritaba de júbilo o caía en un silencio contemplativo. Jaime no se inmutaba. El clímax de la obra, cuando el personaje de Nelson le da conversación al criado, lo engaña y luego lo mata, fue particularmente poderoso aquella noche, y

el público respondió dejando escapar gritos ahogados que se oyeron por todo el frío auditorio. Según Eric, hubo incluso algunas lágrimas. Cuando le pregunté si aquella había sido la mejor representación de toda la gira de Diciembre, Patalarga fue tajante en su respuesta. «Por supuesto —me dijo—. La ira de Nelson esa noche fue real. Y también la desesperación de Henry.» Noelia estuvo de acuerdo: «Me dio escalofríos».

La obra terminó diez minutos antes de las nueve de la noche, con un aplauso prolongado.

No había nadie que cerrara el telón, de modo que los tres actores se quedaron un instante en el escenario sonriendo y saludando al público. Luego los aplausos fueron apagándose y la mayoría de los asistentes se dirigió hacia la salida. Pero no todos. No Jaime. Se puso de pie y se quedó donde estaba durante un momento, balanceándose de un lado a otro de manera casi imperceptible y sin apartar la mirada del escenario.

—¿Estás bien? —preguntó Noelia.

Su hermano asintió.

—¿Nos vamos, entonces?

—Todavía no.

—Por favor —dijo Noelia—. No le hagas daño a nadie.

Entonces Jaime se volvió hacia ella. Tenía en los ojos una expresión que no podía identificar, casi como de lástima.

Luego se dirigió hacia el escenario, abriéndose paso entre las sillas plegables de metal que lo separaban de los artistas. Yo me imagino algo similar a una división de las aguas, el sonido metálico de las sillas resonando aquí y allá, y Jaime abriendo un sendero irregular a través de ellas, con pasos largos y pesados. Eric, que aún permanecía junto a la pared, pensó que era un gesto grosero, pero optó por quedarse callado. Era Jaime, después de todo. Uno no le decía nada a Jaime.

Nelson, Patalarga y Henry habían empezado a recoger su utilería: las cartas desperdigadas por el escenario; la bufanda presidencial, usada para imitar un ahorcamiento en la tercera escena y luego arrojada a un costado al inicio del segundo acto; el cuchillo de plástico endeble pero sorprendentemente realista que se utiliza en la escena del asesinato. Habían encendido las luces de la sala, pero eran débiles y ninguno de los actores notó a Jaime hasta que este estuvo de pie delante del escenario. Se dirigió a Henry por su nombre. Noelia no se había movido de su asiento. Ella lo vio todo.

«Le dijo algo al presidente, el hombre que vino a vernos.»

Henry se arrodilló hasta que ambos estuvieron prácticamente cara a cara, mirándose a los ojos. Intercambiaron algunas palabras.

«Vi que mi hermano movía la cabeza como asintiendo. Y luego, cómo se ensombreció la expresión del presidente. Me estaba mirando. Se puso pálido. Mi hermano lo agarró por el cuello, lo jaló fuera del escenario y lo arrojó al suelo. —Hizo una pausa y respiró hondo—. A partir de ese momento, todo se hizo muy confuso.»

Por el rabillo del ojo, Patalarga vio a Henry caer del escenario. «Lo primero que pensé fue que había sido un accidente.» Realmente no le había prestado mucha atención al hombre con el que Henry estaba hablando, pero luego oyó un grito.

Jaime tenía a Henry de espaldas en el suelo (una vez más, después de tantos años), pero esta vez recibió seis o siete buenas patadas antes de que alguien pudiera reaccionar. «Salté del escenario y traté de sujetar al tipo, pero logré zafarse», me dijo Patalarga después. Era la segunda vez en cinco horas que tenía que defender a Henry. Hacerlo le costó un codazo en la cara.

Patalarga arremetió de nuevo contra Jaime, y para entonces Nelson y Eric también habían llegado; juntos lograron apartarlo. Jaime gritaba y forcejeaba con ellos, pero nadie parece recordar qué era lo que decía.

Pero todos recuerdan a Henry, la conmoción de verlo: el presidente yacía en el suelo, retorciéndose y cubriéndose el rostro con sus guantes blancos ensangrentados. Tenía el labio partido, la nariz rota. Había sangre en su barbilla, y aunque él aún no lo sabía, tenía dos costillas rotas. Tirado de espaldas, respirando con dificultad; transcurrido un momento, abrió los ojos. Las luces encima de él oscilaban borrosas, desenfocadas.

Durante todo este tiempo, Noelia seguía sentada en su asiento, como congelada. Todo era extraordinario: el peso que sentía, la total imposibilidad de moverse. Apretó con fuerza las manos contra su regazo y se dio por vencida. Los demás ya se habían marchado. Y todo esto era parte de la obra, una escena extra interpretada solo para ella, como para revelar un secreto especial. Esta era la razón por la que todos le tienen miedo a mi hermano, Noelia recuerda haber pensado. Por eso están asustados de él. Tal vez las historias que había oído eran ciertas, después de todo.

Nelson, Patalarga y Eric sujetaban a Jaime, mientras Henry se ponía de pie, sosteniéndose del borde del escenario para mantener el equilibrio. El cuchillo de utilería estaba allí, al alcance de la mano, y él lo cogió. Luego se volvió una vez más hacia su atacante, blandiéndolo con sorprendente convicción.

—¡Dale! ¡Ven! —gritó Henry.



Estaba agitado, moviéndose hacia delante y hacia atrás como danzando y cortando el aire con su cuchillo de plástico. Su voz resonaba en el auditorio casi vacío.

—¡Vamos, idiota!

A pesar de la furia que mostraba, el espectáculo de Henry no representaba ninguna amenaza real. Jaime se relajó, y sus captores instintivamente hicieron lo mismo. Seguían sujetándolo, pero no con la misma fuerza, miedo o urgencia. Patalarga temía que su viejo amigo se fuera a desmayar delante de ellos.

—Está bien —dijo Jaime—. Ya basta. Si hubiera querido matar a este pedazo de mierda, ya lo habría hecho.

Se soltó. Eric, Nelson y Patalarga retrocedieron.

En ese momento, Henry se detuvo. Sin aliento, dejó caer los brazos a los costados, aún sujetando el cuchillo en la mano izquierda. Él y Jaime se miraron fijamente a los ojos.

—Dime que ya te acuerdas de mí —dijo Jaime—. Vamos. Piensa bien.

Henry asintió.

—Eres el hermano de Rogelio.

—Muy bien —dijo Jaime.

Henry inclinó la cabeza. Dejó caer el cuchillo de plástico y se limpió con la manga una delgada línea de sangre en la barbilla.

—Lamento mucho tu pérdida.

Jaime enarcó una ceja.

—¿En serio?

Noelia aún seguía clavada a su asiento, mirándolo todo. Henry le gritó:

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

Fue en ese momento que ella finalmente se quebró. No era una obra, después de todo; era real, y nuevamente ese hombre desconocido le estaba hablando. Su voz, su grito a través de la sala, fue fantasmal. Noelia se puso de pie y, mientras se acomodaba el chal, se dio cuenta de que todos la miraban: esos hombres, su hermano, los actores, el asistente del alcalde. Respiró hondo y atravesó el sendero creado por Jaime apenas un poco antes, entre las sillas de metal torpemente esparcidas, hasta llegar al pie del escenario, donde las luces brillaban

con más intensidad. A medida que se iba acercando, sentía como si el aire estuviera cambiando. Los hombres despedían oleadas de calor, rezagos persistentes de su pelea. Vio a Henry de cerca y dejó escapar un grito ahogado. Su ojo derecho había empezado a hincharse y tenía la camisa rasgada a la altura del cuello. Se apoyaba en el escenario como si estuviera a punto de desplomarse sobre él.

Se volvió hacia su hermano.

—¡Vergüenza debería darte!

Jaime se encogió de hombros y se miró las manos, los nudillos, como cuando se admira una herramienta o una máquina bien construida.

Sobrevino el silencio.

Mucho después, le pregunté a Henry sobre aquella noche. Esto fue ya de vuelta en la ciudad, meses después de que los acontecimientos aquí narrados se hubieran producido. Yo estaba tratando de reconstruir todo a partir de las versiones proporcionadas por Patalarga, Noelia y, en menor medida, Eric. En lo que respecta a Henry, sus recuerdos eran vagos. Me habló largo y tendido acerca de su recuperación, sobre el lento alivio de su dolor en las semanas que siguieron a aquella noche; pero la obra, la pelea, sus consecuencias inmediatas, todo eso, me dijo, se le hacía borroso.

En lugar de ello, me habló de escenas de pelea en general. De las simuladas. De cómo se representan; y parecía estar más cómodo hablando así, en abstracto. Como cualquier escena que involucre un gran número de miembros del elenco, me dijo, las escenas de peleas son complicadas e inmanejables. Una buena escena debe imitar el caos sin ser caótica, debe ser confusa sin confundir. El público debe deleitarse con la tensión, mientras que los actores deben estar perfectamente relajados. Henry se pasó los dedos por el cabello y se inclinó hacia delante, brevemente animado y evidentemente complacido con esta serie de frases contradictorias. ¿Lo capté yo? ¿Lo entendí?

Empecé a preguntarme si él lo veía todo como una representación teatral. Si aquella noche, cuando la obra terminó y el ataque comenzó; cuando su pasado, personificado por Jaime, se presentaba frente a él, y cuando sus amigos le exigían respuestas; en ese momento, ¿era él consciente de sí mismo como actor?

—No lo sé —me dijo—. Jaime me sacó la mierda. Me caí al suelo. Tomé un cuchillo de plástico. Quería defenderme. Quería que alguien me salvara. ¿Es eso actuar?

—Te lo estoy preguntando a ti.

Henry se frotó la cara. Se levantó de su asiento y se alzó la camisa con la mano izquierda.

—Aquí había moretones —dijo, señalando su estómago y pecho—. Y aquí. Y aquí. Estas dos costillas —pellizcó una y luego la otra—, estas dos resultaron fracturadas.

—Lo sé. Pero esa no es mi pregunta. No dije que estuvieras fingiendo.

Él frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué me estás preguntando?

—Cuando todo terminó, ¿eras consciente de que se había iniciado una delicada negociación? ¿Fuiste cauto mientras hacías tu representación?

—Por supuesto que fui cauto. Tenía miedo de que ese hombre pudiera matarme.

Esa noche, Jaime tenía un mohín en el rostro, una expresión fría y distante. No era guapo, me dijo Patalarga después, pero tenía «una cara interesante». Mantenía cerrada su boca sumamente pequeña y apretaba los labios con un atisbo de sonrisa. La gente le tenía miedo y él disfrutaba con ello. Su brillante cabello negro se había alborotado durante la refriega, pero eso no parecía importarle.

«Creo que estábamos esperando que dijera algo —dijo Patalarga—, pero no lo hizo.»

En lugar de eso, la que habló fue Noelia, dirigiéndose a su hermano.

—¿Ellos también lo saben? —preguntó, con voz desesperada—. ¿Saben que Rogelio está muerto? ¿Lo saben todos menos yo?

Patalarga respondió:

—Señora, le puedo asegurar que no sabemos nada.

Ella los miró a todos con escepticismo. Su hermano y Henry asintieron.

—Solo para tenerlo claro, ¿Rogelio es...? —preguntó Nelson.

—Mi hermano menor —dijo Noelia.

—Mi compañero de celda —dijo Henry—. Mi amigo.

Los seis formaban un círculo receloso, con Jaime pegado muy cerca a ellos, como para que sintieran su presencia amenazante. Eric movía sus dedos nerviosamente. Nelson levantó el cuchillo de plástico del suelo y limpió su endeble hoja contra su pierna. Fue Eric quien me contó este

detalle: le pareció casi tierno cómo el actor se preocupaba por esa pieza de utilería, la manera en que limpió la hoja como si fuera real. Durante la representación, cuando Alejo asesina al criado, Eric se había quedado impresionado. Recuerda haber pensado: parece que fuera a usarlo; y durante los pocos minutos que siguieron, contó Eric, mientras todos hablaban, Nelson sostuvo el cuchillo en ristre, como si estuviera a punto de hacerlo.

—¿Cómo sigue tu madre? —preguntó Henry.

—Sufrió un ataque toda la tarde —respondió Noelia—. Tuve que darle un sedante, pobrecita.

—¿Está enferma? —preguntó Patalarga.

—Estaba bien hasta que él llegó —dijo Jaime.

Noelia lo interrumpió:

—No. No, no, no, no, no. Eso no es cierto, Jaime. Simplemente no lo es. —Sus hombros temblaban—. Ha estado decayendo. Se olvida de las cosas. Habla con nuestro padre todo el tiempo aunque él ya lleva años muerto. No distingue unas cosas de otras. Pero cuando le dijiste que Rogelio estaba muerto... Bueno, ya saben lo que pasó.

—Lo lamento —dijo Henry, y no por última vez.

Noelia se enjugó una lágrima y suspiró. Henry le habría ofrecido el pañuelo presidencial, pero estaba salpicado de sangre. Se quedaron en silencio, por respeto a las lágrimas de una mujer.

—¿Cómo murió mi hermano? —preguntó ella al final.

Henry le sonrió débilmente, y habría contestado, pero Jaime habló en su lugar.

—Hubo un problema, eso es todo.

Tenía el rostro inexpresivo, impassible, y Noelia no insistió más. Ella levantó la mirada, tratando de llamar su atención, pero él tenía los ojos fijos en Henry.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Henry—. ¿Por qué me miras así?

La conversación era de Jaime nuevamente. Se apretó las manos, con las palmas extendidas.

—¿Por qué estabas en esa cárcel, Henry? ¿Puedes decírselo a mi hermana? Me gustaría que sepa la clase de persona que eres.

Henry se encogió de hombros.

—Me acusaron de terrorismo.

—Falsamente —agregó Patalarga.

Jaime sonrió.

—Así pues, este terrorista viene a mi casa, donde mi familia, y le dice cosas horribles a mi madre. Cosas que yo nunca quise que escuchara. Ella está enferma. No está bien.

—Lo siento.

—Sé que lo sientes. Te voy a decir lo que quiero que hagas. Quiero que le digas a mi madre que estabas equivocado. Que cometiste un error. Que todo esto ha sido un malentendido. —Entornó los ojos, y había ira en su voz—. Quiero que le digas que lo sientes mucho, y que convezas a esa pobre mujer de que todo fue tu culpa, y que se quede con la mente en paz. Quiero que ella no tenga ninguna duda de que su hijo menor sigue vivo.

—Eso ya se lo dije —dijo Henry.

—No funcionó.

Patalarga sacudió la cabeza.

—Míralo. ¿De verdad crees que volver a verla, con ese aspecto, va a ayudar en algo?

—Pónganle un poco de maquillaje. Ella ni se dará cuenta.

—Jaime, sé razonable —dijo Noelia.

—Soy razonable. Él viene. Pide disculpas. Se va.

—Estoy pidiendo disculpas ahora.

Jaime sacudió la cabeza.

—Las disculpas se las pides a ella. ¿Es mucho pedir?

Henry dejó caer su cabeza.

—No —dijo.

Aquella noche en T\_\_\_\_, después de que Jaime y Noelia se marcharon; después de que guardaran la utilería y cerraran el auditorio con candado; después de que Eric se despidiera; Diciembre caminó fatigosamente de regreso al Imperial. Todo estaba cerrado en el pueblo, y no había ni un alma en las calles. Cuando llegaron al hotel, parecía que el hombre de la recepción ya se había enterado de lo sucedido. Les entregó la llave negando tristemente con la cabeza.

Los tres amigos subieron a su habitación. El ánimo general era fúnebre. Sin hablar mucho, empezaron a prepararse para el largo viaje de regreso a la costa. Henry empezó quitándose la banda presidencial roja, el antifaz presidencial, los guantes presidenciales blancos que ya no eran blancos. Todo fue doblado y empacado. La camisa de gala presidencial también, con sus volantes ahora salpicados con gotas de sangre. Le siguió Patalarga: se despojó del delantal que había usado casi todas las noches durante los últimos meses, desató los pantalones de colores que llevaba amarrados a la cintura con una cuerda, y se quitó las sandalias de goma. Finalmente fue el turno de Nelson: las botas y pantalones de montar, una peluca que utilizaba brevemente en el tercer acto. De su bolsón, sacó unos pequeños platillos de percusión manual que el criado tocaba en una escena clave de la obra, un ademán ostentoso que se repetía cada vez que el presidente quería que le celebraran alguna de sus frases ingeniosas.

—¿Seguro que no quieres dejarlos afuera por si los necesitas después?  
—dijo Patalarga, pero ninguno estaba de humor para bromas.

También guardaron el cuchillo falso, envuelto en un par de medias viejas, como si su hoja de plástico requiriera protección. En verdad se trataba de una producción sencilla, todo fue empacado en cuestión de minutos.

Luego Henry volvió otra vez a la ventana.

—Salgamos —dijo después de quedarse mirando la plaza por un tiempo  
—. ¿Podemos salir?

Y para su sorpresa, sus amigos no se opusieron. Aún era temprano, y ninguno estaba listo para dormir. Instintivamente, parecían saber que si se quedaban dentro los abrumaría la melancolía; salieron ya de noche en dirección a la escuela, siguiendo el mismo rumbo que Patalarga y Nelson habían tomado apenas unas horas antes.

Cuando se acercaban a los límites del pueblo, mientras cruzaban uno de los puentes que llevaban a los campos de cultivo, Henry empezó a

hablar. Podría haber sido más un listado de lamentaciones que una disculpa, pero al menos era algo, y eso era importante. Era un comienzo. Nelson y Patalarga lo escuchaban. Nunca debimos tratar de revivir esta obra moribunda, dijo Henry. Otra, tal vez, pero ¿por qué esta obra, que cargaba consigo tantos y tantos fantasmas? ¿Por qué esta obra, que no había causado sino problemas desde que fue escrita? Prosiguió: nunca debimos haber salido de gira; nunca debimos haber salido de la ciudad, donde estábamos a salvo, ni interrumpido nuestras vidas con estas aspiraciones quijotescas hacia el teatro, hacia el arte. Hablaba con mucho sentimiento, pero había una falacia en el centro de toda su lógica. La idea de revivir la obra no había sido suya, sino de Patalarga. Tampoco la idea de volver a salir de gira con Diciembre; después de todo, habían tenido que convencerlo, y quien se había encargado de hacerlo fue Patalarga.

«Les dije que era mi culpa —dijo Patalarga—. Quería quitarle ese peso de encima a Henry. Se estaba torturando solo.»

De su paseo de aquella noche, lo que Patalarga recuerda con más claridad es el cielo de un azul añil y adornado por estrellas. Durante sus viajes, las nubes los habían seguido a todas partes; habían soportado lluvias heladas y granizo, pero ahora tenían aquí su recompensa.

—Debiste habernos hablado de Rogelio —dijo Patalarga.

Él había querido que esa frase sonara diferente: su intención no era presentarla como una queja, sino más bien como una declaración de solidaridad. No se sentía traicionado, ni siquiera decepcionado; solo confundido. Durante años, Henry había insistido en creer que estaba solo. Había rechazado toda ayuda, se había negado a recibir consejos. Su matrimonio se había derrumbado. Su vida se había estancado. Era doloroso verlo.

—Lo que quiero decir es que habrías podido hacerlo. Te habríamos escuchado.

Henry asintió.

—Gracias —dijo, pero sentía, en verdad, que su cabeza estaba en otro lugar.

El frío era tolerable; se podía decir que vigorizante, incluso. Habían llegado a la escuela, compuesta por solo cinco aulas y una oficina, dispuestas alrededor de un patio desértico, más allá del cual se veían los vastos campos de cultivo de T\_\_\_\_. Al borde de un área de rústicos juegos infantiles, había un pequeño muro de contención hecho de hormigón. Nelson y Henry se sentaron. Patalarga estaba de espaldas a ellos, con la mirada fija en el pueblo que habían dejado atrás. Sin darse cuenta y sin mayor esfuerzo, habían subido a una zona más alta, lo suficiente como para percibir un tenue resplandor de luz proveniente de la plaza. Qué pequeño es este lugar, pensó Patalarga. Podrían eliminarlo

en un instante y sería como si nada hubiera sucedido jamás. Ni la obra. Ni aquella noche. Ni Rogelio, ni ninguno de nosotros. Todo no sería más que el rumor de un lugar lejano, perdido en la larga historia de lo que ha sido olvidado. Por algún motivo, a Patalarga esta idea le pareció reconfortante.

Se volvió para compartir esa reflexión mundana con sus amigos y, para su sorpresa, advirtió que ambos estaban tomados de la mano. No sabía si esto acababa de suceder o si habían caminado así durante un largo rato sin que él lo notara. Tampoco podía decir quién había tomado la mano de quién, quién ofreció el consuelo y quién lo aceptó; pero en cierto modo, nada de eso importaba.

Patalarga se dio la vuelta. Se sentó en el muro y mantuvo la mirada fija en el cielo. Cuando miró de nuevo, sus amigos ya se habían soltado.

Salvo por una ligera brisa, el valle estaba casi en silencio.

—¿Quieren saber? —dijo Henry.

—¿Saber qué? —preguntó Nelson.

—Cómo era. Quién era. —Henry soltó un suspiro—. Les contaré. Si quieren saberlo, les contaré.

Rogelio era el menor de tres hermanos, el más flaco, el menos hablador. Cuando era niño, dormía en la misma habitación con Jaime, y sus primeros y más profundamente reconfortantes recuerdos tenían que ver con esas noches, antes de dormir: sus charlas, su camaradería. Luego Jaime se fue a San Jacinto y, poco después, cuando Rogelio tenía ocho años, su padre murió. En los meses siguientes, Rogelio empezó a faltar al colegio y pasaba horas caminando por las colinas alrededor del pueblo. Le gustaba estar solo. Recogía trozos de madera y utilizaba las herramientas de su padre para tallar pequeños animales, aves, lagartijas, ese tipo de cosas, que guardaba en una caja bajo su cama. Sus tallados no eran particularmente vívidos, pero sí sorprendentemente evocadores, y a los doce años le presentó uno como regalo a una niña que le gustaba. Se llamaba Alma. Ella lo aceptó con manos temblorosas y una expresión de horror en el rostro, y luego esquivó su mirada durante una semana. Los demás niños empezaron a susurrar acerca de él cada vez que pasaba junto a ellos. No había necesidad de escuchar las palabras exactas: su significado era lo bastante claro. La familia de Alma vivía en el distrito noroeste. Al año siguiente, a la edad de trece, Rogelio dejó oficialmente el colegio, y su madre y su hermano mayor estuvieron de acuerdo en que no había ninguna razón práctica para que se quedara en T\_\_\_\_\_ durante más tiempo, por lo que se mudó a San Jacinto, a vivir con Jaime.

Rogelio era pequeño para su edad, pero era recio, bueno con las manos y con los puños. A diferencia de su hermano mayor, no tenía mal genio; más bien poseía una ecuanimidad que toda la familia hallaba casi



desconcertante. Toda su vida había sido rechazado, o al menos así lo sentía, y se había acostumbrado a eso. Amaba a su hermano, lo admiraba, y nunca le preocupó si Jaime también lo quería. Era confiado. Podía seguir instrucciones, tenía una intuición mecánica aceptable, pero no sabía leer. Jaime trató de enseñarle, pero pronto se dio por vencido: el muchacho seguía leyendo las letras al revés. Una década más tarde, en Recolectores, Henry sería la primera persona en decirle que había una enfermedad llamada dislexia.

«Ah, mira tú», le había dicho Rogelio, pero su rostro no expresaba nada —ni arrepentimiento, ni vergüenza, ni siquiera curiosidad—, como si no estuviera dispuesto a considerar cuán distinta podría haber sido su vida si hubiera tenido antes esa información.

Durante sus dos primeros años en San Jacinto, Rogelio trabajó en los camiones destartados que su hermano compraba a bajo precio, y juntos resucitaban esas pilas de metal oxidado. Cada maquinaria era distinta y requería un tipo complejo y paciente de cirugía. Las piezas eran cambiadas, rescatadas, manipuladas. El proceso tenía tanto de invención como de reparación. Cuando un camión volvía a la vida, lo vendían y reinvertían las ganancias. Estas no eran mucho al comienzo, pero los hermanos eran muy cuidadosos con el dinero y nada ostentosos. Henry recordaba haber visto una fotografía, una de las pocas que quedaban de aquella época, que Rogelio había colocado en la pared junto a su cama: en ella aparece Rogelio, ágil y fuerte, sentado sin camisa sobre una gigantesca llanta de camión. Tenía la expresión indiferente de un niño que ni hace preguntas ni exige nada al mundo. Yo nunca vi esa foto —quedó sepultada bajo los escombros de la prisión—, pero puedo imaginármela: no la imagen de un niño feliz pero, dadas las circunstancias, tal vez uno más bien sabio.

Con el tiempo, Jaime le compró a su hermano menor una bicimoto, de esas equipadas con una plataforma de madera delante. Este vehículo se convirtió en la fuente de ingresos de Rogelio en los años siguientes; lo conducía de un extremo al otro del pueblo, de un mercado a otro, transportando latas de pintura, tubos de metal amarrados, pollos listos para ser sacrificados, apiñados en jaulas apiladas tan alto que tenía que inclinar el cuerpo hacia un costado para poder ver por dónde iba. San Jacinto crecía sin cesar, pero todavía no al ritmo intenso que la definiría años más tarde; en aquel entonces, Rogelio conocía todos los rincones de la ciudad y años después, ya en Recolectores, dibujó un mapa en las paredes de la celda que compartía con Henry. Trazó con tiza blanca las calles y las vías del ferrocarril, e incluso ubicó con una señal el viejo departamento que había compartido con su hermano.

Henry le preguntó por qué se había tomado la molestia de dibujarlo.

—Porque algún día volveré allí —dijo Rogelio.

(«Ves —agregó Henry, cuando me contó esto. Tenía en el rostro una sonrisa irónica, casi dolorosa—. Creo que nuestra historia de amor habría terminado de todos modos.»)

En 1980, el año en que Rogelio cumplió diecisiete, su hermano lo llevó a un burdel cerca del centro de la ciudad. Era el primero de su tipo, y lo habían construido para recibir a la esperada oleada de hombres jóvenes, intrépidos y adinerados. Ya en aquel entonces había rumores de la existencia de oro en los cerros, y el fantástico recibidor del prostíbulo rendía homenaje a esas historias aún no confirmadas. Las paredes estaban pintadas de color dorado, así como el bar y las mesas y sillas de madera. De hecho, aquella noche, incluso las tres prostitutas que se exhibían para que Rogelio eligiera seguían ese esquema de color: una llevaba puesta una minifalda dorada; otra, pantis y sostén con encaje dorado; y una tercera, una bata dorada. Tres pequeños trofeos maquillados, todos sonriendo coquetamente con las manos en las caderas. Jaime animaba a Rogelio a elegir, pero él no pudo. O no quiso. El momento se prolongó interminablemente, hasta volverse incómodo y hasta que las sonrisas fingidas de las chicas comenzaron a desvanecerse. Aun así, el muchacho permanecía allí, inmóvil, asombrado.

—Oh, a la mierda —dijo Jaime finalmente. Sacó un fajo de billetes de su bolsillo y pagó por las tres.

Al parecer, Jaime ya había empezado a vender más que solo vehículos reconstruidos.

—¿Él te contó eso? —le preguntó Nelson a Henry aquella noche, sentados junto a la escuela de T\_\_\_\_\_.

El dramaturgo se encogió de hombros.

—No había nada más que hacer allá adentro, excepto conversar.

Cuando Rogelio tenía dieciocho años, cambió su carretilla motorizada por una pequeña camioneta de carga que, poco después, reemplazó por un camión que compró con su propio dinero y devolvió a la vida con sus propias manos. La primera vez que el motor reconstruido funcionó, fue uno de los momentos de mayor orgullo en la vida de Rogelio. Cada nuevo vehículo ampliaba su mundo. Se hizo chofer; transportó a una docena de trabajadores a la ceja de selva, hombres que viajaron de pie durante horas sin quejarse mientras el camión se bamboleaba a lo largo de caminos llenos de baches y desniveles. Una vez allí, Rogelio descubrió un calor pegajoso de un tipo que nunca antes había experimentado. Empezó a ofrecerse como voluntario para esa ruta cada vez que estuviera disponible. Al año siguiente, su hermano lo envió en la dirección contraria, por sobre la cordillera, hacia el oeste; y fue en ese viaje que Rogelio vio por primera vez el océano. Era 1982, tenía casi veinte años. Recordaba haberse sentado en el malecón de La Julieta, que se extendía sobre los acantilados con vistas al mar; no muy lejos,

casualmente, del lugar donde Nelson dejaría que Ixta se alejara de su vida diecinueve años más tarde. La gente elegante de la ciudad paseaba por allí, hombres seguros de sí mismos exhibiendo sus *blazers* y mujeres con vestidos de colores brillantes, muchachos que aparentaban su edad pero que parecían poseer una serie de secretos sobre los que Rogelio tan solo podía conjeturar. Nadie le dirigió siquiera una mirada. Se preguntó si era porque lucía fuera de lugar o porque se daban cuenta de que no era de allí, o porque ni siquiera podían verlo. Pero cuando contempló el océano, Rogelio se dio cuenta de cuán insignificantes eran esas preocupaciones. Se sintió feliz, le dijo a Henry, y más tarde, en Recolectores, le gustaba recordar las horas que había pasado allí, mirando el mar.

Durante los años siguientes, hizo la ruta hacia la costa, a la ceja de selva, ida y vuelta, transportando verduras a la ciudad, materias primas a la sierra y trabajadores a la selva. Era un joven tranquilo, todavía un niño en algunos aspectos, pero Jaime confiaba en él. Era de fiar. Comenzó a transportar también otros paquetes: pequeños ladrillos muy bien empacados que llevaba debajo del asiento o en un compartimento oculto en la parte superior e interna de los guardafangos del camión. Uno o dos al principio, luego decenas. Los entregaba separadamente, a otros contactos. Rogelio nunca los abrió para ver qué contenían (aunque lo sabía); nunca tocó el dinero (aunque asumía que las cantidades en juego no eran poca cosa). No tenía reparos en relación con este trabajo. Confiaba en su hermano. Nunca consideró las consecuencias, no porque fuera imprudente o descuidado, sino porque lo que estaba haciendo era algo normal. Todo el mundo lo hacía. Tenía solo una ligera intuición de que era algo prohibido.

Nelson encontró esto difícil de creer, igual que yo. De hecho, Henry también: ¿cómo podría Rogelio no haberlo sabido?

Bueno, lo sabía; pero no lo *sabía* .

En el último de estos viajes, el camión de Rogelio fue registrado en una garita de control de la Carretera Central, sesenta y cinco kilómetros al este de la capital. La guerra ya había comenzado, y los soldados, que buscaban armas y explosivos, detenían al azar camiones provenientes de la sierra para echarles un vistazo. Rogelio tuvo muy mala suerte. Tal vez si hubiera sido más astuto, habría podido arreglárselas para coimearlos, pero no lo hizo. Más bien se quedó esperando a un lado de la carretera mientras los hombres de uniforme revisaban meticulosamente su vehículo. El joven Rogelio tuvo tiempo para considerar lo que estaba ocurriendo, cómo su vida estaba cambiando de rumbo frente a sus propios ojos. No todos tienen tal privilegio; la mayoría perdemos de vista el momento en que nuestro destino cambia. Le contó a Henry que en ese instante sintió una extraña calma. Pudo haber corrido hacia las montañas, pero los soldados le habrían disparado sin pensarlo dos veces. En vez de eso, se dedicó a admirar su camión, que él mismo había pintado a mano, de color esmeralda y azul, con la frase «Mi Bello T\_\_\_\_\_» escrita en letras cursivas en la parte

superior del parabrisas delantero. O al menos eso le habían dicho que decía. Recordó haber pensado: ¿qué pasará con el camión? ¿Estará esperándome cuando salga? En todo caso, tuvo el tiempo suficiente para decidir que debía mantener la boca cerrada. Nunca había pasado más de unos cuantos días a la vez en la ciudad, y aparte del océano no sentía verdadero afecto por el lugar. Esta vez iba a quedarse. Los soldados encontraron el paquete, como él ya lo había anticipado, y para proteger a su hermano, Rogelio no dijo nada acerca de dónde provenía. Se hizo el tonto, lo que no era difícil. Todos —desde los soldados que condujeron la búsqueda hasta los policías que vinieron a arrestarlo, sus feroces interrogadores y los abogados encargados de su defensa— vieron a Rogelio como él supuso que lo harían: como un joven provinciano despistado e ignorante. Todos esos años, y nada había cambiado: era invisible, como lo había sido siempre.

Era cierto que Rogelio no sabía leer ni escribir, pero eso revelaba más acerca de su educación que de él mismo. Su abogado le aseguró que su ignorancia lo beneficiaría en el juicio. «Y nada de estar aprendiendo cosas», le dijo, sin aclararle si ese cínico consejo iba en serio o era solo una broma. En cualquier caso, eso no tenía importancia, pues Rogelio moriría antes de poder presentarse en audiencia ante un juez.

Cuando Henry llegó a Recolectores, Rogelio llevaba más de dieciocho meses esperando la audiencia de su caso. Esto es, esperando una oportunidad de poder afirmar que él era solo una víctima, que no sabía nada sobre las leyes del país, que nunca había recibido educación y, por lo tanto, no podía ser considerado responsable. Se reía mientras le contaba esas cosas a su nuevo compañero de celda. No eran del todo verdaderas ni del todo falsas, pero cuando ensayaba su testimonio en voz alta en su celda, Henry quedaba más que convencido. Seducido.

Eso vendría después, y casi por accidente; al comienzo, fueron amigos. Pero incluso antes de eso, eran desconocidos. La familia de Henry había tratado de conseguirle una celda privada, pero no había ninguna disponible. Sabía que debía sentirse agradecido por lo que tenía —muchos otros se encontraban en peores condiciones—, pero dadas las circunstancias se le hacía difícil demostrar mucha gratitud. Durante los primeros días, casi ni se movió. No notó el rostro de Rogelio ni su sonrisa, y no sabía nada acerca de su nuevo hogar, excepto lo que había logrado divisar en su aterrador paseo inicial. Asignaron a Henry la litera superior y durante tres días durmió largas horas, o fingió dormir, mirando la pared. Pensando. Recordando. Tratando de desaparecer. No comía, pero tampoco sentía hambre. La noche de su detención había sido catalogada, dividida en una serie infinita de microsucesos: recordaba cada línea de la fallida representación, las expresiones en los rostros de los asistentes que se imaginaban y esperaban algo mejor, cada palabra subida de tono que había intercambiado con Diana y Patalarga, inmediatamente después de terminada la función. ¿Podía alguno de esos detalles variar ligeramente lo suficiente para alterar el desenlace? ¿Había alguna revisión mínima que se pudiera hacer al

guion de aquella noche para que las cosas no terminaran con él —¡era Henry Núñez, por el amor de Dios!— encerrado en Recolectores?

En esos tres días, Rogelio, a quien apenas si le había hablado, iba y venía aparentemente desinteresado y despreocupado por el bienestar de Henry. Pero al cuarto día se cansó. Le dio un golpecito en la espalda a Henry.

—Sabes que tienes derecho a levantarte, ¿no?

Esas fueron sus primeras palabras, y Henry pudo percibir que su compañero de celda las había dicho sonriendo. Como director, a menudo lo exasperaba la actuación de algún actor anémico que se negaba a darle vida a alguno de sus personajes. Les decía: «¡Quiero que recites esta línea con una puta sonrisa en el rostro! ¡Quiero poder cerrar los ojos y escuchar que sonrías!».

Henry se dio la vuelta.

—Estás vivo —le dijo Rogelio.

—Supongo.

—Puedes levantarte. Caminar. Hablar con la gente. Esto no es aislamiento solitario. Aquí vive gente. Si te vas a quedar, debes darte cuenta de eso.

Esa tarde, Henry dio su primer paseo real por el pabellón. Conoció a algunas personas que luego se convertirían en sus amigos, o algo parecido; y vio muchas cosas que le recordaron el peligro en el que se encontraba. Había hombres cubiertos de cicatrices y tatuajes borrosos, hombres cuyos rostros parecían congénitamente incapaces de sonreír, hombres que lo miraron fijamente a los ojos y luego escupieron en el suelo. Y que se rieron cuando él empezó a temblar.

Rogelio no era muy hablador, pero sí servicial, y le explicó muchas cosas aquel día. Según él, Henry tuvo suerte: estaba claro que no tendría que trabajar («Eres rico, ¿verdad?», le preguntó Rogelio), a pesar de que casi todos los que se encontraban allí dentro tenían que hacerlo. Rogelio se encargaba de la gasfitería, reparaba sillas de plástico rotas (compartía con otros reclusos un taller en la azotea) y fabricaba pipas de trozos doblados de metal, que luego vendía a los drogadictos. Había drogadictos por todas partes, un grupo miserable de hombres más muertos que vivos, que deambulaban por la cárcel ofreciendo sexo, sangre o trabajo a cambio de su dosis. Rogelio no se enorgullecía de su trabajo, pero no hubiera podido sobrevivir sin él. Su hermano le enviaba dinero solo de vez en cuando, lo suficiente para cubrir el costo de la celda y poco más. Por lo demás, estaba solo en esto. Su madre ni siquiera había ido a visitarlo, dijo, y aunque su voz era firme al hablar, Henry se dio cuenta de que eso lo agobiaba.

Ni Henry ni Rogelio eran dueños de la celda en la que dormían. Le pertenecía al jefe, Espejo, quien ganaba dinero extra los días de visita alquilándola para que los hombres pudieran estar a solas con sus esposas. Esos días serán difíciles, le advirtió Rogelio. Tendrían que estar al aire libre durante todo el día, y en la noche el cuarto huele y se siente distinto. Sabes que alguien ha hecho el amor allí, y tu soledad es infinita.

Henry asintió, aunque era incapaz de entender; de hecho, no lo entendería hasta que hubiera tenido que pasar por eso él mismo. Había mucho por aprender. Había reclusos de quienes había que mantenerse alejados, y otros a los que era peligroso ignorar. Había momentos del día en los que era más seguro estar fuera; y otros en que lo mejor era no salir de la celda. La diferencia entre uno y otro no dependía del clima, sino del estado de ánimo general, que Henry tendría que aprender a interpretar si esperaba sobrevivir.

—¿Cómo lo interpretas? —preguntó Henry.

A Rogelio se le hizo difícil explicarle. Había que escuchar el murmullo colectivo del patio, observar la forma en que ciertos hombres clave —los barómetros de la violencia en el Pabellón Siete— se comportaban en un día determinado. Pequeños detalles: ¿tenían los brazos a los lados o cruzados al frente? ¿Cuánto abrían la boca al hablar? ¿Se les podían ver los dientes? ¿Movían los ojos rápidamente de lado a lado? ¿O lentamente, como fijándose en cada pequeño detalle?

A Henry, todo esto le sonaba imposible.

Rogelio se encogió de hombros.

—Recuerda que la mayoría de quienes estamos aquí estamos tan asustados como tú. Cuando yo recién llegué, no tenía celda. Si había algún problema, no tenía adonde ir.

Estaban sentados en un rincón del patio, bajo un opaco cielo gris de invierno. La luz era débil y no proyectaba sombras. Henry llevaba ya un mes dentro y aún no entendía muy bien cómo había ocurrido todo. Sin salida: entendía estas palabras de una manera en que nunca antes hubiera podido hacerlo. Escribía cartas a su hermana a diario, pero eran despachos alegres y completamente falsos que no reflejaban ni la melancolía ni el miedo que sentía. Sus cartas eran *performances*, escenas estilizadas y esencialmente falsas de la vida en prisión. Por dentro, empezaba a desesperarse: eso era lo que significaba estar *atrapado*. Estar asustado y no poder compartir ese miedo con nadie.

—Lo vas a lograr —le dijo Rogelio—. Pero todo toma tiempo.

A su alrededor se desarrollaba el diario intercambio frenético de bienes y servicios. Dos hombres esperaban turno para cortarse el pelo, y para matar el tiempo leían el mismo periódico del día anterior. A la venta, colgados de un cordel tendido entre los postes de uno de los arcos de

fútbol, había unos pantalones, un par de chompas y varias camisetas robadas de alguna otra sección de la cárcel. Tres drogadictos dormían sentados, con la espalda contra la pared, sin camisa a pesar del frío. Henry vio a esos hombres y sintió más frío aún.

—¿Dónde dormías en ese entonces? —preguntó—. Antes de que tuvieras una celda.

—Bajo las escaleras —dijo Rogelio, riéndose al recordarlo—. ¡Pero mírame ahora!

Henry así lo hizo.

Su nuevo amigo tenía una sonrisa radiante y grandes ojos pardos. Tenía la piel de color café con leche y era musculoso sin llegar a ser imponente. La mayor parte de la ropa que usaba provenía de la cárcel, prendas dejadas por hombres que se marchaban, de las que Espejo o algún otro hombre poderoso se apropiaban y luego vendían. Ninguna de estas prendas le quedaba bien, pero eso a él parecía no importarle. Tenía el pelo negro muy corto y casi todo el tiempo usaba un gorro de lana bien jalado hacia abajo en la cabeza, para mantenerse caliente. En esos días oscuros de invierno, no se lo sacaba ni para dormir. Su nariz era estrecha y ligeramente desviada hacia la izquierda; y tenía la costumbre de hablar bajo, cubriéndose la boca con una mano, como si estuviera contando un secreto, sin importarle cuán mundano fuera lo que decía. Los ojos le brillaban cuando tenía algo importante que decir.

Como si fuéramos cómplices, pensó Henry.

Los días de visita no eran tan malos al principio. Su familia y amigos se turnaban para ir a verlo, aquellos que podían tolerar la suciedad, el hacinamiento, las miradas de los drogadictos. Se marchaban agotados y asustados; y la mayoría no volvían. Pero Patalarga sí. Lo visitó dos veces el primer mes, y otras dos veces el mes siguiente, uno de los pocos simpatizantes de Diciembre que se arriesgaba a hacerlo. Los demás enviaban mensajes de apoyo, frases vacías que Patalarga transmitía como si fuera un deber, pero que solo hacían que Henry se sintiera aún más solo. La idea de representar *El presidente idiota* en la cárcel probablemente se incubó en una de aquellas visitas, aunque ninguno podía recordar exactamente cuándo.

Patalarga no recordaba haber conocido a Rogelio. La imagen que conserva de aquellas visitas a Recolectores es la de Henry mirándose los pies, asintiendo pero no escuchando. «Quería que supiera que estábamos con él, que no lo habíamos olvidado. Pero pienso que no entendía lo que estaba pasando. Lo que estábamos haciendo por él.» En verdad, una sola cosa era cierta, me dijo Patalarga. El olor del lugar; eso era lo que él recordaba. «Uno podía cerrar los ojos y no ver, cubrirse los oídos y no oír; pero ese olor estaba siempre allí.»

Henry estaba de acuerdo: Recolectores era un lugar fétido e insalubre, y cuando uno dejaba de percibir el olor, era porque estaba perdiendo parte de sí mismo en el entorno. «Tres semanas dentro —me dijo—, y ya ni lo notaba.»

Pero las horas inmediatamente después de que los visitantes se marchaban eran las más difíciles de la semana. La prisión nunca se sentía tan solitaria como entonces. Requería una gran energía colectiva recibir a tanta gente de afuera, poner la mejor cara posible ante lo que claramente era una situación terrible. Recolectores se caía a pedazos, cualquiera podía verlo. Los inviernos húmedos habían carcomido los ladrillos, y las paredes se encontraban cubiertas de moho. Cada día llegaban nuevos reclusos. Los liberaban y dejaban sueltos en el interior, obligados a pelear por un lugar donde dormir en el ya hacinado infierno de Recolectores. Los terroristas, que se encontraban justo al otro lado de la cerca alta del Pabellón Siete, cantaban sin parar, y muchos hombres se quejaban de que sus familias tenían miedo de ir a verlos. El día de visita familiar, cuando se permitía la entrada de mujeres, caía en miércoles alternos, y era brutal. Al final de la tarde, todos terminaban exhaustos de tanto sonreír, de asegurarles a sus esposas, hijos y madres que estaban bien. (Los padres por regla general no visitaban; la mayoría de reclusos compañeros de Henry no tenían padre.) No era raro que se produjeran peleas esas noches. En tanto nadie muriera, todo estaba bien, era simplemente algo que permitía aliviar la tensión.

Después de nueve semanas, Henry se sentía prácticamente abandonado. Solo Patalarga iba a verlo. El día de visita familiar estaba solo, tan solo como Rogelio. Espejo alquilaba la celda, y llegada la noche, cada uno ya reposando en su litera, Henry sentía aún el calor de esos cuerpos fantasmas. Su aroma perfumado. Era la única ocasión en que el olor de la prisión se disipaba, aunque, de alguna manera, este otro olor era peor. Les recordaba todo lo que extrañaban. Henry no había logrado persuadir a ninguna de las mujeres a las que solía ver para que vinieran a visitarlo, y no las culpaba por ello. No había tenido nada especial con ninguna de ellas, aunque a veces su desesperación era tal que le bastaba con concentrarse en cualquiera de sus caras para convencerse a sí mismo de que había estado enamorado. En lo que respecta a Rogelio, estaba lejos de su hogar y no había recibido a ningún visitante, hombre o mujer, en varios meses.

Jaime había ido a verlo una vez y volvería solo otra vez más antes de que Rogelio muriera.

No había mucho que decir en esos momentos, así que los dos hombres se permitían soñar.

—¿La viste? —preguntó Henry una noche, luego de que todos los visitantes se hubieran marchado.

Y como Rogelio no la había visto, comenzó a describirle a la mujer que había hecho el amor en la litera inferior ese mismo día. Había ido a ver



a un recluso llamado Jarol, un ladrón dueño de un agudo sentido del humor y de brazos tan firmes como apretados rollos de cuerda. Henry le habló de las curvas generosas de esa mujer, de cuán deliciosa lucía en su vestido —no demasiado apretado, pero sí lo suficiente—. Tenía el pelo negro largo, ojos de cierva y las uñas pintadas de rosado. Era perfecta, dijo, porque lo era: no por su cuerpo o sus labios, sino por la manera en que le sonreía a su esposo, con la mirada ávida de una mujer que quiere algo y no se avergüenza de ello. Un hombre podía vivir solo con una mirada como aquella.

Henry dijo:

—No le importaba que los vieran.

Podía oír la respiración de Rogelio. Durante un momento, ambos permanecieron en silencio.

—¿Qué le habrías hecho? —preguntó Rogelio.

Su voz era muy baja, vacilante.

Fue así como empezó todo, me dijo Henry: especulando en voz alta sobre lo que él habría podido hacer si hubiera pasado unos minutos a solas con una mujer en aquel lugar degradante y opresivo. No le fue difícil imaginarse la escena y no se le ocurrió una buena razón para no compartirla. ¿Tan distinto era? Solamente porque había otro hombre con él en la habitación, ¿por qué tenía que ser distinto?

Le habría arrancado el vestido, dijo Henry, y la habría hecho inclinarse contra la pared, con las palmas aplanadas contra ese estúpido mapa de San Jacinto. Habría presionado su verga dura contra su concha, la habría excitado hasta que ella le rogara que la penetrase. En la litera de abajo, Rogelio se rio. La habría hecho aullar, dijo Henry, gritar. Habría puesto las manos sobre sus tetas y las habría apretado. ¿Para *esto* viniste, mujer? ¡Dime que sí! Henry empezaba a desaparecer dentro de sus propias palabras. Tenía los ojos cerrados. Las paredes habían comenzado a vibrar.

—¿Qué más? —dijo Rogelio, su voz esta vez más fuerte—. Sigue. ¿Qué más le harías?

Cuando terminaron, cada uno en su propia litera aquella primera vez, ambos se rieron. No se habían tocado, ni siquiera tenido contacto visual, pero de alguna manera lo que habían hecho era aún más íntimo. Durante un momento, el placer de cada uno le había pertenecido al otro, y ahora todo se veía distinto. Algo oscuro y triste había sido desterrado.

Años después, en T\_\_\_\_\_, Henry narró esta historia, e incluso se permitió una sonrisa.

Henry, Patalarga y Nelson llegaron a la puerta de la casa de doña Anabel a las nueve en punto de la mañana siguiente. No habían dormido bien, y se notaba. El ojo derecho de Henry se había hinchado tanto que lo tenía casi cerrado, aún le dolían las costillas, y describió su paseo por las calles empedradas de T\_\_\_\_\_ como una caminata vacilante y arrastrada. «Iba dando tumbos como un viejo», dijo, y admitió que se habría caído de no ser por Nelson, quien lo sujetó todo el camino. La paliza dolía más esa mañana, y no solo Henry lo notaba. Nelson y Patalarga lo sentían también, una especie de resaca dolorosa, como si todos hubieran sido atacados.

Noelia recibió a los tres hombres en la puerta y los observó con recelo. No esperaba que vinieran todos, dijo.

—¿Hay algún problema con eso? —preguntó Patalarga.

Ella cruzó los brazos.

—Es solo que no entiendo por qué tienen que estar todos aquí. Mi madre es muy anciana, ustedes lo saben.

Fue Nelson quien respondió, seguro, firme y cortés. Tenía las manos a la espalda e inclinó el cuerpo ligeramente hacia delante, como si estuviera compartiendo un secreto.

—Señora, después de lo de anoche, en verdad no podemos permitir que nuestro amigo entre solo. Espero que lo entienda.

Ella se quedó observándolos durante un momento. En especial a Nelson. Le gustaba desde que lo vio por primera vez, me dijo más tarde. Desde que lo había visto en el escenario la noche anterior.

—Mi madre los espera —dijo Noelia finalmente, y los condujo hacia el patio, donde estaban sentados Jaime y doña Anabel, hablando en susurros.

Ambos levantaron la mirada cuando los integrantes de Diciembre salieron del pasillo oscuro hacia la luz. El primero en aparecer fue Nelson. El sol de la mañana brilló directamente en sus ojos.

—Buenos días —dijo.

—¡Rogelio! —dijo doña Anabel. Se le iluminó el rostro—. Justo hablábamos de ti, hijo. ¡Ven, ven, muchacho! Siéntate.

Si yo fuera otra clase de escritor, tal vez habría discutido la demencia de doña Anabel con un par de expertos para tratar de entender desde el punto de vista médico lo que le estaba pasando a su mente. Pero no lo hice, en parte porque sospecho que ningún psiquiatra podría explicarme de manera convincente los abruptos giros y cambios de su función cognitiva, de su capacidad de comprender. No tenían lógica alguna. Todo lo que sé acerca de sus reacciones impredecibles me lo contó Noelia, quien durante años había convivido con su madre y sus variables estados de ánimo tratando de hallarles algún patrón. Para cuando sucedieron estos hechos, ella ya se había dado por vencida.

Noelia cuenta que esa mañana su madre amaneció descansada, que saludó a Jaime como si no fuera ninguna sorpresa encontrarlo allí y le preguntó por sus tareas escolares. Él le dijo que ya no estaba en el colegio, que lo había terminado hacía años, y que ahora vivía en San Jacinto. A lo que doña Anabel respondió:

—Justo le decía a tu padre que nunca me gustó ese pueblo.

Doña Anabel no había visitado la capital provincial en casi veinte años.

Jaime suspiró.

—¿Ya te casaste?

—Sí, mamá. Tú conoces a mi esposa.

—¿Es bonita?

—Sí, mamá.

Doña Anabel frunció el ceño.

—Ahora me acuerdo de ella. La bonita.

Noelia seguía este diálogo mientras preparaba el desayuno. El frío de la mañana aún no había disminuido, y Jaime y su madre tenían mantas gruesas cubriéndoles el regazo y las piernas. «A decir verdad, disfruté de ese momento. Me parecía bien que Jaime viera exactamente en qué estado se encontraba nuestra madre. Necesitaba saberlo.»

Después del desayuno, se instalaron en el patio. Doña Anabel tenía una taza de té en la mano y comentó que había soñado con Rogelio la noche anterior. Jaime y Noelia se prepararon para un relato angustiado pero, para su alivio, doña Anabel confesó que no recordaba ningún detalle.

—Fue muy confuso, como todos los sueños. A veces me siento muy confundida.

Sin embargo, tomando en cuenta todo lo ocurrido, doña Anabel parecía estar en paz, tanto así que Jaime consideró cancelar la visita de Henry. Y probablemente lo habría hecho, pero luego el estado de ánimo de su madre cambió una vez más. Tenía algo que contarles, les dijo doña Anabel a sus hijos. Algo que la había estado molestando toda la mañana. Aquel hombre del día anterior tal vez no estaba lejos de la verdad. Ella no había podido despojarse del sentimiento de que tal vez era cierto: que su hijo menor podría estar muerto.

Jaime comenzó a discutirle, pero Noelia lo hizo callar.

—Es que no puede ser —dijo doña Anabel—. ¿Has hablado con él? ¿Cuándo? ¿Estás seguro? Tendremos que decírselo a tu padre, pero temo que eso pueda matarlo.

Este es el mundo al que entró Nelson.

«Yo me encontraba tan solo un paso detrás de él cuando la anciana lo llamó Rogelio —me contó Patalarga después—. Y vi cómo se congelaba. Por un instante, nada más. Nosotros, todavía en la oscuridad del pasillo que daba al patio, también nos quedamos helados. Supongo que en el Conservatorio hacen este tipo de ejercicios de improvisación a cada rato, y eso tal vez explicara por qué él respondió como lo hizo. No creo que ni siquiera se le pueda llamar una *decisión*, porque no lo era. Él simplemente reaccionó. Le siguió la corriente.»

El sol en los ojos de Nelson era como los reflectores de un escenario, me imagino.

—Sí, mamá —dijo—. Aquí estoy.

Pero entonces sucedió algo más, que alteró de nuevo toda la escena. Al escuchar el sonido de la voz de Nelson, la certidumbre de doña Anabel comenzó a desvanecerse, como si estuviera repentinamente asustada por lo que había conjurado. Henry y Patalarga habían salido a la luz, y tal vez eso también la hizo dudar. Echó una mirada al joven que tenía delante, al que acababa de llamar Rogelio, pero no pudo reconocerlo.

—¿Eres tú? —dijo, y nadie se atrevió a pronunciar una palabra más hasta que Nelson volvió a hablar.

—Mamá, soy yo —ronroneó, repitiendo las palabras una y otra vez hasta que su sonido y significado empezaron a calmar a doña Anabel. *Mamá, soy yo*. Nelson estaba de pie en el patio, sacando pecho y con el rostro rebosante de amor.

La expresión de Jaime, Noelia me contó después, era de un total desconcierto.

«Nunca había visto nada parecido», dijo Patalarga, con voz de evidente orgullo.

Puedo imaginarme totalmente la escena: la inestable postura de doña Anabel, súbitamente asustada, súbitamente curiosa. Tenía roto el corazón pero, en algún lugar muy profundo de su ser, se sentía lo suficientemente solitaria como para querer creer. Es el drama de toda familia separada por el tiempo y la distancia. Puedo verla poniéndose de pie con ayuda de su hijo Jaime, arrastrando los pies en dirección a Nelson, haciendo una pausa, y luego arrastrándolos un poco más. *Mamá, soy yo* . Según Noelia, «era como si estuviera tratando de persuadir a un gatito de salir de debajo de la cama. Tenía mucha paciencia». Cuando doña Anabel finalmente se acercó, Nelson la abrazó con fuerza contra su pecho. Ella era tan pequeña que parecía como si estuviera abrazando a una niña.

Debieron de haber permanecido allí durante tres o cuatro minutos, mientras el resto los observaba, sobrecogidos por esa escena que apenas si podían explicar. «Nadie habló —me contó Henry—. No podíamos. Algo especial estaba sucediendo, y todos lo sabíamos, incluso Jaime.»

Cuando la anciana se recompuso, comenzó el interrogatorio. Eran preguntas al azar, y al menos por el momento, no mostraban escepticismo alguno. Este volvería más adelante, reavivándose de manera inesperada una o dos veces al día, pero todavía no. Era como si un circuito hubiera sido conectado de repente.

¿Fuiste hoy al colegio, muchacho?

¿Te trata bien tu hermano?

¿Vas a ir a los campos con tu padre esta tarde?

¿Hay edificios grandes donde vives?

¿Cuántos años tienes?

Afortunadamente, no había respuesta incorrecta a esa última pregunta, pues doña Anabel tomaba algo de cada período de su vida en la conversación con su hijo, el desconocido. Era un niño, un adolescente, un joven; todo a la vez. Durante todo este tiempo, Nelson se mantuvo tranquilo, jovial y generoso. Según Noelia, «actuó maravillosamente. Uno casi hasta quería aplaudir».

*Mamá, soy yo* .

Por supuesto, se aplaude al final de una representación, no al comienzo.

Finalmente, llegó el momento de la siesta de doña Anabel. Había sido una actuación satisfactoria; en esto todos estaban de acuerdo, y la alegría de doña Anabel al reencontrarse con Rogelio era innegable. Repartió una ronda de abrazos antes de irse a la cama, e incluso le dio uno a Henry, cuya visita anterior parecía haber olvidado o perdonado por completo. Antes de que Noelia se la llevara a su habitación, la anciana le hizo prometer a Rogelio que se quedaría a cenar, y Nelson respondió con una sonrisa radiante y evasiva. Doña Anabel le apretó la mano y dijo que Noelia le estaba preparando algo especial. «Tu plato favorito.»

Unos minutos después, Noelia regresó de la habitación de su madre para anunciarles que la anciana se había dormido. Henry, Patalarga y Nelson se levantaron para marcharse. El autobús diario de regreso a San Jacinto partía a las dos, y aún estaban a tiempo de tomarlo. La tensión de la noche anterior parecía haberse disipado, y si bien el estado de ánimo general no era exactamente amigable, había algo nuevo en él: un sentimiento de logro compartido. Incluso Jaime parecía complacido. Lo habían conseguido, los cinco juntos, y gracias a ello una anciana antes preocupada dormía ahora con tranquilidad.

—Me alegro de que hayamos podido ayudar —dijo Henry. Se dirigió a Nelson—. Estuviste maravilloso.

—Gracias —dijo Nelson.

Noelia hizo un gesto indicando que estaba de acuerdo.

—¡Casi quisiera que te quedaras!

Todos se rieron menos Jaime, quien levantó una mano y la hizo girar distraídamente. Tenía una expresión pensativa.

—¿Lo harías?

Nelson sonrió. Patalarga también.

—No es una mala idea —dijo Jaime.

Henry se opuso:

—Es una idea terrible.

—No estoy hablando contigo —dijo Jaime. Luego se dirigió a Nelson—: ¿Lo pensarías?

—Jaime.

Él frunció el ceño.

—Hermana, deja hablar al muchacho.

Nelson miraba ansiosamente a Henry y a Patalarga.

—No. No puedo.

—Es una pena. Le caes bien a mi madre. Le harías mucho bien a una anciana.

—Lo siento. No puedo.

—Yo creo que sí puedes. —Hizo una pausa—. Y creo que podrías, si quisieras. Te puedo pagar. Puedo hacerte una buena oferta. ¿Por qué no pruebas durante una semana? Imagínalo como si fuera una actuación. Lo harás muy bien. ¿Cuál es el problema?

Henry vio la seriedad de la propuesta en la sonrisa de Jaime. No era una sugerencia en absoluto, sino una orden.

—¿Hablas en serio? —preguntó Nelson.

—Sí... está hablando en serio —murmuró Henry.

—No puede ser.

—Hablo en serio —dijo Jaime.

Noelia no podía creer que un comentario casual de su parte hubiera llevado a esto. La idea de su hermano era horrible; pero también maravillosa. Tener compañía. Tener un huésped. Jaime las visitaba solo en raras ocasiones, y nunca traía ni a su esposa ni a sus hijos. La idea de estar acompañadas, me confesó después, le parecía excitante. No podía ocultar su entusiasmo, ni trataba de hacerlo.

—Te alojaremos en su antigua habitación —le dijo a Nelson—. La desocuparé, y estarás muy cómodo en ella.

—No he dicho que voy a quedarme.

Henry se restregó los ojos.

—Te quedarás —dijo, derrotado.

Trataba de expresar lo inútil que resultaba discutir, pero sonó más bien como si estuviera poniéndose en contra de su amigo.

—¡Henry! —dijo Patalarga.

Henry se dirigió a Jaime.

—Lo esperaremos. Nos quedaremos en el pueblo, pero fuera de la vista. Ella ni siquiera sabrá que estamos aquí.

Jaime negó con la cabeza.

—No los quiero en mi pueblo. Los quiero tan lejos de mi madre como sea posible.

—No vamos a dejar aquí a nuestro amigo —dijo Patalarga.

—Tu amigo va a estar bien. Lo vas a cuidar bien, ¿verdad, Noelia?

Ella sonrió inocentemente.

—Por supuesto.

Jaime batió sus palmas.

—¿Ya ven?

—No me voy a quedar. No seas ridículo.

—Lo harás —dijo Jaime—. No discutamos sobre esto. No me gusta discutir.

Fue una sensación horrible, me dijo después Patalarga: «Miré primero a Nelson y luego a ese hombre violento, y supe que no había nada que pudiéramos hacer. Henry parecía a punto de llorar. No nos quedó claro de inmediato, pero luego comprendimos. Fue Nelson quien puso punto final al asunto».

Levantó las manos indicando que se rendía, como lo haría la víctima de un robo a cuchillo.

—Está bien —dijo—. Lo haré.

Aquella tarde, los tres amigos caminaron hasta la plaza y se despidieron a la sombra del autobús a San Jacinto. Jaime había ido a observarlos, a comprobar que todo marchaba según lo planeado, pero mantuvo su distancia por respeto. Henry, Patalarga y Nelson se abrazaron, y Nelson les pidió a sus amigos que no hablaran con su madre.

—Es mejor no preocuparla —dijo, y todos estuvieron de acuerdo—. Volveré a casa pronto.

Henry y Patalarga asintieron.

Luego abordaron el autobús y este partió, y así, Nelson se quedó solo en T\_\_\_\_. «Esta vez la gira realmente me ha sorprendido —escribió en su



diario aquella noche—. Se ha convertido en mi propia pieza teatral, en la que soy el único actor.»

En lo que respecta a Henry y Patalarga, se marcharon de T\_\_\_\_\_ en silencio. Las vistas a lo largo de la ruta eran espectaculares: montañas escarpadas, el cielo de un azul casi inquietante. Flores silvestres crecían a la orilla del camino, brotando de la roca seca en tonos exquisitos y sorprendentes. A medio camino de San Jacinto había que cruzar un río, y cuando doblaron la última curva antes del puente, se encontraron con una hilera de camiones detenidos. Tenían los motores apagados, y varios de los choferes estaban fuera de sus vehículos, de pie al borde de la carretera en grupos de tres o cuatro, con las gorras inclinadas sobre los ojos, fumando.

No podían ir más allá. Su autobús se detuvo también, y todos los pasajeros bajaron.

Al parecer, una camioneta había chocado contra un camión lleno de mangos apenas sesenta metros más allá del puente. «Si caminan hasta el borde, pueden verlo», dijo uno de los hombres encogiéndose de hombros, y Henry y Patalarga, junto con algunos otros, avanzaron en esa dirección.

La escena era espantosa. Los restos de la camioneta estaban desperdigados por la ladera de la quebrada, el metal retorcido y doblado como si se tratara de un juguete aplastado. Trozos del parabrisas brillaban bajo el sol, y una de las llantas había ido a parar junto a la orilla del río. A esa distancia era imposible distinguir restos humanos, pero el rumor que circulaba entre quienes se habían reunido cerca del borde del precipicio era que no había sobrevivientes. Algunos niños lloraban; sus madres trataban de consolarlos. «No mires», oyó Henry que una mujer le decía a su niño, mientras este atisbaba ansiosamente entre sus dedos. El único testigo del accidente era el chofer del camión de mangos, que seguía en estado de *shock*. Alguien mencionó que un equipo médico de San Jacinto ya estaba en camino.

Henry caminó de vuelta al autobús. Accidentes como ese ocurren todo el tiempo, pero, de algún modo, en todos sus viajes nunca había tenido la oportunidad de ver uno de cerca. Sentía dolor en todo el cuerpo, en la mandíbula, en la espalda, en las caderas. No era un dolor insoportable, apenas el suficiente para hacerle sentir viejo.

Momentos después, regresó Patalarga.

—Tres horas, por lo menos —dijo—. Ponte cómodo.

Estaban parados a un lado de la carretera, mirando el valle a sus pies.

—¿Estás bien?

Henry asintió con un leve movimiento de cabeza.

«En ese momento, nuestra amistad comenzó a hacerse pedazos —me contó Patalarga más tarde—, justamente cuando debería haberse fortalecido. Traté de hablarle, pero era difícil llegar a él. Le agradecí lo de la noche anterior, por contarnos todo. No obtuve ninguna respuesta. Le dije que no se preocupara por Nelson, que estaría bien, pero él solo se encogió de hombros.»

Henry no niega esto.

—El accidente me puso de mal humor. El accidente y todo lo demás. No podía evitarlo, pero sentía como si él me estuviera juzgando.

—Pero Patalarga era tu mejor amigo —le dije.

—Eso es verdad —me dijo Henry—, pero al mismo tiempo es pura mierda. Llegas a una edad en que esa frase no es lo que solía ser. No hay un papel de mejor amigo esperando a que alguien lo tome. Uno está solo. Uno tiene una vida detrás, una serie de decepciones, y tal vez algunas cosas sueltas por delante que podrían ser placenteras. Yo no era feliz. ¿Qué más te puedo decir? Me sentía un fracasado. Perdí todo lo que tenía en Recolectores. Y en T\_\_\_\_, por un momento sentí que quizás podría ser capaz de recuperarlo. No estaba preocupado por Nelson, pero no había forma de negar la realidad de la situación: estábamos regresando a casa sin él.

Eso fue en nuestra tercera entrevista. Henry estaba flaco y sin afeitar, con una palidez grisácea en el rostro, y se había deteriorado más incluso en las pocas semanas transcurridas desde nuestra primera conversación. Acababa de contarme una versión de lo que les dijo a Nelson y Patalarga la noche antes de su partida —la historia de Rogelio—. Era verano en la costa, y las ventanas de su departamento a medio amoblar estaban abiertas, las cortinas descorridas. La habitación estaba llena de luz, pero Henry estaba desplomado en su silla como si acabara de despertar de un sueño intranquilo. Un ventilador zumbaba en un rincón. Sentí que estábamos representando la misma escena que él describía: metafóricamente, allí estábamos, él y yo, de pie a un lado de la carretera en las montañas, observando los despojos del accidente. Solo que en este caso el despojo era él.

Era casi de noche cuando el tráfico en la carretera a San Jacinto finalmente comenzó a moverse de nuevo. Todos los carros, camiones, autobuses y camionetas empezaron a avanzar en una larga y lenta procesión, como un bloque, a muy corta distancia unos de otros, como si el hecho de ir juntos pudiera fortalecerlos ante el impacto del accidente que acababan de presenciar. Llegaron a San Jacinto esa noche, a tiempo para tomar un autobús nocturno hacia la costa. Todos estaban cansados, con los nervios a flor de piel. Henry y Patalarga compraron sus pasajes y se sentaron a esperar.

Aun a esa hora avanzada, la estación mostraba un ritmo frenético. Había niños por todas partes, recuerda Patalarga, no niños que fueran a viajar, sino niños trabajando en la estación: vendedores de cigarrillos o limpiabotas, o simplemente mendigos. Si uno se concentraba, podía oír, por debajo del ruido incesante, el zumbido sordo de los fluorescentes. Todos parecían muñecos de cera. No puedo esperar mucho más para largarme de este lugar, pensó Henry. Mientras más pronto nos vayamos, mejor.

Casi a la una de la mañana, el autobús estaba listo para el embarque. Antes de partir, los pasajeros fueron grabados en video, esta vez por una chica de unos quince años vestida con una camiseta sin mangas y unos *jeans* anormalmente ceñidos. Tenía el pelo negro, un rostro redondo, y era tímida. Tal vez la mitad de las personas a bordo habían oído la noticia del fatal accidente en el puente y, debido a ello, el proceso de grabación fue más sombrío que de costumbre. Nadie saludó a la cámara, nadie sonrió; miraban la lente sin parpadear, como buscando a un ser querido al otro lado.

Henry ni siquiera miró a la chica de frente, se volvió más bien hacia la ventana.

—Hey —le dijo ella—, mire aquí.

Pero el dramaturgo no se movió.

Patalarga pidió disculpas por su amigo. «Nunca había visto a Henry en ese estado», me dijo más adelante.

Luego de unos segundos, la chica continuó su recorrido, murmurando quejas como si fueran jadeos.

No llevaban mucho rato en la carretera cuando Henry se volvió hacia Patalarga. Tenía en el rostro una expresión de preocupación, incluso de sufrimiento.

—Supongo que esto es todo —le dijo Henry a su amigo en voz baja.

Patalarga había estado a punto de dormirse.

—¿Sí?

—La gira ha terminado.

Los dos amigos no volvieron a dirigirse la palabra hasta la mañana siguiente.

**TRES**

Le dieron a Nelson el cuarto más grande y, a la vez, el más pequeño de la casa: era el más grande en términos de espacio físico en sí y el más pequeño porque en los últimos años se había convertido en un depósito de facto. El camarote oxidado donde alguna vez durmieron Jaime y Rogelio servía ahora de infraestructura básica que sostenía, pero no contenía, la historia de la familia en objetos: en bultos, colocados en precario equilibrio y apilados desde el suelo hasta el techo, los restos de veinticinco años, de treinta años, de cinco décadas de vida en T\_\_\_\_. En esta casa. Nelson encontró una vieja máquina de coser, una pila tambaleante de periódicos de los años setenta, la ropa apolillada de un hombre ya muerto. Sobre la litera inferior había una caja de cartón atiborrada de objetos como una tetera abollada y algunas cucharas de cocina de madera ya agrietada. Debajo de la cama había zapatos desaparejos; dos pelotas de fútbol desinfladas y averiadas; colgadores de alambre entrelazados como formando una improvisada jaula; una caja de canicas; y un triciclo de niño que parecía haber sido desarmado con violencia. Nelson vio incluso algunas de las viejas tallas de madera hechas por Rogelio.

En conjunto, todo esto era algo digno de verse. Si hubiera estado en un museo o en una galería de arte, los críticos habrían sido unánimes en sus elogios.

Noelia debió notar la expresión en el rostro de Nelson o el agudo suspiro que exhaló al ver todo aquello.

—Aquí no botamos nada —dijo—. No digo que sea algo bueno o malo. Simplemente es así.

Nelson tampoco podía decidir si le parecía bueno o malo.

En lugar de tratar de hacer espacio en la litera inferior, Noelia hizo que Jaime y Nelson llevaran una cama plegable a la habitación, junto con tres mantas gruesas que despedían un olor a humo de leña, fuerte aunque no desagradable. Estaba ansiosa por dejar instalado a su huésped.

—Vamos, pruébala —le dijo, de pie junto a la puerta.

Y se quedó observando cómo Nelson se sentaba cuidadosamente sobre la cama. La tela se hundió bajo su peso, como si fuera una hamaca, pero resistió.

—No está mal —dijo él.

—Acuéstate.

Nelson puso piernas y pies sobre la cama. Los dedos de sus pies sobresalían por el borde.

—Está bien —dijo.

—Lo siento, pero es lo mejor que podemos hacer por ahora.

—Está bien —repitió Nelson—. En serio.

Acababa de caer la tarde, y doña Anabel seguía descansando. Había tenido un día pesado. Empezó a bajar la temperatura, por lo que Jaime, Noelia y Nelson se trasladaron a la sala principal de la casa, ese lugar oscuro y polvoriento donde habían recibido a Henry la primera vez. Las fotos de la familia se encontraban exactamente donde él le había dicho que estarían. Nelson se volvió a mirar a sus anfitriones, como pidiéndoles permiso.

—Adelante —dijo Jaime.

Nelson asintió y revisó la colección de imágenes en blanco y negro, de caras borrosas pero aún reconocibles. Un Jaime joven, una Noelia más joven y el menor de todos, Rogelio, supuso. Examinó ese rostro con más cuidado que los demás, buscando algún parecido que pudiera explicar su presencia en esa casa desconocida, en ese pueblo desconocido. Pero no se parecían en absoluto, y eso era tanto un alivio como una decepción. Era perturbador sentirse tan repentinamente conectado con un hombre muerto. Había también algunas fotografías de la plaza, de los días en que T\_\_\_\_\_ había sido un pueblo con vida. Una foto mostraba a la familia saliendo de la catedral, vestidos todos con sus mejores galas, el difunto e inescrutable marido de doña Anabel con un brazo alrededor de su esposa, y una fecha garabateada en una esquina: mayo de 1970. Nelson estudió el rostro del anciano, una máscara opaca e impenetrable; era el rostro de un hombre acostumbrado al sufrimiento. De hecho, marido y mujer tenían ambos la misma expresión; no así los niños junto a ellos: dos chiquillos irrepreensiblemente sonrientes y una remilgada pero hermosa niña.

—Que encantadora familia —dijo Nelson.

Noelia sonrió.

—Sí, lo fuimos. Mi madre piensa que aún somos así.

«Formamos un buen equipo», me dijo Noelia después. A pesar de cómo terminaron las cosas, ella aún conservaba recuerdos agradables del tiempo que Nelson pasó en T\_\_\_\_\_. «Le conté todo lo que sabía. Y no solo aquella noche; cada día le añadía alguna cosa, cada día recordaba algo más. Él me ayudaba solo con estar allí.»

Esa noche, Noelia comenzó explicándole acerca del peculiar sentido del tiempo que tenía doña Anabel, los siete u ocho acontecimientos clave que su mente repetía en una cadena continua y exasperante, así como los tejidos comunicantes entre ellos. Por ejemplo, podría ser necesario entender de qué manera la muerte del padre de Rogelio se relacionaba con el terremoto de 1968. Noelia le explicó a Nelson (y más tarde a mí también) que algo cambió en la composición química del suelo después del terremoto, y que su pequeña parcela, comprada con los ahorros de muchos años, repentinamente se volvió infértil. Luego de eso, el anciano perdió prácticamente toda esperanza. Y aunque no murió sino hasta varios años más tarde, para la madre de Rogelio, él había *empezado* a morir en el momento del terremoto.

—Tú habrías tenido cinco años en 1968 —le dijo Noelia a Nelson, como una escolar pasándole las respuestas a su compañero de clase favorito—. Y casi ocho años cuando mi padre finalmente falleció.

Ella prosiguió, y Nelson tomaba notas. Jaime estuvo en silencio la mayor parte del tiempo, asintiendo de vez en cuando o corrigiendo las fechas de Noelia. Ambos hermanos evocaron este episodio: la última vez que los tres estuvieron juntos fue en una fiesta en San Jacinto, a comienzos de la década de los ochenta. Ninguno recordaba qué se estaba celebrando o por qué Noelia se encontraba de visita en la capital de la provincia. Sí recordaban la puesta de sol, ellos tres y tal vez una media docena de amigos sentados en un círculo de sillas de plástico en la calle de tierra frente a la casa de Jaime. Había llovido la noche anterior, y las sillas se hundían inclinadas en la tierra blanda. Había música proveniente de una radio portátil, intercambiaban historias y sacaban botellas de cerveza de un balde lleno de hielo. Llegaron amigos durante toda la noche, y Rogelio permanecía callado —«Él siempre estaba callado», dijo Noelia—, hasta que se oyó una cierta canción en la radio, algo movido y popular. Entonces, para sorpresa de todos, se puso de pie y comenzó a bailar.

—Todo el mundo se detuvo a observar —dijo Noelia, negando con la cabeza al recordar la escena—. Él era tan tímido en ese entonces.

—Fue todo un espectáculo —dijo Jaime, y se rio solo.

Era la primera vez que Nelson lo veía reír.

No están hablando conmigo ahora, pensó Nelson. Es como si ni siquiera estuviera aquí. Mantuvo los ojos bien abiertos, los oídos alerta, e hizo todo lo posible por inhalar ese recuerdo, por hacerlo suyo, como si la fidelidad de ese detalle sentimental pudiera marcar alguna diferencia para doña Anabel.

—Te estuve observando hoy —dijo Jaime finalmente.

—Fuiste muy bueno —agregó Noelia.

—Eso es cierto. Lo hiciste muy bien.

—¿Pero...? —dijo Nelson.

Jaime entrelazó ambas manos y las sostuvo contra el pecho.

—Pero Rogelio no tenía educación. No leía obras de teatro ni escribía libros. No podía leer.

—Participó en la obra de Henry, ¿o no? En Recolectores.

—Solo te lo digo para que lo tengas en cuenta. —Señaló al cuaderno de Nelson—. No dejes que mi madre te vea escribiendo, ¿me entiendes?

—Debes recordar quién era nuestro hermano —añadió Noelia.

Jaime frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo.

—Y quién piensa mi madre que él era.

—Está bien —dijo Nelson—. Lo intentaré.

Cuando terminaron por esa noche, Nelson regresó a su habitación y se sentó en la cama plegable, de espaldas a la ventana. Había oído muchas historias, algunas ciertas, otras inventadas; su diario estaba lleno de anotaciones, y la cabeza le daba vueltas. Se quedó mirando el desorden del camarote, como si estuviera examinando los engranajes de una máquina inescrutable. Era imposible no apreciar sus dimensiones, la impresionante falta de lógica en su composición y toda la historia que llevaba incrustada en su interior. Se sentía obligado a entenderla, o a intentarlo por lo menos. Todos esos trastos eran más de lo que parecían: eran la historia de una familia, ¿y acaso no era él, al menos temporalmente, parte de esa familia?

Si Nelson hubiera sabido más acerca de T\_\_\_\_\_, acerca de la región y de la implacable emigración que lo había cambiado todo, habría sabido que todas las casas del pueblo tenían habitaciones como esta. Que algunas, de hecho, no eran sino versiones más grandes y extendidas de esa habitación, sin espacio vital disponible, sin gente, solo objetos diversos acumulando polvo detrás de puertas cerradas con candado. Podría haber apreciado el hecho de que doña Anabel y Noelia habían logrado retener el pasado, al menos en parte; que al confinarlo dentro de las cuatro paredes de la antigua habitación de los chicos, estaban viviendo, en mayor medida que muchos de sus vecinos, en el presente. Le habría impresionado, sin duda, pero por una serie de razones completamente distintas. Por el momento, no podía eludir la sensación de que esa habitación anárquica no era otra cosa que la representación física de la mente de doña Anabel, que si él lograba poner todos esos elementos en una suerte de orden, podría descubrir los secretos de su



demencia. Podría resolverla. Y hallar un lugar para Rogelio dentro de ella.

La mañana siguiente, Nelson se despertó y encontró a la familia en la cocina, conversando en medio de un desayuno frugal. Cruzó el patio con su mejor sonrisa y se unió a ellos. No había duda alguna de la felicidad de doña Anabel; fue evidente en la forma como lo saludó —alegremente— y en cada uno de sus gestos a partir de ese momento. Nelson tomó té y comió un huevo duro y un pan no muy fresco con queso, sentado junto a la ventana, dejando que el sol cayera sobre su rostro. Doña Anabel mantenía los ojos fijos en él. Esto, que en cualquier otro contexto podría haber resultado inquietante, en este caso parecía exactamente lo adecuado, e incluso lo esperado. Él interpretó su papel para ella.

—¿Cómo dormiste? —preguntó la anciana.

Y aunque le dolían la espalda y el cuello, no dudó en responder:

—Hacía años que no dormía tan bien, mamá. Es tan bonito estar en casa.

La alegría de doña Anabel era palpable y tuvo una significación especial para Nelson. «Cuando ella me tomó la mano, todo de algún modo cobró sentido —escribió él más tarde—. Al menos tanto sentido como el que tuvo la gira.»

Esa mañana, su primer día completo solo en T\_\_\_\_\_ sería el modelo para cada una de las mañanas siguientes. La labor de hacerse pasar por Rogelio, de convencer con esta identidad a una mujer anciana y senil, era una tarea que debía ser ejecutada siguiendo el ritmo local, es decir, de manera lenta, cuidadosa, sin gestos apresurados o innecesarios. Cuando limpiaron la mesa del desayuno, él ayudó a doña Anabel a llegar a su lugar en el patio, donde ella se sentó de espaldas a uno de los muros de adobe. Ella le pidió —es decir, a Rogelio— que se sentara con ella, y él así lo hizo, muy cerca, de hecho lado a lado, sobre la tapa hundida de un viejo baúl de cuero, con los lados de sus muslos tocándose. Su conversación apenas si podía ser considerada como tal: disfrutaban de largos ratos en silencio, que eran interrumpidos por ocasionales preguntas de doña Anabel, interrogantes que no requerían respuestas específicas. De vez en cuando, ella hacía alguna afirmación extraña, algo sobre lo cual podía haber muy poco o ningún desacuerdo, cosas como «El cielo es bueno» o «El aire es agradable». Luego sonreía, asintiendo ante su propia perspicacia con un aire de satisfacción. Nelson le devolvía la sonrisa y le apretaba suavemente la mano para demostrarle que la estaba escuchando.

Ella le preguntó a Nelson acerca de su vida, y él improvisó a base del guion general que había oído la noche anterior: su Rogelio era una versión de la mentira que Jaime había inventado. Vivía en las afueras de Los Ángeles, en un barrio obrero de casas pequeñas y pulcras. Cerca de allí había una zona industrial donde día y noche funcionaban fábricas

gigantes, frenéticas y bulliciosas, eructando humo espeso a los, por lo demás, azules cielos de California. En su relato, la fábrica era un buen lugar para trabajar y todos los obreros andaban felices de estar allí. Satisfechos de estar *construyendo algo con sus propias manos*. Era uno de esos clichés que Henry habría rechazado, pero aun así, Nelson lo hizo suyo, extendiéndole las manos con las palmas hacia arriba cada vez que lo decía.

—Pero las tienes tan suaves —dijo doña Anabel, no con escepticismo sino más bien encantada con las hermosas manos de su hijo.

—Uso guantes. Estamos obligados a usar guantes.

Nelson nunca había estado dentro de una fábrica. De todos modos, doña Anabel aceptó su respuesta con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué fabrican?

—Escenarios de cine —dijo, porque fue lo primero que le vino a la mente.

Ella pareció tomar con calma su respuesta.

El Rogelio de Nelson, al igual que su hermano Jaime, era mecánico; pero, a diferencia de Jaime, no se había casado. Llevaba una vida tranquila, aunque hablaba con gran convicción sobre sus deseos de formar una familia. Pronto, le dijo a doña Anabel, pero insistió en que todo ocurriría a su debido tiempo.

—Todavía soy muy joven para eso —le dijo esa mañana, una afirmación que funcionaba en varios niveles.

Al escuchar esas palabras, el tiempo se comprimió para doña Anabel. ¡Si Rogelio aún era joven, eso significaba que ella también debía ser joven todavía!

—Oh, sí, eres muy joven —dijo ella, y los ojos le brillaron con una agradable confusión.

Luego llegó el momento de su siesta, y Nelson se quedó a solas con Jaime en el patio. Un gato maulló desde algún lugar entre la maleza. Nelson había hecho un buen trabajo esa mañana, estaba seguro de ello, pero su empleador (porque es eso lo que Jaime era) mantenía su distancia, observándolo desde la puerta de la cocina.

Finalmente, Nelson dijo:

—¿Nos viste? ¿Qué tal lo hice?

—Nada mal.

—¿Me equivoqué en algo?

Jaime negó con la cabeza.

—En realidad, no. —Cruzó la puerta y caminó hacia el patio—. Creo que hay una cuestión de intensidad. Te veo a ti y no a Rogelio. Pero eso no es culpa tuya. No estás haciendo nada mal, no se trata de eso. Mi madre ve lo que quiere ver. Y le caes bien. No sé cómo lo hacen, ustedes los actores.

Nelson se encogió de hombros.

—Lo que quiero decir es cómo lo hacen para fingir. Acompáñame. Demos una vuelta.

Se volvería una costumbre cortar el tedio de la mañana dando un paseo justo antes del almuerzo. Era la estación seca en la sierra, en la que cada día es idéntico al anterior. Sobre sus cabezas se veían unas pocas nubes blancas algodinosas. Caminaron en silencio las pocas cuadras que los separaban de la plaza, cruzándose con muy pocas personas: una niña que iba dando saltos en dirección a la escuela y un caballero de edad avanzada con el sombrero casi tapándole medio rostro para protegerlo del sol. Las estrechas calles laterales de T\_\_\_\_\_ eran sombreadas y frescas, pero la plaza estaba cubierta por un sol ardiente. Y estaba desierta, excepto por unas cuantas personas que deambulaban alrededor del autobús que partiría en unas pocas horas. El dueño de la bodega estaba sentado en los escalones afuera de su tienda, leyendo un periódico. Le hizo un gesto con la mano a Jaime, y ambos se acercaron a saludarlo.

—Señor Segura —dijo Jaime—, se acuerda de mi hermano Rogelio, ¿no?

Nelson entornó los ojos. Lo estaban poniendo a prueba.

—Por supuesto —dijo Segura, y movió la cabeza cortésmente.

Nelson le tendió la mano.

—Qué gusto verlo de nuevo. Es genial estar en casa.

Jaime compró un par de gaseosas, luego le dijo a Nelson que esperara afuera mientras hacía una llamada telefónica. Segura le hizo señas para que se sentara a su lado.

—Llegó hoy —dijo, agitando el periódico en el aire con orgullo—. Me lo dio el chofer del autobús. Mira.

La portada contenía la historia del accidente entre el camión de mangos y la camioneta de pasajeros. Doce muertos. Había fotos.

Nelson llevaba semanas sin tener mucho interés o curiosidad por algo tan abstracto como «las noticias». Era un concepto que no tenía relevancia alguna durante la gira, pero que de pronto parecía necesario. No debido a esas muertes, sino por todo lo demás. Existía otro mundo, y él sintió como si de pronto alguien se lo recordara. Dado que marcharse de T\_\_\_\_\_ estaba por el momento fuera de toda discusión, Nelson sintió un gran deseo de saber qué estaba sucediendo. Era algo en lo que no había reparado hasta que vio el periódico.

Abrió la primera página. Buscó noticias de la ciudad, la política, el deporte. Las noticias nacionales estaban relegadas a una sección interior, unos cuantos artículos mal escritos que parecían despachos provenientes de un planeta lejano. Un senador había propuesto una ley que prohibía conducir en estado de ebriedad. (Los dueños de bares se oponían.) Un perro policía había resultado herido en un incendio y tendría que ser sacrificado. (Los grupos de derechos de los animales se oponían.) Un edificio del centro histórico se había derrumbado parcialmente y tendría que ser demolido. (Los grupos de conservación del patrimonio cultural se oponían.) Nelson hojeó el periódico, luego miró la plaza vacía y no encontró ninguna conexión entre ambos, ninguna en absoluto.

En ese momento, Jaime salió de la tienda. Vio a Nelson y frunció el ceño.

—Vamos.

—Un segundo.

—Nos vamos —dijo Jaime—. Segura, tengo entendido que mi hermana le debe algo de dinero.

El hombre hizo un gesto de asentimiento.

Jaime metió la mano a su bolsillo y sacó unos cuantos billetes, que el dueño de la tienda aceptó con una inclinación de la cabeza. Luego Jaime se dio media vuelta y comenzó a alejarse. Nelson cerró el periódico y corrió tras él. Entonces vio —y era extraño que no se hubiera dado cuenta antes— cuán físicamente impresionante era Jaime. Era algo que por algún motivo se hacía más evidente con la distancia: no era alto, era ancho. Tenía hombros grandes y fuertes, y al ver su figura en ese instante, la velocidad de su ataque a Henry resultaba aún más sorprendente.

—Ya voy —gritó Nelson.

—Rogelio no lee —le dijo Jaime cuando Nelson lo alcanzó—. No lee el periódico, no lee nada. Te lo advertí.

Nelson se disculpó.

Siguieron caminando. Atravesaron la plaza en dirección al distrito noreste, cruzaron un puente peatonal y luego treparon la empinada colina que se elevaba al este de la ciudad. Unas cuadras más allá, las casas desaparecieron, dando paso a cultivos en bancales y canales de riego tallados diestramente en la tierra. ¿Quiénes lo hicieron?, se preguntó Nelson. ¿Dónde estaba ahora esa gente? Quiso preguntar, pero le daba miedo hacerlo.

—¿Conoces San Jacinto? —preguntó Jaime cuando estuvieron en la parte alta de la ciudad.

No esperó a que le respondiera. A sus pies estaba T\_\_\_\_, con sus casas de techos rojos y paredes blancas, con sus calles estrechas y pintorescas.

—San Jacinto es un lugar terrible. Nada como esto. Espantoso. Pero es allí donde está el trabajo. —Se aclaró la garganta—. ¿Cuánto ganaste en esa pequeña gira que hicieron?

—¿Dinero, quieres decir?

Él siempre se refería al dinero.

Una página del diario de Nelson está dedicada a un cálculo aproximado de lo que había ganado y gastado durante la gira. Las cifras eran un embrollo, pero la aritmética básica era bastante clara: había terminado a la par, sin ganancias ni pérdidas. Nelson lo sabía y hasta ese momento no había tenido opinión alguna sobre esa información. Al fin y al cabo, uno no buscaba unirse a Diciembre por la paga. Pero ahora, la idea de terminar igual a como había empezado le pareció decepcionante. Echó una mirada a Jaime y vio allí una oportunidad. Inventó una cifra, «una cifra extravagante y ambiciosa», escribió esa noche. Al escucharla, Jaime se rio.

—¿Nada más? —le dijo.

Nelson se sonrojó.

—Yo te pago el doble. Pero ahora empieza a pensar como Rogelio.

—¿Y eso qué significa?

—Que no digas tonterías como «Es genial estar en casa». Si fuera así, habrías vuelto hace diez años.

—Está bien —dijo Nelson.

Jaime lanzó un suspiro.

—¿Sabes en qué pienso, cuando veo esto?

—No.

—Pienso qué encantador todo. Gracias a Dios que no vivo aquí. Ahora, ¿tienes su billetera? Perfecto. Sácala. Dame tu documento de identidad.

En todo este rato, Nelson seguía pensando en el dinero, en las posibilidades que este implicaba. Podría pagar varios meses de alquiler. O llevar a Ixta de viaje. Comprarle algo bonito a su madre. No era posible hacer todas esas cosas, pero sí algunas. Sobresalía, en particular, una frase: «el doble». Le entregó su documento a Jaime, quien le echó una rápida mirada, sonriendo. Lo levantó y lo comparó con el joven que tenía de pie frente a él. Luego se lo guardó en el bolsillo.

—Estaré de vuelta en una semana —le dijo a Nelson—. Mientras tanto, cuida bonito a tu santa madre.

Es difícil escribir sobre esos días en T\_\_\_\_, sobre esta pausa en la acción (porque eso es exactamente lo que es), sin sucumbir a su ritmo. Tal es la naturaleza lánguida de la vida de pueblo. La conozco bastante bien. El pensamiento se hace lento, la necesidad de conversar desaparece. La gente se vuelve propensa a la introspección, que nunca es un hábito productivo y que la vida citadina, por ejemplo, reprime con toda razón en nombre de la eficiencia. El tercer día de cualquier visita a T\_\_\_\_, yo caigo en una forma particular de melancolía que es parte depresión, parte aburrimiento. Los estímulos normales que uno asocia con la actividad humana comienzan a parecer aberrantes, incluso innecesarios. Durante mi infancia y adolescencia temprana, llegar a T\_\_\_\_ era como empezar a moverse al margen del tiempo, como pienso que podría haber sido también para Nelson si no hubiera tenido todo el tiempo que duró la gira para adaptarse, al menos parcialmente, al ritmo de la vida provinciana. Tal vez sea esa la razón por la cual ver un periódico le impresionó tanto aquella primera mañana. Le recordó cuán lejos estaba.

Dedicaba la mayor parte de sus días a escuchar a doña Anabel; a hacerle compañía. Por la noche, él y Noelia intercambiaban historias, y con ella él podía ser Nelson otra vez, algo que parecía gustarles a ambos.

—Era muy divertido —me contó ella después—, y yo no había tenido a nadie con quien conversar por tanto tiempo. Me habló sobre su madre, sobre su hermano. Me contó acerca de Ixta, e incluso me dijo que iba a ser papá.

—¿Cuándo fue eso? —le pregunté.

Se quedó pensando un momento.

—Debió de haber sido al final de la primera semana. Esperábamos el regreso de mi hermano cualquiera de esos días y Nelson hasta había empacado sus cosas. Estaba contento de volver a casa, me dijo, para verla. —Luego hizo una pausa y me dirigió una sonrisa confusa—. Pero como Jaime no vino, él volvió a desempacar sus cosas y se quedó.

Nelson se estaba poniendo ansioso.

El noveno día, el hombre que conducía el autobús a San Jacinto les entregó una nota. Era de Jaime:

«Surgió algo —decía—. En una semana estoy allí para arreglar las cosas.»

—¿Ves? —dijo Noelia—. ¡No se ha olvidado de ti!

Por lo menos el trabajo era manejable. Habían creado sus rutinas, y eso parecía hacer muy feliz a la anciana. Ella lo ametrallaba con preguntas, pero la mayoría eran solo variaciones de las que le había hecho en un comienzo, y Nelson se sentía lo suficientemente seguro como para cambiar sus respuestas —tan solo ligeramente— y adaptarlas a su propio estado de ánimo. Un día, para su propia sorpresa, ya no fabricaba escenarios para películas cuando doña Anabel le preguntó en qué trabajaba; ahora más bien se encargaba de reparar barcos en el puerto. No sabía bien por qué lo dijo. La anciana aplaudió encantada.

—¿Dónde aprendiste de barcos? —le preguntó ella, como si *barcos* fuera un idioma que se estudiaba en el colegio.

—En la ciudad, mamá. Cuando Jaime me envió a la ciudad.

Ella asintió, muy seria.

—¿Y cuándo fue eso?

—Tú sabes cómo es Jaime. Siempre dándome órdenes. Mandándome aquí y allá.

—¡Ese Jaime!

Para mantener interesantes las cosas, Nelson se inventó un acento, una variación del tipo de voz que se imaginaba podría resultar luego de pasar dos décadas viviendo en California entre mexicanos, salvadoreños y guatemaltecos. Pero no resultó. A los pocos días lo descartó, casi sin pensarlo, pero a ella no pareció importarle. En todo caso, ¿qué sentido tenía hablar esa lengua vernacular inventada? ¿Acaso doña Anabel había notado siquiera ese toque de autenticidad?

«Ya no voy a esforzarme tanto —escribió aquella noche—. Si todo sale bien, estaré en casa en una semana.»

Mientras Nelson estaba en ese estado de animación suspendida, interpretando a Rogelio para su muy pequeño público, su vida seguía adelante sin él. Y por vida me refiero a *su vida real*, su vida en la ciudad. Esto no es chauvinismo urbano, elitismo ni discriminación contra las provincias; solo los hechos: el exilio rural de Nelson no contribuyó en nada a aliviar los problemas que le esperaban en la capital.

Ixta nunca se alejaba mucho de sus pensamientos. Si bien Nelson fue capaz de deshacerse de sus angustias durante sus primeros días solo en T\_\_\_\_, una vez que cayó en las rutinas de su nueva vida, le fue imposible controlarlas. Al final de la primera semana e inicios de la segunda, las entradas de su diario refieren cada vez menos detalles de



sus días con doña Anabel, pero incluyen cada vez más meditaciones, o incluso especulaciones, en torno a la paternidad. Por mucho que trataba de hacerlo, simplemente no podía aceptar la aseveración de Ixta de que el niño no era suyo. Dibujó un gráfico que registraba todas las ocasiones en que habían hecho el amor desde su reconciliación del invierno anterior: dónde habían estado, cuánto había durado y cuán cuidadosos habían sido. Recorrió su memoria en busca de detalles, llenando páginas y páginas con reportes desapasionados de las últimas semanas de su aventura amorosa, que se asemejaban más a informes legales que a relatos eróticos. En ellos defiende su paternidad y presenta evidencias. Detalla pistas y pequeños gestos que podían darle alguna esperanza, porque si uno lee los diarios algo queda muy claro: esperanza era lo que más necesitaba y quería. Aceptar que no era el padre del niño habría significado renunciar a Ixta. Dejarla ir para siempre.

Mientras tanto, en la ciudad, el vientre de Ixta crecía día a día, y junto con él, me confesó ella, crecía también su ansiedad. Los paseos de Nelson al final de cada mañana lo llevaban la mayoría de las veces a la tienda del señor Segura, donde, ignorando la admonición de Jaime, leía el periódico cuando estaba disponible; y donde en no menos de siete ocasiones logró hablar por teléfono con Ixta. Estas incidencias, en su mayoría desagradables, solo sirvieron para ahondar su inquietud. Ella sabía lo que sabía acerca de su bebé, pero aun así él trataba de convencerla de que era suyo. Tenía que ser suyo.

—No quería hablar de otra cosa —me dijo Ixta cuando conversamos—. Estaba obsesionado. Y no es que la niña no *hubiera podido* ser suya. Pero no lo era. Eso es todo.

De vez en cuando, ella lograba llevar la conversación hacia otros temas; la verdad era que disfrutaba hablando con él y no tenía el valor de colgarle.

—Debía haberlo hecho, lo sé, pero simplemente no podía.

A pesar de lo incómodas que podían ser estas conversaciones, Ixta necesitaba oír la voz de Nelson; además de su amante, también había sido su amigo. La atormentaban las preguntas de siempre: que si era demasiado joven o demasiado egoísta para asumir las responsabilidades de la maternidad; que si sería una buena madre, o siquiera una madre aceptable; que si sentiría de inmediato el vínculo maternal. Aunque parece cruel hablar de esto ahora, dados los acontecimientos que estaban a punto de ocurrir, Ixta incluso había empezado a tener dudas acerca de Mindo, su pareja, el padre de su hijo, un hombre al que yo nunca tuve la oportunidad de conocer. Pero todo esto ocurriría más adelante: mientras Nelson estaba aún en T\_\_\_\_, las dudas de Ixta recién empezaban a tomar forma. Mindo había empezado a parecerle indolente, insensible frente a las peculiaridades de su embarazo (que no eran peculiares, sino absolutamente normales) y, en general, «común y corriente». Esta última y poco amable frase fue la que utilizó, aunque a regañadientes y solo porque yo la presioné.

—No me gusta hablar de él; ya no —dijo.

Pero luego prosiguió: todo formaba parte de un lento proceso de toma de conciencia que había ocurrido durante su segundo trimestre, cuando se le empezaron a hinchar los tobillos y los sudores nocturnos comenzaron a interrumpir su sueño.

—Un hombre debe impresionar —dijo—. Debe dejarte con algo en qué pensar. Sin eso, no hay magia.

—¿Había magia con Nelson? —le pregunté—. ¿Te impresionaba?

Yo ya sabía la respuesta. A ella le tomó un momento.

—Una vez que lo conocías, sí. Mucho. Y yo lo conocía bien.

Los cambios que ocurrían en su cuerpo compensaban en algo su melancolía: fue un aspecto del embarazo que a ella le parecía dramático y maravilloso, una confirmación de que, sin duda, se estaba produciendo una suerte de milagro, aun si ese milagro a veces la hacía retroceder espantada. Pero había un problema: aunque nunca se había sentido más hermosa en su vida, su hombre no le ponía ni un dedo encima. Le habían crecido los senos, las caderas —por fin tenía las curvas que siempre quiso—, pero Mindo ni lo notaba. Eso le parecía sencillamente imperdonable. Él llegaba tarde a casa, como siempre; oliendo, también como siempre, a la churrasquería argentina donde trabajaba largas horas, como siempre; solo que a ella todo eso le resultaba ahora intolerable. Le repugnaba el olor del bife a la parrilla. Una noche de mayo, cuando Ixta estaba en su cuarto mes de embarazo, le pidió que se duchara antes de acostarse. Él aceptó a regañadientes. La noche siguiente, le pidió otra vez lo mismo, y para su gran sorpresa, se despertó sola la madrugada siguiente. Era un día frío de inicios de invierno: Ixta salió a la sala en medias y encontró a su poco impresionante y cochino hombre echado en el sofá. Dormía con la boca abierta, aún en su ropa de trabajo, aún oliendo a carne, con los pies colgando del borde.

¿De qué otra manera podía interpretar eso, si no como un insulto?

Tal vez, le sugerí yo, él simplemente estaba asustado. Es algo común en padres primerizos.

—Puede que tengas razón —dijo ella—. Pero en realidad ya no tiene importancia.

No le discutí ese punto.

—¿Pensabas mucho en Nelson en esos días?

Ella asintió.

—Por supuesto. Cada vez que llamaba, pensaba en él. Estaba molesta, estaba dolida, pero pensaba en él. A veces con cariño. A veces no. Lo extrañaba. Me sentía muy sola.

—Y cuando él llamaba, ¿te sentías menos sola entonces?

—No —dijo ella.

Cerró los ojos brevemente, apenas por un instante.

—Me molestaban las llamadas telefónicas, pero también las esperaba. La conexión desde ese pueblo de mierda, donde sea que esté, era terrible. Yo no entendía bien lo que estaba haciendo. —Suspiró—. A veces quería hablarle, contarle cosas, pero él no me escuchaba. Nunca escuchaba. Ese fue siempre su problema.

Mindo, el padre putativo de la hija de Ixta, el rival de Nelson, era artista, pintor, y nada malo, por lo que se cuenta. Había cumplido treinta y un años, y trabajaba como mesero.

Es cierto que no estaba hecho para la paternidad. Cuando le sugerí a Ixta que quizás tuvo miedo, estaba simplemente repitiendo lo que muchos de sus amigos me dijeron. Todos y cada uno de ellos odiaban a Ixta, y algunos incluso se culpaban a sí mismos por no haber ayudado a Mindo a escapar más pronto de sus garras. Yo entendí su ira, pero la visión que tenían de Ixta chocaba con todo lo que yo sabía de ella. A pesar de ello, la mayor parte del tiempo me dedicaba sencillamente a escucharlos, no los interrumpí mientras hablaban.

Mindo provenía de un barrio popular de la capital conocido como Los Miles, y fue allí donde comenzó su educación artística. Muy joven, con apenas doce años, empezó a pintar murales como una suerte de homenajes a sus amigos fallecidos. Dadas las circunstancias de la zona (conocida coloquialmente como Gaza), ese podía ser considerado un trabajo estable. A los dieciséis años, Mindo apareció en *Crónica*, uno de los principales diarios de la ciudad, en un artículo en la última página con el titular «Artista adolescente pinta tributo a víctimas de la guerra». En la foto aparece delante de uno de sus murales, pintado sobre una pared de Cahuide, una de las principales arterias de su distrito. De constitución maciza, parece mucho mayor de lo que en realidad es. Luce una barba incipiente, y ojos oscuros y penetrantes. Al igual que Nelson, Mindo tiene el pelo rizado, pero más allá de eso no hay ningún parecido entre ambos.

Ixta y Mindo se conocieron en agosto de 2000, cuando él inauguró una exposición en una de las nuevas galerías de la Ciudad Vieja. Ya no pintaba murales, sino retratos muy detallados y estilizados de sus amigos del viejo barrio, algunos de los cuales llevaban veinte años muertos. Mindo los había pintado como adultos, como si hubieran logrado sobrevivir a sus accidentados años adolescentes y patinado lejos de los peligros que habían terminado prematuramente con sus

vidas: las drogas, las reyertas callejeras, la seducción del crimen. Era una biografía especulativa, en imágenes. Algunos habían engordado. Otros habían perdido pelo. Algunos llevaban terno y corbata, o delantales, o uniformes de fútbol. Otros estaban sin camisa, mostrando intrincados tatuajes. Algunos sostenían diplomas y sonreían orgullosamente. Era un trabajo simple y conmovedor; en los cuadros de Mindo, todos estos recios jóvenes habían sobrevivido, y al hacerlo se habían ganado el derecho a ser gente normal. Debajo de cada imagen, un breve texto indicaba la edad a la que habían muerto y las circunstancias de su deceso.

La exposición fue muy bien recibida, sobre todo por Ixta, quien pasó la noche de la inauguración bebiendo vaso tras vaso de vino y tratando de arrancarle una sonrisa al artista. No era tarea fácil, me dijo: los fantasmas de la violenta adolescencia de Mindo estaban en cada pared de la galería. Pero ella persistió. Y sabemos que a mediados de septiembre Ixta empacó sus cosas y se fue a vivir con él. Sabemos que esta noticia sacudió a Nelson; y que muchos de los amigos de Mindo le expresaron su preocupación. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué sabes de ella?

Nunca hicieron una buena pareja. Mindo era guapo, encantador y aproblemado. Nunca antes había estado en una relación seria. No habría podido funcionar, aunque parece mezquino echarle la culpa de ello a alguien ahora. Ixta, por su parte, acepta como suya gran parte de la responsabilidad, aunque detalla de cuántas formas él la decepcionó luego de quedar embarazada. Mindo estaba celoso y asustado por la responsabilidad que conlleva la paternidad. Sabemos que sospechaba que Nelson aún formaba parte de la vida de Ixta. Aunque Mindo nunca tuvo pruebas del *affaire*, ciertamente tuvo sus dudas, y al parecer se sintió aliviado cuando Nelson se unió a la gira de Diciembre.

—Tal vez nunca regrese —le comentó con amargura a un amigo.

Eso fue a mediados de junio, cuando Nelson acababa de llegar a T\_\_\_\_\_ y las cosas con Ixta comenzaban a desmoronarse.

—Tal vez —dijo su amigo.

Incluso brindaron por la idea.

Todos están de acuerdo en que él no se merecía lo que le pasó cuando Nelson regresó.

Mientras tanto, a Mónica le hubiera encantado estar en contacto con su hijo, recibir esas llamadas telefónicas desde T\_\_\_\_\_, pero no fue así. No sabía nada de lo que estaba pasando porque su hijo no la llamó ni una sola vez. De hecho, aparte de Ixta (que afirmaba no estar interesada), nadie sabía gran cosa sobre el paradero de Nelson, pues ni Henry ni Patalarga contaron lo sucedido. Esperaban que volviera a casa en diez días a lo sumo, por lo que en verdad no resultaba necesario.

Enfrentada a ese silencio, Mónica fantaseaba con su hijo en escenarios rurales improvisados, imágenes que le inspiraban una mezcla de orgullo y angustia. En su mente, todo era una continuación de la gira que él le había descrito desde San Jacinto, una gira que a ella le parecía que tal vez nunca terminaría. Y en cierto sentido, nunca terminó. Mónica no comparaba las aventuras de Nelson con las de Francisco, al menos no de manera consciente, aunque se descubría aproximándose de la misma manera a ambas ausencias. Con el correr de los años, había adquirido cierta habilidad para proyectarse en la vida de sus hijos, un talento que toda madre tiene —es lo que le permite intuir el hambre de un niño, su frustración, su miedo— pero que Mónica había perfeccionado por necesidad. Con Francisco, se las había arreglado para crear recuerdos donde no había ninguno, para construir un elaborado cronograma de hechos y ocurrencias de sus viajes. Había formulado opiniones acerca de los principales acontecimientos de la vida de su hijo, y de los amigos que había hecho y descartado en el camino. Guardaba un catálogo de ciertos detalles, y, luego de memorizarlos, se sentía más tranquila sobre su papel de madre: sabía, por ejemplo, dónde había pasado su hijo mayor cada uno de sus cumpleaños desde que se fuera de su lado en 1992, aunque no había estado presente en ninguna de esas celebraciones. No importaba. Se había *imaginado* en ellas. En su mente, había comido torta y ayudado a soplar las velas (si en efecto había habido torta o velas, eso no tenía ninguna importancia). El hecho de que ella y Francisco aún fueran cercanos era algo de lo que se sentía orgullosa, un logro que no debía ser minimizado. No es algo tan obvio o sencillo como pudiera parecer; todo vínculo, incluso el de una madre y su hijo, es frágil y puede romperse.

Si Mónica e Ixta hubieran estado en contacto durante aquellas últimas semanas de la ausencia de Nelson, habrían tenido mucho de qué hablar.

Con la última llamada de Nelson desde San Jacinto como única pista para guiarla, Mónica empezó a considerar el ámbito de los viajes de Diciembre, y a hacer lo que siempre había hecho y tal vez lo que mejor sabía hacer: poner los detalles allí donde había muy pocos. Su hijo, el menor, su Nelson, llevaba más de dos meses ausente por aquel entonces, más tiempo del que jamás había estado lejos de ella. Demasiado tiempo, aunque se sentía culpable por envidiarle esa aventura que él ciertamente se había ganado. Parecía ser que no había parte alguna del país que él no hubiera podido visitar durante ese viaje. ¿Quedaban más villorrios por explorar? ¿Más caseríos? ¿Algún camino rural que aún no hubiera hollado? Y si ya no los había, ¿por qué no volvía a casa? Era junio, la estación seca, una buena época para estar en la sierra. En la costa, el invierno ya había comenzado en serio. El denso aire marino se aferraba al litoral, envolvía la ciudad. Ella rezaba por que su hijo estuviera divirtiéndose, que hubiera aprendido lo que tenía que aprender en ese viaje, que hubiera madurado en la forma en que esperaba y en otras que lo sorprendieran. Sobre todo, esperaba que volviera a casa pronto, aunque luchaba con esta idea y se preguntaba si no era puro egoísmo, si una mejor madre no preferiría más bien que su hijo paseara y viviera todas las aventuras que él deseaba. Mónica se

imaginó a jóvenes mujeres de los caseríos enamorándose de su hijo; esto le resultaba muy fácil de imaginar, pues ella también lo amaba: con sus brillantes ojos pardos y su sonrisa que era a veces una mueca, con sus rizos y las comisuras fruncidas de sus labios cuando estaba inmerso en sus pensamientos. Lucía como un Sebastián joven; todo el mundo comentaba el parecido. Esperaba que, por lo menos, fuera cuidadoso si llegaba a tener una aventura, y que no se rompieran corazones innecesariamente en el camino, sobre todo no el de Nelson. A decir verdad, ese era el único corazón que le interesaba. Los de las chicas no importaban.

En la ciudad, sus días transcurrían sin él; no de una manera nebulosa, aunque en realidad algo de eso tenían. Había poco que distinguiera un día del siguiente. Mónica tenía la esperanza de recibir noticias, pero no esperaba ninguna. Cada noche se dormía con la certeza de que no había mayor tortura que una casa vacía, que *esta* casa vacía. Cuando me lo dijo, hizo un delicado gesto con la mano, señalando las habitaciones sin vida que la rodeaban. Le pregunté si ese minucioso imaginar le había servido de algo; si en todo ese evocar había surgido algún presentimiento de lo que Nelson estaba pasando. No los detalles —no podría haber intuido los detalles—, sino algún presentimiento.

Se quedó pensando. Creo que quiso decir que sí pero que le pareció deshonesto dado lo que sucedió después. Se vio obligada a admitir que tal vez su intuición de madre le había fallado.

—Tal vez no quería imaginármelo en ningún problema real.

—No era un problema —le dije—. No exactamente.

Ella negó con la cabeza.

—Pero algo muy parecido.

Definitivamente nadie extrañaba a Nelson con más intensidad que Mónica. Otras personas de su entorno admitieron que en esos meses notaban su ausencia, pero no a menudo. Lo extrañaban, pero solo de la manera más abstracta posible. Era como si en el proceso de transformarse en Rogelio hubiera completado algún tipo de desaparición mística: Nelson casi dejó de existir, temporalmente, aunque con el tiempo esto sería visto como preludeo de una forma más grave de desaparición. Una y otra vez, escuché versiones del mismo sentimiento: Nelson era muy querido, pero difícil de conocer. El papel que todos ellos querían, formar parte de la histórica gira de reunión de Diciembre, lo había obtenido él, su amigo arrogante y talentoso, y ahora estaba de viaje por provincias, convirtiéndose en una nueva y probablemente mejorada versión de sí mismo. Había una pizca de celos en todo esto, pero poca curiosidad por conocer los detalles de la gira; y a decir verdad, cualquier curiosidad que hubiera podido existir pronto se vio eclipsada por las noticias del embarazo de Ixta. En todo el mundo, la gente es igual. Les encantan los chismes. Les encanta el escándalo. La

gente se hizo las preguntas de siempre: si Nelson lo sabía, si tenía el corazón destrozado, si él era el padre, el exnovio rechazado o ambos. Si sentía remordimientos. Si era amor verdadero o solo sexo. Cualquier indicio de miseria atraía la atención de la gente: para eso vivían. Exnovias de Nelson ofrecían teorías y contaban historias indiscretas. Los amigos de la expareja tomaban partido; y la mayoría, hay que decirlo, elegía el de la orgullosa pero a fin de cuentas simpática Ixta, por encima del Nelson ausente. Nadie sabía con certeza que Ixta y Nelson habían dormido juntos hasta poco antes de su partida —habían sido absolutamente discretos—, pero tomados en conjunto, los alumnos y exalumnos del Conservatorio conformaban un grupo bastante promiscuo, de ahí que muchos lo sospecharan. Las conversaciones entre los miembros de esa generación de exalumnos del Conservatorio, en particular, se asemejaban mucho a los diálogos sórdidos de un *talk show* de la televisión, de aquellos en los que las parejas revelan orgullosamente sus disfuncionalidades frente a un público entusiasta que finge rechazarlas. Varios amigos de Nelson e Ixta habían interpretado papeles en esos programas, como traficantes de drogas o madres adolescentes, novios inútiles o novias mentirosas, de modo que los entendían bien. La traición y la infidelidad se había vuelto algo normal desde hacía mucho tiempo. Eran actores, después de todo.

Un amigo de Nelson con el que hablé, Elías, se sentía casi avergonzado por la forma en que todos se habían olvidado de su antiguo compañero de clase. Me reuní con él en un restaurante de comida criolla no muy lejos del Conservatorio, una cálida tarde de finales de enero de 2002. Las losetas del piso estaban pegajosas y probamos tres mesas diferentes antes de encontrar una que no se tambaleara. El amigo de Nelson fumaba cigarrillos sin filtro, uno tras otro, una compulsión que no parecía producirle placer alguno, pero que finalmente comprendí cuando noté que estaba estudiando su imagen en las paredes con espejos del restaurante, como si estuviera criticando su propia *performance*. Él se dio cuenta de que lo estaba observando —nuestros ojos se cruzaron un instante en el espejo— y se sonrojó.

—He estado pensando en dejar de fumar —dijo, levantando el cigarrillo por sobre su cabeza.

Asentí, no por solidaridad o comprensión, sino por pura cortesía. Compasión. Estaba claro que era un actor terrible, o tal vez simplemente estaba sufriendo un ataque de inseguridad. En todo caso, no quería decir nada malo sobre Nelson y más bien me contó algunos de sus recuerdos, anécdotas divertidas sobre la época en que estudiaban juntos, los guiones mediocres que había soportado, los sueños que tenían, que ninguno de los dos, suponía, llegaría a materializar. Elías trabajaba en la agencia de publicidad de su padre, donde se encargaba de sacar fotocopias y servir café, y recibía una paga demasiado generosa para un trabajo tan simple y tan mecánico. Esta pequeñez de buena fortuna le fastidiaba; me dijo que, de hecho, estaba debilitando su arte (dejó escapar una voluta de humo en dirección al espejo, como

para subrayar este punto), y que prácticamente se dedicaba a torturar a su padre, haciendo todo lo posible para que lo despidieran.

—Si es tan malo —le pregunté—, ¿por qué simplemente no renuncias?

El aspirante a actor me miró fijamente. Su expresión me indicó que yo no había entendido ni una sola palabra de lo que me había dicho. Empezó a responder, pero se detuvo para quitarse un poco de tabaco de la lengua. Era un practicado gesto de desdén que le salió bastante bien. Luego me preguntó cómo era que conocía a Nelson.

—Soy un amigo de la familia —le dije, lo que en ese momento era cierto.

—Claro —dijo.

Lo llevé de vuelta al tema: Elías culpó al propio Nelson de la indiferencia generalizada hacia su desaparición. Uno cosecha lo que ha sembrado, después de todo.

—Él siempre cultivó cierto aire de superioridad, una sensación de no pertenencia, de destacar por sobre los demás.

—Eso he escuchado —le dije—. Pero ¿ustedes eran todavía amigos?

Elías me dijo que sí, en cierto modo.

—Pero mientras más tiempo llevaba fuera, más lejano lo sentíamos. Nadie dijo nada en un principio. Pero no nos llamó. No hizo ningún esfuerzo por contactarnos, por permanecer conectado. Simplemente desapareció. Como siempre dijo que lo haría. Él siempre se comportó como si no fuera uno de nosotros. Supongo que empezamos a pensar que era cierto.



Mientras tanto, en T\_\_\_\_, Nelson se hacía preguntas parecidas en sus ratos libres. Y había muchos ratos libres, el tiempo suficiente como para que un joven con el carácter de Nelson se cuestionara a sí mismo sobre todo tipo de asuntos desagradables. Sobre su pasado, sus errores —a muchos de los cuales les tenía cariño— y su futuro, que veía inquietante. Cada día que pasaba aumentaba su ansiedad por marcharse. Esto se lo comentó a Ixta por teléfono.

«Me di cuenta de que era verdad —me dijo ella después—. Pude percibir en su voz que hablaba en serio.»

—Entonces, ¿cuándo vuelves a casa? —le preguntó.

—Pronto —respondió Nelson.

Pero una semana después del mensaje de Jaime seguían sin tener noticias de él. Al decimoséptimo día, Nelson le exigió a Noelia que lo llamara.

—Tu hermano me prometió una cantidad de dinero —le explicó—. No es mucho, pero es bastante para mí.

Ella le dijo que lo entendía, pero que Nelson aún no había concluido su trabajo. Además, estaba el tema del documento de identidad; técnicamente era ilegal viajar sin él. En cualquier garita de control policial podrían ponerle problemas.

—¿Sabías eso? ¿Sabías que pueden arrestarme en el camino? ¡Y mientras confirman mi identidad, me meterán al ejército a limpiar minas en la frontera norte!

Noelia no lo sabía. Nelson exageraba, de eso estaba segura. De todos modos, ella nunca había viajado realmente, excepto a San Jacinto. Y eso había ocurrido varios años atrás.

«Traté de decirle a Nelson que no había nada que yo pudiera hacer. Le aseguré que Jaime no se había olvidado de él ni le había mentado.»

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Nelson—. ¿Dónde está tu poderoso hermano?

—Jaime siempre está ocupado —dijo ella con cautela—. Eso es todo. Vendrá pronto. Apuesto que mañana tendremos noticias de él.

Pero cuando eso no ocurrió, Nelson insistió en que fueran a la bodega del señor Segura para llamarlo. El autobús de San Jacinto había llegado y vuelto a salir sin noticia alguna de Jaime. Noelia accedió. Doña Anabel los vio disponiéndose a salir y le entró pánico.

—¿Adónde van?

Desde la llegada de Nelson, la anciana no había estado sola nunca, algo de lo que ni él ni Noelia se habían dado cuenta hasta ese momento.

—Solo vamos a la plaza, mamá —dijo Noelia.

Doña Anabel abrió los ojos de par en par.

—¿Sin mí?

«Estuve a punto de responderle algo feo», escribió Nelson en su diario esa noche, sin sentimiento de culpa, sino de sorpresa. Vio esto como una prueba más de que ya era hora de dejar ese lugar, de abandonar la actuación antes de que cometiera algún error.

—No, mamá, por supuesto que no. Vamos todos juntos.

Y así lo hicieron: cruzaron el pueblo hasta llegar a la tienda de Segura. Les tomó más de veinte minutos hacer la caminata que habitualmente duraba solo seis. Segura estaba a punto de cerrar, pero pareció feliz de tener compañía. Noelia entró a hacer la llamada y Nelson la esperó afuera con doña Anabel. Él y Segura la depositaron delicadamente sobre los escalones para que pudiera sentarse.

—Me siento como una reina —dijo ella.

Nelson nunca había estado fuera de la casa con doña Anabel. Los ojos de la anciana recorrían la plaza, maravillándose con todo lo que veía. Ya había pasado el calor del día, y algunos lugareños habían salido a pasear. Doña Anabel parecía feliz de verlos pasar. El chal que le cubría los hombros se deslizó y Nelson la ayudó a acomodarlo.

—Este es mi hijo —dijo doña Anabel.

—Un buen chico en verdad, señora —respondió Segura—. ¿Estás disfrutando de tu estadía?

—Bastante —dijo Nelson.

—¿Y por cuánto tiempo más te quedarás?

Doña Anabel levantó la mirada. Nunca habían hablado de eso.

—Todavía un poco más.

—Qué bien —dijo Segura.

Un momento después, Noelia salió de la bodega, disculpándose. Nadie había contestado el teléfono de Jaime.

—¿Y por qué te disculpas? —preguntó doña Anabel.

Le sonrió animadamente a Segura.

—Estos niños, siempre tan educados.

Nelson suspiró.

—Necesitamos hablar con Jaime, mamá. Eso es todo.

La anciana asintió como si entendiera.

—Me parece bien.

—Intentaremos de nuevo mañana —dijo Noelia.

Nelson volvió al día siguiente, pero esta vez solo. Segura lo recibió amablemente, como siempre.

—¿Vas a llamar a tu hermano? —le preguntó, pero Nelson negó con la cabeza.

—A la ciudad —dijo, y Segura asintió.

Iba a llamar a Ixta. En los diarios de Nelson hay muy poca información sobre el contenido de esas conversaciones, pero sí anotaciones escrupulosas detallando la duración de cada llamada: cinco minutos, ocho y medio, tres, diecisiete. No menciona los prolongados silencios de los que ella le contó, solo aparecen esas cifras grandes y pequeñas. Tal vez lo que importaba era el simple hecho de que ella no le colgara; o tal vez su mayor temor era que algún día ella lo hiciera.

Segura tenía el rostro curtido por los elementos y una frente amplia. Se le había caído casi todo el pelo, por lo que usaba una gorra roja para protegerse del sol. Ese día, marcó el número y luego salió a la calle a esperar. Era su costumbre, una forma de mostrar respeto por la privacidad de su cliente. La llamada duró cuatro minutos, y cuando terminó, Segura entró a anotar el monto en su cuaderno rojo. Nelson estaba de pie junto al mostrador, tamborileando con los dedos y con una sonrisa forzada.

—Querías hablar con tu hermano, ¿verdad? —dijo Segura, y sin esperar respuesta, metió la mano debajo del mostrador—. Échale un vistazo a esto.

Era un periódico reseco y arrugado de la semana anterior.

—Te lo puedes llevar si quieres. Si me preguntas mi opinión, diría que tu hermano está bastante ocupado en estos días.

Nelson le dio las gracias al bodeguero y se fue.

Meses más tarde, encontré ese periódico doblado dentro de uno de los cuadernos de Nelson. Para aquel entonces estaba ya amarillento y descolorido pero aún totalmente legible, un ejemplar del tabloide local de San Jacinto, de fecha 21 de junio de 2001. En la portada había una foto de un camión rodeado de policías. El titular decía CAYERON, y el texto que lo acompañaba relataba la captura de dieciocho kilos de cocaína en una garita de control a solo catorce kilómetros de San Jacinto, en la carretera a la costa. Era la mayor incautación realizada en la zona en más de tres años. Había otro hecho que se mencionaba solo de pasada, pero que Nelson, o quizás Segura, había subrayado: el camión incautado estaba registrado a nombre de la compañía de Jaime, pero lo habían reportado como robado tres meses antes. La policía estaba investigando. El chofer, un joven apellidado Rabassa, estaba detenido en la carceleta local. El diario decía que su traslado a otro centro de reclusión era inminente.

Esa noche, Nelson soñó con la obra. En su sueño, él, Henry y Patalarga intercambiaban sus papeles al azar y constantemente, incluso dentro de una misma escena. Era un ritmo vertiginoso y frenético, pero no podían parar. Era una sensación aterradora: estar en el escenario y no tener el control. Nelson trataba de disculparse con el público, pero no podía; ni tampoco era necesario. Lejos de sentirse frustrada por estos cambios repentinos y confusos, la gente parecía adorarlos. Olas de carcajadas surgían de la oscura sala del teatro. Estallidos de aplausos. Cada vez que los actores cambiaban de personaje, los espectadores rompían en alaridos salvajes, como si los miembros de Diciembre fueran acróbatas sobre una cuerda floja y desafiaran temerariamente a la muerte. Henry, Patalarga y Nelson se movían a toda velocidad. Nelson podía iniciar una línea como el presidente y terminarla como el criado, luego cambiar de inmediato al papel de Alejo, todo ello sin su propio consentimiento o intermediación. En medio de todo este caos, Nelson se dio cuenta de que el escenario le era familiar: era el Olímpico, solo que ahora el teatro estaba lleno de mineros, campesinos y niños medio muertos de hambre con las mejillas curtidas por el viento, la gente para la que habían estado actuando en la sierra. Le dolía la cabeza. Era como si estuviera corriendo sobre una cinta a toda velocidad sin poder mantener el paso. Y tampoco quería hacerlo. Por su lado, Henry se había dejado llevar completamente: destellaba una sonrisa maniática y llena de energía, y hacía una venia con la cabeza al público luego de cada nueva ronda de aplausos. En cierto momento, Nelson se dio cuenta de que gritaban

«¡Olé!», como si estuvieran en una corrida de toros; como sucede a menudo en los sueños, la metáfora le pareció apropiada durante un instante y luego se desmoronó. ¿Quién era el toro exactamente? ¿Quién era el matador?

Entre el público, Nelson descubrió a Ixta. (¿Cómo?, escribió en su diario. ¿No era una sala oscura? Sí, lo era, y sin embargo podía verla.) Y eso le bastó para liberarse de la obra. Se redujo el volumen. Henry y Patalarga continuaron sin él, mientras Nelson se acercaba de puntillas al borde del escenario y echaba un vistazo a la oscuridad (que de hecho no era tan oscura). Era ella. Tenía que ser ella. La veía con claridad: las manos de Ixta descansaban suavemente sobre su muy abultado vientre, llevaba el pelo negro recogido en una cola de caballo. Fruncía el ceño. Era la única persona de la sala que parecía no estar disfrutando de la obra en absoluto.

Ella y el propio Nelson, claro está. Ixta no lo llamó por su nombre, no lo saludó ni mostró señal alguna de reconocerlo. Solo estaba sentada observando.

Nelson se despertó con la perturbadora sensación de que muchos años lo separaban de los emocionantes días de su pasado. De la gira, de su vida anterior y del optimismo que alguna vez fue suyo. Aún era temprano, faltaba una hora para el amanecer, ese momento del día en que las dudas son más devastadoras y cuelgan pesadamente de tus huesos. Hacía frío en la habitación: con un poco más de luz, Nelson habría podido ver su propio aliento. No entendía bien por qué se sentía así, pero no había forma de negarlo. Esa mañana tuvo miedo de envejecer, y el tipo de vejez al que temía era uno muy específico. No tenía nada que ver con el número de años transcurridos desde el nacimiento. Temió la vejez prematura de las oportunidades perdidas. Encendió la lámpara junto a su cama, pero el foco lanzó un destello y se quemó de inmediato. En ese breve instante de luz, Nelson pudo distinguir los contornos de la desordenada escultura con la que compartía ese espacio glacial. Un monstruo, pensó, y se forzó a cerrar los ojos. Se sintió muy solo.

Se obligó a dormir de nuevo y esta vez no soñó.

Llegó la mañana, como siempre, y Nelson se preparó para la *performance* del día. Anotó en su diario el sueño que había tenido y puso en orden sus ideas. De las horas venideras debe haber esperado lo siguiente: unos momentos de tranquilidad sentado al sol con doña Anabel; una conversación chisporroteada, similar en ritmo y tono al chirriante balanceo de un viejo subibaja infantil. Un día como todos los demás, dando vueltas en su mismo sitio. En algún momento, saldría a dar un paseo, moviéndose por las calles como un fantasma. Nadie le hablaría a menos que él hablara primero. Nadie se le acercaría ni le preguntaría de dónde venía. Se presentaría como Rogelio, y nadie en T\_\_\_\_\_ lo cuestionaría. Algunos se encogerían de hombros como si ya lo supieran; otros asentirían con escepticismo. Unos cuantos incluso

sonreirían. No sonrisas cómplices o astutas, sino expresiones corrientes e inocentes de aprobación o satisfacción: por supuesto que eres Rogelio, parecerían estar diciendo. ¿Quién más podrías ser?

Cuando Nelson salió de su habitación, doña Anabel ya se había levantado y estaba sentada en su lugar habitual en el patio. Uno de los gatos, el atigrado de pelaje gris y negro, se había acurrucado a sus pies, en un espacio soleado. Al ver a Nelson, el gato bostezó y se estiró, y luego se retiró hacia la maleza crecida. Doña Anabel, por su parte, le sonrió, una sonrisa esperanzada, contenta, idéntica a la de todos y cada uno de los veinte días anteriores. Pero esa mañana fue diferente. Nelson no le sonrió, al menos no de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó doña Anabel cuando él se sentó.

—Nada, mamá —respondió.

Noelia los observaba desde la ventana de la cocina mientras limpiaba cosas del desayuno. Vio a Nelson sentarse al lado de doña Anabel y frotarse la parte posterior del cuello. Estuvo sentado un largo rato, sin hablar. Durante esa primera hora, ella entró y salió de la cocina varias veces, parte de su ráfaga habitual de actividad matutina; refregando, limpiando. Apenas terminó, empezó a ocuparse del almuerzo. Nelson no había vuelto a mencionar la idea de marcharse, no en los últimos dos días, y ella tenía la esperanza de que hubiera decidido quedarse, al menos un tiempo más. Lo echaría de menos cuando se hubiera marchado. A eso de las diez y media, se fue al mercado a comprar verduras, y dejó solos a Nelson y a su madre. «Tenían la cabeza inclinada y hablaban en susurros. Incluso vi a mi madre sonriendo, oí su risa y me pareció que todo estaba bien.»

Pero cuando regresó una hora más tarde, las cosas no estaban bien. Doña Anabel tenía el rostro lleno de ansiedad y los ojos enrojecidos. Nelson no estaba.

—¿Está todo bien? —preguntó Noelia—. ¿Dónde está Rogelio?

—Está empacando —dijo doña Anabel con desesperación.

—¿Está qué?

—Dice que se va. Que tiene que irse.

La anciana sacudió la cabeza y luego arrastró los pies como si fuera a levantarse.

—Quiero hablar con tu padre. ¿Está en la chacra?

Cuando narró los acontecimientos de ese día, Noelia hizo una pausa en este punto. Me dijo que había ciertas cosas que debía saber sobre su madre. El deterioro de doña Anabel había sobrevenido lentamente a lo

largo de muchos años, un proceso tan sutil que a veces uno se preguntaba si en verdad estaba ocurriendo. E incluso ahora, cuando ese deterioro era un hecho indiscutible, su mente cambiaba todo el tiempo: había días en que la anciana parecía completamente perdida, incapaz o reacia a conectarse con el mundo; pero luego, justo cuando uno empezaba a perder toda esperanza, se recuperaba. Como cuando la neblina se disipa. Podía tener un período de tres días o más en el que volvía a ser como antes. La estadía de Nelson en T\_\_\_\_\_ había coincidido con un período relativamente consistente. Aunque doña Anabel no estuvo particularmente perspicaz, tampoco estuvo perdida en los vericuetos de la confusión, y eso lo atribuía Noelia a la estabilizadora presencia de Nelson. Ese era el contexto, y ello en parte hizo aún más desconcertante la pregunta de doña Anabel en relación con su marido. Lo había mencionado escasamente en días anteriores, y cuando lo había hecho, él siempre estaba muerto.

Noelia respiró hondo.

—No, mamá. Papá no está en la chacra.

—¿Y Jaime?

—Está en San Jacinto.

—Entonces, ¿por qué no contesta el teléfono? —La anciana frunció el ceño—. ¿Quién le va a dar a este chico el dinero que necesita?

Doña Anabel se puso lentamente de pie.

—¿Adónde vas, mamá?

—Debo tener algo guardado en alguna parte —dijo doña Anabel.

Estaba de pie, gesticulando en dirección a la habitación donde dormía.

—Algo que le pueda dar.

—¡Siéntate, mamá! —gritó Noelia—. *Siéntate*, he dicho.

Doña Anabel la miró fijamente con sus grandes ojos.

—¡Siéntate! Ahora espera aquí.

Noelia llamó a Nelson. Estaba molesta. Quería una explicación. Se merecía una.

—¿Quién es Nelson? —preguntó su madre.

«Supe de inmediato que había cometido un error», me dijo Noelia después. Se volvió hacia su madre, trató de sonreír, pero era demasiado tarde.

—¿Quién es Nelson? —dijo la anciana otra vez—. ¿Por qué llamaste así a Rogelio?

Noelia se arrodilló delante de su madre. Doña Anabel respiraba con dificultad y estaba pálida y preocupada. Le temblaba la voz.

—Dijiste Nelson.

—Lo sé, mamá. Me equivoqué.

—¿Quién es ese Nelson?

—No es nadie. Ahora cálmate. Todo va a estar bien. —Noelia tomó las manos de su madre—. ¿Entiendes?

—Sí —susurró doña Anabel.

Noelia puso una mano en la mejilla de su madre y la mantuvo allí durante un momento, hasta que doña Anabel cerró los ojos.

—Quédate aquí —dijo.

Luego se levantó y se dirigió a la habitación donde Nelson había estado durmiendo las tres últimas semanas. No llamó, simplemente abrió la puerta, y lo encontró sentado en la cama plegable, con la espalda contra la pared. Tenía las piernas estiradas, apoyadas sobre su maletín ya empacado.

—¿Qué está pasando? —dijo Noelia.

Nelson no respondió. Le hizo un gesto para que se sentara en la cama, pero ella negó con la cabeza y se quedó de pie con los brazos cruzados, el rostro serio, impasible.

—Sabes bien lo que está pasando. Me quiero ir a casa. Eso es todo. Le dije que me iba. —Su voz revelaba un total agotamiento—. Le dije que tenía que ir a ver a Jaime. Me preguntó que para qué, y le dije que era por un asunto de dinero.

—¿Por qué confundirla de esa manera?

Nelson se puso muy serio.

—Nunca dejé de interpretar mi personaje.



—¿Estás seguro?

—No soy yo quien me acaba de llamar Nelson.

Noelia me dijo tiempo después:

—Tenía razón. Y no estoy molesta con él. No en verdad. Lo estuve en ese momento, pero ya no. Es que yo esperaba que las cosas fueran diferentes.

—¿Diferentes cómo? —le pregunté.

Se quedó pensando un momento.

—Quería que las cosas marcharan sin complicaciones. Quería que todo fluyera hasta el final. Y sobre todo, no quería que mi madre se alterara.

Entonces oyeron una voz —la de doña Anabel— que llamaba a Noelia.

—¿Sí, mamá?

Luego le dijo a Nelson:

—No te puedes ir así. Tienes que avisarle con anticipación. Prepararla. No es justo.

Una vez más, doña Anabel la llamó.

—Ya voy, mamá.

Nelson se levantó.

—Claro que es justo.

En ese instante se oyó un grito.

Nelson y Noelia corrieron al patio. Doña Anabel no se había alejado mucho de su asiento, solo unos cuantos pasos. Yacía en el suelo, con el rostro contra el sendero de piedra. No se movía.

—¡Mamá! —gritó Noelia.

Nelson reaccionó más rápido; corrió hasta llegar a su lado y vio que respiraba. La ayudó a darse la vuelta. Tenía el rostro cenizo, un corte justo por debajo de la línea del cabello y el primer esbozo de un chichón formándosele en la frente. Un hilillo de sangre le corría por la sien.

—¿Por qué me dejaron sola? —dijo.

Nelson la sostuvo delicadamente.

—No te hemos dejado sola. Hemos estado aquí todo el tiempo.

Doña Anabel sacudió la cabeza.

—Yo a usted no lo conozco.

Noelia, que se había quedado atrás, se acercó ahora a toda prisa.

—Rogelio —dijo—. Cruza al frente y busca a doña Hilda. Es enfermera.

Noelia sostuvo a su madre. Nelson dudó por un instante.

—Anda ya —dijo Noelia.

Él hizo lo que le dijeron.

Fui yo quien le abrió la puerta.

Yo había llegado esa mañana en el autobús de San Jacinto. Así comenzó mi participación directa en todo esto. No tenía planes definidos para mi visita: quedarme unas semanas, quizás, no más que eso, pasar tiempo con mis padres, ayudar a mi viejo a reparar el techo de su casa. Había traído conmigo un par de libros para leer, de esos extensos para los que nunca parecía tener tiempo en la ciudad y, en general, estaba decidido a pasarlo bien. A propósito de la reparación del techo, estaba francamente entusiasmado con la idea, algo que me sorprendía incluso a mí mismo. Me atraía la perspectiva de trabajar con mis manos, como lo había hecho mi padre durante toda su vida, y su padre antes que él. En los días previos a mi viaje al pueblo, debo haber sentido algo parecido a lo que sintió Nelson justo antes de que comenzara la gira: la intoxicante anticipación del cambio, el deseo de darle un giro a mi vida, aun cuando fuera leve y solo pasajero. Me habían despedido y estaba aburrido. Me aburrían mis amigos, mis rutinas. También el barrio donde vivía, con sus monótonas fachadas y su ruido constante. El implacable cielo gris de la ciudad me aburría infinitamente, y cada mañana, cuando salía a la calle, me imaginaba en cuclillas sobre el tejado de la casa de mis padres en T\_\_\_\_\_ luego de unas horas de trabajo (cuyos detalles me costaba mucho imaginar), mirando valle abajo o a las montañas, el cielo de un azul que parecía salido de un cómic, y sintiéndome muy bien conmigo mismo. Orgulloso. Hacía varios meses que no me había sentido así.

Ese día en que vino Nelson, parte de mí no podía creer que estuviera de nuevo en T\_\_\_\_\_. No había vuelto al pueblo en cinco o seis años. Todo estaba igual pero muy diferente a como yo lo recordaba, como si cada objeto de la casa de mi infancia hubiera sido reemplazado por una versión más pequeña y menos impresionante del mismo. Mi antiguo escondite, por ejemplo: el árbol del patio. Desde ese lugar había pasado muchas horas espiando a mis padres. Los vi discutir en ocasiones, pero durante una visita familiar a T\_\_\_\_\_ también los vi besarse. Tendría ocho o nueve años, y ningún gesto podría haber sido más impactante que ese. Toda demostración de cariño nos era escrupulosamente ocultada a los hijos, y verlos tocarse de una manera tan espontánea y natural me deslumbró. Mis recuerdos de ese momento son vívidos, casi como de película, pero ahora me doy cuenta de que el árbol no podía haberme mantenido oculto; era delgado y débil, con estrechas ramas nudosas y unas cuantas hojas ralas, adecuado para ocultar a un gato, pero no a un niño; y me vi obligado a considerar la posibilidad real de que mis padres se hubieran besado con pleno conocimiento de que yo los estaba observando.

En eso estaba pensando cuando llegó Nelson. Alguien tocó y mi madre me gritó desde la cocina para que abriera. Me dirigí a la puerta. Era flaco, de pelo castaño oscuro, ondulado y un poco crecido, con ojos

entornados que delataban una preocupación real. Era joven, más o menos de mi edad, lo cual podría no haber sido importante en cualquier otro contexto, pero sin duda sí en un lugar como T\_\_\_\_. Es probable que el día en que nos conocimos, Nelson y yo fuéramos los únicos dos hombres veinteañeros en todo el pueblo. Eric, el asistente del alcalde, era nuestro contemporáneo más cercano, y aún estaba en la secundaria. Nos miramos fijamente, ambos sin poder creer en la presencia del otro. Si no complicidad, hubo sí, por lo menos, curiosidad.

Pero todo lo que él dijo fue: «Hay problemas en la casa de al lado». Luego preguntó por mi madre. Noelia la necesitaba, dijo. Sin entender bien lo que ocurría, la llamé. Aunque le pedí que pasara, prefirió no hacerlo; y ya que yo no tenía nada que decir, le dije mi nombre. El desconocido hizo un gesto de asentimiento y se presentó como Rogelio.

Era una cuestión de hábito, supongo. No recuerdo si nos dimos la mano.

«Doña Anabel se cayó y se golpeó la cabeza», le dijo a mi madre cuando ella vino a la puerta; momentos después, los tres habíamos cruzado la calle y nos encontrábamos de pie en el patio. Esto es lo que recuerdo: doña Anabel sentada en el suelo, bajo la luz del sol, muy pequeña, muy frágil. Se había dejado caer entre los brazos de Noelia y al comienzo no pareció tener ningún dolor; sin embargo, de sus labios salía una descarga tal de palabras —nombres, frases incompletas, preguntas— que era claro que no estaba bien. Noelia trataba de calmarla, y la había limpiado lo mejor que pudo con la manga de su blusa, que estaba manchada de rosado por la sangre. La anciana tenía un chichón alarmante en la frente, que ella se tocaba con frecuencia, ligera y cuidadosamente.

—No te toques —le repetía Noelia una y otra vez—. Déjalo. Vas a estar bien.

Yo no estaba tan seguro de eso.

Mi madre corrió a su lado, y la expresión en el rostro de Noelia fue de alivio. Vi a mi madre en acción. Le pidió a doña Anabel que explicara lo que había sucedido. Luego, que siguiera su dedo con la mirada.

—¿Puede levantarse? —le preguntó mi madre—. ¿Puede mover los dedos de los pies?

Doña Anabel no contestó ninguna de las preguntas directamente. Siguió la trayectoria del dedo de mi madre hacia la izquierda y luego mantuvo allí la mirada, en el espacio vacío frente a ella.

Oí que mi madre suspiraba.

Mi madre y Noelia ayudaron a ponerse de pie a la frágil anciana. Les ofrecí mi ayuda, pero mi madre la rechazó con un gesto. La sujetaron con firmeza. La limpiaron. Doña Anabel tenía también un corte en el

codo y lo levantó para que lo examinaran. Vi cómo mi madre quitaba la suciedad de la herida y retiraba algunas piedrecitas que se habían pegado a la piel cortada.

Luego prácticamente la cargaron en vilo hasta su dormitorio.

Doña Anabel no se estaba muriendo, o al menos no me lo pareció a mí, pero sí estaba a punto de algo. Eso suena inexacto, lo sé, y tal vez carece de cierta precisión médica, pero lo que quiero decir es que incluso entonces, en los primeros momentos después de su caída, doña Anabel parecía estar oscilando entre dos estados de conciencia. Su voz se aceleraba y luego se apagaba, y luego cobraba velocidad otra vez; y ni mi madre ni Noelia, ni mucho menos la misma doña Anabel, podían controlarlo. La vi atravesar el patio sostenida por Noelia y por mi madre, y casi parecía flotar, sus pies apenas si tocaban el suelo. En un constante borboteo de palabras, llamaba a amigos y parientes, llamaba a Rogelio, a Jaime, a su esposo, y claramente estaba empezando a entrar en pánico.

Nuestras miradas se cruzaron cuando pasó a mi lado.

—¿Dónde están todos? —preguntó, pero no le respondí.

Noelia y mi madre llevaron a la anciana al interior, y Nelson y yo nos apretujamos adentro también. Momentos después, mi madre anunció que temía que doña Anabel hubiera sufrido una conmoción cerebral. Tendríamos que observarla cuidadosamente en las próximas horas. Había peligro de una inflamación del cerebro, y como nadie había visto su caída, no teníamos forma de saber cuán grave había sido.

Yo no quería estar allí. No quería oír nada de eso. Ver a doña Anabel desató algo en mi interior; me sentí como un niño súbitamente consciente de su desnudez, nada preparado para enfrentarla, avergonzado. No debo estar aquí, pensé, y de algún modo, esa emoción no me pareció egoísta en ese momento, aunque ahora me doy cuenta de que sí lo era. En realidad no estaba respetando la privacidad de doña Anabel sino más bien protegiéndome a mí mismo de algo a lo que instintivamente tenía miedo. También me quedaba claro que el joven parado junto a mí sentía lo mismo. Afuera, la tierra resplandecía bajo un maravilloso cielo andino, pero desde el rincón de su habitación, doña Anabel, encogiéndose más cada minuto, solo exudaba oscuridad. Era como estar parado en la boca de una cueva profunda y congelarse con su aliento fresco.

Mi madre y doña Anabel hablaron en susurros durante un momento, la anciana negando con la cabeza una y otra vez. Luego, con una voz sorprendentemente fuerte, preguntó por Rogelio. Me volví hacia Nelson (aunque para mí ese aún no era su nombre), quien mantenía la mirada baja y sus inquietas manos temporalmente inmóviles, metidas en los bolsillos de sus *jeans*. Dio un paso corto y lento hacia delante, luego retrocedió y, en seguida, sin decir palabra, dio media vuelta y salió de la

habitación. Aun ahora, ese gesto me sigue pareciendo muy cruel. Miré a doña Anabel, luego a mi madre y después a Noelia, quien se encogió de hombros. No tenía nada más que hacer allí, así que fui detrás de él.

Encontré a Nelson caminando nerviosamente en el patio, alternando la mirada primero a sus pies y luego al cielo. Me senté junto a la pared, aliviado por el hecho de estar fuera, y observé a este inquieto desconocido, cuya teatral demostración de ansiedad me relevó de la necesidad de mostrar la mía. Había en ella algo muy genuino y, al mismo tiempo, exagerado. Le pregunté qué había pasado, y Nelson frunció el ceño.

—No me llamo Rogelio —dijo.

—¿Entonces cómo?

—Nelson —respondió, y luego se disculpó por haberme mentado.

Le dije que no importaba.

—¿Vives aquí? —me preguntó—. No te he visto antes.

—Estoy de visita. Mi madre vive cruzando la calle. Pero eso ya lo sabías.

—Ese es mi cuarto —dijo, señalando con un brazo a medio levantar la habitación donde dormía—. Llevo aquí tres semanas. Casi.

Luego sacudió la cabeza, como si la sola idea de estas últimas tres semanas lo agitara.

—¿Eres de la ciudad? —le pregunté, aunque sabía la respuesta con solo mirarlo.

—Sí.

Y luego, por alguna razón, le pregunté si le gustaba nuestro pueblo.

Sonrió débilmente y luego se encogió de hombros.

—Es muy bonito —dijo, que era lo que yo había esperado que dijera. Luego continuó—: Lo que no puedo entender es qué hace la gente para divertirse aquí.

Era un comentario extraño. Tal vez tan extraño y fuera de lugar como mi pregunta. La maltrecha doña Anabel desvariaba a solo unos pasos de nosotros, y súbitamente Nelson puso una cara entretenida, como si la idea de diversión recién se le hubiera ocurrido, como si esa fuera su queja —la falta de diversión— y no la terrible escena que se desataba en la otra habitación.

—¿Es eso lo que no puedes entender?

Dejó escapar una risa nerviosa. Y por ese detalle, me cayó bien.

—Entre otras cosas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Nelson se encogió de hombros.

—¿Sabes qué? Ya no me acuerdo.

—¿Es tu abuela? —le pregunté.

Honestamente yo no tenía ni idea de cuál podría ser su relación.

Él negó con la cabeza, pero no dijo más.

Mi impresión sobre él, en esos primeros momentos que pasamos juntos, fue la de alguien que había perdido el rumbo. Parecía vacilante, inseguro de sí mismo. No mostró el más mínimo interés en mi presencia. Yo podría haber sido cualquier persona. El sol me caía en los ojos, y cuando miraba a Nelson parecía que la luz se lo estaba tragando.

—¿Saben los tuyos que estás aquí? —le pregunté.

—Ixta sí —me dijo.

—¿Quién?

—Mi chica.

El nombre me impactó. Nunca había conocido a nadie que se llamara así. De hecho, nunca había oído siquiera ese nombre.

Fue entonces que Noelia sacó la cabeza fuera de la habitación donde doña Anabel languidecía. Tenía una mirada de preocupación.

—Anda a la tienda —dijo—. Pídele a Segura agua oxigenada, aspirinas y vendas.

Nelson asintió, pero no se movió hacia la puerta.

—Y trata de comunicarte con Jaime. Segura tiene el número.

Noelia frunció el ceño al verme, al percibir mi innecesaria presencia. Ni siquiera nos habíamos saludado.

—Anda con él.

Éramos dos jóvenes a quienes estaban alejando de una crisis. Nos habían enviado a hacer un recado, como niños. Yo estaba feliz de que me dejaran ir.

Salvo por la caminata de esa mañana a la casa de mis padres, esta excursión con Nelson era la primera vez en muchos años que recorría las calles de T\_\_\_\_. Siempre recordaba incorrectamente el lugar. El árbol raquítico del patio no era más que un síntoma de una enfermedad mucho más grave. En mi cabeza, la iglesia cerrada siempre había estado abierta; la polvorienta y descuidada plaza había estado siempre limpia y ordenada. Era un pueblo donde en vez de morir, la gente desaparecía muy lentamente, como una fotografía que se desdibuja con el tiempo. Y allí estaba yo de nuevo.

El autobús en el que había llegado esa mañana seguía estacionado en la plaza, preparándose para su viaje de regreso a San Jacinto. Algunos lugareños daban vueltas alrededor de su puerta abierta. Subían el equipaje a la bodega, lo reacomodaban, hacían espacio y metían a la fuerza algunos bultos más. Los buses como ese nunca estaban llenos. Partían medio vacíos y recogían pasajeros en el camino, tantos como pudieran entrar. Nelson miraba en dirección al autobús. Yo debí haber dicho algo acerca de que T\_\_\_\_ no era como lo recordaba. Toda la mañana había estado examinando diferentes versiones de tan trivial observación.

—¿Cómo era antes? —preguntó Nelson, mostrando algo que parecía ser curiosidad genuina.

—Más grande —le dije, aunque esa no era precisamente la palabra correcta.

Recordé mi infancia, a la sombra de esas montañas, bajo ese cielo, y esa fue la única palabra que se me ocurrió.

—La infancia de todos parece más grande a la distancia —dijo Nelson.

Segura nos saludó con amabilidad a ambos, incluso a mí, aunque no me había visto en años. Nelson no se anduvo con rodeos: agua oxigenada, aspirinas y vendas. Segura negó tristemente con la cabeza.

—Vendas tengo —dijo—. Y aspirinas. ¿Cuántas necesitas?

Nelson levantó la mano con los dedos extendidos y Segura destapó una botella polvorienta y dejó caer con cuidado cinco pastillas en un sobrecito.

—¿Algo más?

—Tengo que hacer una llamada.



Segura sacó el teléfono de debajo del mostrador. Nelson escribió un número en el cuaderno rojo del bodeguero, mientras el anciano empleaba un largo rato y considerable energía en desenredar el cable. Cuando concluyó esta tarea, se inclinó sobre el aparato y levantó el auricular, presionándolo con cuidado contra su oreja.

—Hay una buena conexión hoy.

Nelson asintió:

—Por el buen tiempo, supongo.

—Gracias a Dios —respondió Segura. Echó un vistazo al papel y luego al teléfono, antes de presionar lentamente los números, como si estuviera eligiendo sus favoritos.

Mientras tanto, tuve tiempo de mirar a mi alrededor: el tiempo suficiente para ver las motas de polvo que flotaban en un rayo de luz, para probar el efecto de mi peso en diversas secciones del retorcido y chirriante piso de madera, para notar que los anaqueles vacíos de la tienda mostraban un solo artículo de cada producto —una barra de jabón, una caja de fideos, una botella de Coca-Cola—, como si no estuvieran allí para ser vendidos, sino conservados como recordatorios visuales de alguna forma de vida ya extinta.

—¡Está timbrando! —anunció el anciano bodeguero con una voz animada que sonó fuera de lugar en su tienda sombría.

Salí de allí y me senté en la vereda, cerrando los ojos frente al sol de comienzo de la tarde. Oía a Nelson hablando en el interior, el murmullo a veces fuerte y a veces decreciente de su voz, pero no hice ningún esfuerzo por tratar de entender lo que decía. En todo caso, yo no entendía bien lo que estaba ocurriendo, y sentía que todo ello apenas si tenía alguna ligera conexión conmigo. Había una anciana frágil y herida, una vecina de mis padres, eso lo sabía; y estaba este desconocido, cuya condición de forastero en T\_\_\_\_\_ lo hacía identificable. Más allá de eso, no había nada, solo la ordinaria confusión que siente un joven al verse confrontado con su lugar de nacimiento. Mis padres empezaban a acercarse a la vejez, y si bien habían vuelto a casa para sentirse cómodos, una parte de mí sabía que también habían vuelto a casa para morir. No ahora, ni pronto tal vez, pero tarde o temprano. La piel amarillenta y los ojos inyectados en sangre de doña Anabel me lo habían dejado claro. La forma en que mi madre había corrido para llegar a su lado solamente lo confirmaba. Hubiera preferido no tener que pensar en todo eso, y por ello, cuando sentí una palmadita en la cabeza, agradecí la interrupción. Era Segura, que me sonreía y, no sin esfuerzo, se sentaba en la vereda, colocando una mano sobre mi hombro para mantener el equilibrio. Cuando estuvo sentado y cómodo, extendió hacia delante sus piernas cortas, apuntando al cielo con los

dedos, y dejó escapar un largo suspiro de satisfacción. Luego levantó el borde de su gorra y dejó que el sol le cayera en el rostro.

—Me gusta darles a mis clientes algo de privacidad —me dijo con un guiño.

Asentí, no porque estuviera de acuerdo con lo que dijo, o porque me pareciera divertido, ni siquiera porque comprendiera realmente lo que estaba pasando; asentí porque toda mi vida me habían entrenado para estar de acuerdo con mis mayores. Si a veces lo olvidaba en la ciudad, volvió todo a mí en un instante estando en T\_\_\_\_\_.

El bodeguero no esperó mi respuesta.

—Tú eres el chico Solís, ¿cierto?

—Sí —le dije.

—Viniste a ayudar a tu viejo con el techo, supongo.

Asentí, no sorprendido en lo absoluto de que supiera de mis asuntos.

—Eres un buen chico. —Hizo una pausa—. Y Rogelio, ¿es tu amigo?

Y de nuevo, por respeto, asentí.

—Es mi vecino —dije, notando que el nombre del desconocido había vuelto a cambiar.

—Él para siempre por aquí, siempre haciendo llamadas. Su hermano va a tener que pagar una cuenta bien grande cuando regrese.

Luego Segura juntó las manos ante esta posibilidad, un gesto no tanto de codicia como de ansiedad. Me di cuenta rápidamente de que ese dinero caído del cielo ya había sido gastado. Para que no lo malinterpretara, el anciano comenzó a explicarme en detalle cómo había bajado el negocio desde mi última visita. Lo escuché respetuosamente, y cuando me pareció el momento oportuno, le dije que doña Anabel no se encontraba bien. Las vendas y las aspirinas eran para ella.

—Hace muchos años que no está bien.

—Esto es diferente. Se cayó.

Segura negó con la cabeza.

—A su edad eso puede ser muy peligroso.

Justo en ese instante, Nelson salió de la tienda. Se quedó parado en el umbral, entornando los ojos por el sol. El bodeguero y yo nos volvimos a mirarlo.

—No pude comunicarme —anunció.

Segura le echó una mirada incrédula.

—Qué raro.

—Sucede.

—¿Quieres que marque de nuevo?

Nelson negó con la cabeza.

—¿Solo las vendas y las aspirinas, entonces?

—Sí —dijo Nelson—. Anótelas.

Para entonces, la actividad alrededor del autobús ya casi había cesado por completo, los últimos pasajeros estaban subiendo. Una brisa ligera dispersó unas hojas por la plaza, y el chofer hizo sonar la bocina dos veces para anunciar su inminente partida. El sonido retumbó en todo el pueblo como si fuera un disparo. Algunas cabezas se asomaron por las ventanas; un perro que dormía se incorporó sobresaltado y miró hacia el autobús.

Nelson también se volvió a mirar. Tenía la espalda y los hombros erguidos, y desde donde yo estaba sentado, se veía casi estatuario. El autobús se puso en marcha y dio la vuelta lentamente a la plaza en dirección a nosotros. Sin decir una palabra, Nelson caminó hacia la calle y bloqueó su avance. Todo sucedió muy despacio. Había algo robótico en sus movimientos, como si una fuerza invisible e irresistible lo estuviera arrastrando. Extendió el brazo y el autobús redujo la velocidad hasta detenerse por completo. La puerta se abrió. Nelson me miró una última vez y luego subió a bordo.

**CUATRO**

Una semana más tarde, en una fría tarde de mediados de julio en la ciudad, alguien llamó a la puerta del Olímpico. Hacía casi un mes que el timbre no funcionaba y Patalarga se había acostumbrado a largos períodos sin interrupciones; así pues, durante varios minutos siguió dedicado a su trabajo, casi totalmente ajeno al sonido de la entrada.

¿Y cuál era *su trabajo* ?

Desde su regreso de la gira, ya no estaba claro. La magnitud de la tarea que afrontaba, la restauración del Olímpico, era, en verdad, abrumadora; y el teatro no era lo único que necesitaba recuperarse. Patalarga siempre había sido propenso a crisis de tristeza, pero la intensidad de ese sentimiento era ahora algo completamente nuevo.

Cuando finalmente se dirigió a la puerta, se encontró con Nelson, temblando. El invierno había llegado a la costa con su habitual crueldad; el cielo descolorido, la húmeda brisa marina; y todo ello se veía reflejado en los ojos casi cerrados de la gente que caminaba por la vereda como empujando un peso imposible, totalmente indiferentes al reencuentro de los dos amigos. En vez de una bienvenida, las calles de la ciudad ofrecían justo lo contrario; y Nelson no parecía estar preparado en absoluto para su regreso a casa. Físicamente estaba hecho un desastre. Tenía puesta la misma ropa que llevaba cuando subió al autobús en T \_\_\_\_\_. Y también estaba claro que espiritualmente se encontraba en otro sitio. Se le notaba en la mirada.

«Parecía como si no hubiera dormido en un mes —dijo Patalarga—. Como si realmente no hubiera dormido desde que lo dejamos.»

O tal vez: como si hubiera caminado desde la estación de autobuses, atravesando la mitad de la ciudad. O más exactamente aún: como si hubiera viajado durante una semana con el poco dinero que llevaba en el bolsillo aquella tarde en T \_\_\_\_\_.; como si hubiera sobrevivido durante días y recorrido cientos de kilómetros regateando o pidiendo que lo llevaran en pueblitos de provincia, viajando en silencio, sufriendo el frío y los mareos producidos por la altura; como si en ese lapso se hubiera acostumbrado al silencio de fuera y a su tormenta dentro. Miedo. Como si en esos días se hubiera cansado de explicar su situación a desconocidos y hubiera empezado a hacer todo lo posible para volverse invisible. Como si hubiera gastado hacia la mitad del viaje todo el dinero que tenía y desde entonces solo hubiera comido lo que le ofrecía alguna que otra familia generosa y compadecida: una lata de nueces y una taza de jugo un día, medio mango y una Coca-Cola el siguiente. La evidencia de esas comidas se podía ver en su camiseta, que no había tenido oportunidad de lavar. No llevaba chaqueta ni se había afeitado. Tenía el

cabello crecido y más rebelde de lo normal. Pero, aun así, había cierta excitación en su agotamiento, algo que Patalarga reconoció de inmediato: Nelson no estaba feliz ni libre de preocupaciones, ni siquiera optimista, pero parecía liberado.

«Le pregunté cómo había llegado hasta aquí y se echó a reír. “Por el camino más largo”, me dijo.»

Una vez dentro del teatro, Patalarga se ocupó de las necesidades más inmediatas de Nelson. Le prestó una camisa limpia y una chompa, le preparó algo de comer y puso a hervir una tetera de agua. Pocos minutos después, ambos estaban sentados en el foso de la orquesta, tomando té y contemplando el escenario vacío donde se habían conocido apenas unos meses antes.

Mientras Nelson comía, Patalarga fue el que más habló. No le importaba hacerlo. Se había sentido muy solo desde el abrupto final de la gira, y la transición de vuelta a casa había sido más difícil de lo que él hubiera esperado. Sucede que a Patalarga le gustaba irse de gira; que a su esposa Diana no le importaba pasar largos días sin él; y que ella había decidido, en su ausencia, que sí quería tener hijos después de todo. Este último punto se encontraba ahora en el centro de todos sus desacuerdos: si discutían sobre los platos sucios o sobre la ropa por lavar, sobre las cuentas pendientes sobre el carro, sobre su familia o sobre su trabajo, sobre qué película ver o qué preparar para la cena, Patalarga entendía que en realidad estaban discutiendo sobre ese otro y más mortificante tema. Era agotador. Ella se sentía decepcionada con su vida y, por extensión, también con Patalarga. «Si mueres, yo no tendré nada», le dijo una noche, y él cometió el error de responder: «Tendrás el Olímpico». Esa noche, por mutuo acuerdo, él salió de la casa y desde entonces dormía en el teatro. Seis noches hasta ese momento. Patalarga se sentía avergonzado. La extrañaba. Lo único que le impedía volver a casa era su orgullo, eso lo tenía muy claro. Pero no hay nada que un hombre pueda hacer frente a su propio orgullo.

—¿No me dijiste que un hijo es siempre una buena noticia? —preguntó Nelson.

—En sentido abstracto.

—¿No quieres uno?

—¿Dónde lo pondríamos? —dijo Patalarga encogiéndose de hombros.

Nelson comió un sencillo tentempié (un par de panes, cada uno adornado con un poco de palta y una tajada de queso), tomó su té a sorbos y escuchó a su amigo sin juzgarlo. O sin que pareciera que lo estaba juzgando, que es igualmente importante. Patalarga seguía hablando, y de cuando en cuando Nelson cerraba los ojos como si estuviera profundamente concentrado. La mayor parte del tiempo,

guardaba silencio. Pensando. Procesando. Según Patalarga, parecía «un hombre flotando dentro de un sueño».

Cuando Nelson terminó el último bocado, se levantó, dejó su plato vacío en equilibrio sobre el brazo de la butaca y caminó hacia el escenario. A mitad del pasillo se detuvo, puso las manos en las caderas y recorrió con la mirada el escenario de un lado a otro. Esa es la imagen que Patalarga recuerda más vívidamente de aquel día: Nelson, con los brazos en la cintura, su delgada silueta enmarcada por las cortinas del teatro en ruinas.

«Le pregunté lo que yo tenía en la cabeza, la única pregunta que se me ocurrió», me dijo Patalarga después.

Que era la siguiente:

—¿Estás en problemas?

La voz de Nelson se proyectó bien hasta donde él se encontraba.

—Sí. Creo que sí.

Patalarga se acercó a su amigo. Caminaron juntos hacia las primeras filas de asientos y una vez allí Nelson trepó al escenario y se sentó, como lo había hecho Henry el día del primer ensayo: en el mismo lugar, de hecho, con los pies colgando del borde, exactamente como Henry. Pero, a diferencia de Henry, Nelson dejó que sus pies se balancearan, casi juguetonamente, y sus talones golpearon un par de veces el hueco escenario de madera. El sonido retumbó como un bombo gigantesco en el teatro vacío.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Patalarga.

Nelson movió la cabeza de un lado a otro.

—Ese es el punto. En verdad no lo sé. La anciana sufrió una caída. El último día, justo antes de que me fuera, se cayó y se golpeó la cabeza.

—¿Y?

Nelson se encogió de hombros.

—En un comienzo no pareció ser nada muy serio. Pero luego sí. Era como si estuviera haciéndose pedazos.

—¿Y te fuiste?

—Sí —dijo, con un rojo intenso asomando a sus mejillas—. Eso fue hace una semana.

Ahora Nelson tenía prisa. Cada día contaba. Ixta seguía adelante con su vida. Una semana en T\_\_\_\_\_ no le había parecido una mala idea, doce días eran algo factible, pero mientras más se prolongaba el asunto, peor se ponían las cosas. Comenzó describiendo las interminables horas pasadas en T\_\_\_\_\_, sus deprimentes rutinas. Había algo intrínsecamente triste en ese lugar, le dijo. El reto no era actuar, era mantenerse en foco. Luchar contra el aburrimiento. Mantener a raya la melancolía, que era casi como un compuesto químico. Algo que flotaba en el aire. Por las mañanas, hasta era posible olerla.

—Es el olor del humo de la leña —dijo Patalarga.

Nelson negó con la cabeza.

—Era una cárcel.

—Pregúntale a Henry qué piensa de eso. ¿Y qué hay de Jaime?

—Prometió volver con mi dinero, pero nunca lo hizo. —Nelson dejó escapar un suspiro—. ¿Cuánto tiempo se supone que debía esperar?

«¿Y qué pensaste tú cuando te contó todo eso?», le pregunté a Patalarga.

Eso fue meses más tarde, durante nuestra última entrevista. Nos sentamos en el Olímpico, el cual, aun en su estado ruinoso, mantenía una belleza majestuosa; compartimos historias sobre Nelson, un joven con el que yo no había pasado más de una hora pero al que casi había llegado a sentir como una versión de mí mismo. Para aquel entonces, a nadie le parecía ya que nuestra relación fuera algo extraño. Ni siquiera a mí.

«Entendí por qué se había marchado, pero me imaginaba a mi propia madre, cayéndose de esa manera. No debió haberse ido así, y se lo dije. Debí haber esperado a ver si ella estaba bien.»

Fue lo mismo que pensamos todos en T\_\_\_\_\_. De hecho, fui yo quien tuvo que explicar lo sucedido. En primer lugar, a Noelia y a mi madre; luego todo el mundo quiso saber: ¿qué había dicho antes de abordar el autobús? ¿Cómo se le veía? ¿Molesto, esperanzado, furioso? Tras la muerte de doña Anabel comenzaron las historias: que le había robado a la anciana. Que la había matado. Que Noelia se había enamorado de él. En las semanas que siguieron a la desaparición de Nelson, me pidieron a mí —¡justamente a mí!— que confirmara o desmintiera esas teorías. ¿Cuántas veces dije que apenas si lo conocía? ¿Que recién acababa de conocerlo? Incluso Jaime, cuando finalmente llegó al pueblo, me obligó a responder las mismas preguntas.

Nada de eso le importaba a Nelson.



—Vine por Ixta —le explicó a Patalarga esa primera noche en el Olímpico.

Sobra decir que esa respuesta no habría dejado satisfecho a nadie en T\_\_\_\_\_.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Patalarga.

Nelson no tenía un plan, solo una sensación de urgencia, casi insoportable, en el pecho. Había pasado varios días alejándose de ese pueblo, recorriendo de vuelta la azarosa ruta de Diciembre hacia la costa, y durante todo ese tiempo su único objetivo había sido liberarse de esa presión que le pesaba en el alma.

—Necesito verla —le dijo a Patalarga.

—¿Y qué tal si ella no quiere verte? —preguntó Patalarga. Pensaba sombríamente en su propia esposa.

Nelson frunció el ceño.

—Pero sí quiere.

De la semana que duró el viaje de Nelson sabemos lo siguiente: luego de unos cuantos días de recorrido, logró hablar con Ixta desde un pueblito llamado La Merced. Incluso es posible (aunque esto no ha sido confirmado) que usara el último dinero que le quedaba para pagar esa frustrante conversación de tres minutos. Ixta no recuerda mucho de ella («A estas alturas, ¿qué importa?», me dijo cuando le pregunté), excepto que Nelson le repitió lo que ya le había dicho desde la tienda de Segura en su último día en T\_\_\_\_\_. Que estaba yendo a verla. Que ella debía esperarlo. Todo eso, una vez más, con un tono de voz cargado de esperanza y ansiedad. Rogando, se podría decir. Y si Ixta le dio la impresión de que sí quería volver a verlo, «Bueno, no fue mi intención — me dijo—. No debí haberlo hecho. Pero él fue muy insistente. Y sí, meloso también. Yo me sentía sola, tú lo entiendes».

—¿Irás a tocarle la puerta? —dijo Patalarga—. ¿Así de sencillo?

Nelson asintió.

Patalarga no le discutió: de hecho, pensó que quizás esa era la única manera de resolver las cosas. Pero tras escuchar la historia de cómo fue la partida de Nelson del pueblo, tenía otra preocupación ligeramente distinta:

—¿Y qué pasa si la anciana no sobrevivió? ¿Cómo crees que reaccionará Jaime?

Nelson se quedó en silencio.

—Enviaré a alguien a buscarte, ¿no?

—Tiene mi dirección. Se quedó con mi documento de identidad. Por eso prefiero quedarme aquí. Si te parece.

Esa primera noche durmieron sobre el escenario del Olímpico, cuyo techo les parecía tan alto que sentían como si estuvieran acampando bajo un cielo oscuro e infinito. Allí estaban a salvo, razonaron. Intercambiaron algunas apresuradas pero reconfortantes metáforas: el teatro era un viejo galeón a la deriva en el océano, o una cueva oculta en las profundidades de la tierra, o un búnker que acogía a dos guerreros viejos y canosos, los últimos integrantes del que alguna vez fue un gran ejército, ahora contemplando una derrota inminente. Se rieron bastante. Resolvieron el misterio del tambaleante matrimonio de Patalarga. Recordaron a Henry usando el tono de voz habitualmente reservado para un hombre fallecido. Nelson no podía creer que sus dos amigos hubieran dejado de hablarse. Los había considerado casi como una unidad indivisible.

Patalarga también lo había pensado.

—Ya se le pasará —dijo, sin realmente creerlo, y Nelson asintió cortésmente.

Hablaron durante horas. Nelson le describió la terrible mañana de la caída de doña Anabel, que para él fue el lógico final de su estancia en T\_\_\_\_. No se sentía culpable, solo aliviado de haberse marchado.

—Una semana más en ese lugar y habría hecho caer a la anciana yo mismo.

Ambos se rieron, luego se quedaron en silencio durante un rato, hasta que Nelson dijo:

—Nunca debí haber salido de gira, ¿sabes?

—Eso es lo que me dijo Henry en el viaje de regreso.

—Si nunca hubiera salido de la ciudad, ahora estaría con Ixta.

«Le dije que uno nunca puede saber esas cosas. —Patalarga suspiró—. La gente cree lo que quiere creer.»

Es un hecho.

Cuando Patalarga se despertó al día siguiente, Nelson ya se había marchado.

Esa mañana, en la quietud del teatro vacío, Patalarga intentó nuevamente comunicarse con Henry. Se dijo entonces (como en cada

ocasión anterior) que lo hacía por su viejo amigo, que insistía por un sentido de lealtad, pero más adelante admitió que sus motivos eran más egoístas. A Patalarga tampoco le estaba yendo bien. Tenía cuarenta años, se había separado de su esposa, dormía en el escenario de un teatro abandonado. La crudeza de su propia situación le dejó claro que no podía darse el lujo de renunciar a amigos como Henry.

Las pocas conversaciones que habían tenido en las tres semanas transcurridas desde el final de la gira habían sido breves y poco satisfactorias. En esta oportunidad no sería diferente. El teléfono sonó por lo que le pareció un tiempo interminable, pero él simplemente lo dejó sonar. Un minuto, y luego otro. No tenía ninguna expectativa real. Cuando Henry al final contestó, su «Aló» sonó forzado, apenas algo más que un susurro; luego se disculpó, carraspeó y trató de nuevo. Esta vez le salió mejor. Patalarga se rio para sus adentros. Henry estaba actuando. No respondía ninguna pregunta, solo completaba los enunciados que Patalarga iniciaba:

—Entonces ¿estás...?

—Bien.

—¿Ocupado con...?

—Mi chamba.

—¿Te sientes más o menos...?

—Tranquilo.

Hablaron de esta manera no más de tres minutos, lapso durante el cual Patalarga le dio la noticia más pertinente, que Nelson había vuelto.

—¿Y esta noticia te parece...?

—Buena —dijo Henry.

Patalarga suspiró.

—Estamos en el Olímpico, por si quieres venir a vernos.

Henry no dijo ni sí ni no; y la conversación, recuerda Patalarga, más que terminar, se les escabulló: como un pequeño globo atado a un cordel deslizándose entre los dedos de un niño. En su imagen mental, Patalarga lo vio flotar hacia el cielo y desaparecer. «En cierto momento, me di cuenta de que no estaba hablando con nadie. Me reí para mis adentros y colgué.»

Y después, se sentó un instante en el oscuro teatro, tratando de armarse de valor para llamar a su esposa y disculparse.

En cuanto a Nelson, se despertó antes del amanecer, se duchó, se afeitó y salió del Olímpico lleno de esperanzas. Había dormido muy poco, pero una vez en la calle sintió solo energía. El tráfico de la mañana estaba revitalizándose en esa obstinada negativa de la ciudad a capitular frente a otro sombrío día de invierno. Y Nelson tampoco se iba a dar por vencido. Él también lucharía. Esa presión en el pecho, que había venido sintiendo por una semana o más, aún seguía allí; había llegado a pensar que era parte de él. Caminó en dirección a la oficina de Ixta, y a eso de las siete, ni siquiera aún a mitad de camino, entró a un café lleno de gente. No tenía hambre; solo quería ver de cerca a los hombres y mujeres allí reunidos. Todos y cada uno de ellos eran ruidosos, impetuosos y toscos; y fue precisamente su rudeza la que le recordó lo que más extrañaba de la ciudad. Los amaba, amaba el sonido de su risa, cómo bromeaban molestándose unos a otros. Contaban chistes vulgares mientras tomaban sorbos de café, agitaban sus periódicos doblados para enfatizar la validez de sus argumentos. Maldecían a los políticos, se burlaban de las celebridades, gruñían quejándose de sus familias. El lugar estaba tan atestado que nadie se acercó a tomarle la orden, de modo que permaneció de pie en un rincón, contento con observar toda la acción en silencio. Cuando se hizo demasiado para él, cerró los ojos y simplemente se dedicó a oler el lugar: el fuerte aroma del café y la leche humeante, el pan recién horneado y las salchichas. Abrió de nuevo los ojos y contempló la extensión de la larga barra de madera; el brillo de la baranda de metal pulido que llevaba al comedor del segundo piso; y las pinturas al óleo en las paredes, lienzos heroicos pintados por artistas que habían muerto cuando su padre aún era un niño en uniforme escolar.

Sabemos que Nelson se detuvo en ese lugar porque dio la casualidad de que se encontró con un tío suyo: Ramiro, casado durante dos décadas con Astrid, la hermana de Mónica. Él era un cliente habitual de ese restaurante desde 1984, y para aquel entonces su café matutino era el momento culminante de su día. No había visto a su sobrino en más de un año, y el joven estaba tan cambiado que Ramiro ni siquiera lo reconoció al principio. Apenas se dio cuenta de quién era, se acercó a donde estaba, movido en parte por curiosidad y en parte por obligación familiar (Ramiro era un hombre muy correcto), y le dio a Nelson un abrazo entusiasta. Su breve conversación transcurrió así:

TÍO RAMIRO: ¡Sobrino!

NELSON: ...

TÍO RAMIRO: ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo volviste?

NELSON: ...

TÍO RAMIRO: ¿Qué tal la gira?

NELSON: ...

Y así durante varios interminables minutos. Nelson respondió con una mirada en blanco todas las preguntas excepto una. Ramiro le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Voy a ser papá —dijo Nelson.

Ramiro sonrió amablemente, con un toque de condescendencia, como si tal cosa fuera inconcebible.

—Me parece maravilloso.

La conversación había terminado; la mirada fija de Nelson lo ponía nervioso.

Una hora más tarde, Ramiro estaba al teléfono, contándole a su esposa que Nelson debía de tener problemas con las drogas. Omitió mencionar la paternidad inminente de su sobrino, algo en lo que él simplemente escogió no creer. Astrid transmitió diligentemente el mensaje de preocupación de Ramiro a su hermana, quien tomó la noticia relativamente bien. Ella sabía que su hijo no consumía drogas, pero tampoco pudo evitar preocuparse. ¿Por qué no la había llamado para decirle que había vuelto? A media mañana, Mónica prácticamente había renunciado a hacer su trabajo de aquel día. Les dijo a sus colegas que no se sentía bien, lo cual era cierto, y se fue directamente a casa a esperar a su hijo.

Atravesó la ciudad en un taxi, pensando en Nelson.

Le pagó al chofer con dos billetes que sacó de su bolso y se olvidó del vuelto, pensando en Nelson.

Abrió la puerta de su casa vacía, pensando en Nelson.

Cuando Mónica recibió la llamada de su hermana, su hijo se encontraba de pie frente a Ixta, en la recepción de la pequeña pero no desagradable oficina de un productor de documentales, una renovada casa de huéspedes reformada anexa a su residencia palaciega en el distrito de Monumento. Aunque Ixta no recuerda específicamente haberle contado a Nelson acerca de su trabajo, asume que debió ser así. De ninguna otra manera se explica que él hubiera podido encontrar la oficina, oculta en una calle lateral de la que ella misma nunca había oído hablar hasta que comenzó a trabajar allí. Ese era un nuevo empleo, así como todo lo que tenía que ver con su vida en aquellos días era nuevo: su cuerpo, su hogar, sus ideas sobre el futuro. Cuando le pedí a Ixta que describiera su trabajo, arrugó la cara en una mueca. «No hacía nada —me dijo—. Era una tontería.»

Trabajaba para un hombre cuya vanidad y autoimagen exigían la contratación de una secretaria. En términos estrictos, había muy poco

que hacer: alguna ocasional llamada telefónica que contestar, alguna cita que anotar de vez en cuando. Su empleador, el cineasta, había ganado un premio internacional ocho o nueve años atrás por un documental que denunciaba el programa de esterilizaciones forzadas instaurado por el gobierno durante la guerra. Al igual que muchos otros documentales premiados, había sido reconocido por su contenido lúgubre y escandaloso, y no por el filme en sí, que era mediocre. El director no entendía por qué su carrera se había estancado desde entonces. Su reputación, por pequeña que fuera, dependía de ese premio, que estaba perdiendo rápidamente su brillo; en consecuencia, todo lo que ese hombre hacía (y, por extensión, todo lo que Ixta hacía) tenía por objeto contener su inminente e inevitable caída en el olvido. Había un problema: nadie se preocupaba más por los derechos humanos, ni en el país ni en el extranjero. Se preocupaban por el crecimiento económico, esperado y celebrado en todos los diarios, invocado por burócratas entusiastas en cada entrevista televisiva. Sobre este tema, el cineasta era agnóstico: provenía de una familia adinerada y no lograba ver cuál era la urgencia. Como muchos de su clase, a veces confundía la pobreza (¡que debe ser erradicada!) con el folclore (¡que debe ser preservado!), pero era una confusión genuina, sin pizca alguna de mala intención, lo que solo la hacía más irritante. Mantenía una barba desgreñada en homenaje a su desaparecida juventud rebelde, y hablaba con un vozarrón cuando sospechaba que alguien podía estar escuchando. En la década de los ochenta había frecuentado los mismos círculos de Henry y Patalarga, aunque nunca había sido cercano a ellos, y cuando le insistí al respecto, me confesó que había permanecido deliberadamente alejado después del «desafortunado arresto» de Henry. Usaba coloridas pulseras tejidas en sus muñecas, que eran anormalmente delgadas, y como era de esperarse, se había enamorado de Ixta. Ella había llegado muy bien recomendada por un profesor del Conservatorio, y ahora el cineasta rondaba su escritorio durante horas, haciéndole conversación, contando chistes malos y asegurándose de que ninguno de ellos pudiera terminar ningún trabajo, si en verdad hubiera habido alguno que terminar. A ella le parecía un hombre encantador, incluso atractivo desde ciertos ángulos y en determinados momentos del día; y su coqueteo torpe y fanfarrón era una distracción bienvenida de sus problemas en casa con Mindo, los cuales, por desgracia, habían seguido yendo de mal en peor. En ciertos días, incluso se daba el lujo de quejarse del padre de su hijo, a quien el cineasta nunca conocería.

La llegada de Nelson a la ciudad había coincidido con una terrible constatación para Ixta: que ella y Mindo no estaban destinados a seguir juntos. Lo había sabido desde la primavera anterior, pero ahora las cosas estaban llegando a un punto de ebullición. O quizás no. La metáfora era perfectamente imprecisa: era la falta de calor a lo que ella temía, era la falta de calor lo que la hacía temblar. Se imaginó los áridos meses por venir, luego los años, las décadas, y sintió algo muy parecido al terror. Ella y Mindo no se peleaban; eso habría requerido un chispazo esencial que ellos ya habían perdido. Flotaban en espacios paralelos, todas sus conversaciones reducidas a un mínimo necesario, despojadas de fantasía, ingenio o humor. Hablaban sobre el bebé como si estuvieran preparándose para un examen, y aunque pagaban juntos el

alquiler, eso no hacía de su departamento un hogar. Ella lo aburría, y el sentimiento era mutuo. Él llevaba demasiado tiempo sin tocarla, y para ella no había nada peor que eso. A veces, en la ducha, Ixta se descubría sollozando. En esos momentos, colocaba una mano sobre su hermoso vientre hinchado para recordarse a sí misma que no estaba sola en este mundo. No del todo, por lo menos.

Esa mañana, cuando Nelson apareció en la puerta de la oficina, fue allí adonde Ixta instintivamente puso su mano izquierda. Y fue ahí donde la mantuvo, durante un buen rato, mientras asimilaba el hecho de ver a su ex amante, su expareja, su amigo. Él le había dicho por teléfono que lo esperara y ahora, unos días después, estaba ya aquí. Su sola presencia le quitó el aliento. Se veía joven, más joven de lo que ella lo recordaba, y eso le llamó la atención: ¿quién sobrevive a una gira como esa y termina viéndose más joven? Él se había afeitado esa mañana en el baño detrás del escenario del Olímpico, y tenía la apariencia fresca y limpia de un recién graduado preparándose para una entrevista de trabajo (aunque Nelson nunca había ido a una). Le dirigió una sonrisa vacilante. Ella le respondió con un leve gesto de cabeza. No había nada que quisiera decirle, me dijo ella después. No se levantó a saludarlo. Esperó a que él diera el primer paso.

Mientras tanto, su empleador estaba en la pequeña cocina, preparando café y continuando con su parte de una conversación unilateral que sostenía con Ixta. (Nadie recuerda cuál era el tema.) En dos ocasiones, Nelson empezó a decirle algo a la mujer que amaba, solo para verse interrumpido por esta voz despreocupada proveniente de la otra habitación. Cuando ocurrió por tercera vez, él e Ixta se rieron. La risa de Nelson estaba teñida de nerviosismo; la de ella era involuntaria, y fue el sonido combinado de ambas risas lo que hizo que el cineasta saliera al pasillo, solo para descubrir que su adorable, embarazada y muy deseada asistente no estaba sola.

«Al principio asumí que él era el padre del niño —me dijo el cineasta después—. El pintor. Por las fotos que yo había visto, lucían parecidos, supongo. El mismo tipo de persona. Yo fui bastante amable. Cortés, por lo menos. ¿Dijo algo ella? Él me pareció inmaduro, insustancial, pero eso probablemente no suena muy generoso. Es una pena lo que pasó. No he hablado con ella desde ese día, ¿sabes? Ni siquiera vino a recoger su último cheque.»

Nelson se presentó («Un amigo», añadió Ixta solemnemente), ambos se estrecharon la mano, y los primeros momentos incómodos que los dos ex amantes pasaron juntos fueron en compañía de este cineasta, que intentaba ocultar sus celos con una dosis demasiado fuerte de bonhomía.

—Felicitaciones —le dijo.

—Él no es el padre —aclaró Ixta.

—Gracias —añadió Nelson.

El cineasta se sonrojó. Le dio una palmada en la espalda a Nelson e hizo algunas preguntas impertinentes y vagamente sexuales, llenando la habitación con su imponente y exagerada risa. Luego desapareció de su oficina, cerró la puerta con suavidad y redactó rápidamente unas notas mordaces dirigidas a sus colegas. Le pediría a Ixta que las mecanografiara más tarde y esperaba que al hacerlo pudiera leer en su tono la profundidad de sus sentimientos por ella.

(Pero Ixta no lo haría.)

La conversación del cineasta con Nelson duró cinco minutos, no más que eso, y durante todo ese tiempo Ixta se mantuvo sentada, tan inmóvil como pudo, respirando lentamente, casi sin hablar, con la mano izquierda descansando en su vientre. No oyó mucho de lo que se dijo; desdibujaba adrede las palabras, pues sabía que no tenían casi nada que ver con ella. Deseó que hubiera silencio. Cuando ella y Nelson se quedaron solos, empezó a prestar atención nuevamente. La luz de la habitación era tenue, casi nublada, y por un momento Ixta tuvo que esforzarse para verlo, a pesar de que él estaba a solo unos pasos de distancia.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—No creí que te vería —dijo ella, lo cual era mentira.

De hecho, en lo más profundo de su ser, había estado esperándolo, aunque no sabía bien qué sentiría cuando él llegara.

Nelson le sugirió que fueran a otro lugar, tal como ella supuso. Ixta comenzó a decirle que no podía, que tenía que trabajar, pero luego se detuvo. «Me di cuenta de que hubiera sido cruel. Y una mentira. Yo sí quería verlo. Hablar con él. Lo tenía allí mismo, justo delante de mí.»

Se puso de pie por primera vez y vio cómo los ojos de Nelson se abrían de par en par para mirarla. Nelson, admirando su figura. Nelson, aceptando y valorando la posibilidad que ella representaba. Era por momentos como estos que adoraba estar embarazada. Un embarazo es siempre mítico; puede ser medicalizado y cuantificado, dividido en trimestres o semanas, pero nada puede socavar su misterio esencial. Ixta tenía un extraño poder sobre los hombres; y aunque el deseo de estos se manifestaba ahora en formas diferentes, seguía siendo deseo. Por un momento, se permitió disfrutarlo.

—Te ves muy hermosa —logró decir Nelson, la única cosa sensata que podía haber dicho.

Ixta asintió pomposamente.



—¿Estás segura de que puedes caminar?

—Claro que puedo caminar —respondió ella de inmediato, y Nelson se sonrojó.

La verdad era que ella había estado esperando un último gesto desesperado de parte de Nelson desde el día de su llamada telefónica desde la carretera. «Siempre he tenido un sexto sentido para este tipo de cosas», me dijo. Los grandes acontecimientos de la vida, esos momentos de emoción real e incluso intolerable, tienden a anunciarse solos si uno presta atención, del mismo modo como el océano se abulta antes de cada ola. La infancia y la adolescencia de Ixta transcurrieron repletas de estas instancias de premonición: el triste día en que su padre dejó a la familia para siempre, el día de su primer periodo, el día en que su primo Rigoberto murió en un accidente automovilístico.

Y cuando Nelson terminó su relación con ella, en julio del año anterior; ella también lo presintió intensamente. Ixta pudo haber pronunciado las palabras de Nelson al mismo tiempo que este las enunció. De algún modo, lo que él le dijo aquel día no fue una sorpresa para ella; de hecho, lo que a ella le pareció chocante fue lo absolutamente predecibles que fueron sus palabras. Vio cómo Nelson le rompía el corazón, maravillándose de cómo podía él creer con tanta convicción en frases que ella sabía que eran falsas. No, pensó Ixta para sí misma: ella no le estaba impidiendo que persiguiera sus sueños. No le estaba cerrando las puertas del mundo. No estaba haciendo ninguna de esas cosas. Si estaban sucediendo, era porque él se las estaba infligiendo a sí mismo.

Pero Ixta no discutió con Nelson aquel día. Sus quejas eran banales y egoístas, y ella ya las había anticipado todas. Él se arrepentiría —ella lo había sabido incluso en aquel entonces, lo había sentido muy hondo en su interior—, pero este saber no le produjo ni orgullo ni consuelo. No le ayudaría a sanar.

Salieron a dar un paseo tranquilo en dirección al oeste, hacia las aburridas zonas residenciales del distrito, donde todas las casas parecían ser idénticas, distinguiéndose solo por los variados colores de sus fachadas. Hay pocos monumentos en el distrito de Monumento, y casi nada que ver. Un gobierno anterior, derrocado y ahora olvidado, había planeado convertir esta área en un sitio de interés turístico, pero esos planes nunca se concretaron. La historia intervino. Estalló la guerra. El distrito fue colonizado no por museos, bibliotecas o estatuas, como su nombre hacía suponer, sino por ciudadanos privados, un cauteloso y casi anónimo grupo de clase media alta que vivían tranquilamente y se trasladaban solo en auto. Ixta y Nelson eran las dos únicas personas en la calle. Caminaban uno al lado del otro («pero no juntos», señaló ella), esforzándose por mantener una conversación. Nelson era cauto, y preguntaba de la manera más cortés e indirecta posible cómo iba su embarazo. Hablaba bajo, y a veces Ixta debía esforzarse para escucharlo.

Ella recuerda haberse sentido decepcionada: ¿para eso había venido?, ¿para balbucearle cosas?

Caminaron durante diez minutos hasta llegar a un pequeño parque verde con unas cuantas bancas de cemento, y fue allí donde decidieron sentarse. Las vacías nubes grises no daban señales de desaparecer; no hoy, quizás nunca. Nelson hubiera preferido un café o un restaurante, un lugar donde él pudiera haber puesto en escena algún gesto caballeresco (mover ceremoniosamente la silla para que Ixta se sentara, ayudándola a quitarse el abrigo), pero al parecer habían caminado en la dirección equivocada, lejos de todo, hacia un laberinto de calles residenciales del que no había escapatoria visible. Tal vez ella lo había planeado así. Tal vez no quería ningún gesto. He visitado ese parque, y es cierto: en invierno es un lugar desolado y desierto, y no se le siente como parte de la ciudad sino como un alejado puesto fronterizo. Nelson se desesperaba en silencio.

En la siguiente media hora, él e Ixta hablaron de estos temas: la salud de la madre de Ixta; las últimas películas en cartelera; un conato de estampida que se había producido en las inmediaciones de un estadio de fútbol el domingo anterior y al que el hermano menor de Ixta había sobrevivido por muy poco; la muerte prematura de un profesor muy querido del Conservatorio, al que ambos conocían; un artículo que había criticado —con bastante dureza— la más reciente exhibición en una galería de un amigo en común; y el contenido de los cuadros, que Nelson no había visto pero que Ixta describió «como si un Botero desquiciado hubiera decidido reinterpretar la obra de Georgia O'Keeffe».

Ella pronunció esa línea como si fuera suya, y ambos se echaron a reír.

De hecho, esa observación provenía de una crítica que, casualmente, había escrito yo, justo antes de salir de la ciudad hacia T\_\_\_\_\_.

Mientras Nelson esperaba a que su valor se manifestara, Ixta observaba al hombre que alguna vez había imaginado como suyo, y sintió muchas cosas —dolor, nostalgia, incluso lástima, pero no amor en el sentido romántico del término—; y las desoladas calles de Monumento constituían un apropiado telón de fondo para entenderlas. Él mantenía un nervioso y constante flujo de preguntas —sobre su trabajo, sus amigos, su familia—, pero durante varios minutos no afirmó nada ni hizo confesión alguna. Luego ella le puso una mano en el hombro —«Para ver si era real», me explicó— y Nelson se puso tenso, como un niño a punto de recibir una inyección.

—Lo siento —le dijo él en ese momento.

Era como si lo hubieran devuelto a la vida.

—He estado pensando que debía decirte eso.

Hizo una pausa, y se volvió para mirarla. Ixta mantuvo la mirada al frente.

—¿En eso has estado pensando? ¿En que lo sientes?

Él asintió con la cabeza, un gesto que ella no vio pero sí percibió, como una vibración mínima en el aire invernal. Ixta tenía los ojos fijos en un extremo del parque, en una pared pintada con lo que alguna vez había sido un colorido mural, ahora desteñido y surcado por grietas. Eso le ayudó a mantenerse firme, me confesó ella después, y en los momentos ansiosos que siguieron se dedicó a estudiar los giros y vueltas de esas grietas, como tratando de memorizarlos.

Pareció casi cruel preguntar «¿De qué te lamentas?».

—Debí haberte tratado mejor.

Ixta asintió.

—Sí, creo que en eso estamos de acuerdo.

—Eso es lo primero que quería decirte. Pero hay más.

Nelson respiró hondo y continuó, esta vez con una voz muy diferente. Fuerte, clara.

—He pensado en ti todos los días que estuve en T\_\_\_\_. ¿Entiendes? En ti, en mí y en el bebé. Quiero ser una persona a la que puedas amar de nuevo. Lo lamento. He desperdiciado tanto tiempo. ¿Me oyes?

Lo oyó.

—Mírame —dijo Nelson, y ella se volvió hacia él. Le tendió las manos—. Lo digo en serio.

—Lo sé —respondió ella.

Años atrás, pocas semanas después de conocerse, Nelson e Ixta fueron al sur por unos días y acamparon en la playa. Eran parte de un grupo grande y bullicioso, y llevaron más alcohol que comida. Encendieron una fogata y se dedicaron a beber en grandes cantidades. Nelson e Ixta pasaron la primera noche en un mismo saco de dormir que pronto quedó cubierto por una fina capa de arena. Casi no durmieron, pero presionaron sus cuerpos uno contra el otro con la arena áspera entre ellos, por lo que al día siguiente emergieron con la piel irritada y cara de sueño. El día y la noche siguientes y todo el día que vino después, se hicieron borrosos, pero a la tercera mañana, cuando el sol se levantó detrás de ellos, vieron maravillados cómo la superficie del océano se separaba lentamente del horizonte, como si una de esas viejas fotos instantáneas se estuviera revelando frente a sus ojos. Primero, una línea

delgada casi imperceptible, una pared oscura abriéndose en dos; luego apareció, o más bien se insinuó, la textura de las olas; en seguida, casi como si fuera un milagro, vinieron gaviotas, flotando perezosamente contra un cielo púrpura aún en penumbra. Finalmente —y eso fue lo más sorprendente de todo, pues la pasión del uno por el otro los había llevado a creer que estaban solos en el mundo—, pudieron distinguir unos barcos de pesca bamboleándose en la distancia, como si fueran los juguetes de un niño. Nelson no lo había dicho en ese momento, porque entonces, como ahora, estaba asustado, pero fue aquella mañana, cuando el alba se hizo día en la playa, que se dio cuenta de que la amaba.

Se lo dijo ahora. Y cuando ella no respondió, le preguntó:

—¿Recuerdas esa playa? ¿Te acuerdas de cómo se llamaba?

Ixta le dijo que no.

«Sentí como si estuviera hablando de otra persona —me dijo ella—. De cosas que nunca me habían pasado a mí.»

Nelson no se dio por vencido. Le describió una vida, la de ambos. Le recordó lo mucho que habían reído juntos.

—¡Toda una vida de eso! —le dijo, y ella estuvo a punto de sonreír.

No importaba dónde, siempre y cuando estuvieran juntos.

—Haré lo que sea para que vuelvas a creer en mí.

A lo que ella respondió simplemente:

—Yo ya no te quiero.

Lo dijo llorando, porque era fundamentalmente cierto.

«Uno no deja de amar a alguien como Nelson —me dijo ella después—. Uno solo se da por vencido.»

Ixta se volvió para mirarlo, justo a tiempo para ver que Nelson tenía los ojos firmemente cerrados. Ninguno de los dos dijo nada durante medio minuto o más.

—Lo siento —agregó Ixta.

—Está bien.

Había algo terco y decidido en el tono de voz de Nelson. Se tranquilizó. Parecía como si estuviera actuando.

—Todavía hay tiempo.

Ixta sacudió la cabeza con cautela.

—¿Tú crees?

Jaime ya había enviado a alguien tras él. Ixta ya le había cerrado su corazón. Incluso aquella mañana, en esa banca de parque del distrito de Monumento, el futuro sombrío de Nelson ya avanzaba a trompicones hacia él.

Sin embargo:

—Sí, hay —le aseguró él.

La acompañó de vuelta a su oficina, con el corazón golpeándole fuerte el pecho, buscando en todas partes una flor que recoger para ella en el camino. No hubo nada. Se despidió de ella con un inocente beso en la mejilla y un adiós susurrado, y se dirigió hacia el Olímpico, siguiendo otra versión de la ruta que había tomado esa mañana. Ixta se sentó con aire sombrío en su escritorio y se dedicó a resolver el crucigrama. Pasaron las horas y el teléfono no sonó. Al verla en ese estado, el cineasta sintió compasión por ella. Decidió no decirle que Mindo la había llamado, y al ver su semblante preocupado, se arrepintió profundamente de lo que había hecho.

«Si pudiera cambiar las cosas, lo haría», me dijo más adelante. Le había contado a Mindo que Ixta había salido a pasear con un joven llamado Nelson.

—¿Nelson? —dijo Mindo—. ¿Qué mierda dices? ¿Me estás tomando el pelo?

Luego el pintor colgó.

«Sí —me dijo el cineasta—, sonaba muy enojado.»

En cuanto a Nelson, no tenía prisa alguna. Las calles al mediodía son muy diferentes de las calles por la mañana, diferentes en carácter, en sonidos. Hay más gente, pero de alguna manera parecen menos azorados; son los que se levantan tarde, hombres y mujeres que huyen del trabajo, que no corren hacia él. Nelson no quería darle muchas vueltas a lo que acababa de suceder, a lo que eso significaba. Se detuvo a leer los alarmantes titulares de los periódicos en un quiosco en la esquina de San José y Universitaria, portadas que anunciaban disturbios en campamentos mineros, cortes de energía en los suburbios y los detalles de un insólito asalto a un banco a plena luz del día, entre otros acontecimientos de interés. Pero nada podía ser tan alarmante como lo que Ixta acababa de decirle. Le dolía la cabeza por el esfuerzo de no pensar en ello. Se quedó esperando en paradas de autobús, pero dejó

que los autobuses pasaran; caminó un poco más, se detuvo frente a un edificio a medio construir en Angamos y contempló la forma que iba adquiriendo, observando a los trabajadores moviéndose sobre las vigas de acero como bailarines, sin detenerse ni mirar jamás hacia abajo.

Nelson los admiró por eso. Aquella misma tarde le contaría a Patalarga sobre esos hombres ágiles y valientes, preguntándose en voz alta cómo lo hacían.

En el escenario más probable, para aquel entonces ya había alguien siguiendo a Nelson.

Mónica pasó el día en casa en un estado de gran ansiedad. Esperaba a que su hijo apareciera y consideró también la posibilidad de que no lo hiciera. Pasó una hora limpiando el polvo de cada superficie de la habitación de Nelson, con la esperanza de que esa tarea pudiera distraerla, pero cuando terminó se quedó de pie junto a la puerta contemplando insatisfecha su trabajo. Pensó que era algo horrible y perverso haber dejado tan limpio y aséptico ese espacio; ya no parecía la habitación de su hijo, sino algo similar a un escenario teatral. Lo que ella quería era una cama deshecha, las cosas de Nelson esparcidas sin ningún orden en particular. Quería los cajones de su cómoda abiertos; y sus libros boca abajo en el suelo, con las tapas abiertas y los lomos agrietados. Quería sus ropas sin doblar tiradas en la silla del rincón, y un vaso de agua a medias dejando una marca sobre el velador de madera. Quería señales de vida.

Repentinamente exhausta, se recostó en la cama de Nelson.

Despertó unas horas más tarde cuando sonó el teléfono. Era Francisco llamando desde California, preguntando por su hermano. Al parecer, Astrid le había escrito un correo electrónico detallando (y, muy posiblemente, exagerando) el breve encuentro de Ramiro con Nelson. Por supuesto, Francisco estaba preocupado. Quería saber qué pensaba su madre. Mónica, aún desperezándose, oyó la preocupación en la voz de su hijo mayor, contempló la habitación vacía y sin vida de su hijo, y sintió que no tenía nada que decir. No sabía lo que pensaba.

Lo siguiente era cierto: sin duda, Nelson había vuelto. Se encontraba en esta ciudad, en algún lugar. Ramiro era un hombre honesto. Aunque era conocido que mentía sobre su peso y sus ingresos, y tal vez exageraba en exceso los modestos logros de sus hijas, no alteraría la verdad en algo como esto. Nelson estaba aquí, en la capital. Sin duda.

A Mónica no se le ocurría ninguna buena razón por la que él no la hubiera llamado, y especular sobre el tema era, para alguien como ella, un juego peligroso. Los miembros de su generación requerían de muy poco para imaginarse escenarios terribles que explicaran situaciones por lo demás comunes y corrientes. Era una habilidad que habían perfeccionado a lo largo de toda una vida: leyendo los diarios; sirviendo como involuntarios participantes-observadores de una guerra estúpida;

votando en elecciones sin sentido, una tras otra; mirando cómo la moneda colapsaba, se estabilizaba y colapsaba de nuevo; viendo cómo sus contemporáneos sucumbían a ataques al corazón, cáncer y depresión inducidos por el estrés. Era un milagro que aún tuvieran dientes. O cabello. O piernas para sostenerse. La imaginación de Mónica se había ensombrecido, y ella no podía pensar sino en una sola palabra: problemas.

—Cálmate —le aconsejó Francisco desde lejos.

Conocía a su madre.

—Lo estoy intentando —susurró Mónica en el teléfono.

La gira que ella se había imaginado no terminaba de esta manera, con su hijo escondiéndose en la ciudad, sin poder o sin querer volver a casa. Empezó a considerar la posibilidad de que él nunca se hubiera ido, que todo hubiera sido una treta, que en realidad estuviera viviendo otra vida, en otro distrito, y hubiera inventado la gira como una excusa para su reinvencción planificada.

—¿Te dijo alguna vez algo a ti? —le preguntó a Francisco.

Hubo un silencio en el otro extremo de la línea.

—¿Cuándo?

—No sé. Cuandoquiera que hayas hablado con él.

Hubo un largo silencio.

—Hace meses que no hablamos —dijo Francisco finalmente—. Y tú lo sabes.

A veces, en sus momentos más pesimistas, ella se preguntaba si sus dos hijos alguna vez hallarían un motivo para hablarse nuevamente, cuando ella estuviera muerta y enterrada.

—Perdón. ¿Qué crees que debo hacer?

—Encontrar a los actores —dijo Francisco—. ¿Qué más? Eso es lo que Mindo estaba haciendo. Esa tarde recorrió varios de los lugares de la ciudad donde los actores jóvenes se congregan habitualmente. Bares, plazas, salas de teatro. Mindo hizo una visita al Conservatorio, y preguntó allí por Nelson, pero nadie lo había visto ni había oído hablar de él desde que se marchó. El consenso general era *eso fue hace siglos*. Eran inmediatistas, como todos los actores. Apenas si recordaban a su compañero, a su amigo. Todos parecían sorprendidos por la noticia de que Nelson hubiera regresado, lo que no hacía sino aumentar la frustración de Mindo.

Podemos suponer que lo movían los celos, y también que sus propios celos lo habían tomado por sorpresa. Esta emoción le parecía perturbadora, como también lo era el hecho de despertar cada mañana de los últimos cinco días en el sofá de la sala del departamento que había sido, hasta no hace mucho, suyo y solo suyo. Por lo que he podido reconstruir, la lectura de Ixta sobre el estado de la relación entre ellos era básicamente acertada: ella y Mindo eran dos jóvenes bastante agradables pero por completo incompatibles que habían logrado, casi por accidente, vincularse el uno al otro. Con el tiempo, de una manera u otra, habría ocurrido una separación; e incluso en las mejores circunstancias, la niña que habían concebido juntos, Nadia, se habría criado a cierta distancia de su padre. Muchas personas de sus respectivos entornos entendieron intuitivamente este hecho, y si las cosas hubieran ocurrido de otra manera, Mindo e Ixta muy probablemente habrían encontrado alguna manera de vivir con un natural y necesario distanciamiento, como a menudo lo hacen los adultos.

Pero esa tarde, luego de enterarse de que Ixta había estado con Nelson, Mindo se enfureció. Nunca le había gustado el hombre al que había reemplazado, nunca le gustaron los indicios de su existencia. No le gustaba la mirada en los ojos de Ixta cuando alguien mencionaba a Nelson, o cómo ella evitaba mencionar su nombre al relatar anécdotas que evidentemente había protagonizado su examante. Reemplazaba «Nelson» con frases anodinas como «un viejo amigo» o «un conocido», un tic que ella no había notado hasta que Mindo se lo comentó. Si Mindo sospechaba algo sobre los vínculos de Ixta con Nelson, jamás le tocó el tema. Tal vez por una cuestión de orgullo o tal vez prefería no saber. No tiene importancia: en ese momento, Mindo solo quería encontrar a su rival.

En lugar de Nelson, sin embargo, Mindo encontró a Elías, quien casualmente se encontraba en el Conservatorio ese día, visitando a unos amigos. Mindo sabía que él y Nelson eran cercanos. Tras las negativas comunes y honestas («No, no lo he visto. No, no sabía que había vuelto»), Elías, un poco desconcertado por la actitud agresiva de Mindo, le sugirió que fuera al viejo teatro, el que estaba en el límite de la Ciudad Vieja.

—¿Cuál?

Elías estaba siendo deliberadamente impreciso.

—El Olímpico —dijo al fin.

Sintió como si hubiera revelado un secreto, me contó meses después, aunque en realidad solo estaba conjeturando, pensando en voz alta.

—¿El cine porno? —dijo Mindo.



Luego le dio las gracias con brusquedad y se marchó.

—Creo que nunca antes habíamos realmente conversado —me contó Elías—. Yo sabía quién era, pero no mucho más que eso. Y por supuesto, nunca volví a hablar con él.

—¿Le preguntaste por qué andaba buscando a Nelson? ¿Te lo preguntaste a ti mismo?

Elías cruzó las manos con cierto remilgo.

—Me lo pregunté, sí. Pero no se lo pregunté a él. Sonaba apurado. Parecía molesto, y la verdad es que... —Hizo una pausa, como si se avergonzara de admitirlo—: Prefiero no hablar con alguien cuando está así.

Mindo hizo su primera aparición en el Olímpico una media hora antes de que Nelson llegara al lugar. Llamó, aporreó, golpeó, presionó infructuosamente el timbre, gritó. Finalmente, Patalarga oyó el alboroto y se dirigió a la puerta.

«Pensé que era alguien enviado por Jaime —me contó Patalarga—. Simplemente lo di por sentado. Es decir, ¿quién más podría ser?»

Tenía muchas posibles tácticas a su disposición. Patalarga eligió la confusión:

—Nelson no está aquí —le dijo al desconocido.

—¿Cuándo volverá?

—¿Volver?

Tuvo la precaución de mantener la puerta cerrada y no mostrar su rostro.

—¿Está en la ciudad?

Mindo se marchó sin decir más.

Según Patalarga, esa tarde Nelson estuvo silencioso, pensativo, y respondía todas las preguntas de una manera que parecía deliberadamente imprecisa. No le dijo, por ejemplo, por qué había salido tan temprano, dónde había estado o a quién había visto; y pronto Patalarga decidió olvidarse del asunto. Los dos compartieron un almuerzo austero, a la usanza de la gira, y durante esa comida Patalarga le contó a Nelson las noticias: alguien había ido al teatro a buscarlo.

—¿Quién? —preguntó Nelson.

Patalarga no lo sabía. Le contó su breve interacción con el desconocido, y ambos llegaron a una sola conclusión: ese hombre debía ser de T\_\_\_\_\_ o de San Jacinto.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

En ese momento, Mindo se encontraba bebiendo en un bar cerca del Conservatorio, dibujando en su cuaderno sugerentes ilustraciones de puños cerrados. Se quedaría en el bar hasta bien entrada la noche, luego de que este se hubiera llenado con un grupo de *habitués* a los que él ignoró la mayor parte del tiempo (mientras se dedicaba a ignorar también las cada vez más insistentes llamadas telefónicas de Ixta), antes de volver al teatro justo después de la medianoche. Pagó su cuenta, pero no dejó propina. Su cuaderno de dibujos fue hallado temprano esa mañana, tirado en la vereda, a unas cuantas cuadras del Olímpico, junto a su cuerpo sin vida.

La señora Anabel había muerto a principios de esa semana, dejando al pueblo en un estado de *shock*. El funeral se celebró unos días antes de que Nelson llegara a la capital, una ceremonia hermosa y lúgubre, llena de dolientes vestidos de negro y rostros retorcidos por la tristeza. Verlos era más conmovedor que la ceremonia en sí, que la muerte de esa mujer a la que yo apenas conocía: más de la mitad de los residentes que quedaban en el pueblo se reunieron en la plaza, hombres encorvados y mujeres arrugadas de la generación de mis padres, los sobrevivientes. El director trajo a todo el colegio también, cincuenta o sesenta niños excitables que no parecían entender lo que había sucedido ni por qué estaban allí. Se burlaban unos de otros, soltando risitas en los momentos menos apropiados. Era refrescante. Mi padre vistió su traje oscuro y mi madre llevó su chal negro. Una banda de músicos empezó a tocar una melodía vacilante, y luego el cortejo fúnebre se dirigió hacia el cementerio, tan despacio que hasta doña Anabel hubiera podido seguirle el paso. La gente de T\_\_\_\_\_ ya nunca se reunía de esa manera, salvo para decir adiós a uno de los suyos; el evento terminó convirtiéndose en algo parecido a una reunión. Jaime pronunció algunas palabras en el lugar de la tumba. «Todo lo que he logrado se lo debo a ella», dijo, y el pueblo asintió respetuosamente, porque sabían lo que eso significaba. Había logrado bastante; era rico, ¿no?

Luego bajaron el ataúd y todos nos fuimos a casa.

Pasé los días siguientes con mi viejo, quitando las tejas podridas del techo. Curiosamente, el pueblo parecía haber cobrado vida durante el funeral, pero ahora parecía que éramos los únicos habitantes en todo T\_\_\_\_\_. Trabajábamos en silencio la mayor parte del tiempo —ese siempre ha sido el estilo de mi padre—, pero de tanto en tanto se detenía y me pedía que le contara de nuevo qué era lo que hacía en la ciudad y lo que esperaba hacer en el futuro. Disfrutaba estos momentos. No me molestaba hablar del tema. No me sentía agobiado ni presionado; no percibía decepción alguna en su voz, solo curiosidad genuina sobre mi vida y mis planes. El hecho de que no tuviera buenas respuestas no era causa de estrés, sino más bien una oportunidad. Cada día le proponía una nueva posibilidad hipotética —volver a la universidad, trabajar en televisión, abrir un restaurante—, todo fantasioso pero no imposible, como si estuviera representando para él un tipo de optimismo que en realidad yo no tenía. Mi padre parecía apreciarlo.

Una mañana, pocos días después del funeral, oímos que mi madre nos llamaba desde el patio. Estaba con Noelia, de pie una al lado de la otra, ambas esperándonos, los ojos cubiertos con sus manos para protegerlos del sol. Las dos llevaban faldas largas de color borgoña y blusas

blancas, y chales oscuros cubriéndoles los hombros. Por un momento, pensé que parecían casi hermanas.

—Ven —dijo mi madre—. Noelia quiere hablar contigo.

Era un día de luz radiante y silencioso, y no corría ni una brisa. Me encanta cómo suena la voz humana en días como este: clara, cálida, como si pudiera llegar de un extremo a otro de un valle. Miré a mi madre, sin darme cuenta en un principio de que se refería a mí y no a mi padre. Mi viejo se encogió de hombros e inclinó la visera de su gorra sobre sus ojos. Con ese gesto, me dio permiso para ir hacia ellas.

Bajé hacia el patio. Noelia me sonrió con cortesía, sin decir gran cosa. Mantenía los ojos entornados debido al sol y tenía buen aspecto considerando todo lo ocurrido. La pérdida de su madre, los días caóticos que siguieron. Parecía haberse recuperado, pensé, o tal vez simplemente la estaba comparando con mi idea de cómo debía verse un sufrimiento de ese tipo, cómo se notaría en su rostro, en sus ojos, en la inclinación de sus hombros.

—Tengo algo que mostrarte —dijo finalmente.

Mi madre asintió con la cabeza.

Noelia continuó.

—Algo que quiero que veas.

Cruzamos la calle, hasta llegar a su patio iluminado por el sol, descuidado y silvestre. Los gatos dormían en el pasto sin cortar, y los ignoramos tanto como ellos a nosotros. Jaime había vuelto a San Jacinto, y por primera vez en la vida de Noelia, la casa era toda suya. La idea no le gustaba. Ni un poquito.

—Lo siento —le dije.

Ella frunció los labios.

—¿No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Al igual que la mayoría de adultos de mi pueblo natal, Noelia me era familiar en un sentido muy amplio; tenía una expresión de estoicismo que yo asociaba con todos los mayores de T\_\_\_\_. Yo la recordaba, aunque no sabía casi nada de ella aparte del hecho de que vivía frente a la casa en que nací.

Le mentí:

—Claro que sí.

—No te preocupes. En serio.

—Sí te recuerdo.

—Yo estaba presente cuando naciste. Te conozco desde que no eras más que una pulga. —Sonrió—. ¡Y mírate! Ya estás grande.

Noelia me pidió que la esperara mientras iba a la habitación donde su madre había muerto. Me senté en el patio con la espalda apoyada en una de las paredes, descansando en la sombra. Era otro día perfecto. Ella regresó con los diarios. Me los entregó con cierta ceremonia, tres cuadernos ordinarios atados con un pedazo de cuerda, con notas que cubrían la mayor parte de los últimos seis meses. No tenían adornos, ninguna etiqueta o marca en su exterior; de hecho, nada que los identificara, más allá del desgaste normal. Noelia desató la cuerda por mí y los hojeó distraídamente. El último, el más reciente, estaba encima de los demás, una cuarta parte de él aún en blanco.

—Son de Rogelio.

—¿De Nelson? —le pregunté.

—Si lo prefieres.

—¿Qué se supone que debo hacer con ellos?

—Llévatelos cuando regreses a casa, a la ciudad. Se los puedes devolver.

La expresión de mi rostro debió haberle dejado claro que yo estaba muy poco dispuesto a hacerlo.

—Pero, sobre todo, creo que deben salir de esta casa. —Se inclinó hacia mí—. Mi hermano quiere encontrar a Nelson. Envió a alguien a la capital a buscarlo.

—¿A buscarlo? ¿Por qué?

Me dirigió una sonrisa cautelosa.

—¿No lo sabes?

Le aseguré que no.

—Mi hermano es muy orgulloso. Siente que le han faltado al respeto. —Noelia dejó escapar un suspiro—. Es mejor para todos olvidarnos de lo que ha pasado. Especialmente mi hermano. Así que llévatelos. No lo pienses tanto. Solo llévatelos.

Ella me urgió moviendo la cabeza, y yo me descubrí asintiendo también. Supongo que pude haber dicho que no, pero no me vino a la cabeza ninguna buena razón para hacerlo; Noelia estaba de pie frente a mí, con su sencilla y suplicante sonrisa; me quedé helado. Quería que me los llevara.

Tomé los cuadernos y noté el alivio que se reflejaba en su rostro cuando me los entregó. Me los llevé al otro lado de la calle, los envolví en una vieja bolsa de papel y los dejé a los pies de mi cama, sin tocarlos. Mi padre y yo volvimos a nuestro trabajo, a nuestras vistas panorámicas de T\_\_\_\_, al pueblo desierto a nuestros pies, y a nuestra constante y pausada conversación acerca de mi futuro.

Finalmente volví a la ciudad y, para ser honesto, casi me olvido de los diarios. Los vi por casualidad mientras empacaba, recordé mi conversación con Noelia y decidí llevarlos conmigo.

Sin embargo, todavía no los leí. La verdad es que no tenía interés en hacerlo. Ni lo tuve durante varios meses, hasta que me enteré de lo que había ocurrido.

Henry llegó al Olímpico poco antes de las seis de la tarde. Lo cierto es que no había tenido ni la menor intención de ir, pero mientras conducía su taxi luego de salir del colegio, dio la casualidad de que tuvo que dejar a un pasajero no muy lejos del teatro. Pensando sobre la coincidencia, reparó en que se desocupaba frente a él un espacio de parqueo. Henry se estremeció, luego detuvo el auto junto a la vereda, apagó el motor y se quedó sentado allí un momento. Sintonizó las noticias en la radio, esperando alguna señal.

Mírenlo: su expresión intensa, su marcada propensión a sentirse siempre como una víctima. Se quedó sentado probablemente un cuarto de hora, esperando escuchar algo que solo él pudiera reconocer, mostrando lo que su exesposa me describió como «su cara de precrucifixión»: la frente arrugada, los ojos desenfocados como buscando un punto intermedio en la distancia, los labios apretados y el mentón presionando el pecho, como una tortuga intentando meter, sin conseguirlo, la cabeza en su caparazón. «Un estoicismo fingido», lo llamó ella, pues Henry, en su opinión, era de todo menos estoico. «Podía hacerse el estoico», aclaró, pero eso era distinto. En todo caso, ella conocía muy bien esa postura, porque admitió que ese era el rostro que la había seducido «cuando ambos aún éramos jóvenes y bellos». Luego se echó a reír, no para descartar lo que acababa de decir o para quitarle importancia, sino para demostrármelo: al reírse, la exesposa de Henry, a pesar de sus años, se transformó ante mis ojos en una mujer joven y en verdad muy hermosa.

Finalmente, cansado de esperar, Henry se bajó del carro y caminó hacia el teatro. Usó sus llaves para abrir la puerta, sorprendido de que aún funcionaran, y encontró a sus dos amigos de rodillas en el vestíbulo del Olímpico, con martillos en las manos, hablando agitadamente acerca de

un hombre que había venido a la ciudad para asesinar a Nelson. Estaban retirando del piso tablonos podridos de madera, una reparación de la que Patalarga llevaba meses hablando.

«Era alarmante, por decir lo menos», me dijo Henry después.

El supuesto asesino, aquel a quien Nelson y Patalarga se habían imaginado a partir de un brote inicial de preocupación genuina, había sido reemplazado por otro villano menos aterrador, una mezcla de gentes malas de revistas de cómics y de diversos tipos de rufianes que habían conocido en la gira. Hombres panzones y con mala dentadura, que maldecían empleando adornados neologismos y usaban anillos relucientes en todos los dedos. Nelson y Patalarga se sentían mejor en compañía de esos bribones inventados, los cuales, no hace falta decirlo, no tenían nada en común con Mindo.

Nelson y Patalarga se reían, trabajando a un ritmo frenético y obviamente pasando un buen rato. Meses más tarde, cuando visité por primera vez el Olímpico, me encontré con esa misma pila, los tablonos de madera podrida que Nelson y Patalarga habían retirado aquel día. Yacían en medio del recinto, como si fueran leña para una fogata. Patalarga y yo pasamos delante de ellos sin hacer ningún comentario.

«Me costó comprender lo que estaba pasando y unirme a la conversación», me contó Henry. Les pidió que dieran marcha atrás y le contaran, y ellos así lo hicieron, parcialmente. Él pudo entender lo esencial: algo había salido bastante mal en T\_\_\_\_\_ y Nelson estaba en peligro. La madre de Rogelio quizás había muerto, y aunque Nelson no tenía la culpa, era posible que Jaime lo considerara responsable. Él se había escapado.

Henry frunció el ceño.

—¿Y qué pasó con la chica?

Nelson se encogió de hombros. Era la parte de la historia que no quería contar. Así que no lo hizo.

—¿Cuándo volviste? —preguntó Henry entonces.

—Ayer.

Henry asintió con la cabeza.

—No te ves bien.

—Tú tampoco.

Era cierto. Henry había parecido más saludable y rebosante durante la gira; ahora se notaba su edad. Los últimos años de la edad madura

ofendían su vanidad. Esperaba llegar a viejo pronto para que dejaran de atormentarlo los recuerdos de su juventud.

—Supongo que tienes razón —dijo.

Patalarga le ofreció un martillo a Henry, pero el dramaturgo lo rechazó. Lo hizo sin decir palabra alguna, sujetándose el hombro derecho con la mano izquierda y haciendo muecas, como si estuviera cuidándose de una lesión terrible. Patalarga puso el martillo en el suelo, y los dos viejos amigos se miraron con recelo. Aparte de alguna conversación ocasional, no habían hablado desde que Jaime los embarcó de vuelta a la ciudad. Cada uno consideraba que el otro tenía algo de culpa en ello.

Henry suspiró.

—Entonces, perdón. Una duda: a este hombre malo, a este villano, ¿le tenemos miedo?

Hizo la pregunta en un tono de voz muy propio del mundo en que vivían: era la manera como un actor preguntaba sobre su personaje.

Patalarga asintió.

—Sí, le tenemos miedo.

—No —dijo Nelson, repentinamente animado—. No le tenemos miedo.

Patalarga se rio, pero aclaró la negación de su amigo.

—No estamos aterrados. Estamos preocupados.

«Nelson sonrió de una manera que me tranquilizó —me dijo Henry—. Y debes entender que yo no conocía el contexto de nada de esto. Si él estaba tranquilo, ¿por qué no debía estarlo yo también?»

Si bien las cosas no eran como en los viejos tiempos, esta era una imitación pasable. Abandonaron el trabajo y se trasladaron al interior mismo del teatro, repartiéndose por el escenario donde Nelson y Patalarga habían dormido la noche anterior. Se rieron un poco y se pusieron al día unos a otros sobre los últimos acontecimientos. Henry quedó en *shock* al saber que Patalarga tenía problemas con Diana, y le rogó que se reconciliara. Había una sorprendente insistencia en su tono de voz.

—De inmediato —le dijo—. Ahora mismo.

Nelson estuvo de acuerdo y Patalarga no pudo discutirles. Tenían razón, pero este tipo de cosas eran mucho más fáciles de decir que de hacer. Él les siguió la corriente, incluso se levantó y sacó su teléfono.



—¿Saben qué? —dijo—. Tienen razón, voy a llamarla.

Sus amigos aplaudieron.

Se fue tras bambalinas («para tener un poco de privacidad»), pero una vez allí, entre los diversos trastos que repletaban los pasillos y camerinos, volvió a perder el valor. Tenía el teléfono en la mano, podía oír la dulce voz de Diana en su cabeza, pero los pasos entre uno y otro punto le parecían imposibles.

«Quería llamarla —me dijo después—. Pero simplemente no pude.»

De modo que se quedó esperando un momento bajo el solitario fluorescente que iluminaba el pasillo, respirando el aire rancio. Cincuenta años de teatro. Más incluso. Cuando había transcurrido el tiempo suficiente, volvió a donde sus amigos, al escenario, y anunció: «¡Aún me ama!».

Tenía una botella de ron a mano y la llevó. «Para celebrar», dijo. Todo era fingido («y ellos lo sabían, supongo»), pero en verdad tenía ganas de celebrar. «Me hizo feliz ver de nuevo a Nelson y Henry, estar juntos, aunque fuera solo por una noche.» Bebieron y se rieron un poco más, y en cierto momento recrearon una escena de la obra, reescribiéndola para adaptarla a su estado de ánimo y a sus circunstancias. El criado interpretado por Patalarga había sido echado de la casa por su esposa; el Alejo de Nelson había asesinado a una anciana en provincias; el presidente idiota de Henry estaba perdiendo la cabeza debido a la soledad. Esta escena improvisada fue tan satisfactoria y se sintió tan real que para todos fue una sorpresa mirar el teatro vacío y darse cuenta de que estaban solos.

Solo que no lo estaban.

Para entonces era ya pasada la medianoche, y Mindo estaba en la puerta, gritando el nombre de Nelson.

Durante toda esa tarde y hasta entrada la noche, Mónica buscó infructuosamente a su hijo. No sabía por dónde empezar, y el proceso le hizo tomar conciencia de lo poco que sabía sobre su vida, o al menos sobre su vida actual. Los amigos de Nelson, los que ella recordaba, eran de la secundaria. Aparecían en su mente sin mayor esfuerzo: una fila de adolescentes de pie en la vereda con sus uniformes grises y blancos, mostrando un hastío por el mundo que difícilmente podrían haber entendido. El recuerdo la hizo sonreír, podía ver claramente sus ojos oscuros, sus hombros caídos, su vanidad empezando a manifestarse de maneras sorprendentes (el bozo de un bigote meticulosamente recortado o las viejas zapatillas cuyos quiebres y roturas llevaban costuras tan cuidadosamente hechas como cuadros preservados en una galería de arte). Quince, dieciséis, casi adultos pero no del todo: no era esa la edad que ella más amaba, pero sí la que recordaba con mayor claridad, en parte porque había tenido a Sebastián a su lado ayudándola

a registrarla. Esos eran los años de los que más hablaban; los años más felices de su matrimonio: solos en casa con un adolescente alocado y sombrío al que amaban, como dos rehenes que admiraban y a la vez temían a su captor. Hablaban de los estados de ánimo de Nelson de la misma manera como un agricultor analizaba el tiempo, buscándole una lógica, una razón. Les preocupaba su elección de amigos, sobre todo porque era algo sobre lo cual no tenían control alguno: Santiago, Marco, Diego, Sandro, Fausto, Luis. Recordaba sus rostros pero no sus apellidos. Eran buenos chicos, pero no lo suficiente, muchachos con debilidades fácilmente identificables, con talentos que aún no habían descubierto; y más preocupante que su falta de madurez era su falta de curiosidad. En este último punto, Mónica y Sebastián veían una clara diferencia entre su hijo y los demás. Los chicos llegaban a la casa y se pasaban horas encerrados en el dormitorio. En aquel entonces, ella no podía imaginar qué cosas los hacían reír. Pasaron los años, y ella y Sebastián los vieron crecer; luego Nelson ingresó en el Conservatorio y estos chicos simplemente desaparecieron, para ser reemplazados por otros. Ahora que lo necesitaba, Mónica se daba cuenta de que solo tenía una muy vaga idea de quiénes eran esos otros. Revisó sus papeles y encontró programas de varias obras en las que Nelson había participado. Recorrió los nombres del reparto, pero ninguno despertó algún recuerdo en su memoria. Buscó el número de Ixta, pero no lo encontró. Incluso llamó al Conservatorio y habló con una secretaria, pero le resultó imposible explicar lo que quería: que esa mujer, una desconocida, le dijera quiénes fueron los amigos de su hijo.

Después de cenar, Mónica decidió ir a ver a su hermana, que vivía a solo diez cuadras de distancia. Fue en el auto, porque estaba oscuro y uno nunca sabía lo que podía ocurrir. El barrio ya no era tan seguro como antes. Encontró a la familia —Astrid, Ramiro y sus dos hijas adolescentes, Ashley y Miriam— reunida frente a la televisión como si se estuvieran calentando frente a ella, un retrato de familia que hizo anhelar a Mónica otro tipo de vida. Tal vez si hubiera tenido hijas, pensó. Dirigió una amplia sonrisa a su familia extendida, y ellos le abrieron un espacio en el sofá. Poco después, Mónica respiraba a su mismo ritmo, riéndose cuando ellos se reían. Prácticamente había olvidado la razón de su visita, y en un momento dado, al bajar la mirada, descubrió, algo sorprendida, que sus zapatos se habían deslizado fuera de sus pies. Movié los dedos cubiertos por las medias, un gesto infantil que la hizo sonreír. Se sentía cómoda y ni siquiera se había dado cuenta.

Cuando el programa terminó, los adultos dejaron la televisión a las chicas. Ramiro salió al jardín a fumar un cigarrillo, mientras Astrid y Mónica hacían hervir agua, ponían la mesa y sacaban fruta, queso, aceitunas y pan. A Mónica le gustaba la rutina y le ilusionaba comer acompañada. Un año después de la muerte de Sebastián, Astrid le sugirió que se mudara con ellos, pero en ese momento Mónica se sintió ofendida por la propuesta, tan ofendida, de hecho, que nunca se volvió a tocar el tema. Y, sin embargo, desde entonces, ella veía esa casa de manera muy diferente. Cada vez que iba de visita, se imaginaba viviendo allí, envejeciendo allí, y para su sorpresa, la idea no le molestaba tanto

como antes. Con los años, había empezado a tener sentido, sobre todo ahora que Nelson se había marchado.

Cuando hablamos a principios de 2002, todavía estaba dándole vueltas al asunto. «Cada vez creo menos y menos en la autonomía —me dijo—. A mi edad, ya ni sé lo que significa. Solo puedo decirte que me parece menos deseable cada día.»

Ramiro regresó, sirvieron el té y él le contó a su cuñada todos los detalles importantes de su conversación con Nelson, incluyendo su extraño comentario de que sería padre. A Astrid y Ramiro esa noticia les parecía preocupante; pero a Mónica no, y no sabía bien por qué. Se quedó dándole vueltas al asunto. Parte de ella esperaba que fuera cierto. Sería lindo tener un nieto, aunque tuviera que viajar a provincias para visitarlo o visitarla.

Las preguntas de Mónica eran básicas: ¿se veía flaco su hijo?, ¿tenía aspecto saludable?, ¿cómo estaba vestido?, ¿parecía triste?

La incomodidad de Ramiro aumentaba con cada interrogante. Tenía excusas y las empleó: aquel día había estado apurado, había sido un encuentro sorpresivo y no había prestado atención a los detalles. Mónica siguió haciéndole preguntas, hasta que finalmente Ramiro levantó las manos exasperado.

—¿Quieres saber la verdad? —le preguntó a Mónica.

Ella lo miró fijamente. Era una pregunta ridícula.

—Nunca he entendido a tu hijo.

Ramiro hizo una pausa y tomó un sorbo de su taza de té.

—Siempre me ha parecido... incomprensible.

Mónica se dejó caer en su asiento. Como si lo hubieran ensayado, en ese momento sus sobrinas se rieron al unísono por algo en la televisión; dos niñas preciosas, bien equilibradas, a las que este hombre mediocre no tenía problema en entender. Miró furiosa al marido de su hermana. Él le respondió con una sonrisa insípida.

—Bueno —dijo ella, y durante un buen rato no pudo decir más—. Eso no es de gran ayuda.

Astrid le tendió una mano sobre la mesa.

—Lo que quiere decir es...

—Tu hijo es complicado, eso es todo —dijo Ramiro—. Y no, no parecía estar bien. Hace años que no me parece que esté bien. No desde...

En ese punto hizo una pausa, y todos quedaron en silencio, pues se había extralimitado. La ausencia de Sebastián cambió el ambiente de la habitación.

—Lo siento —dijo Ramiro, pero era demasiado tarde.

Mónica ya había cerrado los ojos, que habían empezado a lagrimear. Se fue a casa poco después, y casi no durmió en toda la noche, preguntándose si lo que su cuñado había dicho era cierto.

Los factores que llevaron a Mindo al teatro aquella noche son bastante claros: celos, una frustración general con su situación, todo agravado por una tarde y noche de consumo excesivo de alcohol. Lo que está igualmente claro es que no tenía por qué haber sido así. Cualquier cambio, por mínimo que fuera, podría haberlo alejado del peligro en vez de conducirlo hacia él. Por ejemplo, pudo haber respondido alguna de la media docena de llamadas que le hizo Ixta a su celular, volver aprisa a su casa y hacer las paces con ella. Pudo haberse cruzado con algún amigo que lo hubiera ayudado a volver a su departamento. Según los testimonios de los camareros que lo atendieron, Mindo estaba tan increíblemente borracho que es casi un milagro que hubiera podido encontrar el Olímpico en el laberinto de calles penumbrosas de la Ciudad Vieja. Pero lo encontró. Y cuando llegó, cumplió con el papel que el guion requería de él: le dio puñetazos a la puerta y gritó el nombre de quien, ahora se daba cuenta, era su rival.

«Lo oímos gritar y nos dio miedo —admitió Patalarga más tarde—. Nos preocupó. Fue un aullido, casi como algo salido de una película de terror.»

Se quedaron helados, en silencio, y dejaron que el sonido de esa voz distante y fantasmal flotara a través de todo el teatro.

Pusieron en el suelo sus artículos de utilería y se sentaron en el escenario. Los tres pensaron que tal vez simplemente se cansaría y se marcharía, pero pasaron muchos minutos y la voz no daba señales de flaquear.

—¡Abran la puerta! —gritaba Mindo, prolongando la sílaba final—. ¡Abran, carajo!

Henry me lo describió como algo escalofriante: la voz solitaria y afligida de un hombre celoso, ora cansado, ora amenazante, llenando el viejo teatro a la manera de un canto fúnebre. «En cierto modo era bonito —me dijo—. Creo que eso es lo que más recuerdo de ese momento. Lo desconcertantemente hermoso que sonaba.»

Mientras tanto, Nelson tenía una expresión de profunda concentración. Finalmente, dijo:

—Conozco esa voz.

«Asumimos —me contó Patalarga— que quería decir que reconocía esa voz de cuando estuvimos en la sierra. Le pregunté quién era, pero él movió la cabeza.»

—La he oído antes, eso es todo.

Entonces Nelson se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Patalarga.

—A ver quién es.

Patalarga estaba horrorizado, pero era exactamente como había dicho Ixta: Nelson nunca escuchaba. Atravesó caminando la sala de teatro, luego el vestíbulo, y llegó hasta la puerta, con sus dos preocupados e incrédulos amigos detrás de él. Aún se encontraba seguro, en su lado de la puerta metálica que separaba al Olímpico de la calle, cuando gritó:

—¿Quién es?

—Conozco esa voz —dijo Nelson de nuevo, esta vez susurrando.

Mucho después, Ixta me haría un recuento del muy limitado contacto que los dos hombres de su vida habían tenido. Por ejemplo, la ocasión en que Mindo contestó su celular cuando ella estaba en la ducha. Hablaron durante unos cuantos minutos, Nelson pretendiendo ser un primo de Estados Unidos de visita en la ciudad.

—Una mala mentira —me dijo Ixta sombríamente—. Una mentira muy torpe y absolutamente innecesaria. El noventa y nueve por ciento de las personas simplemente habrían colgado. Pero él era actor y me dijo que hacer eso habría sido poco caballeroso.

Caballeroso o no, hubiera sido más prudente. El único golpe de suerte fue que Nelson la había llamado desde un teléfono público. Durante los días siguientes, Mindo le preguntó una y otra vez acerca de ese primo fantasma.

¿Cuándo vamos a conocerlo?

¿A qué se dedica?

¿Cuál es exactamente su parentesco?

Mindo preguntaba con tal persistencia que Ixta se vio inevitablemente arrastrada a mentir. «Y al margen de lo que tú puedas pensar —me dijo —, yo odiaba hacerle eso a Mindo.»

Cada uno sabía acerca del otro, tal vez más de lo que hubieran querido. Nelson había preguntado a varias personas acerca de Mindo y había procurado mantenerse alejado de él. En varias ocasiones, Mindo interrogó a Ixta sobre Nelson, fingiendo no estar interesado.

Ambos tenían conocidos en común, aunque no amigos, y tal vez era inevitable que sus caminos se cruzaran en algún momento. Una tarde en noviembre del año anterior, poco después de que Nelson e Ixta iniciaran su aventura amorosa, Nelson se cruzó con la pareja en un bar de La Julieta. Si bien incómodo, este encuentro fue afortunadamente breve — un intercambio de cortesías y muecas, un apretón de manos, y poco más que eso—. Con el corazón acelerado, Ixta observó la conversación de sus dos amantes. De cuando en cuando se reía, para cubrir silencios comprometedores, y dejó escapar un profundo suspiro de alivio cuando Nelson se despidió. Más tarde esa misma noche, cuando ella y Mindo estuvieron solos, él le confesó que había reconocido a Nelson de inmediato, pero no porque se hubieran visto antes, sino porque alguna vez, mientras Ixta estaba en el trabajo, él había abierto sus viejos álbumes de fotos para echarles un vistazo.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó.

—Estaban casi fuera de una caja. Me picó la curiosidad. Y nada, pues... es que apenas te conozco.

Ixta precisó que su tono de voz no era ni acusador ni triste, solo resignado. Luego sonrió, como si tuviera miedo de haber dicho algo malo. Pero no era así. Ambos se habían apresurado. Para entonces, Ixta ya se había mudado con él; y, sin embargo, su vida en común aún estaba en proceso de construcción. En cierta manera, nunca llegó a más.

Esa noche en el Olímpico, los tres miembros de Diciembre se encontraban parados del lado seguro de la puerta metálica, escuchando. Mientras más se acercaban al sonido de la voz de Mindo, menos aterrador sonaba. Aun así, tanto Henry como Patalarga se sorprendieron cuando Nelson les anunció que iba a dejar entrar al hombre.

—¿Qué pasa si tiene un arma? —recuerda haber preguntado Patalarga.

—No tiene un arma —respondió Nelson.

Le brillaban los ojos, como si acabara de resolver un enigma.

—Es el novio de Ixta.

Y sin más, abrió la puerta.

Meses más tarde, cuando Patalarga me describió ese momento, seguía sacudiendo la cabeza como si aún no lo creyera. Hubo muy poco tiempo

para prepararse. «Me imaginaba un lunático celoso y furioso. Un animal.»

En vez de eso, se encontraron con Mindo. Al pedirles que me lo describieran, tanto Henry como Patalarga comenzaron con la misma palabra: «borracho». El informe toxicológico coincide. Esto no necesariamente implica que Mindo fuera un bebedor empedernido; de hecho, todas las versiones señalan que solo bebía de vez en cuando. Pero dadas las circunstancias, uno entiende por qué se hallaba en tal estado.

—Debió de haber sido un golpe terrible —me dijo Ixta—. Debió de haber pensado que algo había entre Nelson y yo.

Yo le insistí sobre este punto:

—Quiero decir, algo *estaba* pasando, algo *había estado* pasando, ¿verdad?

Ella se sonrojó.

—Sabes a qué me refiero. Yo lo había rechazado.

—¿Y eras sincera?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó—. ¿Qué es lo que quieres?

Lo que Ixta sí me confirmó fue que Mindo tenía una notable tolerancia al alcohol y que podía mantenerse de pie mucho más allá del punto en el que otros, menos hombres que él, ya habrían sucumbido. Uno se imagina una versión alternativa de esa noche, en la que Mindo pierde el conocimiento en el bar, con sus dibujos de puños cerrados esparcidos junto a él, y es despertado por alguien unas pocas horas antes del amanecer, desconsolado, decepcionado, pero vivo. No tuvo tanta suerte. Mindo apareció en la puerta repentinamente abierta del Olímpico con la embriaguez pintada en el rostro como si fuera una máscara de carnaval. No se había afeitado esa mañana y sus rasgos tenían una apariencia borrosa, imprecisa. Tenía la mirada ojerosa, los labios caídos. Su chaqueta verde olivo parecía estar a punto de caérsele de los hombros. Miró a izquierda y derecha, y luego a sus pies, como para confirmar que en verdad estaba parado allí, en la puerta oxidada del Olímpico.

La noche había traído consigo un manto de niebla densa y húmeda, y las farolas brillaban sobre ellos con brumosos estallidos amarillos.

—Eres Mindo —dijo Nelson.

No se dieron la mano, pero tampoco hubo violencia. Toda amenaza se desvaneció tan pronto se vieron el uno al otro.

Patalarga aún no sabía cómo tomar lo que estaba ocurriendo. No había descartado la idea de que algún asesino desquiciado viniera de T\_\_\_\_\_ a eliminar a Nelson. Quería desesperadamente que todos volvieran al interior del teatro, «donde estaríamos más seguros y secos», dijo, pero Mindo estaba como clavado al suelo. No se iba a mover de allí. «Tuve la sensación de que podía ocurrir cualquier cosa», me dijo Patalarga después.

No cualquier cosa, sino lo siguiente:

—Ven conmigo —le dice Mindo a Nelson.

Habla arrastrando las palabras, pero no se siente amenaza alguna en ellas, solo la calmada autoridad de un hombre despechado.

—Tenemos que hablar.

—Así es —dice Nelson, asintiendo con seriedad, como un niño que sabe que ha hecho algo malo.

Mindo nunca cruza el umbral y Nelson simplemente flota a través de la puerta, como atraído por una fuerza irresistible, por algo magnético.

Eso es todo.

Los amantes de Ixta se internan en la noche oscura en medio de una ligera llovizna; Henry y Patalarga se quedan uno al lado del otro, como padres preocupados, observándolos marcharse. A media cuadra de distancia desaparecen en la oscuridad. Solo uno de ellos regresa.



Ixta pasó esa noche en el departamento, leyendo revistas viejas y esperando a Mindo. Él tenía la noche libre en el restaurante, y ella supuso que estaría en su estudio, pintando, aunque también era muy probable que estuviera haciendo lo mismo que ella: sentado, leyendo distraídamente, tratando de mantener a raya el aburrimiento soñando despierto con una vida más creativa. Si la relación entre ellos estuviera mejor, podrían hacer esas cosas juntos. Tal vez incluso lo habrían disfrutado. Consideró la posibilidad de sorprenderlo con una visita, pero hacía frío y, además, a él podría no gustarle la interrupción.

No era problema llamarlo, sin embargo: a partir de las siete, Ixta intentó comunicarse varias veces con el celular de Mindo, llamando aproximadamente cada hora hasta las once y media de la noche. No dejó ningún mensaje, y a eso de la medianoche se fue a dormir. «No estaba preocupada —me dijo después—. Estaba molesta. Por lo general, hablábamos en algún momento del día. Era eso, ¿entiendes? Estaba aburrida. Pensaba para mis adentros: ¡qué imbécil! Pensaba: así es mi vida ahora. Yo me quedo en casa con el bebé, y él llega cuando le da la gana. Es un artista. Se me hinchan los senos, se me ponen negros los pezones. Me sentía muy triste. Ni siquiera pensaba en Nelson. No se cruzó por mi cabeza. En serio, te estoy diciendo lo mismo que le dije a la policía.»

Esto es lo que sabemos: los dos jóvenes salieron del teatro en dirección a la plaza. Una fina garúa flotaba en el ambiente, y las veredas estaban resbaladizas. Mindo estaba muy borracho, así que caminaron con cuidado para no caerse, a lo largo de varias cuadras desiertas, arrastrando los pies como mejor pudieron a través del manto de niebla. Durante un largo rato no dijeron nada.

—¿La amas? —preguntó finalmente Mindo. Se encontraban ya a cinco o seis cuadras del teatro.

—Sí —dijo Nelson.

Y luego:

—Pero ella no.

Mindo asintió.

—Al menos tenemos eso en común.

Sabemos que llegaron a la plaza, que la cruzaron en diagonal y buscaron refugio en el Wembley. Fue por sugerencia de Nelson. Era una

noche de poco movimiento, y había un mozo de pelo canoso sentado tras el mostrador, resolviendo un crucigrama. Él recuerda que llegaron más o menos a un cuarto para la una de la mañana. Él anotaba la hora de inicio y final de cada crucigrama, por lo que pudo proporcionar a la policía un estimado bastante preciso. Les dijo que conocía a Nelson y que lo había reconocido: le había servido tragos a Sebastián cuando Nelson era solo un niño y lo había visto varias veces después de los ensayos. Al otro, a Mindo, nunca antes lo había visto.

«El más alto estaba borracho, lo que no era asunto mío. Le di la mano al muchacho. Hacía meses que no lo veía.»

Charlaron brevemente, y luego Nelson pidió una cerveza de litro y dos vasos. Mindo observaba, indiferente.

—Mi viejo solía traerme aquí —dijo Nelson cuando se sentaron.

—Tu viejo —murmuró Mindo—. ¿Se metía él también con mujeres ajenas?

Se miraron a los ojos. Aún podía pasar cualquier cosa esa noche, y Nelson lo sabía. No había decidido aún qué pasaría. Qué quería él que pasara. Respiró hondo.

—Mi viejo era un caballero.

Mindo succionó entre dientes.

—Parece que eso se salta una generación.

—Supongo que sí —dijo Nelson.

En ese momento apareció el viejo mozo, todo sonrisas. Traía la cerveza y un par de vasos. Patalarga le había prestado algo de dinero a Nelson, y él pagó de inmediato. Mindo no protestó, pero se quedó observando sospechosamente la transacción, como tratando de descifrar un truco de magia.

—¿Estás bien? —le preguntó Nelson.

—Claro que estoy bien.

—Porque no se te ve bien.

El mozo, cuando hablamos, fue de la misma opinión. Se quedó parado junto a ellos durante un instante, observando. «El más alto estaba hecho un desastre.»

—Estoy bien —dijo Mindo. Levantó la mirada hacia el mozo—. Y usted, viejo, ¿por qué sigue aquí?

El mozo frunció el ceño y volvió a su crucigrama.

—¿Qué estabas haciendo con Ixta? —preguntó Mindo una vez que sirvieron la cerveza.

Nelson contempló a su rival. En ese bar, bajo esa luz cálida, cualquier indicio de amenaza había desaparecido. Estaba ofendido; eso era todo.

—Hablando nada más —dijo Nelson.

—¿Sí? ¿Y sobre qué?

—No mucho. —Nelson desvió la mirada. El contenido de su conversación de aquella mañana fue tan decepcionante que ni siquiera se atrevía a pensar en ella—. Me sorprendió lo poco que teníamos que decirnos.

—No era lo que habías planeado.

Nelson estuvo de acuerdo.

—No fue lo que yo *esperaba* .

Hizo una pausa y miró a Mindo. Era cruel continuar, pero lo hizo, con más valor que el que había tenido esa mañana con Ixta, que fue cuando más lo necesitó.

—Quería hablar acerca de nosotros. De ella y yo.

Pronunció las cuatro últimas palabras con mucho cuidado y gran claridad.

Mindo se echó a reír.

—Ustedes no tienen un *nosotros* de qué hablar. No hay un *nosotros* .

—Lo hubo alguna vez. Tal vez aún sea posible.

Durante unos instantes no dijeron nada. Cada uno bebió su cerveza sin romper jamás el contacto visual. Mindo pensaba en lo descarado de la situación. Dejó su vaso en la mesa.

—¡Pero somos nosotros los que vamos a tener un bebé! ¿Entiendes? Ella y yo. Yo y ella.

Nelson negó con la cabeza.

—¿Cómo sabes que es tuyo?

Y con eso, la noche tranquila en el bar se fue al diablo.

Cuando fue interrogado (por mí, por la policía), el viejo mozo del Wembley recordó esa encena con gran claridad. Mindo se levantó bruscamente y se abalanzó sobre Nelson, tumbando la mesa. La cerveza se derramó, uno de los vasos se rompió, y en tan solo un instante varias de las mesas cercanas se encontraban ya en guardia; hombres que unos segundos antes habían estado bebiendo tranquilamente, estaban ahora de pie, alertas y preparados para intervenir o defenderse. Cuando vieron que se trataba solo de ese par, todos retrocedieron para darles el espacio que requerían. Nelson y Mindo forcejearon durante un rato, ninguno era muy hábil peleando pero tampoco ninguno se daba por vencido, hasta que ambos terminaron en el suelo. Al viejo mozo le tocó separarlos. Era uno de esos hombres que se dedican con devoción a su oficio. Y quizás eso haya sido lo mejor; en lo que tenía que ver con peleas de bar, probablemente no había nadie más experimentado en toda la ciudad.

—¡Muchachos! ¡Por favor! —les gritó, porque todos eran muchachos para él—. ¡Basta!

Nelson y Mindo dejaron de pelear. Los muchachos siempre lo hacían.

—¡Párense!

Se pusieron de pie.

Los tenía en sus manos. Más adelante me dijo que en ese momento estaba convencido de ello. Si no eran capaces de comportarse civilizadamente, les dijo, tendrían que irse. ¿Acaso querían irse?

Y por si no le creían, el mozo añadió:

—¡Miren afuera!

La garúa se había vuelto más intensa; podían verla arremolinándose bajo la luz del otro lado de la ventana. El mozo continuó:

—Allá afuera, hace frío; está todo mojado. Aquí adentro está agradable, hace calor y hay cerveza. Pero aquí no se pelea. ¿Entienden?

No era la primera vez que daba ese discurso.

Nelson y Mindo asintieron con gran seriedad; luego se sacudieron la ropa, recogieron sus cosas y salieron del bar.

Nelson llegó al Olímpico pasadas las dos y abrió la puerta con la llave que Patalarga le había dado. Estaba empapado y sin aliento. Henry y Patalarga casi habían terminado la botella de ron y estaban echados

sobre el escenario, cubiertos con cojines y mantas, como en el aposento de un pachá.

—¡Has vuelto! —dijo Henry.

—¡Estás vivo! —gritó Patalarga.

Lo decía en broma, pero en ese momento Nelson salió a la luz. Estaba amoratado y rasguñado. Se quitó el abrigo mojado, rasgado en la manga. Se dejó caer sobre el escenario, haciendo un gesto en dirección a la botella de ron, y Henry le sirvió rápidamente un vaso.

—¿Qué pasó?

Nelson se bebió el ron de un trago.

La historia que les contó a sus amigos esa noche es la misma que más adelante le contaría a la policía.

Él y Mindo salieron del Wembley. No tenían ningún plan. «Simplemente sabíamos que aún no habíamos terminado de pelear.» Se quedaron durante un rato bajo la farola junto a la puerta del bar, respirando el aire húmedo. En el interior del bar, varios rostros se pegaron a la ventana como esperando un espectáculo.

Mindo se tambaleó.

—¿Te la estás tirando?

Nelson no respondió. No había necesidad.

—Lo sabía —dijo Mindo. Y luego—: Te voy a matar.

Según el viejo mozo, todo el mundo escuchó estas palabras. «El borracho parecía muy molesto.»

Nelson no se inquietó. Levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—No seas huevón, no me vas a matar.

No había hostilidad en su voz, ni un tono desafiante. Era tan solo la afirmación de un hecho. Prosiguió:

—No debí decir lo que dije. Lo siento.

Nelson hizo un gesto hacia el Wembley.

—Todos nos están mirando. ¿En serio vas a matarme delante de toda esta gente?

Mindo colocó una mano como visera sobre sus ojos y se volvió hacia las ventanas del bar.

—Está bien —dijo.

Caminaron hacia la plaza, y a partir de este punto no hay más testigos de lo ocurrido aparte de Nelson. La plaza estaba desierta salvo por unos pocos taxis solitarios y algún ocasional borracho saliendo a trompicones de algún bar de mala muerte. La noche estaba fría y desagradable, y ellos caminaron tan rápido como pudieron por las calles resbaladizas. Unas cuadras más allá, Mindo empezó a hablar. Según Nelson: «Estaba molesto, pero parecía resignado. Yo no era su rival. Me dijo que eso lo tenía claro. Solo Ixta tenía la respuesta. Alguna vez ella lo había amado, pero ya no más. Yo no supe qué decirle».

—Lo que me preocupa es el bebé —dijo Mindo.

Nelson conocía las calles de la Ciudad Vieja. Sabía, por ejemplo, que a ciertas horas de la noche, en las calles más estrechas, uno no utiliza las veredas. Es una cuestión de sentido común. Uno camina en línea recta por el medio de la pista, aguzando la vista, buscando al ladrón que puede saltar de las sombras del dintel de alguna puerta. A él y prácticamente a todos los estudiantes del Conservatorio les habían robado por lo menos en una ocasión. Y para la mayoría una vez era suficiente; con eso aprendían la lección. Nelson ya ni tenía que pensarlo. Era algo instintivo.

Caminaban por el centro de una estrecha callejuela llamada Garza cuando su conversación se vio interrumpida por un ligero toque de bocina. Se movieron hacia la vereda, aún hablando, sin prestar mucha atención a la camioneta que pasó a su lado y que luego se detuvo justo un poco por delante de ellos. Dos jóvenes bajaron de ella. Un momento después, la camioneta volvió a ponerse en marcha y desapareció en medio de la neblina. A Nelson y a Mindo, la escena aún no les llamó la atención. Los dos hombres delante de ellos redujeron el paso, y según Nelson, «cuando estuvimos a su costado, uno de ellos me empujó con fuerza contra la pared». Así empezó todo.

Ambos atacantes eran jóvenes y proferían gruñidos, y no se trataba de un asalto, era un ataque. Una paliza. Todo sucedió muy rápido: Mindo y Nelson y esos dos violentos desconocidos. No hubo conversación. No hubo demandas. No hubo negociación. Nelson nunca vio sus rostros. Era cuestión de luchar o escapar.

En la primera oportunidad que tuvo, salió corriendo.

—¿Y Mindo? —preguntó Patalarga, lo mismo que haría más adelante la policía—. ¿Por qué no ayudaste a Mindo?

—No lo sé.

Nelson corrió tan rápido como pudo.

—Debí de haber ido hacia la plaza, pero en ese momento no estaba pensando. Solo quería escapar.

Uno de los atacantes lo perseguía, pero Nelson no miró hacia atrás. Corrió tres cuadras, dobló por una esquina y luego por otra; apretó el paso hasta sentir que le quemaban los pulmones. Cuando por fin se detuvo, estaba a seis o siete cuadras del lugar del ataque, en un extremo de un parque que nunca antes había visto, en una zona ruinoso de la Ciudad Vieja conocida como El Anclado. No vio a nadie en las calles desiertas: ni a sus atacantes, ni a Mindo, ni a una sola persona a la cual pedir ayuda.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Patalarga.

—Me senté un momento a recuperar el aliento. Me figuré más o menos dónde estaba, y luego caminé de regreso.

Su destino era el Olímpico, donde estaría a salvo, pero primero quiso ver qué había pasado con Mindo. Caminó a paso veloz, casi frenéticamente. La neblina estaba más espesa que antes, más de lo que él jamás la había visto. Cuando llegó a la esquina de Garza y Franklin, echó un vistazo a la calle, al lugar donde los habían atacado.

No vio nada y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Estaba asustado —les dijo a Patalarga y Henry—. No me acerqué más. Supuse que Mindo había hecho lo mismo que yo. Que había escapado.

Pero no había sido así. Mindo se había arrastrado al interior de un pequeño recoveco junto a una puerta, donde quedó casi totalmente oculto. Fue allí donde un transeúnte lo encontró a la mañana siguiente, con cinco heridas de arma blanca en el estómago y el pecho.

A la mañana siguiente, Henry se ofreció a llevar a Nelson al distrito de Monumento. La idea era que Nelson viera a Ixta, se asegurara de que Mindo estaba bien y pidiera disculpas por cualquier problema que pudiera haber causado entre ellos. El tráfico era inusualmente ligero, y aunque los dos amigos no hablaron mucho, a ambos les resultaba reconfortante no ir solos. Ninguno había dormido más que unas pocas horas. Escucharon las noticias en la radio prestando particular atención al tono de voz de los locutores, que fluctuaba de manera inesperada entre el horror y la diversión. Era francamente confuso, y tal vez de eso se trataba: las malas noticias eran casi indistinguibles de las buenas, o tal vez las buenas noticias simplemente ya no existían.

—No manejas como yo pensaba —dijo Nelson cuando estaban a poco de llegar—. Por algún motivo, esperaba que fueras más errático.

Eso le sonó bastante acertado a Henry. Casi todo en su vida lo hacía erráticamente, pero tras el volante siempre había estado poseído por cierta calma. Las congestionadas calles de la capital perturbaban a la mayoría de conductores, pero no a él. Tenía una tolerancia sorprendente frente a los embotellamientos de tráfico. Le contó a Nelson que cuando estaba en Recolectores, a veces se sentaba en la cama mirando al techo y se imaginaba a sí mismo al volante de un auto, cualquier auto, en una calle cualquiera de la ciudad. De hecho, él y Rogelio compartían esa pasión: la tranquilidad que únicamente podía provenir de estar solo al volante, esa sensación de autonomía. Henry concibió *El presidente idiota* mientras conducía una camioneta Opel 1976 de tres puertas y se dirigía a visitar a un amigo fuera de la ciudad. En una vida paralela, si hubiera sido miembro de una banda criminal, musitó Henry, habría podido ser el hombre al volante y no lo habría hecho mal.

—¿Manejas? —le preguntó a Nelson.

El joven actor negó con la cabeza. Nunca había aprendido. Henry sonrió y se ofreció a enseñarle. Después de todo, Nelson necesitaba aprender a conducir si seguía adelante con sus planes de viajar a Estados Unidos.

Cuando oyó mencionar eso, Nelson hizo un gesto de fastidio.

«Yo estaba tratando de ser positivo», me dijo Henry.

Nelson confesó que estaba sobresaltado por lo sucedido la noche anterior. Esperaba que lo peor ya hubiera pasado y que todo quedara allí. Extendió las manos como para mostrar su nerviosismo.



—Mira cómo tiemblan —dijo.

Estaban ya en el distrito de Monumento, con sus tranquilas calles suavemente pavimentadas, sus casas elegantes protegidas por altos muros. Nelson concentró su atención en la ruta, anticipando unos cuantos giros más adelante. «Es una zona complicada de la ciudad.»

—Fue en ese momento —me dijo Henry cuando hablamos—, cuando noté por primera vez la camioneta detrás de nosotros.

—¿Se lo mencionaste a la policía? —le pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Le conté todo a la policía. Pero no me creyeron nada. Por otra parte, supongamos que un carro nos estaba siguiendo. ¿Eso qué prueba?

Era una camioneta de color celeste, y llevaba un buen rato detrás de ellos. Henry recuerda haber pensado en lo extraño que era todo, y que probablemente no era más que su imaginación: una persecución a baja velocidad por una calle casi desierta. Hicieron un giro, y la camioneta los siguió, a solo unos metros de distancia.

—¿Viste al conductor? —le pregunté.

No lo vio. No pudo.

En todo caso, Henry no comunicó sus sospechas a Nelson, quien ya tenía suficiente en la cabeza; más tarde vio que había sido un error. En vez de decir algo, aminoró la marcha hasta detenerse y mantuvo los ojos en el espejo retrovisor. La camioneta celeste redujo también la velocidad y luego, con cierta reticencia, siguió su camino, pasando a su lado y hacia el vecindario que tenían delante. Llevaba abierta la ventanilla, y Henry y Nelson oyeron un ritmo caliente de cumbia a su paso.

—¿Por qué paras? —preguntó Nelson.

—Ese carro necesitaba pasar.

Avanzaron un poco más y se detuvieron frente a la casa del cineasta. Nelson bajó a tocar el timbre, como lo había hecho la mañana anterior, mientras Henry lo observaba. «Lo vi balanceando el cuerpo de un lado a otro, nervioso y pálido. Luego se abrió la puerta. Él se inclinó hacia delante, y habló con alguien a quien yo no pude ver.»

Ese alguien era el cineasta, quien luego admitió que «no estaba teniendo una mañana muy buena». Ixta no había ido a trabajar ni había llamado. Tampoco contestaba el teléfono, y él estaba molesto. Cuando abrió la puerta, esperaba que fuera ella, no Nelson.

«Lo eché —me dijo el cineasta—. No lo quería cerca. Se veía terrible. Y no me gustó la forma en que me miró. No ha venido a trabajar hoy, fue todo lo que le dije. Él trató de echar un vistazo por encima de mi hombro, como si yo le estuviera mintiendo, y en ese momento... bueno, simplemente le cerré la puerta en la cara.»

Nelson tocó el timbre de nuevo, y la escena se repitió, de manera un poco más vehemente. Nuevamente la puerta se cerró. Esta vez Nelson caminó de vuelta al auto, un poco aturdido, y le contó a Henry lo que había pasado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Henry.

Al hacerlo, echó un vistazo involuntario a su reloj. Ya eran pasadas las diez. Ese día en particular, su primera clase empezaba en una hora. Tenía que ponerse en marcha. Lo que Henry quería decir con su pregunta era: ¿dónde quieres que te deje?

—Voy a caminar desde aquí —dijo Nelson.

—¿Seguro?

—Seguro.

Nelson no le dijo adónde pensaba ir. De vuelta al teatro, presumió Henry, pero Nelson fue más bien a casa de Ixta. Los dos amigos se abrazaron.

«La siguiente vez que lo vi —me contó Henry— fue esa noche en el noticiero.»

Ixta se había despertado a eso de las cinco de la mañana, cuando sonó el timbre de la puerta. Era un policía. Le miró el vientre, empalideció y le pidió que se sentara. Ella aún se estaba quitando legañas de los ojos. Se sentaron. La voz del policía sonó temblorosa cuando habló.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Lo siento —le dijo el oficial, y luego le preguntó si conocía a un hombre llamado Mindo.

Salvo algunos detalles sueltos, lo que Ixta recuerda de esa mañana termina en ese punto. Mindo, muerto. Había empezado ya a dejarse llevar por la histeria que se apoderaría de ella durante las siguientes seis horas.

El oficial le soltó en pequeñas dosis la información que tenía: el lugar exacto donde habían encontrado el cuerpo de Mindo (cuatro cuadras y media al oeste del Olímpico, desplomado bajo el dintel de una puerta interior en la calle Garza), la causa de su muerte (desangrado por

heridas múltiples de arma blanca). No habían encontrado billetera, teléfono ni identificación, por lo que estaban considerando su muerte como robo y homicidio. Habían encontrado su nombre al pie de un dibujo hecho por Mindo en su cuaderno.

—¿Tenía enemigos Mindo? —preguntó el policía.

Ya había sacado un pequeño cuaderno de notas.

«Solo recuerdo que nada de lo que me decía tenía sentido», me dijo Ixta.

—¿Enemigos? —preguntó—. ¿Enemigos?

Maldijo al policía y lo llamó cobarde, mientras él trataba en vano de calmarla. Un vecino escuchó el alboroto y llamó a la puerta para averiguar qué sucedía. En cierto momento, Ixta se desmayó. Llamaron a su madre. A su hermano. A un médico. Y así, el pequeño departamento que había compartido con Mindo se llenó: más familia; primos, amigos de Ixta, amigos de Mindo; y finalmente, otro policía, esta vez una mujer. Los zapatos de los visitantes se amontonaron junto a la puerta; una docena de dolientes y policías, todos parados en sus medias.

Cabe señalar que una escena similar se desarrollaba al otro extremo de la ciudad, donde los padres de Mindo, sentados frente a un oficial de semblante sombrío, veían cómo sus vidas eran cortésmente destrozadas con el reporte de lo sucedido. El padre de Mindo, de casi setenta años, no habló por espacio de tres días después de esa visita. Nunca se recuperó de la conmoción.

Un amigo de la familia me lo explicó así: «Si su hijo hubiera muerto de forma violenta a los dieciocho años, eso podrían haberlo comprendido. Pero ¿morir ahora? ¿Cuando ya había escapado de todo eso?».

Mindo había pintado tres cuartas partes de los murales del barrio dedicados a la muerte. Aún pueden ser vistos en las calles que rodean el hogar de su niñez en Los Miles; retratos brillantes, coloridos y rutilantes de jóvenes riéndose de la muerte. Ignorantes de la muerte.

Ahora uno de ellos tiene su imagen.

Según los informes, Nelson salió del trabajo de Ixta en el distrito de Monumento y cruzó su ciudad a pie por última vez. Fue hacia el norte por el bulevar conocido coloquialmente como Huanca (aunque en la mayoría de los mapas aparece con otro nombre), dobló a la derecha luego de pasar la catedral, atravesó zigzagueante los barrios de la zona sur de La Marina, cruzó esa amplia avenida y luego se dirigió hacia el este, por la Brasil, donde recién estaban empezando a elevarse los rascacielos baratos y mal contruidos. No se detuvo en ningún sitio ni habló con nadie. Algunos informes de prensa insinuarían después que él esperaba poder escapar pero que quería tratar una vez más de convencer a Ixta para que se fuera con él. Sabemos que eso no es cierto.

Si hubiera estado huyendo, ¿acaso habría caminado directamente hacia un departamento lleno de policías?

Llegó poco antes de las once de la mañana y fue como si entrara a un *show* de terror. Ixta se encontraba en un estado lamentable, y la llegada de Nelson no ayudó a mejorar las cosas. Para entonces había llegado la hermana de Mindo, un emisario de ese otro mundo de dolor. Pero no hubo solidaridad. Gritó y maldijo a Ixta, y tan pronto se dio cuenta de quién era Nelson, le escupió también su veneno. Cuando Ixta admitió que se había visto con Nelson el día anterior, la hermana de Mindo prácticamente exigió el arresto de ambos. En cierto momento pareció que así ocurriría, pero al final ningún oficial quiso arrestar a la mujer embarazada.

Eso dejó solo a Nelson, y nada podría haber sido más conveniente. En una ciudad con cientos de crímenes no resueltos y francamente imposibles de resolver, la policía apenas si podía creer en su buena suerte: un sospechoso había caído providencialmente en sus manos. Parecía culpable; su motivación era clara.

—¿Conoce a un hombre llamado Mindo? —le preguntaron.

—Claro que sí —dijo Nelson—. Estuve con él anoche.

Tenían a su asesino.

No se haría mención alguna de los acontecimientos en T\_\_\_\_; nada sobre Rogelio ni Jaime; no se tomó en cuenta la posible motivación de un matón de provincias para vengar la muerte de su madre. Todos los puntos estaban en campo abierto, esperando ser conectados. Para la policía, después para los fiscales, y luego para el juez, era algo simplemente irresistible.

—¡Llama a mi madre! —le gritó Nelson a Ixta cuando se lo llevaban—. Por favor, llama a mi madre.

—Eso al menos sí lo hice —me contó Ixta—. No sé cómo, pero lo hice.

Mónica me lo confirmó. «Fue una llamada que ninguna madre debería recibir

—me dijo cuando le pregunté. Tenía los ojos firmemente cerrados—. No lo vi sino hasta tres días después.»

Y cuando eso ocurrió, fue en Recolectores.

**CINCO**

Las noticias jamás llegaron a nuestro pueblo, aunque sospecho que Jaime debe de haberse enterado. Imagino que se preocupó; no creo que haya querido que alguien muriera, y si lo quiso, esa persona ciertamente no era Mindo. Pero estas cosas pasan, y Jaime estaba familiarizado con los resultados inesperados. Su trabajo le había enseñado sobre la ocasional necesidad de violencia y sobre las arbitrariedades de la ley. Cuando se enteró de la detención de Nelson y de la acusación en su contra, uno puede hasta imaginar una sonrisa en su rostro. Dejando de lado por un momento el desafortunado final de Mindo, desde el punto de vista del dolido hijo de doña Anabel, se había hecho justicia.

Yo salí de T\_\_\_\_\_ a finales de agosto, pero no supe nada del drama de Nelson hasta unos meses más tarde. No es que me hubiera olvidado de él, solo que mi vida había seguido su curso. Tuve la suerte de encontrar trabajo en una revista que había sido lanzada mientras yo estaba fuera, una publicación que milagrosamente aún sobrevive y en la que sigo trabajando. En aquel entonces, éramos solo cuatro personas (hoy somos doce), y al principio hacíamos de todo: redacción, edición, diagramación y diseño. También nos encargábamos de la contabilidad, lo cual explica por qué mes a mes la bancarrota se cernía amenazante sobre nosotros; y éramos el personal de limpieza, lo que explica por qué la oficina se hallaba en un permanente estado de desbarajuste. Los dueños, los impacientes pero entusiastas hermanos Jara, venían a la oficina una vez al mes; todos nos apretujábamos en su camioneta vieja y maltrecha, y nos encargábamos de entregar las revistas. Esos días los terminábamos en nuestro bar favorito, a pocas cuadras de la oficina. Me caían bien los Jara, me caían bien mis compañeros de trabajo, y esa buena onda laboral era algo que nunca antes había experimentado. Nos pagaban salarios irrisorios, pero a cambio se nos permitía escribir prácticamente lo que quisiéramos. Cada mes recibíamos cartas de los lectores, que hacíamos circular por la oficina como si fueran esquelas de amor.

Una de esas noches, después de haber repartido una edición más de la revista, la editora, Lizzy, mencionó los muchos escándalos locales que me había perdido durante mi «sabático andino». Así llamaba ella al período que pasé en T\_\_\_\_\_, una frase que sonó cautivadora por la forma juguetona como la transmitió al grupo. Se había convertido en una broma recurrente: cuando me entrevistaron para el trabajo, yo llevaba apenas unos días de vuelta en la ciudad y se me debe haber visto algo desubicado. Aun así me contrataron, y a menudo entretenía a mis nuevos amigos con detalles folclóricos sobre la vida provinciana; ellos, por su parte, fingían sorpresa, asombro. Yo permitía que ese teatro continuara porque era obvio que todos teníamos orígenes parecidos, que todos teníamos relaciones similarmente tensas con nuestras familias y con nuestro legado cultural.

«En ese pueblito de donde vienes —decía Lizzy o alguno de los demás—, ¿en qué año están?»

Todos se reían, yo incluido. El tiempo, todos lo sabíamos, era un concepto muy relativo.

Esa noche —era finales de octubre de 2001—, entre los escándalos que se mencionaron figuró la historia de un joven actor de teatro que había asesinado a su rival en un ataque de celos. «Ese tipo de cosas que nunca suceden en el lugar de donde vienes», dijo Lizzy, agitando un brazo estirado para dar a entender que se refería a las provincias. Ella continuó con el relato, luego otros se sumaron y, juntos, mis nuevos amigos me contaron la historia. Enumeraron todos los detalles que pudieron recordar: la paternidad disputada, el actor y pintor batiéndose a duelo al filo de la medianoche, en una calle de la Ciudad Vieja. Algunos detalles se habían desvanecido: les costó bastante recordar el nombre del teatro donde el asesino se había escondido o las obras de teatro en las que había participado antes de su arresto. Pero la chica embarazada, la mujer en el centro de todo, de ella sí se acordaban. Era una actriz, al igual que su amante; de apariencia muy llamativa, aunque en las fotos nunca sonreía. Había aparecido en los diarios bajo titulares poco halagadores como «Llega la mujer de hielo» o «Bodas de sangre».

Y todos recordaban su nombre. Era inolvidable, un nombre que rara vez se oía en estos lugares.

—Ixta —dijeron al unísono.

Ixta, me repetí a mí mismo.

Nuestro bar —lo consideramos nuestro— fue y sigue siendo uno de los sitios donde más a gusto me siento en el mundo. Nunca hay sorpresas y nada parece estar fuera de lugar. Pero cuando escuché el nombre de Ixta, me invadió una especie de vértigo. Aquel lugar cómodo me pareció súbitamente extraño. Mis amigos también. Lo que estaban diciendo me causó tanta consternación, me pareció tan arbitrario, que por un momento me pregunté si no se estarían divirtiendo a mi costa.

Al final pregunté:

—¿El actor se llamaba Nelson?

—Eso es —dijo Lizzy, sonriendo—. ¡Nelson!

Eso fue lo que me encaminó por esta ruta. Les conté de T\_\_\_\_, de mi interacción con el asesino, pero no me creyeron. Yo insistí, y esa noche decidimos que tenía que escribirlo todo. ¡Tenía incluso sus diarios! Pensamos que sería una historia para la revista, tal vez incluso la nota de portada. Hubiera sido mi primera.

Volví a la revista, revisé la prensa de los días que siguieron a la muerte de Mindo y vi que todo era cierto: el nombre y la foto de Nelson habían aparecido en las portadas de todos los diarios locales. Fue perturbador verlo, ese hombre al que había conocido tan brevemente en julio. Pasé varios días reuniendo recortes, haciendo listas de lugares por visitar, gente que querría ver. El Olímpico apareció en algunos reportajes de televisión que pude conseguir, descrito como una especie de guarida de criminales; más adelante me enteré de que fue eso lo que finalmente empujó a Patalarga a reunirse con su esposa. Se mudó de vuelta a casa en mitad de la noche, con la esperanza de evitar más la atención de los medios. En los diarios vi a muchas de las personas que más adelante serían mis informantes. Algunas, como Mónica o Ixta, habían hecho hasta lo imposible por evitar las cámaras; mientras que otros, como Elías y algunos otros amigos de Nelson, usaron la estrategia contraria, hablando sin reservas, como si todo este drama fuera solo una audición para un papel.

Finalmente leí los diarios de Nelson, los cuadernos que Noelia me había dado, y luego de una buena dosis de aliento de parte de mis colegas de la revista, decidí visitar a Mónica. En ese momento no tenía ninguna idea sólida acerca de la culpabilidad o la inocencia de Nelson. Solo curiosidad. No fue difícil hallarla, y una noche de noviembre llamé a su puerta. Hasta ese momento, yo habría sido un periodista más; Mónica apareció detrás de su reja, mirándome, y me transformé en otra persona. Era una mujer menuda de aspecto cansado, pelo corto y con un par de anteojos de lectura que le giraban en una mano. Yo estaba tan nervioso que apenas si pude explicarle quién era o qué quería.

—Conozco a Nelson —mascullé finalmente, y eso pareció atraer su atención.

Al oír el nombre de su hijo, entornó los ojos y abrió la reja.

Nos sentamos en la sala, y mientras le contaba mi historia, Mónica fijó su atención en un cisne de origami que estaba haciendo con el envoltorio de la bolsita de té. Cuando terminó, lo puso sobre la mesa de café junto con los otros, una bandada de seis o siete, todos mirando en diferentes direcciones.

—Así que conociste a mi hijo en T\_\_\_\_\_ —dijo—. ¿Eso es todo?

Entonces le mostré los cuadernos, y ella casi rompió a llorar. Los sostuvo entre las manos por un momento, pasando las páginas rápidamente, inhalando su olor. Después movió la cabeza de un lado a otro y los puso a su lado en el sofá.

—¿Qué es lo que dicen?

Consideré la idea de mentirle, de decirle simplemente que no los había leído. Pero ella me lanzó una mirada inquisitiva, y me di cuenta de que



mi única opción era decir la verdad. Por supuesto que los había leído; por eso estaba allí.

—Son sobre la gira —le dije—. Hasta la mañana en que dejó el pueblo para volver a casa.

Ella asintió con gravedad.

—¿Debería leerlos?

—Sí —le dije—. Podrían ayudarla.

Cuando salí eran casi las diez. Le dejé los diarios (que siempre le habían pertenecido a ella, que nunca habían sido míos) y le prometí visitarla de nuevo.

Pasó noviembre, llegó el nuevo año y fui a ver a Mónica otra vez. En esta ocasión hablamos durante muchas horas. Grabé esa conversación. Había leído mi revista. «No está mal», me dijo. Le conté que iba a escribir sobre el caso de Nelson, y ella me dio su autorización. Revisamos los viejos álbumes de fotos, y cuando me fui ese día, me prestó algunos de los diarios. Hicimos una lista de la gente con la que yo debía hablar: antiguos compañeros de clase sobre todo, unos cuantos chicos del barrio, pero también un par de nombres del Conservatorio, compañeros que habían venido a visitarla desde que las noticias se hicieron públicas.

—Pero en realidad yo no sé quiénes eran sus amigos —me confesó con un suspiro.

—A cierta edad, eso es normal.

Ella sonrió.

—¿Tú crees? No estoy tan segura.

Me dio el número de Francisco en California, y le prometí que lo llamaría.

—¿Y has hablado con los actores? ¿Los señores de Diciembre?

Yo ya había planeado una visita al Olímpico y había charlado brevemente por teléfono con Henry.

—Bien —me dijo Mónica—. Pero deberías comenzar con Ixta.

Yo ya había intentado hablar con ella dos veces y en ambas me había rechazado, pero después de ver a Mónica, insistí. La tercera vez que llamé a su puerta, Ixta, con cara muy enojada, me dejó entrar.

—¿Otra vez? —preguntó—. Por el amor de Dios, ¿cuál es tu problema?

En abril de 2002, mientras el proceso judicial se retrasaba, volví a T\_\_\_\_\_ siguiendo la ruta que había tomado Diciembre el año anterior. Hablé con tanta gente como me fue posible, tomando notas, haciendo grabaciones y ayudándoles a poner en orden sus recuerdos. Hablé con Cayetano y Melissa, con Tania, y traté de encontrar el bar de Sihuas donde habían visto a todos los mineros del oro, pero las autoridades lo habían cerrado. Hablé con gente que había visto las representaciones de Diciembre, y una y otra vez escuché las mismas frases: «¡Era un chico muy agradable!» y «¡Qué gran espectáculo!». En mi pueblo natal, usando algo de persuasión más o menos intensa, logré vencer la reticencia de algunas personas. Nada relacionado con Jaime se discutía jamás abiertamente. Cuando alguien me preguntaba y yo le decía que estaba escribiendo un artículo para una revista, me miraban siempre con recelo. Habrían aceptado que fuera para un diario; incluso un libro habría tenido sentido. Pero ¿una revista?

¿Quién diablos me creía?

Fui a ver a Jaime a San Jacinto, con la intención de hacerle todas las preguntas que pudiera sin poner en riesgo mi seguridad. No pensaba decirle, por ejemplo: «¿Por qué dejaste que tu hermano asumiera toda la culpa por tu cargamento de drogas?» ni «¿Enviaste a alguien a matar a Nelson?» ni «¿Quién conducía esa camioneta la noche que mataron a Mindo?». Tenía una lista con otras preguntas que sonaban mucho más inocentes, pero al final no importó porque él se negó categóricamente a verme.

En agosto de 2002 se inició el juicio a Nelson, y yo asistí tantos días como pude. A menudo vi allí a Henry o Patalarga, sentados al fondo de la sala, hablando en susurros, y durante los recesos discutíamos el proceso como hinchas en un evento deportivo. Nuestro equipo iba perdiendo; eso estaba claro. Estuve presente cuando el juez rechazó el pedido de que los diarios de Nelson fueran considerados evidencia y decretó que ninguna teoría que vinculara la muerte de Mindo a los acontecimientos en T\_\_\_\_\_ era admisible. «Rumores», los llamó, y con ello hundió a Nelson. Estuve también en la corte el día en que la hermana de Mindo llamó «zorra sucia» a Ixta desde el estrado de los testigos; Mónica se encontraba sentada en la tercera fila con su hermana Astrid, llorando. La mañana siguiente, su foto apareció en algunos diarios con titulares acerca de «la tristeza de una madre».

Un día en el juzgado, el tío de Nelson, Ramiro, se dio la vuelta en su asiento y me miró con el ceño fruncido. Luego suavizó su expresión.

—Parece que siempre estás aquí —dijo, con un tono de asombro—. ¿No tienes nada más que hacer?

A veces yo me preguntaba lo mismo. Mis colegas de la revista, los que me habían animado en un comienzo, también se lo preguntaban.

«¿Dónde está tu artículo?», me preguntaba Lizzy de cuando en cuando, y yo le daba largas. Con el tiempo, dejó de preguntar.

Estuve presente el día de la sentencia en febrero de 2003, dos años completos después de las audiciones que le habían cambiado la vida. Para entonces, el padre de Mindo ya había muerto, pero su madre seguía allí, estoica e imperturbable. Apenas si reaccionó cuando el juez anunció una pena de quince años. Esto nos pareció una eternidad a todos los que estábamos del lado de Nelson, quienes lo creíamos incapaz de cometer un asesinato, pero pude advertir que la madre de Mindo lo sintió como un insulto.

Solo quince años.

En la primera fila de la galería, Mónica se desplomó en los brazos de su hermana, y Nelson fue llevado de vuelta a Recolectores, con una expresión de total desconcierto en el rostro. Había perdido peso y tenía una palidez malsana. Pienso que nunca llegó a comprender que aquello estaba ocurriendo en la realidad, que esa era ahora su vida.

En los meses siguientes, le escribió cartas a su madre, que esta me mostró, cartas muy hermosas en las que describía a sus amigos, sus alrededores, y le detallaba sus preocupaciones. Por su propia seguridad, lo habían encerrado junto con reclusos de los distritos del Cono Norte, lo más lejos de reos provenientes de Los Miles. Existía una posibilidad muy real de que alguien del viejo barrio de Mindo pudiera tratar de vengar la muerte del pintor. Nelson describió la estructura de poder en la prisión, los temibles hombres que la dirigían, provenientes de distritos de la ciudad en los que Nelson jamás había puesto un pie, pero a los que ahora conocía íntimamente. Sabía cómo hablaban, conocía sus preocupaciones, sus motivaciones. Eran hombres que exigían respeto y que estaban dispuestos a desatar una guerra por cualquier cosa que percibieran como un insulto, sin importar cuán pequeño fuera. Describió los pabellones hacinados, a su melancólico compañero de celda (a quien llamaba «compañero de cuarto» porque eso sonaba «menos institucional») y relató la rapidez con que un día plácido en el interior podía cambiar y tornarse espectacularmente violento. Le contó a su madre acerca de las bandas errantes de reclusos sin celdas que acampaban en el campo pedregoso afuera de su pabellón, y expresó su asombro ante lo penoso de esas condiciones de vida. Lo que más le sorprendió fue que todos los demás aceptaran la situación de esta gente como si se tratara de algo normal. No había lugar para alojarlos, nadie los quería, y por eso estaban allí: trescientos hombres descamisados, descalzos, hambrientos, drogados, muriendo lentamente y en masa. El año anterior a que Nelson llegara, un joven adicto había trepado a la torre de la radio (que llevaba dos décadas sin funcionar) y se había ahorcado con una bufanda gris. Cuando bajaron su cuerpo se la olvidaron, y aún estaba allí, la nueva bandera no oficial de la prisión. Nelson nunca conoció a ese hombre, pero podía entenderlo, escribió en una carta dirigida no a su madre sino a Patalarga; evitaba contarle a ella los peores detalles para no preocuparla más. Le habló de la vista

desde la azotea de su pabellón, el cielo abierto, los cerros salpicados con nuevas casas cada día. Observaba a las mujeres cargando cuesta arriba agua en baldes de plástico, las veía detenerse de trecho en trecho para enjugarse el sudor de la frente. Eran sumamente pobres, pero él las envidiaba.

«Para cuando salga de aquí, las laderas del cerro estarán cubiertas —le escribió a su madre—, y no tendré lugar donde vivir.» A veces, le confesó a Patalarga, perdía la noción de quién era. «Dejé de interpretar a Rogelio hace mucho tiempo, y, sin embargo, aquí me tienes.»

Este era el punto que más preocupaba a Henry. Unos seis meses después de la sentencia, me llamó y me preguntó si nos podíamos encontrar. Concertamos una cita. Al igual que todos los exreclusos acusados de terrorismo, tenía prohibido ir a visitarlo y se sentía ansioso por saber cómo estaba sobrellevando Nelson su cautiverio. Él y Patalarga se habían vuelto a pelear desde el final del juicio; así que solo le quedaba yo.

Casi me dio vergüenza admitir que aún no había ido a Recolectores.

—Pero has hablado con él.

Negué con la cabeza.

Henry no pudo ocultar su decepción.

—Yo *no puedo* ir. ¿Cuál es tu excusa?

Yo no tenía ninguna; o más bien, ninguna buena excusa. No era un familiar. Estrictamente hablando, ni siquiera era un amigo.

Henry sonrió tímidamente.

—¿Tienes miedo? ¿Es eso? ¿Crees que te va a pasar algo horrible?

Nunca antes había sido objeto de las burlas de Henry Núñez.

—Sí —le dije—. Estoy aterrado.

Henry se echó hacia atrás en su silla.

—No seas aguafiestas. Era solo un chiste.

Su departamento se veía más desordenado que de costumbre, con pilas de libros en el piso y platos sucios en el fregadero. Una camisa de vestir blanca colgaba de una de las sillas de plástico en un rincón, secándose endurecida.

—¿Qué pasó aquí? —le pregunté.

Ana tenía prohibido visitarlo, me explicó, así que no había necesidad de mantener las apariencias.

—De todas maneras, no habría podido engañarte.

Al parecer, la última noche que Ana había pasado en el departamento se produjo una fuga de gas en algún lugar del edificio. Todos los vecinos de la cuadra habían sido evacuados y muchos habían dormido en el parque, incluidos Henry y su hija. Era una noche cálida, una noche de vecinos matizada con atmósfera de carnaval. Pero su exesposa estaba furiosa.

—Dormir al aire libre. Debe haberte recordado a la gira.

Henry lo negó.

—Fue agradable, pero no. No hay nada como estar de gira.

Hablamos un rato sobre sus planes, revisamos un par de preguntas que yo tenía sobre la historia de Diciembre, y cuando estaba a punto de irme, le pregunté por qué me había llamado. Era extraño, puesto que en cada una de nuestras entrevistas anteriores yo había tenido que esforzarme para localizarlo.

Henry levantó la mirada, asintiendo con la cabeza, como tratando de recordar. Luego dijo:

—Estoy listo para escribir ese guion. El que íbamos a hacer juntos.

Lo miré desconcertado.

—¿Íbamos?

—Nelson y yo. Nuestra historia de la cárcel.

—Su historia de la cárcel.

Se llenó de energía, entró en un estado casi frenético.

—Una historia de amor. La historia de Rogelio. Íbamos a escribirla juntos. Una obra de teatro. Podemos llevarla de gira. Él me dijo que quería ayudarme. Ahora podemos hacerla. Ahora estoy listo. ¿Puedes pedírselo?

—¿Es esta la razón de tu pelea con Patalarga?

Henry frunció el ceño y se frotó el cuello.

—Solo pídeselo —dijo—. ¿Ya, compadrito? Hazme ese favor.

Me llevó hasta enero de 2004 obtener los permisos necesarios para visitar a Nelson. Recuerdo que habíamos llegado a los diez mil suscriptores de la revista y estábamos celebrándolo en la oficina con una fiesta improvisada. En medio de ella, llegó mi carta.

«Se le concede permiso para ingresar en la cárcel de Recolectores el día tal a la hora tal.»

Me habían citado en el edificio del ministerio en la Ciudad Vieja para tomar mis huellas dactilares. La celebración se volvió más seria, más sincera. Era como si hubiera ganado un premio.

—Tal vez veamos finalmente ese artículo —dijo Lizzy.

Yo había solicitado algo más que una simple visita: quería autorización para llevar un micrófono y una grabadora; pero dadas las condiciones en el interior, a las autoridades les inquietaba este tipo de pedidos. Nadie quiere que un periodista lo haga quedar mal. Cuando vuelvo a pensar en esto y me pregunto por qué insistí, solo puedo concluir que fue una táctica dilatoria de mi parte. Esas cosas requieren tiempo, y yo lo sabía. Tal vez habría podido presionar más a la lenta burocracia penitenciaria, pero no lo hice. Es cierto que yo estaba ocupado, pero debo admitir que una parte de mí se resistía a comparar mi versión inventada de Nelson con la persona misma de carne y hueso.

Mónica iba a ver a su hijo cada dos semanas, un ritual que ella esperaba con amorosa expectativa y también con mucho temor; y a menudo me llamaba al día siguiente para leerme por teléfono la carta más reciente de Nelson. Oía el ruido de papeles a través del auricular, y cómo ella se aclaraba la garganta; yo me ponía cómodo y escuchaba. Me gustaba oír las palabras de Nelson en su voz. Cuando terminaba, le daba las gracias. Yo sabía que esas cartas estaban suavizadas, porque había leído las que él le entregaba a Patalarga.

—¿Cuándo vas a ir a ver a mi hijo? —preguntaba Mónica—. Dice que tiene algo que hablar contigo.

—Pronto —le respondía yo.

Finalmente fui a Recolectores en marzo. Nelson tenía casi veintiséis años, y se acercaba al tercer aniversario de su encarcelamiento; un lapso inimaginable, pero apenas una fracción de su condena. Esa era la idea que no podía quitarme de la cabeza cuando presenté mis papeles a un guardia de expresión seria, y mientras entregaba mi mochila a otro para que la revisara. *Quince años*. Sacaron mi grabadora de su caja, y un guardia la examinó con curiosidad, como si estuviera contemplando alguna oscura herramienta de otra época. *Doce más*. El guardia buscó y al final encontró el número de serie, que luego comparó con el que aparecía en el documento que yo había presentado. Al ver que los números coincidían, dejó escapar un pequeño suspiro de decepción. Luego revisó mi micrófono, mis audífonos y cables, y una vez que

confirmó que todo estaba en orden, me colocó un sello en el brazo y yo me puse en marcha. Todo esto ocurrió sin que intercambiáramos una sola frase.

En la siguiente puerta me dieron una palmadita y me dejaron pasar con un gruñido. Salí de la zona primaria de detención hacia un sol brillante y ardiente. Me cubrí los ojos. De pie entre dos puertas, ni dentro ni fuera de la cárcel, más bien en una zona neutral, divisé a los reclusos de Recolectores a través de la gruesa valla metálica sujeta por cadenas: jóvenes deambulando con aire aburrido. Me hubiera gustado quedarme a observarlos durante solo un momento, pero el siguiente guardia hizo que me apresurara, y de pronto ya estaba dentro. La puerta se cerró detrás de mí: simplemente se cerró, no fue un portazo ni hizo ruido alguno. De hecho, la diferencia entre el interior y el exterior es muy sutil.

Miré a mi alrededor, tratando de no parecer abrumado. Había muchos hombres, pero no vi a Nelson.

Entonces oí una voz:

—Es impresionante, ¿verdad?

Se abrió paso entre los hombres casi inmóviles allí reunidos, viniendo desde atrás. Tenía en el rostro una expresión juguetona que me indicaba que lo había hecho adrede.

Nos dimos la mano. Se veía diferente; mejor, en realidad. Se había cortado el pelo, y ese simple detalle había cambiado el carácter de sus rasgos. No quedaba nada adolescente en él, ninguna veleidad, ninguna extravagancia. Su rostro había perdido la juventud, la cual había sido reemplazada por algo más duro y más determinado. Vestía *jeans* y una camiseta celeste ligera. La última vez que yo lo había visto en la corte lucía delgado, inmaduro y asustado; ahora no quedaba nada de eso. Había subido de peso y mostraba cierta fortaleza en los hombros.

Nelson me observaba también.

—No me acuerdo de ti. Me preguntaba si te recordaría, pero veo que no. En lo absoluto.

—No te preocupes.

—Pensé que debías saberlo. —Apretó los labios—. Mi madre dice que estuviste en el juicio. Pero yo no te vi.

—No tenías ningún motivo para fijarte en mí.

Sonrió con cautela.

—Ella cree que vamos a ser amigos o algo así.

Un par de hombres flacos y sin camisa llegaron merodeando justo detrás de Nelson y se quedaron mirándome.

—Parece que tienes amigos.

—Todos los necesitamos. ¿Es tu primera vez?

—Sí.

—Entonces echa un vistazo.

Esto es lo que vi. Había hombres: hombres comunes y corrientes, como uno podría encontrar en cualquier calle, en cualquier barrio; hombres altos, hombres bajos, hombres flacos, hombres gordos, hombres negros, hombres mestizos, hombres blancos (aunque solo unos cuantos de estos), hombres cansados, hombres frenéticos, hombres viejos. Se parecían a personas a las que yo había conocido, a las que había visto antes, solo más rudos quizás. Pero ellos eran solo una parte de la historia: en conjunto, eran superados en número por otro grupo, el de los hombres derrotados, y esos eran legión. No llevaban camisa, estaban desesperados, marchitándose bajo el calor de final del verano. Este era su hogar, la parte delantera de la cárcel, los espacios públicos de los que nadie era dueño. Estos hombres vencidos eran musculosos unos, demacrados otros, cubiertos de cicatrices y de tatuajes borrosos con los nombres de amantes a quienes habían olvidado y que a su vez se habían olvidado de ellos, hombres de mejillas hundidas, hombres de manos sucias. Me miraban intensamente, o tal vez solo me parecía que me miraban; tal vez estaban tan drogados que ni siquiera se habían dado cuenta de quién era yo. Un forastero.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Nelson.

—Guardias —le dije.

La risa de Nelson era extraña, en el sentido de que no contenía una invitación a reírse con él. Era seca, cortante.

Caminamos hacia la izquierda subiendo por el sendero que bordea los límites de la cárcel, más allá de las entradas a los pabellones de números impares. La pareja de hombres sin camisa nos seguía a poca distancia. Llegamos a la cima de la colina y nos detuvimos allí, frente a un callejón que llevaba hacia los pabellones pares.

—Lo llaman el Jirón de la Unión —dijo Nelson.

Tenía el ancho de un autobús, y servía a la vez como vía y como mercado: había a la venta sandalias de plástico no pareadas, espejos para afeitarse y baterías viejas, peines de plástico y máquinas de afeitar,



en exhibición sobre cuadrados de plástico colocados en el suelo. Cada pocos pasos había un hombre desplomado contra la pared, fumando *crack* de una pequeña pipa de metal. O quizás fue solo mi impresión, quizás quedé tan sorprendido de ver al primer adicto que en mi mente ese hombre desamparado se multiplicó hasta que lo vi por todas partes, como una luz brillante que persiste aun con los ojos cerrados. En todo caso, puedo describirlo muy fácilmente, a él y a los demás hombres como él: tenía un rostro delgado adornado con una barba incipiente, y entradas profundas en su pelo. Cuando levantó su pipa, noté sus muñecas delgadas, casi delicadas, y sus dedos largos. Estaba sentado en cuclillas con las rodillas dobladas, y pude ver las plantas ennegrecidas de sus pies. Apretó varias veces el encendedor y enruló los dedos de los pies anticipando los efectos de la droga.

Nelson y yo nos quedamos observándolo mientras peleaba con el encendedor. Cuando logró prenderlo, una suave brisa sopló por el Jirón y la llama se apagó. Volvió a intentarlo una y otra vez. Mostraba un entusiasmo casi infantil subyaciendo a todo. Era imposible no simpatizar con él.

Recorrimos la mitad del camino al pabellón de Nelson, el número diez, y observé a través de los barrotes oxidados, tratando de ser invisible, mientras Nelson explicaba quién era yo y por qué estaba allí. Estaba negociando con un recluso para que yo pudiera pasar.

Nuestros dos escoltas seguían vigilándonos.

—¿Quiénes son? —le pregunté.

—Te están protegiendo —dijo Nelson.

Luego nos dejaron entrar. A todos.

Había hombres gritando del tercer piso a la planta baja, del segundo piso a la azotea, voces que se esforzaban por hacerse oír por encima de estéreos ensordecedores, por encima de televisores a todo volumen, por encima de una docena de otras voces. Ruido por doquier. Nelson me guio a través del piso; seguirlo era como tratar de caminar en línea recta en medio de una tormenta. Yo quería verlo todo, recordar cada detalle. Sabía, incluso entonces, que esa era mi única oportunidad, que no volvería. Vi el tubo ennegrecido de un fluorescente colgando de su cable pelado, balanceándose peligrosamente sobre mi cabeza. Vi cómo Nelson se movía por el lugar, cómo se comportaba. No habló con nadie, y nadie habló con él. Recuerdo que pensé que era como si él no estuviera allí.

Me dijo que había hecho arreglos para tener una celda tranquila en la que pudiéramos hablar. «Genial», le dije. La celda estaba en el segundo piso. Sus dos amigos se quedaron esperando afuera mientras Nelson y yo entramos, y rápidamente descubrí que el lugar en realidad no era tranquilo en absoluto sino solo en comparación con las celdas del otro

lado del pabellón, las que daban al patio. Quería que la entrevista tuviera buena calidad de sonido, pero no había anticipado lo difícil que sería lograrlo en un lugar como Recolectores.

—¿Está bien? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Servirá.

—No logro entender por qué estás aquí —me dijo mientras yo instalaba mi grabadora y el micrófono.

Estaba comprobando los niveles de sonido, y sus palabras resonaron con fuerza en mis audífonos. Levanté la mirada, sorprendido.

—Ahora te explico. Dame un segundo.

Él esperó. Se sentó en una de esas sillas blancas de plástico para jardín, del mismo tipo que las que Henry tenía en su triste apartamento de soltero. Nelson se recostó un tanto. Hizo un gesto de cabeza en dirección al pabellón, hacia los hombres que deambulaban y gritaban poco más allá de la puerta de la celda.

—Elige a cualquiera de ellos —me dijo—. Clávale un micrófono en la cara y te contará una historia. Se mueren porque alguien los escuche.

—¿Y tú no?

Negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que tú quieres?

—Llevo meses tratando de que Ixta venga a visitarme. Quiero que traiga a Nadia. Eso es lo que quiero, por sobre todas las cosas. ¿Por qué no quiere venir?

—No lo sé —le dije.

—Sé que no lo sabes. ¿Has visto a la bebé?

Hice un gesto afirmativo. Ahora Ixta y yo vivíamos en el mismo barrio; me pareció cruel decirle que la veía todo el tiempo.

—Es hermosa.

—Me imagino. Como su mamá.

—¿Y qué te dice ella? —le pregunté.

—Cosas razonables. Que quiere seguir con su vida. Que tiene que mirar hacia delante y no hacia atrás. —Frunció el ceño—. Ella no cree que yo maté a Mindo, ¿verdad?

—Nadie cree que hayas matado a Mindo.

—El juez sí.

Me dirigió una sonrisa sarcástica, casi desafiante, como si se sintiera feliz de haber demostrado que yo estaba equivocado.

—¿Quieres contarme qué pasó? —le pregunté.

No me respondió de inmediato, pero algo en la forma en que me miraba me hizo pensar: *finalmente, una revelación*. Estaba seguro de ello. Nelson se frotó la parte superior de la cabeza con la palma de la mano, se mordió la uña del pulgar y entornó los ojos.

—Todos aquí son inocentes, ¿sabes? Pregunta, todos te dirán lo mismo.

Me incliné hacia él.

—Por supuesto. Eso es lo que dicen. Pero tú en verdad eres inocente.

—¿Y qué?

Me detuve. No estaba llegando a ninguna parte. Tal vez era el momento de admitirlo.

—¿Sería mejor si apago esto? —le pregunté, señalando mi grabadora.

Nelson asintió y yo presioné el botón para detener la grabación. Me quité los audífonos y el mundo volvió a su volumen normal.

Él sonrió.

—Mejor así, ¿verdad?

—Claro —le dije.

—Ahora podemos hablar tranquilos.

Estuve de acuerdo.

—¿Puedo tenerla yo?

Le di la grabadora, luego el micrófono. También le pasé los audífonos. Él puso todo sobre sus muslos.

—¿Y qué si en verdad maté a Mindo? ¿Has pensado en eso?

El tono de su voz fue sumamente frío.

—Pero no lo hiciste.

—¿Y qué si lo hice? ¿Y si yo fuera esa clase de persona?

Nelson llevaba treinta y tantos meses encerrado, estudiando precisamente esta forma de agresión actuada. Y lo hacía bien. Dejó las preguntas flotando allí. Yo sabía que no podía ser cierto, pero luego su mirada cambió y parte de mí empezó a cuestionarse por qué pensaba yo así, por qué estaba tan seguro. Sentí escalofríos.

—Está bien —le dije—. Supongamos que es así.

—Si es así, ¿qué crees que le haría a alguien que está afuera mientras yo estoy aquí y que ha decidido que tiene derecho a contar mi historia? ¿Si yo fuera capaz de matar a un hombre en una calle oscura?

No supe qué responder.

—Piénsalo —dijo Nelson.

Sonreí, pero esta vez él no me devolvió la sonrisa, y durante un largo rato ninguno dijo nada. Él ya había dicho lo que tenía que decir, y mientras yo reflexionaba al respecto se dedicó a examinar mi grabadora y el micrófono. Presionó el botón de grabación, y apuntó el micrófono en varias direcciones. Chasqueó los dedos muy cerca del micrófono y observó cómo saltaba la aguja.

—Aún no está grabando —le dije—. Está en pausa. Si lo que quieres es... —le dije, y extendí la mano hacia la grabadora.

Le faltaba presionar un botón. Eso era todo lo que quería mostrarle.

Pero él alejó la grabadora de mí. Fue un gesto rápido, muy ágil.

—Aguanta —dijo.

—Yo solo...

—No pasa nada.

Sentí que me ponía rojo. Comprendí lo que estaba sucediendo.

—¿Me estás robando?

Nelson me miró decepcionado.

—¿Es eso lo que piensas?

—Bueno, yo...

—Que quede claro quién le ha estado robando a quién.

Cuando no le respondí, se puso de pie. Tomó mi grabadora y el micrófono y los puso sobre la mesa detrás de él. Pude haber tratado de cogerlos, pero Nelson se colocó entre mi equipo y yo, como desafiándome a recuperarlo. Y pensé en hacerlo, en verdad. Éramos del mismo tamaño, ninguno de los dos de aspecto particularmente imponente, pero mi última pelea había sido en la secundaria. Y ahora estaba en Recolectores, que para bien o para mal era su hogar. Sus dos amigos, los que me estaban protegiendo, se encontraban junto a la puerta de la celda. Como para subrayar este punto, Nelson abrió la puerta, y todo el ruido del pabellón entró de golpe.

—¿Entiendes? —me preguntó.

—Sí —le dije—. Entiendo. Gracias por tu tiempo.

Salí de la celda, y él cerró la puerta tras de mí.

Los dos hombres sin camisa se habían marchado, y me encontré en medio del pabellón, enterrado por el ruido. No tenía adonde ir. No tenía ninguna prisa. Me quedé allí un momento, tratando de distinguir alguna voz, cualquier voz, en medio del estruendo.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias por su apoyo a la Fundación Lannan, al Headlands Center for the Arts y a la Fundación Guggenheim. Mark Lafferty, Lila Byock, Joe Loya y Adam Mansbach participaron en diversos momentos del proceso, dándome aliento y su perspectiva acerca de un manuscrito que francamente parecía imposible de resolver. Les estoy eternamente agradecido.

Esta novela, como casi todo lo que escribo, es el resultado de dispersas e interminables conversaciones con mi amigo Vinnie Wilhelm. Gracias, hermano.

Recolectores es un lugar inventado, pero estoy en deuda con Carlos Álvarez Osorio, quien en 2007 me llevó por primera vez al interior de las cárceles de Lima, y luego, en cada visita posterior, me ayudó a entender lo que veía. Los hombres que conocí en Lurigancho y Castro Castro me confiaron sus historias, y por eso les estaré siempre agradecido. Mis editores de *Harper's*, Chris Cox y Claire Gutiérrez, brindaron todo su apoyo a la investigación que primero se convirtió en un artículo de no ficción y, finalmente, en parte de esta novela.

Quiero dar las gracias a Gustavo Lora y a la familia Collazos, quienes me ayudaron a descubrir T\_\_\_\_. La obra *El mandatario idiota*, de Walter Ventosilla, me sirvió de inspiración inicial, y la he adaptado aquí con su permiso. Tanto Walter como Gustavo eran miembros de Setiembre, el grupo de teatro en el que está basado Diciembre, y he utilizado libremente partes de las historias que compartieron conmigo.

Mi agente, Eric Simonoff, me ayudó en cada paso del camino. Mi editora, Megan Lynch, me brindó buenos consejos, paciencia y generosidad, y ayudó a mejorar este libro en incontables formas. Gracias.

Esta magnífica traducción es obra de mi amigo Jorge Cornejo, siempre profesional, paciente y dedicado. Gracias, Jorge. Para la corrección del manuscrito traducido también recibí ayuda inestimable de mi madre Graciela y en especial de mi padre, Renato. Simplemente no podría haberlo hecho sin ellos.

Por sobre todo quiero dar las gracias a mi familia y en especial a mi esposa Carolina, quien me hizo reír cuando quise darme por vencido, me dio su amor cuando lo necesitaba y espacio cuando tuve miedo de pedirlo.

Gracias, mi amor.

*De noche andamos en círculos* Daniel Alarcón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *At Night We Walk in Circles*

© del diseño de la portada, Oscar Abril

© de la imagen de la portada, Library of Congress, photograph by Ralph Steiner, LC-USZ62-123456

© Daniel Alarcón, 2013

© de la traducción, Jorge Cornejo Calle, 2014

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© Editorial Seix Barral, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-322-2264-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

